



Jack London

El Lobo de Mar

E LEJANDRIA



Jack London

El Lobo de Mar

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL LOBO DE MAR

JACK LONDON

PUBLICADO: 1904

FUENTE: [HTTPS://STANDARDEBOOKS.ORG](https://standardebooks.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: LONDON, WILLIAM HEINEMANN, 1904

EL LOBO DE MAR

I

Apenas sé por dónde empezar, aunque a veces, en broma, atribuyo la culpa de todo a Charley Furueth. Tenía una casita de verano en Mill Valley, a la sombra del monte Tamalpais, y nunca la ocupaba sino en los meses de invierno, cuando holgazaneaba y leía a Nietzsche y a Schopenhauer para descansar el cerebro. Al llegar el verano, prefería sudar en la ciudad su existencia calurosa y polvorienta, entregándose a un trabajo sin tregua. De no haber sido costumbre mía subir a verle todos los sábados por la tarde y quedarme hasta el lunes por la mañana, aquel lunes de enero no me habría encontrado a la deriva en la bahía de San Francisco.

No es que navegara en una embarcación poco segura, pues el *Martinez* era un ferry de vapor nuevo que hacía su cuarto o quinto viaje en la línea entre Sausalito y San Francisco. El peligro residía en la densa niebla que cubría la bahía, y de la que yo, como hombre de tierra adentro, apenas tenía aprensión. Recuerdo, de hecho, la plácida exaltación con que ocupé mi puesto en la cubierta superior de proa, justo debajo de la timonera, y dejé que el misterio de la

niebla se apoderara de mi imaginación. Soplabla una brisa fresca, y durante un rato estuve solo en aquella penumbra húmeda —aunque no del todo solo, pues era vagamente consciente de la presencia del piloto, y de quien tomé por el capitán, en la cabina acristalada sobre mi cabeza.

Recuerdo que pensé en lo cómoda que resultaba aquella división del trabajo que me dispensaba de estudiar nieblas, vientos, mareas y navegación para visitar a mi amigo al otro lado de un brazo de mar. Era bueno que los hombres fueran especialistas, reflexioné. El conocimiento peculiar del piloto y del capitán bastaba para miles de personas que no sabían del mar y de la navegación más de lo que sabía yo. Por otro lado, en lugar de tener que consagrar mis energías al aprendizaje de una multitud de cosas, las concentraba en unas pocas, como, por ejemplo, el análisis del lugar de Poe en la literatura norteamericana —un ensayo mío, a propósito, publicado en el último número del *Atlantic*. Al embarcar, al pasar por el salón, había reparado con ojos ávidos en un caballero corpulento que leía el *Atlantic*, abierto precisamente por mi ensayo. Y ahí estaba de nuevo: la división del trabajo, el conocimiento especializado del piloto y del capitán, que permitía a aquel caballero corpulento leer mi conocimiento especializado sobre Poe mientras lo transportaban sanos y salvos de Sausalito a San Francisco.

Un hombre de cara encarnada que salió a cubierta dando un portazo interrumpió mis reflexiones, aunque tomé nota mental del tema para un ensayo que tenía en proyecto y que pensaba titular «La necesidad de la libertad: una defensa del artista». El hombre de cara encarnada lanzó una ojeada a la timonera, recorrió con la vista la niebla, cruzó la cubierta de un extremo al otro —era evidente que llevaba piernas artificiales— y se plantó a mi lado con las piernas bien abiertas y una expresión de vivo deleite en el rostro. No me equivoqué al deducir que había pasado sus días en el mar.

—Es con este tiempo infame con el que los hombres encanecen antes de hora —dijo, con un movimiento de cabeza hacia la timonera.

—No creía que sufrieran ninguna tensión especial —respondí—. Me parece tan sencillo como el abecé. Conocen la dirección por la brújula, la distancia y la velocidad. No lo llamaría nada más que una certeza matemática.

—iTensión! —resopló—. ¡Sencillo como el abecé! ¡Certeza matemática!

Pareció erguirse y echarse hacia atrás contra el viento mientras me miraba fijamente.

—¿Y qué me dice de la marea que sale a toda fuerza por la Golden Gate? —preguntó, o más bien vociferó—. ¿A qué velocidad baja? ¿Cuánto arrastra? ¡Escuche eso! ¡Una boya con campana, y encima de ella estamos! ¡Mire cómo corrigen el rumbo!

Desde la niebla llegó el fúnebre taño de una campana, y pude ver al piloto girar el timón con gran rapidez. La campana, que había sonado justo delante, resonaba ahora por el costado. Nuestro propio silbato bramaba con voz ronca, y de vez en cuando llegaban hasta nosotros, desde la niebla, los silbatos de otras embarcaciones.

—Ese es algún ferry —dijo el recién llegado, señalando un silbato a estribor—. ¿Y eso? ¿Lo oye? Soplado con la boca. Alguna goleta de carga, lo más probable. Tenga cuidado, señor goleta. ¡Ah, ya me lo figuraba! ¡Ahora sí que van a tener problemas!

El ferry invisible lanzaba pitido tras pitido, y el cuerno de boca toqueaba con desesperación.

—Y ahora se están saludando e intentando despejarse —prosiguió el hombre de cara encarnada, mientras los silbatos apresurados cesaban.

Tenía el rostro radiante, los ojos encendidos de excitación al traducir en palabras el habla de los cuernos y sirenas.

—Esa es una sirena de vapor que va de lo lindo por la izquierda. ¿Y oye a ese con carraspera en la garganta? Una goleta de vapor, a mi juicio, que avanza desde la bocana contra la marea.

Un silbato agudo y estridente, como si hubiera perdido el juicio, sonó justo delante de nosotros y muy cerca. Los gongs del *Martinez* resonaron. Nuestras ruedas de paletas se detuvieron; el latido rítmico se apagó, y luego arrancaron de nuevo. El silbato agudo, como el chirrido de un grillo entre los bramidos de las bestias, cruzó la niebla hacia un costado y fue debilitándose rápidamente. Busqué con la mirada a mi compañero en busca de aclaración.

—Una de esas lanchas temerarias —dijo—. Casi me alegra que no la hayamos hundido, ¡al maldito! Son la causa de todos los problemas. ¿Y para qué sirven? Cualquiera majadero sube a bordo y la lleva de aquí para allá, tocando el silbato como un descosido y diciéndole al mundo entero que se aparte porque él viene y no puede apartarse él mismo. ¡Porque él viene! ¡Y encima tienes que ser tú quien se aparte! ¡La preferencia de paso! ¡La elemental cortesía! ¡Esas palabras no las conocen!

Su cólera me pareció bastante divertida e injustificada, y mientras él renqueaba indignado de un lado a otro me entregué a evocar el romanticismo de la niebla. Y romántica lo era, sin duda: la niebla, como la gris sombra de un misterio infinito, cerniéndose sobre el diminuto torbellino de la tierra; y los hombres, meras motas de luz y destello, malditos con una insensata ansia de trabajo, cabalgando sus corceles de madera y acero por el corazón del misterio, abriéndose paso a ciegas por lo Invisible, y proclamando y reclamando en lenguaje confiado, mientras sus corazones están cargados de incertidumbre y miedo.

La voz de mi compañero me devolvió a mí mismo con una carcajada. También yo había estado tanteando y chapoteando, cuando creía avanzar con los ojos abiertos entre el misterio.

—¡Hola! Alguien se nos acerca —decía—. ¿Y oye eso? Viene rápido. A toda máquina. Supongo que todavía no nos oye. El viento sopla en dirección contraria.

La brisa fresca nos daba de frente, y oía el silbato con claridad, a un lado y un poco adelante.

—¿Un ferry? —pregunté.

Asintió con la cabeza, y añadió:

—No llevaría ese ritmo si no lo fuera.

Soltó una risita seca.

—Están nerviosos ahí arriba.

Levanté la vista. El capitán había asomado la cabeza y los hombros por la ventana de la timonera y escudriñaba la niebla con intensidad, como si por pura fuerza de voluntad pudiera penetrarla. Tenía el rostro tenso, como el de mi compañero, que había renqueado hasta la barandilla y miraba con idéntica atención en dirección al peligro invisible.

Entonces sucedió todo, con una rapidez inconcebible. La niebla pareció abrirse como hendidura por una cuña, y emergió la proa de un vapor arrastrando jirones de niebla a ambos lados como algas en el hocico del Leviatán. Pude ver la timonera y a un hombre de barba blanca asomado por ella, apoyado en los codos. Vestía uniforme azul, y recuerdo que me llamó la atención lo tranquilo y sereno que parecía. Su serenidad, en aquellas circunstancias, era aterradora. Aceptaba el Destino, marchaba de la mano con él, y medía el golpe con frialdad. Mientras se inclinaba, nos recorrió con una mirada calmada y especulativa, como para calcular el punto exacto de la colisión, sin hacer el menor caso cuando nuestro piloto, blanco de rabia, gritó: «¡Ya la ha armado usted!»

Visto en perspectiva, la observación era demasiado obvia para merecer respuesta.

—Agárrese a algo y no suelte —me dijo el hombre de cara encarnada. Toda su bravuconería había desaparecido, y parecía haber contagiado la calma sobrenatural del otro—. Y escuche cómo gritan las mujeres —añadió con sombría determinación, casi con amargura, pensé, como si ya hubiera vivido aquello antes.

Los buques chocaron antes de que pudiera seguir su consejo. Debieron de alcanzarnos de lleno en la amura, pues no vi nada, ya

que el vapor desconocido había pasado fuera de mi campo visual. El *Martinez* se escoró bruscamente, y hubo un crujido y un desgarró de madera. Caí tendido sobre la cubierta mojada, y antes de poder levantarme oí el grito de las mujeres. Eso fue, estoy seguro, lo que me hizo perder la serenidad —el más indescriptible de los sonidos que hielan la sangre—. Recordé los salvavidas guardados en el salón, pero al llegar a la puerta me encontré con una estampida de hombres y mujeres que me empujaron hacia atrás. Lo que sucedió en los minutos siguientes no lo recuerdo con claridad, aunque tengo un vívido recuerdo de arrancar salvavidas de los portaequipajes del techo mientras el hombre de cara encarnada se los abrochaba a un grupo histérico de mujeres. Este recuerdo es tan nítido y preciso como el de cualquier cuadro que haya contemplado. Es un cuadro, y lo veo ahora: los bordes dentados del boquete en el costado del salón, por donde la niebla gris giraba y remoloneaba; los asientos tapizados vacíos, cubiertos de todos los indicios de una huida repentina: paquetes, maletines, paraguas y abrigos; el caballero corpulento que había estado leyendo mi ensayo, enfundado en corcho y lona, con la revista aún en la mano, preguntándome con monótona insistencia si creía que había peligro; el hombre de cara encarnada, renqueando valientemente sobre sus piernas artificiales y abrochando salvavidas a todo el que llegaba; y al fondo, el griterío enloquecido de las mujeres.

Eso fue lo que más me puso los nervios de punta: el griterío de las mujeres. También debió de ponerle los nervios de punta al hombre de cara encarnada, pues tengo otro cuadro que nunca se borrará de mi memoria. El caballero corpulento mete la revista en el bolsillo del abrigo y contempla la escena con curiosidad. Una masa enredada de mujeres, con los rostros pálidos y crispados y la boca abierta, chilla como un coro de almas en pena; y el hombre de cara encarnada, ahora con el rostro encendido de cólera y los brazos en alto como si fuera a lanzar rayos, grita: «¡Callaos! ¡Callaos de una vez!»

Recuerdo que la escena me arrancó una carcajada repentina, y al instante me di cuenta de que estaba a punto de histeria yo también; porque aquellas eran mujeres de mi misma condición, como mi

madre y mis hermanas, con el miedo a la muerte encima y sin querer morir. Y recuerdo que los sonidos que hacían me recordaron el chillido de los cerdos bajo el cuchillo del matarife, y me espantó la viveza de la analogía. Aquellas mujeres, capaces de las emociones más sublimes, de las simpatías más tiernas, gritaban con la boca abierta. Querían vivir, estaban indefensas, como ratas en una trampa, y gritaban.

El horror de aquello me empujó a cubierta. Me sentía mareado y descompuesto, y me senté en un banco. De manera confusa vi y oí hombres que corrían y gritaban mientras intentaban arriar los botes. Era exactamente como lo había leído en las descripciones de semejantes escenas en los libros. Los aparejos se trababan. Nada funcionaba. Un bote fue arriado con los tapones fuera, se llenó de mujeres y niños y luego de agua, y volcó. Otro había sido arriado por un extremo, y todavía colgaba del aparejo por el otro extremo, donde lo habían abandonado. Del vapor desconocido que había causado el desastre no había rastro, aunque oía a hombres decir que sin duda mandarían botes en nuestra ayuda.

Bajé a la cubierta inferior. El *Martinez* se hundía rápidamente, pues el agua estaba muy cerca. Muchos pasajeros saltaban por la borda. Otros, ya en el agua, pedían a gritos que los volvieran a subir. Nadie les hacía caso. Se alzó un grito de que nos hundíamos. El pánico consiguiente se apoderó de mí, y caí al agua entre una oleada de cuerpos. Cómo caí no lo sé, aunque supe de inmediato, y de sobra, por qué los que estaban en el agua tenían tantas ganas de volver al vapor. El agua estaba fría, tan fría que dolía. La punzada, al sumergirme, fue tan rápida y aguda como la del fuego. Calaba hasta los huesos. Era como la garra de la muerte. Jadeé de angustia y de choque, llenando los pulmones antes de que el salvavidas me lanzara a la superficie. El sabor a sal era intenso en la boca, y me ahogaba con aquella sustancia acre en la garganta y los pulmones.

Pero era el frío lo que más me desesperaba. Sentí que no podría aguantar más que unos pocos minutos. A mi alrededor la gente se debatía y chapoteaba en el agua. Los oía llamarse unos a otros. Y

oía también el sonido de remos. Era evidente que el vapor desconocido había arriado sus botes. Según pasaba el tiempo, me maravillaba de seguir vivo. No tenía ninguna sensación en las extremidades inferiores, mientras un entumecimiento glacial se iba enroscando en torno al corazón y metiéndose en él. Pequeñas olas, con crestas rencorosas y espumosas, me pasaban por encima sin cesar y me entraban en la boca, provocando nuevos paroxismos de ahogo.

Los ruidos se fueron apagando, aunque percibí a lo lejos un coro final y desesperado de gritos, y supe que el *Martinez* se había hundido. Más tarde —cuánto más tarde no lo sé— volví en mí con un sobresalto de miedo. Estaba solo. No oía voces ni gritos, solo el sonido de las olas, de una resonancia extraña y hueca en la niebla. El pánico en medio de una multitud, que participa de una cierta comunidad de interés, no es tan terrible como el pánico en solitario; y ese pánico sufrí entonces. ¿Hacia dónde derivaba? El hombre de cara encarnada había dicho que la marea bajaba por la Golden Gate. ¿Me arrastraba, pues, hacia el mar abierto? ¿Y el salvavidas en que flotaba? ¿No podría deshacerse en cualquier momento? Había oído que algunos estaban hechos de papel y juncos huecos que se empapaban enseguida y perdían toda flotabilidad. Y yo no sabía nadar ni a brazadas. Y estaba solo, flotando, al parecer, en medio de una gris e inmemorial vastedad. Confieso que me invadió una locura, que chillé como habían chillado las mujeres y golpeé el agua con mis manos entumecidas.

Cuánto duró aquello no tengo ningún concepto, pues sobrevino un vacío del que no recuerdo más que lo que se recuerda de un sueño agitado y doloroso. Cuando desperté fue como si hubieran transcurrido siglos, y vi, casi encima de mí, emergiendo de la niebla, la proa de una embarcación y tres velas triangulares, cada una de las cuales solapaba hábilmente a la siguiente, hinchadas por el viento. Donde la proa cortaba el agua había un gran borbotoneo y burbujeo, y yo parecía estar justo en su camino. Intenté gritar, pero el agotamiento me lo impedía. La proa se hundió, pasó rozándome y me cubrió de agua de pies a cabeza. Luego el largo costado negro

del buque empezó a deslizarse ante mí, tan cerca que habría podido tocarlo con las manos. Intenté alcanzarlo, presa de una resolución desesperada de aferrarme a la madera con las uñas, pero los brazos me pesaban y estaban sin vida. Volví a esforzarme en gritar, pero no emití ningún sonido.

La popa del buque pasó junto a mí hundiéndose, al hacerlo, en el hueco entre las olas; y alcancé a ver a un hombre de pie al timón y a otro que parecía no hacer otra cosa que fumar un cigarro. Vi el humo que salía de sus labios mientras volvía despacio la cabeza y paseaba la vista por el agua en mi dirección. Era una mirada descuidada, sin premeditación, de esas que los hombres hacen cuando no tienen nada urgente que hacer, pero actúan porque están vivos y necesitan hacer algo.

Pero en aquella mirada estaban la vida y la muerte. Podía ver cómo el buque era engullido por la niebla; veía la espalda del hombre al timón y la cabeza del otro girando, girando lentamente, mientras su mirada se posaba en el agua y se deslizaba con calma a lo largo de ella hacia mí. Su rostro tenía una expresión ausente, de profunda meditación, y me angustié al pensar que, aunque sus ojos se posaran en mí, no me vería. Pero sus ojos se posaron en mí y miraron directamente a los míos; y sí me vio, porque saltó al timón, empujó al otro a un lado y lo hizo girar y girar, mano sobre mano, gritando órdenes al mismo tiempo. El buque pareció salirse en diagonal de su rumbo anterior y desapareció casi al instante en la niebla.

Sentí que me deslizaba hacia la inconsciencia, y luché con toda la fuerza de mi voluntad por mantenerme por encima de la sofocante oscuridad y el vacío que se alzaban a mi alrededor. Poco después oí el golpe de los remos, cada vez más próximos, y la voz de un hombre. Cuando estaba muy cerca lo oí gritar, con tono irritado: «¿Por qué demonios no da usted un grito?» Eso era por mí, pensé, y luego el vacío y la oscuridad se alzaron sobre mí.

II

Me parecía oscilar en un ritmo potente a través de órbitas infinitas. Puntos de luz centelleante chisporroteaban y me pasaban rozando. Eran estrellas, lo sabía, y cometas llameantes que poblaban mi vuelo entre los soles. Cuando alcanzaba el límite de mi balanceo y me disponía a regresar en el arco contrario, un gran gong resonaba y tronaba. Durante un período inconmensurable, mecido en el ondular de plácidos siglos, disfrutaba y meditaba sobre mi prodigioso vuelo.

Pero algo cambió en el semblante del sueño, pues un sueño era, me decía a mí mismo. Mi ritmo se fue acortando. Me zarandeaban de un extremo al otro con exasperante celeridad. Apenas podía recobrar el aliento, tan violentamente era lanzado por los cielos. El gong tronaba con más frecuencia y más furia. Llegué a esperarlo con un terror sin nombre. Luego me pareció que me arrastraban sobre arenas rugosas, blancas y ardientes bajo el sol. Eso dio paso a una sensación de angustia intolerable. La piel se me chamuscaba en el tormento del fuego. El gong clamaba y doblaba. Los puntos de luz centelleante me pasaban en un torrente interminable, como si todo el sistema sidéreo se precipitara en el vacío. Jadeé, respiré con dificultad y abrí los ojos. Dos hombres estaban arrodillados junto a mí, trabajando sobre mi cuerpo. Mi potente ritmo era el ascenso y el avance de un barco en la mar. El terrible gong era una sartén colgada en la pared, que repicaba y golpeaba con cada salto del buque. Las arenas rugosas y ardientes eran las manos callosas de un hombre frotándome el pecho desnudo. Me retorcí bajo el dolor, y levanté a medias la cabeza. Tenía el pecho en carne viva y

enrojecido, y podía ver diminutas gotitas de sangre que brotaban de la piel desgarrada e inflamada.

—Basta, Yonson —dijo uno de los hombres—. ¿Es que no ves que le has dejado la piel en carne viva al señor?

El hombre a quien llamaban Yonson, de esa complexión pesada y escandinava, dejó de frotarme y se incorporó torpemente. El que le había hablado era claramente un cockney, con las facciones limpias y la cara blandamente hermosa, casi afeminada, del hombre que ha absorbido el sonido de las campanas de Bow con la leche materna. Un gorro de muselina deshilachado en la cabeza y un saco de arpillera sucio en torno a las caderas lo proclamaban cocinero de la cocina de a bordo, decididamente sucia, en la que me encontraba.

—¿Y cómo se encuentra usted ahora, señor? —preguntó, con esa sonrisa servil que solo engendran generaciones de antepasados a la caza de propinas.

Como respuesta, me retorcí con esfuerzo hasta sentarme, y Yonson me ayudó a ponerme en pie. El repique y golpeteo de la sartén me crispaba los nervios horriblemente. No conseguía recomponer los pensamientos. Aferrado a la madera de la cocina —y confieso que la grasa que la embadurnaba me ponía los dientes de punta—, alargué el brazo sobre los fogones hasta el molesto utensilio, lo descolgué y lo encajé bien dentro del cajón del carbón.

El cocinero sonrió ante mi ataque de nervios y me puso en la mano un tazón humeante con un «Tome, que esto le sentará bien». Era una mezcla nauseabunda —el café de a bordo—, pero el calor resultaba revigorante. Entre tragos de aquella cosa ardiente me miré el pecho en carne viva y me volví hacia el escandinavo.

—Gracias, Mr. Yonson —le dije—; aunque no cree que sus métodos eran algo heroicos.

Fue porque entendió el reproche de mi gesto, más que de mis palabras, por lo que levantó la palma para que la examinara. Estaba extraordinariamente encallecida. Pasé la mano sobre las rugosas

protuberancias, y los dientes se me volvieron a poner de punta ante la horrible sensación de raspado.

—Me llamo Johnson, no Yonson —dijo, en un inglés muy correcto aunque pausado, con apenas un leve acento.

En sus ojos azul pálido había una protesta suave, y al mismo tiempo una franqueza tímida y una hombría que me ganaron de inmediato.

—Gracias, Mr. Johnson —me corregí, y le tendí la mano.

Vaciló, torpe y tímido, trasladó el peso de una pierna a la otra y luego, con un poco de torpeza, me estrechó la mano con un apretón cordial.

—¿Tendría algo de ropa seca que ponerme? —le pregunté al cocinero.

—Sí, señor —respondió con alegre presteza—. Bajo a echar un vistazo a mi equipaje, si no tiene inconveniente en ponerse mis cosas.

Se escurrió hacia la puerta de la cocina, o más bien se deslizó, con una soltura y una suavidad de movimientos que me llamaron la atención como no tanto de gato como de aceitosa. En efecto, esta aceitosidad, o grasosidad, como aprendería más adelante, era probablemente la expresión más llamativa de su personalidad.

—¿Y dónde estoy? —le pregunté a Johnson, a quien tomé, acertadamente, por uno de los marineros—. ¿Qué barco es este y adónde va?

—Frente a las Farallones, rumbo aproximado al suroeste —respondió, despacio y metódicamente, como si buscara el inglés más correcto y respetara el orden de mis preguntas—. La goleta *Ghost*, en viaje de caza de focas al Japón.

—¿Y quién es el capitán? Debo verle en cuanto me vista.

Johnson pareció perplejo y desconcertado. Vaciló mientras buscaba en su vocabulario y formulaba una respuesta completa.

—El capitán es Wolf Larsen, o así lo llaman los hombres. Su otro nombre no lo he oído nunca. Pero es mejor que hable usted con suavidad con él. Esta mañana está furioso. El contramaestre...

Pero no terminó. El cocinero se había deslizado de vuelta.

—Mejor que se largue de aquí, Yonson —dijo—. El viejo le va a querer en cubierta, y hoy no es día de ponerle de malas.

Johnson se dirigió obediente hacia la puerta, y al mismo tiempo, por encima del hombro del cocinero, me dirigió un guiño solemne y elocuente que parecía subrayar su comentario interrumpido y la necesidad de hablarle al capitán con suavidad.

Del brazo del cocinero colgaba un revoltijo de prendas arrugadas, de aspecto repugnante y olor agrio.

—Se guardaron mojadas, señor —ofreció a modo de explicación—. Pero tendrá que arreglarse con ellas hasta que le seque las suyas al fuego.

Aferrado a la madera, tambaleándome con el balanceo del barco y ayudado por el cocinero, me las arreglé para meterme en una camiseta de lana basta. Al instante la piel se me puso a rastrillar y a hormiguear por el contacto áspero. Él notó mis contracciones y muecas involuntarias, y sonrió:

—Solo espero que no tenga que acostumbrarse a esto en esta vida, porque tiene una piel de lo más delicada, vaya si la tiene, más que la de una señorita, de las que yo he conocido. Estaba bien seguro de que era usted un caballero en cuanto le eché la vista encima.

Le había tomado antipatía desde el primer momento, y mientras me ayudaba a vestirme esa antipatía fue en aumento. Había algo repulsivo en su tacto. Me apartaba de su mano; mi cuerpo se rebelaba. Entre eso y los olores que brotaban de los diversos pucheros que hervían y borboteaban en los fogones, me moría de ganas de salir al aire fresco. Además, necesitaba ver al capitán para saber qué podría hacerse para llevarme a tierra.

Me pusieron una camisa de tela barata, con el cuello deshilachado y el pechero descolorido por lo que tomé por manchas de sangre viejas, en medio de una cascada de comentarios locuaces y apologéticos. Un par de borceguíes de obrero me calzaron los pies, y como pantalones me proporcionaron un mono azul pálido, desteñido, con una pernera más de veinte centímetros más corta que la otra. La pernera abreviada parecía el rastro de una zarpa del diablo tratando de atrapar el alma del cockney y fallando.

—¿Y a quién debo agradecer esta amabilidad? —pregunté, cuando estuve completamente vestido, con una gorrita de niño en la cabeza y una sucia chaquetilla de tela a rayas que terminaba en el riñón y cuyas mangas llegaban justo por debajo del codo.

El cocinero adoptó un aire de humildad pomposa, con una sonrisa aduladora en el rostro. Por mi experiencia con los camareros de los transatlánticos del Atlántico al final del viaje, habría jurado que esperaba su propina. Por el conocimiento más completo que tengo de él ahora, sé que la actitud era inconsciente. Una servilidad hereditaria, sin duda, era la responsable.

—Mugridge, señor —aduló, con sus facciones afeminadas derritiéndose en una sonrisa grasienta—. Thomas Mugridge, señor, para lo que guste.

—Muy bien, Thomas —dije—. No me olvidaré de usted... cuando mis ropas estén secas.

Una luz suave le iluminó el rostro y los ojos le brillaron, como si en algún lugar de su ser sus ancestros se hubieran despertado y agitado con un vago recuerdo de las propinas recibidas en vidas anteriores.

—Gracias, señor —dijo, con mucha gratitud y con mucha humildad ciertamente.

Exactamente igual que la puerta se abrió deslizándose, él se apartó a un lado, y salí a cubierta. Todavía estaba débil por la prolongada inmersión. Una ráfaga de viento me atrapó, y me tambalee por la cubierta en movimiento hasta un rincón de la

cabina, del que me agarré para no caer. La goleta, muy escorrada, cabeceaba y se hundía en el largo oleaje del Pacífico. Si ponía rumbo al suroeste, como había dicho Johnson, el viento, calculé, soplaba casi del sur. La niebla había desaparecido, y en su lugar el sol centelleaba nítido sobre la superficie del agua. Me volví hacia el este, donde sabía que debía estar California, pero no veía nada salvo bancos de niebla bajos: la misma niebla, sin duda, que había provocado el desastre del *Martinez* y me había puesto en mi situación actual. Al norte, y no muy lejos, un grupo de rocas desnudas emergía del mar; en una de ellas distinguí un faro. Al suroeste, y casi en nuestro rumbo, divisé el perfil piramidal de las velas de algún barco.

Tras completar mi inspección del horizonte, me volví hacia lo que me rodeaba de inmediato. Mi primer pensamiento fue que un hombre que había pasado por una colisión y había rozado la muerte merecía más atención de la que me dispensaban. Aparte del marinero al timón, que me miraba con curiosidad por encima de la cabina, no atraía la atención de nadie.

Todo el mundo parecía interesado en lo que ocurría en la sección central del barco. Allí, sobre una escotilla, yacía un hombre corpulento boca arriba. Iba completamente vestido, aunque tenía la camisa desgarrada por delante. De su pecho no se veía nada, pues lo cubría una mata de pelo negro, de aspecto parecido al pelaje de un perro. La cara y el cuello estaban ocultos bajo una barba negra, entrecana, que habría sido tiesa y espesa de no estar laxa y apelmazada y chorreando agua. Tenía los ojos cerrados y aparentemente estaba inconsciente; pero mantenía la boca abierta de par en par, el pecho agitándose como si se ahogara mientras pugnaba ruidosamente por respirar. Un marinero, de vez en cuando y con gran metodismo, como si fuera una rutina, dejaba caer un balde de lona en el océano al extremo de un cabo, lo izaba mano a mano y arrojaba el contenido sobre el hombre tendido.

Paseándose de un extremo al otro de las escotillas y mascando con furia el cabo de un cigarro, estaba el hombre cuya mirada casual

me había rescatado del mar. Su estatura era de unos metro ochenta, quizá metro ochenta y cinco; pero mi primera impresión, mi primera sensación del hombre, no fue esa, sino su fortaleza. Y sin embargo, aunque era de complexión maciza, con los hombros anchos y el pecho profundo, no habría podido calificar su fortaleza de maciza. Era lo que podría llamarse una fortaleza de tendones y nudos, del tipo que atribuimos a los hombres delgados y nervudos, pero que en él, por su complexión robusta, participaba más bien del orden del gorila desarrollado. No es que en apariencia pareciera lo más mínimo un gorila. Lo que intento expresar es la fortaleza en sí misma, más como algo separado de su aspecto físico. Era una fortaleza que solemos asociar con las cosas primitivas, con los animales salvajes y con las criaturas que imaginamos que fueron nuestros prototipos trepadores de árboles: una fortaleza salvaje, feroz, viva en sí misma, la esencia de la vida en cuanto que es la potencia del movimiento, la materia primordial de la que se han moldeado las múltiples formas de vida; en suma, lo que se retuerce en el cuerpo de una serpiente cuando se le corta la cabeza y la serpiente, como serpiente, está muerta, o lo que pervive en el informe pedazo de carne de tortuga y se aparta y se contrae ante el contacto de un dedo.

Tal era la impresión de fortaleza que me produjo aquel hombre que paseaba de un lado a otro. Estaba firmemente plantado sobre sus pies; sus pies golpeaban la cubierta con aplomo y seguridad; cada movimiento de un músculo, desde el balanceo de los hombros hasta el apretamiento de los labios en torno al cigarro, era decisivo, y parecía emanar de una fortaleza excesiva y abrumadora. En realidad, aunque esa fortaleza impregnaba cada uno de sus actos, no era sino el anuncio de una fortaleza mayor que acechaba en su interior, que permanecía dormida y solo se agitaba de vez en cuando, pero que podría despertar en cualquier momento, terrible e irresistible, como la cólera de un león o la furia de una tormenta.

El cocinero asomó la cabeza por la puerta de la cocina y me dedicó un gesto alentador, señalando al mismo tiempo con el pulgar hacia el hombre que se paseaba junto a las escotillas. De este modo comprendí que era el capitán, el «Viejo», en el argot del cocinero, el

individuo con quien debía hablar y al que tendría que pedirle que se tomara la molestia de llevarme a tierra de algún modo. Había dado medio paso adelante, dispuesto a quitarme de encima lo que estaba seguro sería una penosa conversación de cinco minutos, cuando un paroxismo de asfixia más violento se apoderó del desdichado que yacía boca arriba. Se retorció y se agitó convulsivamente. El mentón, con la barba negra y húmeda, apuntó más alto en el aire mientras los músculos de la espalda se tensaban y el pecho se hinchaba en un esfuerzo inconsciente e instintivo por conseguir más aire. Debajo de los bigotes, invisible para mí, sabía que la piel estaba tomando una tonalidad violácea.

El capitán, o Wolf Larsen, como le llamaban los hombres, dejó de pasearse y se quedó mirando al moribundo. Tan violenta había llegado a ser aquella lucha final que el marinero hizo una pausa en el acto de arrojar más agua sobre él y miró con curiosidad, con el cubo de lona medio volcado y goteando su contenido sobre la cubierta. El moribundo repicó en la escotilla con los talones, estiró las piernas, se tensó en un supremo y prolongado esfuerzo, y rodó la cabeza de un lado a otro. Luego los músculos se relajaron, la cabeza dejó de rodar, y un suspiro que parecía de profundo alivio ascendió de sus labios. La mandíbula cayó, el labio superior se levantó, y aparecieron dos hileras de dientes descoloridos por el tabaco. Parecía como si sus facciones se hubieran congelado en una sonrisa diabólica dirigida al mundo que había abandonado y burlado.

Fue entonces cuando ocurrió algo de lo más sorprendente. El capitán descargó sobre el muerto como un trueno. Los juramentos manaban de sus labios en un torrente continuo. Y no eran blasfemias insulsos ni meras expresiones de indecencia. Cada palabra era una blasfemia, y palabras había muchas. Crepitaban y chispeaban como chispas eléctricas. Nunca había oído nada igual en mi vida, ni habría podido imaginarlo. Con mis propias inclinaciones hacia la expresión literaria y mi predilección por imágenes y frases enérgicas, aprecié, como ningún otro oyente podría hacerlo, la peculiar viveza, la fortaleza y la blasfemia absoluta de sus metáforas. La causa de todo ello, según pude deducir, era que el hombre, que

era el contramaestre, se había dado a la bebida antes de salir de San Francisco, y luego había tenido el mal gusto de morir al comienzo del viaje, dejando a Wolf Larsen falto de tripulación.

Huelga decir, al menos a mis amigos, que me hallaba consternado. Los juramentos y el lenguaje soez de cualquier tipo siempre me habían resultado repugnantes. Experimenté una sensación de desvanecimiento, de hundimiento en el corazón, y —bien puedo decirlo— de mareo. Para mí, la muerte siempre había estado investida de solemnidad y dignidad. Había sido apacible en su llegada, sagrada en su ceremonial. Pero la muerte en sus aspectos más sórdidos y terribles era algo con lo que hasta entonces no había tenido contacto. Como digo, aunque aprecié el poder de la tremenda diatriba que brotaba de la boca de Wolf Larsen, estaba inexpresablemente consternado. El tórrido chaparrón habría bastado para marchitar el rostro del cadáver. No me habría sorprendido que la barba negra y húmeda se hubiera encrespado y rizado y prendido en humo y llamas. Pero el muerto no se inmutaba. Seguía sonriendo con un humor sardónico, con una burla y un desafío cínicos. Él era el dueño de la situación.

III

Wolf Larsen dejó de maldecir tan de repente como había empezado. Encendió de nuevo el cigarro y miró a su alrededor. Sus ojos se posaron en el cocinero.

—¿Bien, Cocinero? —empezó, con una suavidad fría y acerada.

—Sí, señor —interpoló el cocinero con presteza, con servilismo conciliador y apologético.

—¿No cree que ha estirado ya bastante ese cuello suyo? No es sano, ya sabe. El contraamaestre se ha ido, así que no puedo permitirme perderle a usted también. Tiene que cuidarse mucho, mucho, Cocinero. ¿Entendido?

Su última palabra, en flagrante contraste con la suavidad de su discurso anterior, restalló como el latigazo de un látigo. El cocinero se encogió ante él.

—Sí, señor —fue la mansa respuesta, mientras la cabeza indiscreta desaparecía en la cocina.

Ante esta severa reprensión, cuyo blanco el cocinero no había sido sino de modo incidental, el resto de la tripulación perdió todo interés y se puso a trabajar en una u otra tarea. Un grupo de hombres, sin embargo, que estaban holgazaneando junto a una escalerilla entre la cocina y la escotilla, y que no parecían ser marineros, continuaron hablando en voz baja entre sí. Eran, como supe más tarde, los cazadores, los hombres que disparaban a las focas, y una raza muy superior a la gente marinera ordinaria.

—¡Johansen! —llamó Wolf Larsen. Un marinero se adelantó obediente—. Coge tu palma y tu aguja y cóselo. Encontrarás lona vieja en el pañol de velas. Arréglate con lo que hay.

—¿Qué le pongo en los pies, señor? —preguntó el hombre, tras el reglamentario «A la orden».

—Ya nos encargaremos de eso —respondió Wolf Larsen, y elevó la voz—: ¡Cocinero!

Thomas Mugridge salió disparado de su cocina como un diablillo de su caja.

—Baja y llena un saco de carbón.

—¿Tiene alguno de ustedes una Biblia o un libro de oraciones? — fue la siguiente demanda del capitán, dirigida esta vez a los cazadores que holgazaneaban junto a la escalerilla.

Negaron con la cabeza, y alguien hizo un comentario jocoso que no alcancé a oír, pero que provocó una risa general.

Wolf Larsen hizo la misma pregunta a los marineros. Biblias y libros de oraciones parecían escasear, pero uno de los hombres se ofreció a buscar entre los de guardia de abajo, regresando al cabo de un minuto con la información de que no había ninguno.

El capitán se encogió de hombros.

—Pues lo arrojamos al agua sin más ceremonias, a no ser que nuestro náufrago de aspecto clerical sepa el servicio de entierro en el mar de memoria.

Con esto se había girado del todo y me miraba de frente.

—Usted es predicador, ¿verdad? —me preguntó.

Los cazadores —eran seis en total— se volvieron a una hacia mí. Era muy consciente de mi parecido con un espantapájaros. Estalló una carcajada ante mi aspecto: una carcajada que no se amortiguó ni suavizó por el muerto tendido y sonriendo ante nosotros; una carcajada tan ruda y áspera y franca como el mar mismo; que

brotaba de sentimientos toscos y sensibilidades embotadas, de naturalezas que no conocían ni la cortesía ni la delicadeza.

Wolf Larsen no se rió, aunque sus ojos grises se iluminaron con un leve destello de diversión; y en ese momento, habiéndome acercado bastante a él, recibí mi primera impresión del hombre mismo, del hombre independientemente de su cuerpo y del torrente de blasfemias que le había oído proferir. El rostro, de facciones marcadas y líneas enérgicas, de orden cuadrado aunque bien redondeado, parecía macizo a primera vista; pero de nuevo, como con el cuerpo, la macicez pareció desvanecerse, y fue creciendo la convicción de una fuerza mental o espiritual tremenda y desmesurada que dormía en las profundidades de su ser. La mandíbula, el mentón, la frente que ascendía a considerable altura y se abombaba por encima de los ojos: todo ello, siendo de por sí fuerte, insólitamente fuerte, parecía proclamar un vigor o una vitalidad del espíritu inmensas, que yacían detrás y más allá, fuera del alcance de la vista. No había modo de sondar semejante espíritu, ni de medirlo, ni de determinar sus lindes, ni de clasificarlo ordenadamente en algún compartimento junto con otros de tipo similar.

Los ojos —y estaba destinado a conocerlos bien— eran grandes y hermosos, muy separados entre sí, como los del verdadero artista, resguardados bajo unas cejas prominentes y arqueados por espesas cejas negras. Los ojos mismos eran de ese gris desconcertante y proteico que nunca es dos veces igual; que discurre por muchas tonalidades y colores como la seda jaspeada a la luz del sol; que es gris oscuro y claro, y gris verdoso, y a veces el azur puro del mar profundo. Eran ojos que enmascaraban el alma con mil disfraces, y que a veces se abrían, en raros momentos, y dejaban que se asomara como si estuviera a punto de salir desnuda al mundo en alguna aventura maravillosa: ojos que podían ensombrecerse con la sombría desesperanza de un cielo plomizo; que podían chispear y centellear como los puntos de fuego que saltan de una espada giratoria; que podían volverse fríos como un paisaje ártico, y sin embargo, de nuevo, calentarse y ablandarse y llenarse de luces de

amor, intensas y viriles, sugestivas y apremiantes, que a la vez fascinan y dominan a las mujeres hasta que se rinden en un júbilo de alegría, de alivio y de sacrificio.

Pero volvamos al hilo. Le dije que, desafortunadamente para el servicio de entierro, yo no era predicador, cuando me preguntó de golpe:

—¿De qué vive usted?

Confieso que nunca me habían hecho semejante pregunta, ni yo me la había planteado. Me cogió completamente desprevenido, y antes de poder reaccionar balbucí con torpeza:

—Yo... soy un caballero.

Su labio se torció en un rápido gesto de desprecio.

—He trabajado, trabajo —exclamé impetuosamente, como si él fuera mi juez y yo necesitara justificarme, siendo al mismo tiempo muy consciente de mi manifiesta estupidez al entrar en semejante discusión.

—¿Para vivir?

Había en él algo tan imperioso y dominante que estaba completamente fuera de mí, «acobardado», como lo habría llamado Furuseth, como un niño tembloroso ante un maestro severo.

—¿Quién le da de comer? —fue su siguiente pregunta.

—Tengo una renta —respondí con firmeza, y al instante siguiente me habría mordido la lengua—. Todo lo cual, perdone que se lo diga, no tiene absolutamente nada que ver con lo que deseo hablarle.

Pero él hizo caso omiso de mi protesta.

—¿Quién la ganó? ¿Eh? Ya me lo imaginaba. Su padre. Se mantiene usted sobre los huesos de los muertos. Nunca ha tenido piernas propias. No podría caminar solo de un amanecer a otro y buscarse la comida para tres comidas. Déjeme ver la mano.

Su dormida fortaleza debió de ponerse en marcha con rapidez y precisión, o yo debí de quedarme un momento en blanco, porque antes de darme cuenta había dado dos pasos adelante, me había cogido la mano derecha y la sostenía en alto para examinarla. Intenté retirarla, pero sus dedos se apretaron, sin esfuerzo visible, hasta que creí que los míos serían aplastados. Es difícil mantener la dignidad en semejantes circunstancias. No podía retorcerme ni debatirme como un colegial. Ni podía atacar a semejante individuo que con solo torcerme el brazo me lo rompería. No quedaba otra opción que permanecer quieto y aceptar el ultraje. Tuve tiempo de observar que los bolsillos del muerto habían sido vaciados sobre la cubierta, y que su cuerpo y su mueca habían quedado envueltos en la lona, cuyas dobleces el marinero Johansen cosía con bramante blanco grueso, empujando la aguja con una palma de cuero que llevaba en la mano.

Wolf Larsen me soltó la mano con un gesto de desdén.

—Las manos de los muertos la han mantenido blanda. Para poco más que fregar platos y trabajos de fregona.

—Deseo que me desembarquen —dije con firmeza, pues ya me había serenado—. Le pagaré lo que considere que valen su demora y sus molestias.

Me miró con curiosidad. En sus ojos brillaba la burla.

—Tengo una contraoferta que hacerle, y en bien de su alma. Mi contraмаestre se ha ido, y habrá varios ascensos. Un marinero pasa a popa para ocupar el puesto del contraмаestre, el grumete va a proa para ocupar el puesto del marinero, y usted ocupa el puesto del grumete; firma los artículos del crucero, veinte dólares al mes y manutención. ¿Qué dice? Y piénselo bien: es por el bien de su propia alma. Le formará como persona. Quizá aprenda con el tiempo a tenerse en pie por sus propios medios, y tal vez a caminar solo un poco.

Pero yo no le hacía caso. Las velas del barco que había divisado al suroeste habían crecido y se veían con más claridad. Tenían el

mismo aparejo de goleta que el *Ghost*, aunque el casco, pude ver, era más pequeño. Era una estampa hermosa, avanzando rápida hacia nosotros, y evidentemente con rumbo a pasar muy cerca. El viento había ido aumentando por momentos, y el sol, tras unos pocos destellos rabiosos, había desaparecido. El mar había tomado un gris plomizo y opaco, y se había agitado, y ahora arrojaba al cielo cresterías de espuma blanca. Navegábamos más rápido y con mayor escora. En una ráfaga, la regala se sumergió bajo el mar, y las cubiertas de ese lado quedaron un momento inundadas con el agua que hizo que un par de cazadores levantaran apresuradamente los pies.

—Ese barco pasará enseguida —dije, tras un momento de silencio—. Como va en dirección contraria, probablemente se dirige a San Francisco.

—Muy probablemente —fue la respuesta de Wolf Larsen, mientras se volvía a medias y gritaba—: ¡Cocinero! ¡Cocinero!

El cockney asomó la cabeza por la cocina.

—¿Dónde está ese chico? Dígale que le quiero.

—Sí, señor —y Thomas Mugridge corrió velozmente hacia popa y desapareció por otra escalerilla cerca del timón. Un momento después emergió, seguido de un muchacho robusto de unos dieciocho o diecinueve años, de fisonomía torva y villana.

—Aquí está, señor —dijo el cocinero.

Pero Wolf Larsen ignoró al buen hombre y se dirigió de inmediato al grumete.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—George Leach, señor —fue la respuesta hosca, y la actitud del chico dejaba bien claro que adivinaba la razón por la que le habían llamado.

—No es un nombre irlandés —observó el capitán en tono cortante—. O'Toole o McCarthy le quedarían mucho mejor a esa cara tuya. A

no ser, muy probablemente, que haya un irlandés en el pajar de tu madre.

Vi cómo los puños del muchacho se cerraban ante el insulto y la sangre le subía escarlata al cuello.

—Pero dejemos eso —continuó Wolf Larsen—. Puede que tengas muy buenas razones para olvidar tu nombre, y no te guardaré ningún rencor por ello mientras te portes bien. Telegraph Hill, claro está, es tu puerto de entrada. Se te nota en toda la cara. Duro como lo hacen y el doble de desagradable. Conozco el tipo. Bueno, puedes ir pensando en que aquí te lo quitaremos. ¿Entendido? ¿Quién te contrató, a ver?

—McCready y Swanson.

—¡Señor! —tronó Wolf Larsen.

—McCready y Swanson, señor —se corrigió el chico, con los ojos ardiendo de una amargura sombría.

—¿Quién se llevó el adelanto?

—Ellos, señor.

—Ya me lo figuraba. Y muy contento estabas de dejárselo. No podías poner tierra de por medio con bastante rapidez, con varios caballeros de quien podrías haber oído hablar buscándote.

El muchacho se transformó en un salvaje en un instante. El cuerpo se le encogió como dispuesto a un salto, y el rostro se le puso de fiera enfurecida al gruñir:

—Es una...

—¿Una qué? —preguntó Wolf Larsen, con una suavidad peculiar en la voz, como si tuviera una curiosidad abrumadora por oír la palabra que faltaba.

El muchacho vaciló, y luego dominó su genio.

—Nada, señor. Me retracto.

—Y con eso me has demostrado que tenía razón —dijo, con una sonrisa de satisfacción—. ¿Cuántos años tienes?

—Acabo de cumplir dieciséis, señor.

—Mentira. No volverás a ver los dieciocho. Grande para tu edad, eso sí, con unos músculos de caballo. Recoge tu petate y ve a proa, al pañol de proa. Ahora eres bogador. Has ascendido, ¿entendido?

Sin esperar la aceptación del muchacho, el capitán se volvió hacia el marinero que acababa de terminar la macabra tarea de coser el cadáver.

—Johansen, ¿sabe algo de navegación?

—No, señor.

—Bueno, no importa; contramaestre se queda. Lleva tus cosas a popa, al camarote del contramaestre.

—A la orden —fue la respuesta animosa, mientras Johansen se encaminaba hacia proa.

Mientras tanto, el que hasta entonces había sido grumete no se había movido.

—¿A qué esperas? —exigió saber Wolf Larsen.

—No me enrolé como bogador, señor —fue la respuesta—. Me enrolé como grumete. Y no me interesa lo de bogar.

—Recoge tu petate y ve a proa.

Esta vez la orden de Wolf Larsen era escalofriante en su imperiosidad. El muchacho se quedó hosco, sin moverse.

Entonces se produjo otra demostración de la fortaleza tremenda de Wolf Larsen. Fue completamente inesperada, y transcurrió entre el latido de dos segundos. Había cruzado de un salto los dos metros que lo separaban y había hundido el puño en el estómago del otro. Al mismo tiempo, como si me hubieran golpeado a mí, sentí un nauseabundo golpe en la boca del estómago. Lo señalo para mostrar la sensibilidad de mi sistema nervioso en aquel momento, y lo poco

acostumbrado que estaba a los espectáculos de brutalidad. El grumete —y pesaba como mínimo setenta y cinco kilos— se dobló. Su cuerpo se envolvió lánguidamente en torno al puño como un trapo mojado en torno a un palo. Fue lanzado al aire, dibujó un arco corto, y fue a golpear la cubierta junto al cadáver con la cabeza y los hombros, donde quedó retorciéndose de agonía.

—¿Y bien? —me preguntó Larsen—. ¿Se ha decidido ya?

De vez en cuando había lanzado una ojeada a la goleta que se aproximaba, y ahora estaba casi a nuestra altura y no a más de doscientos metros de distancia. Era una embarcación muy airosa y pulida. Podía ver un gran número negro en una de sus velas, y había visto fotografías de barcos pilotos.

—¿Qué barco es ese? —pregunté.

—El barco piloto *Lady Mine* —respondió Wolf Larsen con voz sombría—. Acaba de dejar a sus pilotos y entra a San Francisco. Llegará en cinco o seis horas con este viento.

—¿Podría señalarle entonces, para que me lleven a tierra?

—Lo siento, pero el libro de señales cayó por la borda —observó, y el grupo de cazadores sonrió.

Lo medité un momento, mirándole fijamente a los ojos. Había visto el trato brutal infligido al grumete, y sabía que muy probablemente yo recibiría el mismo, si no peor. Como digo, lo medité, y luego hice lo que considero el acto más valiente de mi vida. Corrí hacia la borda, agitando los brazos y gritando:

—*Lady Mine*, ahoy! ¡Lléveme a tierra! ¡Mil dólares si me lleva a tierra!

Esperé, observando a dos hombres que estaban junto al timón, uno de los cuales lo manejaba. El otro se llevaba un megáfono a los labios. No me volví, aunque esperaba de un momento a otro un golpe mortal del bruto humano que tenía detrás. Por fin, después de lo que parecieron siglos, incapaz ya de soportar la tensión, miré atrás. No se había movido. Estaba de pie en la misma posición,

balanceándose con calma al vaivén del barco y encendiendo un cigarro fresco.

—¿Qué ocurre? ¿Pasa algo?

Era el grito del *Lady Mine*.

—¡Sí! —grité, con toda la fuerza de mis pulmones—. ¡Es cuestión de vida o muerte! ¡Mil dólares si me llevan a tierra!

—¡Demasiado «tanglefoot» de Frisco para la salud de mi tripulación! —gritó detrás Wolf Larsen—. ¡Este —señalándome con el pulgar— ve serpientes marinas y monos en este momento!

El hombre del *Lady Mine* respondió con una carcajada por el megáfono. El barco piloto pasó de largo.

—¡Que le den bien de su parte! —llegó como grito final, mientras los dos hombres agitaban los brazos a modo de despedida.

Me apoyé desesperado en la barandilla, viendo cómo la pequeña y airosa goleta aumentaba con rapidez la distancia gris y solitaria entre nosotros. ¡Y probablemente estaría en San Francisco en cinco o seis horas! La cabeza parecía a punto de estallarme. Tenía la garganta en un nudo, como si el corazón estuviera en ella. Una ola rizada golpeó el costado y me salpicó de espuma salada en los labios. El viento arreció, y el *Ghost* se escoró considerablemente, hundiendo su regala de sotavento. Oía el agua precipitarse cubierta abajo.

Cuando me di la vuelta, un momento después, vi al grumete levantándose con dificultad. Tenía el rostro cadavérico, contraído por un dolor reprimido. Tenía muy mal aspecto.

—Bueno, Leach, ¿vas a proa? —preguntó Wolf Larsen.

—Sí, señor —fue la respuesta de un espíritu domado.

—¿Y usted? —me preguntaron a mí.

—Le daré mil... —empecé, pero me interrumpieron.

—¡Déjese de eso! ¿Va a asumir sus obligaciones como grumete?
¿O tengo que tomarle de las manos?

¿Qué podía hacer? Una paliza brutal, o quizá la muerte, no mejorarían mi situación. Le miré fijamente a sus crueles ojos grises. Podrían haber sido de granito, por la luz y el calor de un alma humana que contenían. En los ojos de algunos hombres puede verse el alma, pero los suyos eran hoscos, fríos y grises como el mar mismo.

—¿Bien?

—Sí —dije.

—Diga «sí, señor».

—Sí, señor —me corregí.

—¿Cómo se llama?

—Van Weyden, señor.

—¿Nombre de pila?

—Humphrey, señor; Humphrey Van Weyden.

—¿Edad?

—Treinta y cinco años, señor.

—Basta. Vaya al cocinero y aprenda sus obligaciones.

Y así fue como pasé a un estado de servidumbre involuntaria bajo las órdenes de Wolf Larsen. Era más fuerte que yo, eso era todo. Pero en aquel momento parecía muy irreal. No lo es menos ahora que lo recuerdo. Siempre lo será para mí algo monstruoso, inconcebible, una horrible pesadilla.

—Espere, no se vaya todavía.

Me detuve obediente en mi camino hacia la cocina.

—Johansen, llama a toda la tripulación. Ahora que todo está en orden, celebraremos el funeral y despejaremos las cubiertas de lastre inútil.

Mientras Johansen llamaba a los de guardia de abajo, un par de marineros, bajo las instrucciones del capitán, colocaron el cadáver envuelto en lona sobre una cubierta de escotilla. A cada lado de la cubierta, contra la barandilla y boca abajo, estaban amarrados varios botes pequeños. Varios hombres levantaron la cubierta de escotilla con su espantoso cargamento, la llevaron a la banda de sotavento y la apoyaron sobre los botes, con los pies apuntando al exterior. A los pies le habían atado el saco de carbón que el cocinero había traído.

Siempre había imaginado que un entierro en el mar era algo muy solemne y que infundía respeto, pero pronto me desengañé, al menos con aquel entierro. Uno de los cazadores, un hombrecillo de ojos negros al que sus compañeros llamaban «Smoke», contaba historias profusamente salpicadas de palabrotas e indecencias; y de vez en cuando el grupo de cazadores lanzaba unas carcajadas que a mí me sonaban a coro de lobos o al ladrar de los perros del infierno. Los marineros llegaron ruidosamente a popa, algunos de los de guardia frotándose el sueño de los ojos, y charlaron en voz baja entre sí. En sus rostros había una expresión de mal agüero y preocupación. Era evidente que no les gustaba el aspecto de un viaje bajo semejante capitán y comenzado de modo tan nefasto. De vez en cuando lanzaban miradas furtivas a Wolf Larsen, y podía ver que le tenían miedo.

Él se acercó a la cubierta de escotilla, y todos los gorros se quitaron. Los recorrí con la vista: veinte hombres en total, veintidós contando al de guardia en el timón y a mí. Me picaba la curiosidad en mi examen, pues al parecer mi destino era estar recluso con ellos en aquel diminuto mundo flotante durante no sabía cuántas semanas o meses. Los marineros, en su mayor parte, eran ingleses y escandinavos, y sus rostros parecían de ese orden pesado y estoico. Los cazadores, en cambio, tenían rostros más fuertes y variados, con rasgos marcados y las señales del libre juego de las pasiones. Cosa curiosa, y lo observé de inmediato, las facciones de Wolf Larsen no mostraban semejante sello del mal. No había en ellas nada que pareciera vicioso. Las líneas que tenía eran las de la decisión y la firmeza. Parecía, más bien, un rostro franco y abierto, cuya

franqueza o apertura se acentuaba por el hecho de que llevaba la barba afeitada. Casi no podía creerlo —hasta que tuvo lugar el siguiente incidente— que fuera el rostro de un hombre capaz de comportarse como se había comportado con el grumete.

En ese momento, cuando abría la boca para hablar, ráfaga tras ráfaga golpeó la goleta y la fue inclinando. El viento silbó una canción salvaje entre el aparejo. Algunos de los cazadores lanzaron miradas ansiosas hacia arriba. La regala de sotavento, donde yacía el muerto, quedó sumergida bajo el mar, y cuando la goleta se irguió y se enderezó el agua barrió la cubierta mojándonos por encima de los zapatos. Un chubasco de lluvia nos azotó, cada gota escociéndonos como un granizo. Cuando pasó, Wolf Larsen empezó a hablar, los hombres descubiertos balanceándose al unísono con el vaivén y el cabeceo de la cubierta.

—Solo recuerdo una parte del servicio —dijo—, y es: «Y el cuerpo será arrojado al mar». Pues arrojadlo.

Calló. Los hombres que sujetaban la cubierta de escotilla parecían perplejos, desconcertados sin duda por la brevedad de la ceremonia. Les atacó con furia.

—¡Levantad ese extremo de ahí, maldita sea! ¿Qué diablos os pasa?

Levantaron el extremo de la cubierta de escotilla con precipitada presteza, y el muerto, como un perro arrojado por la borda, se deslizó de pies por delante al mar. El carbón de sus pies lo arrastró hacia abajo. Había desaparecido.

—Johansen —dijo Wolf Larsen enérgicamente al nuevo contra maestre—, mantenga a toda la tripulación en cubierta ya que está aquí. Recoja los foques y el trinquete y haga un buen trabajo. Nos entra un viento del sureste. Mejor también tome un rizo en el foque y la vela mayor mientras está en ello.

En un momento las cubiertas fueron un hervidero, con Johansen voceando órdenes y los hombres tirando o soltando cabos de toda clase, todo naturalmente confuso para un hombre de tierra como yo.

Pero lo que más me impresionó fue la indiferencia de todo aquello. El muerto era un episodio que había pasado, un incidente arrojado al agua con un saco de carbón, mientras el barco seguía su curso y el trabajo continuaba. Nadie había sido afectado. Los cazadores reían ante un nuevo chiste de Smoke; los hombres tiraban y hachaban, y dos de ellos trepaban al aparejo; Wolf Larsen estudiaba el cielo que se nublaba a barlovento; y el muerto, que había muerto obscenamente, enterrado sórdidamente, hundiéndose, hundiéndose...

Fue entonces cuando la crueldad del mar, su implacabilidad y su enormidad se me echaron encima. La vida se había vuelto barata y mezquina, una cosa bestial e inarticulada, un oleaje sin alma del lodo y del légamo. Me aferré a la barandilla de barlovento, cerca de los obenques, y miré a través de las olas desoladas y espumosas hacia los bancos de niebla bajos que ocultaban San Francisco y la costa de California. Entre ellos se metían chubascos de lluvia, y apenas podía ver la niebla. Y aquella extraña embarcación, con sus terribles hombres, aplastada por el viento y el mar y siempre saltando hacia adelante, ponía rumbo al suroeste, hacia la gran y solitaria extensión del Pacífico.

IV

Lo que me ocurrió a continuación en la goleta cazadora de focas *Ghost*, mientras intentaba adaptarme a mi nuevo entorno, son asuntos de humillación y dolor. El cocinero, a quien la tripulación llamaba «el médico», los cazadores «Tommy» y Wolf Larsen «Cocinero», era otra persona. El cambio en mi condición había traído consigo un cambio correspondiente en el trato que me dispensaba. Servil y adulador como había sido antes, ahora era dominante y pendenciero. En realidad, yo ya no era el fino caballero con la piel delicada como «la de una señorita», sino tan solo un grumete ordinario y de muy poco valor.

Con absurda insistencia exigía que me dirigiera a él como Mr. Mugridge, y su comportamiento y su porte eran insoportables mientras me enseñaba mis obligaciones. Además de mi trabajo en la cabina, con sus cuatro pequeños camarotes, se suponía que era su ayudante en la cocina, y mi colosal ignorancia en cuestiones como pelar patatas o fregar ollas grasientas era fuente de un asombro continuo y sarcástico para él. Se negaba a tener en cuenta lo que era yo, o más bien, lo que había sido mi vida y las cosas a las que estaba acostumbrado. Esta era parte de la actitud que había elegido adoptar hacia mí; y confieso que antes de que acabara el día le odiaba con un sentimiento más vívido que el que había sentido por nadie en mi vida.

Aquel primer día resultó más difícil para mí por el hecho de que el *Ghost*, con las velas muy rizadas (términos como este no los aprendí hasta más tarde), se abría paso a través de lo que Mr. Mugridge

llamaba un «vendaval del sur». A las cinco y media, siguiendo sus instrucciones, puse la mesa en la cabina, con bandejas antideslizantes en su lugar, y luego subí el té y la comida cocinada desde la cocina. A este respecto no puedo dejar de relatar mi primera experiencia con una ola de costado.

—Tenga cuidado o se va a mojar —fue el último consejo de Mr. Mugridge al salir yo de la cocina con una tetera grande en una mano, y en el hueco del otro brazo varios panes recién horneados. Uno de los cazadores, un tipo alto y desgarrado llamado Henderson, iba hacia popa por la misma cubierta, desde el entrepuente (nombre que los cazadores daban jocosamente a sus alojamientos a media eslora) hasta la cabina. Wolf Larsen estaba en el alcázar fumando su eterno cigarro.

—¡Ahí viene! ¡Agárrese!

Me detuve, pues no sabía qué venía, y vi cómo la puerta de la cocina se cerraba de golpe. Luego vi a Henderson saltar como un loco hacia el aparejo mayor, por cuyo interior trepó hasta quedar muy por encima de mi cabeza. También vi una gran ola, rizándose y espumando, que se cernía muy por encima de la barandilla. Yo estaba justo debajo de ella. Mi mente no reaccionó con rapidez, todo era tan nuevo y extraño. Comprendí que estaba en peligro, pero nada más. Me quedé inmóvil, aterrado. Entonces Wolf Larsen gritó desde el alcázar:

—¡Agárrese a algo, usted... usted, Jorobado!

Pero fue demasiado tarde. Me lancé hacia el aparejo, al que quizá habría podido aferrarme, y me encontré con la pared de agua que descendía. Lo que ocurrió después fue muy confuso. Estaba bajo el agua, ahogándome. Se me habían ido los pies de debajo, y daba vueltas y más vueltas arrastrado no sabía adónde. Choqué varias veces contra objetos duros, golpeándome una vez la rodilla derecha de manera terrible. Luego el diluvio pareció cesar de repente y volvía a respirar el buen aire. Me había arrastrado contra la cocina y, por la escalerilla del entrepuente, desde la banda de barlovento hasta los

imbornales de sotavento. El dolor de la rodilla era atroz. No podía cargar el peso sobre ella, o al menos creía que no podía; y estaba convencido de que la pierna estaba rota. Pero el cocinero me gritaba por la puerta de sotavento de la cocina:

—¡Eh, usted! ¡No nos entretenga toda la noche! ¿Dónde está el puchero? ¿Se fue por la borda? ¡Bien merecido le estaría si se hubiera roto el pescuezo!

Me las arreglé para ponerme en pie. La gran tetera seguía en mi mano. Me arrastré hasta la cocina y se la entregué. Pero él estaba consumido por la indignación, real o fingida.

—Dios me libre, vaya pedazo de torpe que estás hecho. ¿Para qué sirves tú, me quieres decir? ¿Eh? ¿Para qué sirves? ¿Y no puedes llevar un poco de té a popa sin perderlo? Ahora tendré que hacer más.

—¿Y de qué te quejas tú? —me atacó de nuevo con renovada furia—. ¿Porque te has hecho daño en la pobrecita piernecita? ¡Pobrecito de mamá!

Yo no me quejaba, aunque mi cara bien podía estar crispada y temblorosa de dolor. Pero apreté la resolución, cerré los dientes y fui renqueando de la cocina a la cabina y de la cabina a la cocina sin más percances. De aquel accidente me quedaron dos cosas: una rótula lesionada que no fue atendida y que me hizo sufrir durante largos meses, y el apodo de «Jorobado» que Wolf Larsen me había gritado desde el alcázar. Desde entonces, de proa a popa, no se me conoció por ningún otro nombre, hasta que el término pasó a formar parte de mis procesos de pensamiento y me identifiqué con él, me pensé a mí mismo como Jorobado, como si el Jorobado fuera yo y siempre lo hubiera sido.

No fue tarea fácil servir la mesa de la cabina, donde se sentaban Wolf Larsen, Johansen y los seis cazadores. La cabina era pequeña de por sí, y moverse por ella, como se me obligaba a hacer, no resultaba más fácil por el violento cabeceo y balanceo de la goleta. Pero lo que más me impresionó fue la falta total de simpatía por

parte de los hombres a los que servía. Sentía la rodilla hinchándose e hinchándose a través de la ropa, y estaba enfermo y desfallecido de dolor. Podía ver destellos de mi propio rostro en el espejo de la cabina, blanco y espectral, contraído por el sufrimiento. Todos los hombres debían de ver mi estado, pero ninguno habló ni se fijó en mí, hasta que casi le agradecí a Wolf Larsen, más tarde (estaba fregando los platos), cuando dijo:

—No se preocupe por esa pequeñez. Con el tiempo se acostumbrará a estas cosas. Puede que le deje algo cojo, pero aun así aprenderá a caminar.

—Eso se llama una paradoja, ¿verdad? —añadió.

Pareció complacido cuando asentí con la cabeza con el preceptivo «Sí, señor».

—Supongo que sabe algo de literatura. ¿Eh? Bien. Tendremos alguna charla alguna vez.

Y luego, sin hacerme más caso, se volvió de espaldas y subió a cubierta.

Aquella noche, cuando hube terminado una cantidad interminable de trabajo, me mandaron a dormir en el entrepuente, donde arreglé una litera libre. Me alegré de alejarme de la detestable presencia del cocinero y de quitarme los pies de encima. Para mi sorpresa, la ropa se me había secado encima y no había indicios de resfriado, ni por el último remojón ni por el prolongado chapuzón del hundimiento del *Martinez*. En circunstancias normales, después de todo lo que había pasado, hubiera estado en cama necesitado de una enfermera.

Pero la rodilla me martirizaba. A juzgar por lo que podía ver, la rótula parecía vuelta de canto en medio de la hinchazón. Mientras la examinaba sentado en mi litera (los seis cazadores estaban todos en el entrepuente, fumando y hablando en voz alta), Henderson le echó un vistazo.

—Tiene mala pinta —comentó—. Átese un trapo y se le pasará.

Eso fue todo; y en tierra habría estado tumbado sobre los riñones, con un cirujano atendiéndome y con órdenes estrictas de no hacer nada más que descansar. Pero hay que hacer justicia a aquellos hombres. Tan indiferentes como eran al sufrimiento ajeno, eran igualmente indiferentes al propio cuando les ocurría algo. Y ello se debía, creo, en primer lugar, al hábito, y en segundo, al hecho de que eran organismos menos sensibles. Creo de verdad que un hombre de organización refinada y nervios tensos sufriría el doble o el triple que ellos ante la misma lesión.

Cansado como estaba —agotado, de hecho—, el dolor de la rodilla me impedía dormir. Me costaba no gemir en voz alta. En casa, sin duda, habría dado rienda suelta a mi angustia; pero aquel entorno nuevo y elemental parecía exigir una represión salvaje. Como el salvaje, la actitud de aquellos hombres era estoica en las cosas grandes, pueril en las pequeñas. Recuerdo, más adelante en el viaje, ver a Kerfoot, otro de los cazadores, perder un dedo porque se lo aplastaron hasta dejarlo como gelatina; y ni siquiera murmuró ni cambió la expresión del rostro. Sin embargo, al mismo hombre lo vi muchas veces, una y otra vez, montar en cólera por una nadería.

Lo estaba haciendo en ese preciso momento, voceando, bramando, agitando los brazos y maldiciendo como un endemoniado, y todo por una disputa con otro cazador sobre si el cachorro de foca sabía instintivamente nadar. Sostenía que sí, que podía nadar desde el momento en que nacía. El otro cazador, Latimer, un tipo delgado y de aspecto yanqui con ojos astutos y entornados, sostenía lo contrario: que el cachorro nace en tierra precisamente porque no sabe nadar, y que la madre se ve obligada a enseñarle a nadar como las aves se ven obligadas a enseñar a volar a sus polluelos.

En su mayor parte, los otros cuatro cazadores se apoyaban en la mesa o yacían en sus literas y dejaban la discusión a los dos antagonistas. Pero estaban sumamente interesados, pues de vez en cuando tomaban partido arduosamente, y a veces todos hablaban a la vez, hasta que sus voces surgían y se recogían en oleadas de

sonido como los truenos en miniatura en el espacio cerrado. Por pueril e intrascendente que fuera el tema, la calidad de su razonamiento era aún más pueril e intrascendente. En verdad, había muy poco razonamiento, o ninguno. Su método era el de la afirmación, la suposición y la denuncia. Demostraban que el cachorro de foca podía o no podía nadar al nacer declarando la proposición con gran beligerancia y atacando luego el criterio, el sentido común, la nacionalidad o el pasado del hombre del lado contrario. La réplica era exactamente igual. Lo he relatado para mostrar la capacidad intelectual de los hombres con quienes me tocó convivir. Intelectualmente eran niños que habitaban formas físicas de hombres.

Y fumaban, incesantemente fumaban, usando un tabaco basto, barato y de olor desagradable. El aire estaba espeso y cargado de su humo; y esto, combinado con el violento movimiento del barco mientras luchaba contra la tormenta, me habría mareado de haber sido yo propenso a ese mal. Tal como estaban las cosas, me ponía bastante descompuesto, aunque aquellas náuseas podían deberse al dolor de la pierna y al agotamiento.

Mientras yacía allí pensando, meditaba naturalmente sobre mí mismo y mi situación. No tenía precedente, era inimaginable, que yo, Humphrey Van Weyden, estudioso y diletante, si se quiere, en cuestiones artísticas y literarias, estuviera tendido en una goleta cazadora de focas del mar de Bering. ¡Grumete! Nunca en mi vida había realizado trabajos manuales pesados ni de fregona. Había llevado una existencia plácida, tranquila, sedentaria durante todos mis días: la vida de un estudioso y un hombre de retiro, con una renta asegurada y cómoda. La vida violenta y los deportes atléticos nunca me habían atraído. Siempre había sido un ratón de biblioteca; así me llamaban mis hermanas y mi padre durante mi infancia. Había ido de acampada una sola vez en mi vida, y lo dejé casi al principio y regresé a las comodidades y conveniencias de un techo. Y aquí estaba yo, con la perspectiva monótona e interminable de poner mesas, pelar patatas y fregar platos. Y no era fuerte. Los médicos siempre habían dicho que tenía una constitución notable,

pero nunca la había desarrollado a ella ni a mi cuerpo mediante el ejercicio. Mis músculos eran pequeños y blandos, como los de una mujer, o eso habían dicho los médicos una y otra vez en el curso de sus intentos de persuadirme de que me aficionara a los ejercicios físicos de moda. Pero yo había preferido usar la cabeza antes que el cuerpo; y aquí estaba, en pésimas condiciones para la vida ruda que me aguardaba.

Estas son solo algunas de las cosas que rondaban mi mente, y se relatan para justificarme de antemano en el papel débil e impotente que estaba destinado a desempeñar. Pero pensé también en mi madre y en mis hermanas, e imaginé su pena. Figuraba entre los muertos sin rescatar del desastre del *Martinez*, un cuerpo sin recuperar. Veía los titulares de los periódicos; a los compañeros del Club Universitario y el Bibelot moviendo la cabeza y diciendo: «¡Pobre hombre!». Y veía a Charley Furuseth, tal y como me había despedido de él aquella mañana, apoltronado en un batín en el diván de la ventana entre cojines, entregándose a sus epigramas oraculares y pesimistas.

Y mientras tanto, cabeceando, hundiéndose, escalando montañas en movimiento y cayendo y balanceándose en los valles espumosos, la goleta *Ghost* se abría paso cada vez más adentro en el corazón del Pacífico, y yo estaba a bordo. Oía el viento arriba. Me llegaba como un rugido sordo. De vez en cuando resonaban pasos sobre mi cabeza. Un crujido interminable se oía por todas partes, la madera y los accesorios gimiendo y rechazando y quejándose en mil tonos. Los cazadores seguían discutiendo y rugiendo como alguna especie semibhumana anfibia. El aire estaba lleno de juramentos y expresiones obscenas. Veía sus rostros, enrojecidos y airados, con la brutalidad distorsionada y acentuada por el amarillo enfermizo de las lámparas de a bordo que se balanceaban con el barco. A través de la bruma de humo las literas parecían los cubiles de los animales de un zoológico. Chubasqueros y botas de agua colgaban de las paredes, y aquí y allá rifles y escopetas descansaban sólidamente en los soportes. Era un escenario de mar digno de los bucaneros y piratas de los tiempos pasados. Mi imaginación galopaba desbocada, y aun

así no podía dormir. Y fue una noche larga, muy larga, fatigosa y sombría.

V

Pero aquella primera noche en el entrepuente de los cazadores fue también la última. Al día siguiente, Johansen, el nuevo contramaestre, fue expulsado de la cabina por Wolf Larsen y enviado al entrepuente a dormir en adelante, mientras yo tomaba posesión del pequeño camarote de la cabina que, en el primer día del viaje, ya había tenido dos ocupantes. La razón de este cambio la averiguaron pronto los cazadores, y fue causa de no pocos rezongos por su parte. Al parecer, Johansen, mientras dormía, revivía cada noche los sucesos del día. Su incesante parloteo y sus gritos y bramidos de órdenes habían resultado demasiado para Wolf Larsen, quien en consecuencia había endosado la molestia a sus cazadores.

Tras una noche sin dormir, me levanté débil y adolorido para renquear durante mi segundo día a bordo del *Ghost*. Thomas Mugridge me sacó de la cama a las cinco y media, muy a la manera en que Bill Sykes debía de sacar a su perro; pero la brutalidad de Mr. Mugridge hacia mí fue devuelta en la misma moneda y con creces. El ruido innecesario que hizo (yo había estado con los ojos abiertos toda la noche) debió de despertar a uno de los cazadores, pues un zapato pesado pasó silbando por la penumbra y Mr. Mugridge, con un aullido agudo de dolor, pedía humildemente disculpas a todo el mundo. Más tarde, en la cocina, noté que tenía la oreja amoratada e hinchada. Nunca volvió del todo a su forma normal, y los marineros la llamaron «oreja de coliflor».

El día estuvo lleno de miserable variedad. La noche anterior había bajado de la cocina mi ropa ya seca, y lo primero que hice fue

cambiar las prendas del cocinero por las mías. Busqué mi cartera. Además de algo de calderilla (y tengo buena memoria para estas cosas), contenía ciento ochenta y cinco dólares en oro y papel. La cartera la encontré, pero su contenido, a excepción de las monedas sueltas, había desaparecido. Se lo comenté al cocinero cuando subí a cubierta para empezar mis obligaciones en la cocina, y aunque esperaba una respuesta malhumorada, no había previsto la diatriba belicosa que recibí.

—Escucha, Jorobado —empezó, con una luz maliciosa en los ojos y una amenaza en la voz—, ¿quieres que te rompa las narices? Si crees que soy un ladrón, guárdatelo para ti, o verás lo mucho que te equivocas. ¡Que me quede ciego si no es esta la gratitud que me das! Aquí llegas tú, un pobre espécimen miserable de la escoria humana, y yo te acojo en mi cocina y te trato bien, y esto es lo que saco de ello. La próxima vez que te vayas al diablo, digo yo, y bien me vendría darte lo que te mereces de todas formas.

Dicho lo cual, levantó los puños y se me echó encima. Para vergüenza mía, me acobardé ante el golpe y salí corriendo por la puerta de la cocina. ¿Qué otra cosa podía hacer? La fuerza, nada más que la fuerza, era lo que regía en aquel barco de brutos. La persuasión moral era algo desconocido. Imagínenlo: un hombre de estatura corriente, de complexión delgada y músculos débiles y poco desarrollados, que ha llevado una vida apacible y tranquila y no está acostumbrado a ningún tipo de violencia —¿qué podría hacer semejante hombre? No había más razón para que yo plantara cara a aquellas bestias humanas que para plantarle cara a un toro enfurecido.

Así lo pensé en aquel momento, sintiéndome obligado a justificarme y deseando estar en paz con mi conciencia. Pero esa justificación no me bastaba. Ni aun hoy puedo permitir que mi orgullo viril contemple aquellos sucesos y se sienta del todo exonerado. La situación era algo que superaba verdaderamente las fórmulas racionales de conducta y exigía más que las frías conclusiones de la razón. Vista a la luz de la lógica formal, no hay

nada de qué avergonzarse; y sin embargo brota en mí una vergüenza al recordarlo, y en el orgullo de mi virilidad siento que mi hombría ha sido mancillada y ensuciada de un modo que no sé explicar.

Pero todo esto no viene al caso. La velocidad con que corrí fuera de la cocina me produjo un dolor atroz en la rodilla, y me desplomé impotente en el umbral del alcázar. El cockney, sin embargo, no me había perseguido.

—¡Miradlo correr! ¡Miradlo correr! —lo oí gritar—. ¡Y con la pata coja, además! Vuelve aquí, pobrecito de mamá. No te voy a pegar; no, no te voy a pegar.

Volví y seguí con mi trabajo, y aquí terminó por el momento el episodio, aunque aún habían de producirse nuevos desarrollos. Puse la mesa del desayuno en la cabina, y a las siete serví a los cazadores y los oficiales. La tormenta había amainado evidentemente durante la noche, aunque todavía corría una mar gruesa y soplaba un viento fresco. En las primeras guardias se habían desplegado las velas, de modo que el *Ghost* avanzaba a toda vela menos los dos gavias y el foque volante. Estas tres velas, según deduje de la conversación, iban a izarse inmediatamente después del desayuno. Me enteré también de que Wolf Larsen tenía prisa por aprovechar al máximo la tormenta, que lo empujaba al suroeste, hacia aquella zona del mar donde esperaba encontrarse con los alisios del noreste. Con ese viento constante esperaba hacer la mayor parte del trayecto hacia el Japón, torciendo hacia el sur rumbo a los trópicos y de nuevo hacia el norte al acercarse a la costa asiática.

Después del desayuno tuve otra experiencia poco envidiable. Al terminar de fregar los platos, limpié la estufa de la cabina y subí las cenizas a cubierta para vaciarlas. Wolf Larsen y Henderson estaban junto al timón, enfrascados en una conversación. El marinero Johnson llevaba el timón. Al encaminarme hacia la banda de barlovento, lo vi hacer un brusco movimiento de cabeza que tomé por un saludo y un buenos días. En realidad, intentaba advertirme de que arrojara las cenizas por la banda de sotavento. Sin darme

cuenta de mi error, pasé por delante de Wolf Larsen y el cazador y arrojé las cenizas por la borda a barlovento. El viento las devolvió, y no solo me cubrieron a mí, sino también a Henderson y a Wolf Larsen. Al instante este último me propinó una patada con violencia, como se pateaba a un perro callejero. No había imaginado que una patada pudiera doler tanto. Me tambaleé y me apoyé en la cabina en un estado de semidesvanecimiento. Todo daba vueltas ante mis ojos, y el mareo me invadió. Las náuseas me dominaron, y apenas me las arreglé para arrastrarme hasta la borda. Pero Wolf Larsen no me siguió. Se sacudió las cenizas de la ropa y reanudó su conversación con Henderson. Johansen, que había visto el incidente desde el umbral del alcázar, envió a un par de marineros a popa a limpiar.

Más avanzada la mañana recibí una sorpresa de índole completamente diferente. Siguiendo las instrucciones del cocinero, había entrado en el camarote de Wolf Larsen para arreglarlo y hacer la cama. Contra la pared, cerca de la cabecera de la litera, había una estantería llena de libros. Los recorrí con la vista, y con asombro reconocí nombres como Shakespeare, Tennyson, Poe y De Quincey. Había también obras científicas, con autores como Tyndall, Proctor y Darwin. Figuraban astronomía y física, y reparé en la *Edad de la fábula* de Bulfinch, en la *Historia de la literatura inglesa y americana* de Shaw, y en la *Historia natural* de Johnson en dos volúmenes. Había además un buen número de gramáticas, como la de Metcalf y la de Reed y Kellogg; y sonreí al ver un ejemplar de *El inglés del decano*.

No lograba conciliar aquellos libros con el hombre tal como lo había conocido, y me pregunté si sería posible que los hubiera leído. Pero al hacer la cama encontré, entre las mantas, aparentemente caído al quedarse dormido, un Browning completo, la edición de Cambridge. Estaba abierto por *En un balcón*, y noté aquí y allá pasajes subrayados a lápiz. Además, al caérseme el volumen durante un balanceo del barco, salió una hoja de papel. Estaba cubierta de diagramas geométricos y cálculos de algún tipo.

Era evidente que aquel hombre terrible no era el ignorante tosco que inevitablemente habría supuesto al ver sus exhibiciones de brutalidad. De golpe se convirtió en un enigma. Cada uno de los lados de su naturaleza era perfectamente comprensible por separado; pero los dos juntos resultaban desconcertantes. Ya había observado que su lenguaje era excelente, con alguna que otra pequeña incorrección ocasional. Claro que en el habla corriente con los marineros y los cazadores podía estar erizado de faltas, lo cual era consecuencia del mismo argot; pero en las pocas palabras que había tenido conmigo había sido claro y correcto.

Este atisbo que había tenido de su otro lado debió de envalentonarme, pues resolví hablarle del dinero que había perdido.

—Me han robado —le dije, un poco más tarde, al encontrarle paseándose solo por el alcázar.

—Señor —me corrigió, no con aspereza, sino con firmeza.

—Me han robado, señor —me enmendé.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó.

Se lo conté todo tal como había sucedido: cómo había dejado mi ropa a secar en la cocina, y cómo, más tarde, el cocinero casi me había golpeado al mencionarlo.

Sonrió ante mi relato.

—Los picoteos —concluyó—. Los picoteos del Cocinero. ¿Y no cree que su miserable vida vale ese precio? Además, tómelo como una lección. Con el tiempo aprenderá a cuidar su propio dinero. Supongo que hasta ahora lo hacía su abogado, o su agente de negocios.

Noté la callada burla en sus palabras, pero insistí:

—¿Cómo puedo recuperarlo?

—Ese es su problema. No tiene usted abogado ni agente de negocios, así que tendrá que valerse por sí mismo. Cuando gane un dólar, agárrese a él. Un hombre que deja el dinero tirado de esa manera se merece perderlo. Además, ha pecado usted. No tiene

derecho a poner tentaciones en el camino de sus semejantes. Tentó usted al Cocinero, y este cayó. Ha puesto en riesgo su alma inmortal. A propósito, ¿cree usted en el alma inmortal?

Levantó los párpados con pereza al hacer la pregunta, y me pareció que las profundidades se abrían ante mí y que me asomaba a su alma. Pero era una ilusión. Por muy profundo que pudiera parecer, nadie ha visto jamás muy adentro del alma de Wolf Larsen, o ha llegado a verla siquiera; de eso estoy convencido. Era un alma muy solitaria, como habría de aprender, que nunca se descubría, aunque en raros momentos fingía hacerlo.

—Leo la inmortalidad en sus ojos —respondí, omitiendo el «señor»: un experimento, pues me parecía que la intimidad de la conversación lo justificaba.

No lo advertió.

—Por eso entiendo —dijo— que ve usted algo que está vivo, pero que no tiene necesariamente por qué vivir para siempre.

—Leo más que eso —continué con atrevimiento.

—Entonces lee usted conciencia. Lee la conciencia de la vida de que está viva; pero sin ir más lejos, sin prolongación de la vida hasta el infinito.

¡Qué claramente pensaba, y con qué precisión expresaba lo que pensaba! Pasó de mirarme con curiosidad a volver la cabeza y contemplar el mar plomizo a barlovento. Una frialdad se instaló en sus ojos, y las líneas de su boca se volvieron severas y duras. Estaba evidentemente de humor pesimista.

—¿Entonces para qué? —preguntó de repente, volviéndose hacia mí—. Si soy inmortal, ¿para qué?

Me quedé sin respuesta. ¿Cómo explicarle mi idealismo a aquel hombre? ¿Cómo poner en palabras algo sentido, algo parecido a las notas de una música oída en sueños, algo que convencía aunque trascendía toda expresión?

—¿Y usted qué cree? —le pregunté a mi vez.

—Creo que la vida es un desastre —respondió sin titubear—. Es como la levadura, una fermentación, algo que se mueve y puede moverse durante un minuto, una hora, un año o cien años, pero que al final dejará de moverse. Los grandes se comen a los pequeños para seguir moviéndose, los fuertes se comen a los débiles para conservar su fuerza. Los afortunados son los que más comen y más tiempo se mueven, eso es todo. ¿Qué piensa de todo esto?

Hizo un gesto impaciente hacia un grupo de marineros que trabajaban en algún tipo de aparejo en la sección central del barco.

—Se mueven, como se mueve la medusa. Se mueven para comer a fin de seguir moviéndose. Ahí lo tiene. Viven para el vientre, y el vientre existe para ellos. Es un círculo; no se llega a ningún sitio. Ellos tampoco. Al final se detienen. Ya no se mueven. Están muertos.

—Tienen sueños —le interrumpí—, sueños radiantes y deslumbrantes...

—De comida —concluyó sentenciosamente.

—Y de más cosas...

—De comida. De un apetito mayor y de más suerte para satisfacerlo.

Su voz sonaba dura. No había levedad en ella.

—Porque, mire usted, sueñan con hacer viajes afortunados que les reporten más dinero, con llegar a contramaestres, con encontrar fortunas; en suma, con estar en mejor posición para explotar a sus semejantes, con poder dormir toda la noche, comer bien y tener a otros que hagan el trabajo sucio. Usted y yo somos exactamente iguales que ellos. No hay ninguna diferencia, salvo que hemos comido más y mejor. Ahora los estoy devorando a ellos, y a usted también. Pero en el pasado ha devorado usted más que yo. Ha dormido en camas blandas, llevado ropa fina y comido bien. ¿Quién hizo esas camas, y esa ropa, y esa comida? Usted no. Usted nunca

ha hecho nada con el sudor de su frente. Vive usted de una renta que ganó su padre. Es usted como la fragata, que se lanza sobre los bobos y les roba los peces que han pescado. Es usted uno de esa multitud de hombres que han creado lo que llaman un gobierno, que son los amos de todos los demás hombres, y que comen la comida que los demás obtienen y querrían comer ellos mismos. Usted lleva la ropa abrigada. Ellos hicieron la ropa, pero tiemblan harapientos y le piden a usted, al abogado o al agente que administra su dinero, un empleo.

—Pero eso no viene al caso —exclamé.

—En absoluto. —Hablaba ahora con rapidez, y sus ojos centellaban—. Es la glotonería, y es la vida. ¿De qué sirve o tiene sentido una inmortalidad de glotonería? ¿Cuál es el fin? ¿De qué va todo? Usted no ha producido alimento. Y sin embargo el alimento que ha comido o despilfarrado podría haber salvado la vida de una veintena de desdichados que produjeron ese alimento pero no lo comieron. ¿A qué fin inmortal sirvió usted? ¿Y ellos? Considérenos a usted y a mí. ¿A qué se reduce su cacareada inmortalidad cuando su vida choca con la mía? A usted le gustaría volver a tierra, que es un lugar favorable para su tipo de glotonería. Es un capricho mío tenerle a bordo de este barco, donde prospera la mía. Y aquí le voy a tener. Puedo hacerle o deshacerle. Puede morir hoy, esta semana o el mes que viene. Podría matarle ahora mismo de un puñetazo, pues es usted un miserable enclenque. Pero si somos inmortales, ¿a qué viene eso? Ser tan glotones como hemos sido usted y yo toda la vida no parece ser exactamente lo más apropiado para los inmortales. De nuevo, ¿de qué va todo? ¿Por qué le tengo aquí?

—Porque es usted más fuerte —acerté a decir.

—¿Pero por qué más fuerte? —prosiguió de inmediato con sus eternas preguntas—. ¿Porque soy un trozo mayor de la fermentación que usted? ¿No lo ve? ¿No lo ve?

—La desesperanza de todo ello —protesté.

—Estoy de acuerdo con usted —respondió—. ¿Entonces para qué moverse, si moverse es vivir? Sin moverse ni ser parte de la levadura no habría desesperanza. Pero —y ahí está la cuestión— queremos vivir y movernos, aunque no tengamos razón para ello, porque da la casualidad de que la naturaleza de la vida es vivir y moverse, querer vivir y moverse. Si no fuera así, la vida estaría muerta. Es a causa de esa vida que hay en usted por lo que sueña con su inmortalidad. La vida que hay en usted está viva y quiere seguir viva para siempre. ¡Bah! ¡Una eternidad de glotonería!

Se volvió bruscamente sobre sus talones y echó a caminar hacia proa. Se detuvo en el umbral del alcázar y me llamó.

—A propósito, ¿cuánto fue lo que le birló el Cocinero? —preguntó.

—Ciento ochenta y cinco dólares, señor —respondí.

Asintió con la cabeza. Un momento más tarde, al empezar a bajar las escalerillas para poner la mesa de la cena, le oí maldecir a voz en grito a unos hombres en la sección central del barco.

VI

A la mañana siguiente la tormenta había amainado del todo y el *Ghost* cabeceaba suavemente en un mar en calma sin un soplo de viento. De vez en cuando, sin embargo, se notaban ligeras brisas, y Wolf Larsen patrullaba constantemente el alcázar, con los ojos siempre escudriñando el mar hacia el noreste, desde donde debía soplar el gran alisio.

Todos los hombres estaban en cubierta, ocupados en preparar sus respectivos botes para la temporada de caza. Había siete botes a bordo: el bote auxiliar del capitán y los seis que usarían los cazadores. Tres hombres —un cazador, un remero y un timonel— componían la tripulación de cada bote. A bordo de la goleta, los remeros y timoneles de los botes eran la tripulación. Se suponía también que los cazadores estaban al mando de las guardias, siempre sujetos a las órdenes de Wolf Larsen.

Todo esto, y más, había aprendido. El *Ghost* estaba considerado la goleta más rápida tanto de la flota de San Francisco como de la de Victoria. En realidad, había sido en su momento un yate privado, construido para la velocidad. Sus líneas y aparejos —aunque yo no entiendo de tales cosas— hablan por sí solos. Johnson me lo había contado en una breve charla durante la segunda guardia de quilla del día anterior. Hablaba con entusiasmo, con ese amor a una embarcación fina que algunos hombres sienten por los caballos. Está muy disgustado con las perspectivas, y he llegado a entender que Wolf Larsen goza de muy mala fama entre los capitanes de la flota

foquera. Fue el propio *Ghost* lo que atrajo a Johnson para enrolarse en el viaje, pero ya está empezando a arrepentirse.

Según me explicó, el *Ghost* es una goleta de ochenta toneladas de un modelo notablemente fino. Su manga, o anchura, es de siete metros, y su eslora de algo más de veintisiete. Una quilla de plomo de peso fabuloso pero desconocido la hace muy estable, mientras que porta un velamen inmenso. Desde la cubierta hasta el tope del palo mayor son más de treinta metros, mientras que el trinquete con su mastelero es dos o tres metros más corto. Doy estos detalles para que pueda apreciarse el tamaño de este pequeño mundo flotante que alberga a veintidós hombres. Es un mundo muy pequeño, una mota, una partícula, y me maravilla que los hombres se aventuren al mar en un artilugio tan pequeño y frágil.

Wolf Larsen tiene también fama de arriesgar con el velamen de manera temeraria. Oí a Henderson y a otro de los cazadores, Standish, un californiano, hablar de ello. Dos años atrás desarbolo el *Ghost* en un temporal en el mar de Bering, tras lo cual se instalaron los mástiles actuales, más fuertes y robustos en todos los sentidos. Se dice que comentó, al ponerlos, que prefería volcar el barco a perder los palos.

Todos los hombres a bordo, con la excepción de Johansen, que está algo aturdido por su ascenso, parecen tener una excusa para haber embarcado en el *Ghost*. La mitad de los hombres de proa son marineros de altura, y su excusa es que no sabían nada del barco ni de su capitán. Y los que sí saben, susurran que los cazadores, siendo excelentes tiradores, eran tan notorios por sus inclinaciones pendencieras y bribonescas que no podían enrolarse en ninguna goleta decente.

He hecho amistad con otro miembro de la tripulación: Louis, como le llaman, un irlandés orondo y de cara jovial de Nueva Escocia, muy sociable y con tendencia a hablar mientras encuentre quien le escuche. Por la tarde, mientras el cocinero dormía abajo y yo pelaba las eternas patatas, Louis se dejó caer por la cocina para «echar un palique». Su excusa para estar a bordo era que estaba borracho

cuando firmó. Me aseguró una y otra vez que era lo último que se le habría ocurrido hacer en un momento de sobriedad. Al parecer, lleva doce años cazando focas regularmente cada temporada, y está considerado uno de los dos o tres mejores timoneles de bote de ambas flotas.

—Ah, amigo mío —me sacudió la cabeza con aire de mal agüero —, es la peor goleta que podía usted haber escogido, y tampoco estaba borracho como yo cuando lo hizo. La caza de focas es el paraíso del marino... en otros barcos que este. El contramaestre fue el primero, pero ya verá que habrá más muertos antes de que acabe el viaje. Esto, entre usted, yo y ese penol, en confianza: este Wolf Larsen es un auténtico demonio, y el *Ghost* va a ser un barco del infierno como siempre lo ha sido desde que lo tiene en sus manos. ¿Es que no lo sé? ¿Es que no me acuerdo de él en Hakodate hace dos años, cuando tuvo una pelea y mató a tiros a cuatro de sus hombres? ¿No estaba yo en el *Emma L.*, a no más de trescientas yardas? Y ese mismo año mató a un hombre de un puñetazo. Sí, señor, lo mató en el acto. La cabeza debió de reventarle como un huevo. ¿Y no estaba el gobernador de la isla de Kura, y el jefe de policía, caballeros japoneses, que subieron al *Ghost* como invitados suyos trayendo a sus mujeres: menudas y bonitas criaturas como las que se ven pintadas en los abanicos? ¿Y cuando se estaba haciendo a la mar, no se quedaron atrás los queridos maridos en su sampán, como si fuera por accidente? ¿Y no fue una semana después cuando las pobres señoras fueron desembarcadas en el otro lado de la isla, sin más perspectiva que cruzar las montañas a pie con sus menudísimas sandalias de paja que no aguantarían ni un kilómetro? ¿Es que no lo sé? Esta bestia es Wolf Larsen: la gran bestia que se menciona en el Apocalipsis, y no ha de tener buen fin. Pero yo no le he dicho nada, que conste. Ni una palabra he susurrado; porque el viejo gordo Louis tiene intención de llegar vivo al final del viaje aunque el último de los hijos de vuestra madre se lo coman los peces.

—¡Wolf Larsen! —bufó un momento después—. ¡Escuchen el nombre! Lobo... eso es lo que es. No es malo de corazón como

algunos hombres. Es que no tiene corazón. Lobo, simplemente lobo, eso es lo que es. ¿Se extrañan de que le hayan puesto tan bien el nombre?

—Pero si es tan conocido por lo que es —pregunté—, ¿cómo consigue que los hombres se enrolen con él?

—¿Y cómo consigue usted que los hombres hagan cualquier cosa en la tierra y en el mar de Dios? —exigió saber Louis con fuego celta—. ¿Cómo me encuentra usted a mí a bordo, si no fue porque estaba borracho como una cuba cuando puse mi nombre? Los hay que no pueden navegar con hombres mejores, como los cazadores, y los hay que no lo saben, como los pobres diablos de los veleros que van a proa. Pero ya lo aprenderán, ya lo aprenderán, y maldecirán el día en que nacieron. Podría llorar por las pobres criaturas, si no fuera porque me acuerdo del pobre viejo gordo Louis y de los problemas que le esperan. Pero ni una palabra he dicho, que conste, ni una palabra.

—Esos cazadores son chicos peligrosos —volvió a hablar, pues padecía de una constitucional plétora de palabras—. Pero esperen a que empiecen con sus travesuras y sus broncas. Ese es el chico que les pondrá en vereda. Ese es el que les meterá el temor de Dios en sus negros y podridos corazones. Fíjese en ese cazador mío, Horner. «Jock» Horner le llaman, con ese aire tan tranquilo y pacífico, tan suave de palabras, que pensaría usted que tiene mantequilla en la boca. ¿No mató el año pasado a su timonel de bote? Lo llamaron un triste accidente, pero en Yokohama encontré al remero y me lo contó bien contado. ¿Y ese Smoke, el diablillo negro? ¿No lo tuvieron los rusos tres años en las minas de sal de Siberia por furtivismo en la isla del Cobre, que es una reserva rusa? Encadenado, de pies y manos, junto a su compañero. ¿Y no tuvieron palabras o alguna riña? Porque fue el otro el que subió en los cubos hasta la cima de la mina; y subió a trozos: una pierna hoy, un brazo mañana, la cabeza al día siguiente, y así.

—¡Pero no puede hablar en serio! —exclamé, abrumado por el horror.

—¡Que no hablo en serio! —saltó, rápido como el rayo—. No he dicho nada. Sordo estoy, y mudo, como debería estarlo usted por el bien de su madre; y jamás he abierto la boca más que para decir cosas buenas de todos ellos y de él, ¡que Dios maldiga su alma y pudra en el purgatorio diez mil años y después baje al último y más profundo infierno de todos!

Johnson, el hombre que me había frotado hasta dejarme en carne viva cuando llegué a bordo, parecía el menos equívoco de los hombres de proa y de popa. De hecho, no había nada equívoco en él. Lo que llamaba la atención de inmediato era su rectitud y su hombría, que a su vez estaban atemperadas por una modestia que podría confundirse con timidez. Pero tímido no era. Parecía, más bien, tener el coraje de sus convicciones, la certeza de su virilidad. Eso fue lo que le llevó a protestar, al principio de nuestra relación, contra que le llamaran Yonson. Y sobre él emitió Louis su juicio y su profecía.

—Es un buen chico ese cuadradote Johnson que tenemos a proa —dijo—. El mejor marinero del pañol de proa. Es mi remero de bote. Pero va a tener problemas con Wolf Larsen, como vuelan las chispas hacia arriba. Yo lo sé. Lo veo fraguándose y acumulándose como una tormenta en el cielo. Le he hablado como a un hermano, pero poco le importa templar su luz ni enarbolar señales falsas. Refunfuña cuando las cosas no le gustan, y siempre habrá algún soplón que lo lleve a popa al Lobo. El Lobo es fuerte, y el lobo tiene por costumbre odiar la fortaleza, y fortaleza es lo que verá en Johnson: sin doblegarse, y sin «sí, señor, muchas gracias, señor» para un insulto o un golpe. ¡Ya viene, ya viene! ¡Y sabe Dios dónde voy a encontrar otro remero! ¿Y qué va y dice el loco cuando el viejo le llama Yonson? Pues «Mi nombre es Johnson, señor», y luego lo deletrea, letra por letra. ¡Habría que haber visto la cara del viejo! Pensé que se iba a lanzar sobre él en el acto. No lo hizo, pero lo hará, y le va a romper el corazón a ese cuadradote, o es que yo no sé cómo van las cosas entre los hombres de los barcos del mar.

Thomas Mugridge se vuelve insoportable. Me veo obligado a tutearle de usted y a tratarle de señor en cada frase. Una de las razones es que Wolf Larsen parece haberle tomado simpatía. Es algo sin precedentes, entiendo, que un capitán tenga intimidad con el cocinero; pero eso es exactamente lo que hace Wolf Larsen. Dos o tres veces asomó la cabeza por la cocina y le tomó el pelo a Mugridge con buen humor, y una vez, esta tarde, se quedó junto al umbral del alcázar charlando con él un buen cuarto de hora. Cuando terminó y Mugridge volvió a la cocina, se puso a resplandecer como aceite derramado, y se puso a trajinar cantando canciones de buhonero en un falsete destemplado y discordante que crispa los nervios.

—Yo siempre me entiendo con los oficiales —me dijo en tono confidencial—. Sé cómo hacerme apreciar. Mi último capitán, por ejemplo: no tenía reparo en bajar a la cabina para una charla y una copa entre amigos. «Mugridge», me decía, «Mugridge», decía, «se ha equivocado usted de vocación». «¿Y eso por qué?», le digo. «Debería haber nacido caballero, para no tener que trabajarse la vida». Que me muera si no es lo que me dijo, y yo sentado en su propia cabina, a mis anchas, fumando sus cigarros y bebiendo su ron.

Aquel cháchara me sacaba de quicio. Nunca había oído una voz que me resultara tan antipática. Sus tonos aceitosos e insinuantes, su sonrisa grasienta y su monstruosa vanidad me ponían los nervios de punta hasta que a veces me echaba a temblar. Era, con diferencia, la persona más repugnante y aborrecible que había conocido en mi vida. La mugre de su cocina era indescriptible; y como él cocinaba todo lo que se comía a bordo, me veía obligado a escoger lo que comía con gran circunspección, eligiendo entre los menos sucios de sus guisos.

Las manos me daban mucha guerra, poco acostumbradas como estaban al trabajo. Las uñas estaban descoloridas y negras, mientras la piel estaba ya cuarteada de una mugre que ni el cepillo de fregar lograba quitar. Luego vinieron las ampollas, en una dolorosa e

interminable procesión, y tenía una gran quemadura en el antebrazo adquirida al perder el equilibrio con un balanceo del barco y caer contra la estufa de la cocina. Tampoco la rodilla mejoraba. La hinchazón no había bajado, y la rótula seguía de canto. Renquear sobre ella de la mañana a la noche no la ayudaba en nada. Lo que necesitaba era descanso, para que alguna vez llegara a curar.

¡Descanso! Hasta entonces no había sabido el significado de esa palabra. Me había pasado la vida descansando sin saberlo. Pero ahora, si pudiera sentarme quieto media hora y no hacer nada, ni siquiera pensar, sería la cosa más placentera del mundo. Es, por otro lado, una revelación. En adelante seré capaz de apreciar la vida de las personas que trabajan. Nunca había imaginado que el trabajo fuera algo tan terrible. Desde las cinco y media de la mañana hasta las diez de la noche soy el esclavo de todos, sin un momento para mí, salvo alguno que puedo robar al final de la segunda guardia de quilla. Si me paro un minuto para contemplar el mar centelleante al sol, o para mirar a un marinero que sube al palo del cangrejero o que avanza por el bauprés, estoy seguro de oír la voz detestable: «¡Eh, tú, Jorobado, nada de gandulear! Te tengo bien vigilado».

Hay señales de un mal genio galopante en el entrepuente, y corre el rumor de que Smoke y Henderson se han peleado. Henderson parece el mejor de los cazadores, un hombre parsimonioso y difícil de encolerizar; pero encolerizado debió de quedar, pues Smoke tenía un ojo amoratado y magullado y tenía un aspecto especialmente amenazador cuando entró a la cabina para la cena.

Poco antes de la cena ocurrió una cosa cruel, indicativa de la insensibilidad y la brutalidad de aquellos hombres. Hay un novato en la tripulación, Harrison de nombre, un muchacho de campo de aspecto desgarrado, dominado, me imagino, por el espíritu de la aventura, y que hace su primer viaje. Con las brisas ligeras y variables, la goleta había estado virando mucho, en cuyo momento las velas pasan de un lado al otro y se manda a un hombre a lo alto a cambiar la gavia del trinquete. De algún modo, cuando Harrison estaba arriba, la escota se trabó en la roldana por la que corre en el

extremo de la botavara. Según pude entender, había dos maneras de desatascarla: la primera, arriando la vela del trinquete, relativamente fácil y sin peligro; la segunda, trepando por las drizas de pico hasta el extremo de la propia botavara, una operación sumamente arriesgada.

Johansen ordenó a Harrison que fuera por las drizas. Era evidente para todos que el chico tenía miedo. Y con razón, a ochenta pies sobre cubierta, confiando en aquellas cuerdas delgadas y zarandeadas. De haber soplado una brisa constante no habría sido tan malo, pero el *Ghost* cabeceaba en un mar largo sin viento, y con cada balanceo la lona se sacudía y tronaba y las drizas aflojaban y volvían a tensarse de golpe. Eran capaces de despedir a un hombre como una mosca de un latigazo.

Harrison oyó la orden y entendió lo que se le pedía, pero vaciló. Era probablemente la primera vez en su vida que subía a lo alto de un palo. Johansen, que había contagiado la arrogancia de Wolf Larsen, soltó un torrente de improperios y blasfemias.

—Basta, Johansen —dijo Wolf Larsen con brusquedad—. Aquí el que maldice soy yo. Si necesito su ayuda, ya le llamaré.

—Sí, señor —reconoció el contramaestre con sumisión.

Mientras tanto, Harrison había empezado a avanzar por las drizas. Yo lo miraba desde la puerta de la cocina, y podía verle temblar, como con fiebre, en cada miembro. Avanzaba muy despacio y con cautela, centímetro a centímetro. Recortado contra el azul despejado del cielo, tenía el aspecto de una enorme araña que trepara por el entramado de su tela.

Era una subida ligeramente cuesta arriba, pues la vela del trinquete estaba muy picada; y las drizas, que pasaban por varias roldanas de la botavara y del palo, le daban distintos puntos de apoyo para manos y pies. Pero el problema estaba en que el viento no era bastante fuerte ni bastante constante para mantener la vela llena. Cuando llevaba la mitad del recorrido, el *Ghost* dio un largo balanceo a barlovento y volvió al hueco entre dos olas. Harrison

interrumpió su avance y se aferró con fuerza. Ochenta pies más abajo podía ver la tensión angustiada de sus músculos mientras se agarraba para salvar la vida. La vela se vació y la botavara osciló en dirección al centro. Las drizas aflojaron, y aunque todo ocurrió muy rápido, pude ver cómo se combaban bajo el peso de su cuerpo. Luego la botavara se fue al lado con una brusquedad repentina, la gran vela tronó como un cañonazo y las tres filas de tomadores restallaron contra la lona como una descarga de rifles. Harrison, aferrado, describió un mareo vertiginoso por el aire. Ese vaivén cesó en seco. Las drizas quedaron al instante tensas. Era el latigazo. Sus manos se soltaron del asidero. Una permaneció desesperadamente un momento, y luego la siguió la otra. Su cuerpo se precipitó hacia afuera y hacia abajo, pero de algún modo logró salvarse con las piernas. Colgaba de ellas, cabeza abajo. Un rápido esfuerzo le devolvió las manos a las drizas; pero tardó mucho en recuperar su posición anterior, donde quedó colgado, un objeto lastimoso.

—Apuesto a que no tiene apetito para la cena —oí la voz de Wolf Larsen, que me llegó desde la vuelta de la esquina de la cocina—. Atrás, Johansen, apártese. ¡Cuidado! ¡Ahí viene!

En efecto, Harrison estaba muy mal, como lo está un persona con el mareo; y durante mucho tiempo permaneció aferrado a su precario puesto sin intentar moverse. Johansen, sin embargo, siguió apremiándole a voz en cuello para que completara su tarea.

—Es una vergüenza —oí gruñir a Johnson en su inglés dolorosamente lento y correcto. Estaba junto al aparejo mayor, a pocos metros de mí—. El chico tiene buena voluntad. Aprenderá si se le da la oportunidad. Pero esto es...

Hizo una pausa, pues la palabra «asesinato» era su juicio final.

—¡Cállese, por lo que más quiera! —le susurró Louis—. ¡Por el amor de su madre, cierre la boca!

Pero Johnson, mirando la escena, seguía con sus protestas.

—Oiga —le dijo el cazador Standish a Wolf Larsen—, ese es mi remero de bote, y no quiero perderle.

—Está bien, Standish —fue la respuesta—. Es su remero de bote cuando lo tiene en el bote, pero es mi marinero cuando lo tengo a bordo, y haré con él lo que me dé la gana.

—Pero eso no es razón... —empezó Standish en un torrente de palabras.

—Basta ya, sin prisas —le aconsejó Wolf Larsen—. Ya le he dicho cómo están las cosas, y que quede ahí. El hombre es mío, y si quiero lo hago sopa y me lo como.

En los ojos del cazador brilló un destello de cólera, pero se volvió sobre sus talones y se metió en la escalerilla del entrepunte, desde donde se quedó mirando hacia arriba. Ahora había toda la tripulación en cubierta, y todos los ojos estaban en lo alto, donde una vida humana luchaba con la muerte. La indiferencia de aquellos hombres, a quienes la organización industrial daba el control sobre la vida de otros, era aterradora. Yo, que había vivido al margen del torbellino del mundo, jamás habría soñado que el trabajo se llevaba a cabo de semejante manera. La vida siempre me había parecido algo peculiarmente sagrado, pero allí no contaba para nada, era un cero a la izquierda en la aritmética del comercio. Debo decir, sin embargo, que los propios marineros eran compasivos, como lo demostraba el caso de Johnson; pero los mandos (los cazadores y el capitán) eran indiferentes sin compasión. Incluso la protesta de Standish nacía del hecho de que no quería perder a su remero. Si hubiera sido el remero de otro cazador, él también, como los demás, no habría sentido más que diversión.

Pero volvamos a Harrison. A Johansen le costó plenos diez minutos de insultos y vejaciones al pobre desdichado lograr que volviera a ponerse en marcha. Un poco después llegó al extremo de la botavara, donde, a horcajadas sobre el palo mismo, tenía más posibilidades de mantenerse. Desenganchó la escota y quedó libre para volver, ligeramente cuesta abajo ahora, por las drizas hasta el palo. Pero había perdido el valor. Tan insegura como era su posición actual, era reacio a abandonarla por la posición aún más insegura de las drizas.

Contempló el camino aéreo que debía recorrer, y luego miró a cubierta. Los ojos los tenía muy abiertos y aterrados, y temblaba con violencia. Nunca había visto el miedo tan fuertemente impreso en un rostro humano. Johansen le gritaba en vano que bajara. En cualquier momento podía ser despedido de la botavara, pero estaba paralizado por el terror. Wolf Larsen, paseando con Smoke y hablando, no le hacía más caso, aunque dijo con brusquedad, una vez, al hombre del timón:

—¡Se ha salido del rumbo! ¡Tenga cuidado, a menos que esté buscando problemas!

—A la orden —respondió el timonel, corrigiendo un par de radios.

Se había dejado llevar al *Ghost* varios grados fuera de su rumbo para que la poca brisa que había llenara la vela del trinquete y la mantuviera firme. Había intentado ayudar al desventurado Harrison a riesgo de ganarse la cólera de Wolf Larsen.

Pasaba el tiempo, y la angustia, para mí, era terrible. Thomas Mugridge, en cambio, lo consideraba un asunto de lo más gracioso, y no paraba de asomar la cabeza por la puerta de la cocina para hacer comentarios jocosos. ¡Cómo le odiaba! ¡Y cómo fue creciendo mi odio hacia él, durante aquel tiempo aterrador, hasta adquirir dimensiones ciclópeas! Por primera vez en mi vida experimenté el deseo de matar: «vi rojo», como dicen algunos de nuestros escritores pintorescos. La vida en general podía seguir siendo sagrada, pero la vida en el caso particular de Thomas Mugridge se había vuelto muy profana. Me asusté al darme cuenta de que veía rojo, y el pensamiento me cruzó por la mente: ¿Estaba contagiándome también yo de la brutalidad de mi entorno? Yo, que incluso ante los crímenes más flagrantes había negado la justicia y legitimidad de la pena de muerte.

Pasó casi media hora, y entonces vi a Johnson y a Louis en una especie de altercado. Acabó con Johnson apartando de un manotazo el brazo que le retenía y echando a andar hacia proa. Cruzó la

cubierta, saltó al aparejo del trinquete y empezó a trepar. Pero el ojo rápido de Wolf Larsen lo atrapó.

—¡Oiga, usted! ¿Adónde cree que va? —gritó.

El ascenso de Johnson quedó interrumpido. Miró a los ojos a su capitán y respondió despacio:

—Voy a bajar a ese chico.

—¡Bájese usted del aparejo, y rápido! ¿Me oye? ¡Baje!

Johnson vaciló, pero los largos años de obediencia a los patrones de los barcos pudieron más, y bajó de mala gana a cubierta y siguió hacia proa.

A las cinco y media bajé a poner la mesa de la cabina, aunque apenas sabía lo que hacía, pues mis ojos y mi mente estaban llenos de la visión de un hombre, pálido y tembloroso, cómicamente parecido a un insecto, aferrado a la agitada botavara. A las seis, cuando servía la cena y subí a cubierta a buscar la comida en la cocina, vi a Harrison aún en la misma posición. La conversación de la mesa era de otras cosas. Nadie parecía interesado en la vida puesta en peligro de manera tan caprichosa. Pero al hacer un viaje extra a la cocina un poco después, me alegró ver a Harrison tambaleándose débilmente desde el aparejo hasta la escotilla del pañol de proa. Al final había reunido el valor para bajar.

Antes de cerrar este episodio, debo reproducir una pequeña conversación que tuve con Wolf Larsen en la cabina mientras fregaba los platos.

—Tenía usted cara de náuseas esta tarde —empezó—. ¿Qué le pasaba?

Podía ver que sabía perfectamente lo que me había puesto casi tan malo como a Harrison, que intentaba sonsacarme, y respondí:

—El trato brutal a ese chico.

Soltó una breve carcajada.

—Como el mareo, supongo. A algunos hombres les afecta, y a otros no.

—No es lo mismo —objeté.

—Exactamente igual —continuó—. La tierra está tan llena de brutalidad como el mar está lleno de movimiento. Y a algunos los enferma lo uno, y a otros lo otro. Esa es la única razón.

—Pero usted, que se burla de la vida humana, ¿no le concede ningún valor? —exigí saber.

—¿Valor? ¿Qué valor? —Me miró, y aunque sus ojos estaban quietos e inmóviles, parecía haber en ellos una sonrisa cínica—. ¿Qué clase de valor? ¿Cómo se mide? ¿Quién lo valora?

—Yo —respondí.

—¿Y cuánto vale para usted entonces? La vida de otro hombre, digo. A ver, ¿cuánto vale?

¿El valor de la vida? ¿Cómo podría asignarle un valor tangible? De algún modo, yo, que siempre había tenido facilidad de expresión, me quedaba sin palabras con Wolf Larsen. Después he llegado a la conclusión de que en parte se debía a la personalidad del hombre, pero en mayor parte a su perspectiva totalmente diferente. A diferencia de otros materialistas con los que me había encontrado y con quienes tenía algún punto de partida en común, con él no tenía nada en común. Quizá también la simplicidad elemental de su mente era lo que me desconcertaba. Iba siempre directamente al núcleo de la cuestión, despojando cualquier asunto de todos los detalles superfluos, y con tal aire de finalidad, que me encontraba debatiéndome en aguas profundas, sin nada firme bajo los pies. ¿El valor de la vida? ¿Cómo podía responder a esa pregunta de improviso? La sacralidad de la vida la había aceptado como un axioma. Que tenía un valor intrínseco era una verdad que nunca había cuestionado. Pero cuando la ponía en duda, me quedaba sin palabras.

—Ayer hablábamos de esto —dijo—. Sostenía yo que la vida era una fermentación, algo leudante que devoraba vida para poder vivir, y que vivir era sencillamente una glotonería con éxito. Pues bien, si hay algo en la ley de la oferta y la demanda, la vida es la cosa más barata del mundo. Hay solo una cierta cantidad de agua, de tierra, de aire; pero la vida que exige nacer es ilimitada. La Naturaleza es una derrochadora. Fíjese en los peces y sus millones de huevos. Para el caso, fíjese en usted y en mí. En nuestros lomos hay posibilidades de millones de vidas. Si pudiéramos encontrar tiempo y oportunidad y aprovechar hasta el último átomo de vida no nacida que hay en nosotros, podríamos convertirnos en padres de naciones y poblar continentes. ¿La vida? ¡Bah! No tiene valor. De las cosas baratas es la más barata. Por todas partes va mendigando. La Naturaleza la derrama a manos llenas. Donde hay sitio para una vida, siembra mil vidas, y la vida devora a la vida hasta que la más fuerte y glotona es la que queda.

—Ha leído usted a Darwin —dije—. Pero lo malentiende cuando concluye que la lucha por la existencia sanciona su destrucción caprichosa de vidas.

Se encogió de hombros.

—Usted sabe que se refiere solo a la vida humana, pues de carne, aves y peces destruye usted tanto como yo o cualquier otro hombre. Y la vida humana no es diferente en absoluto, aunque usted sienta que sí y crea tener razones para ello. ¿Por qué he de ser parco con esta vida que es barata y sin valor? Hay más marineros que barcos en el mar para ellos, más trabajadores que fábricas o máquinas para ellos. En la tierra, ya lo saben, hacinan a sus pobres en los barrios miserables de las ciudades y les sueltan el hambre y la pestilencia, y siguen quedando más pobres, que mueren por falta de un mendrugo de pan y un poco de carne (que es vida destruida), de los que no saben qué hacer. ¿Ha visto alguna vez a los estibadores de Londres peleándose como fieras por una oportunidad de trabajar?

Se encaminó a la escalerilla, pero volvió la cabeza para una última palabra.

—¿Sabe usted que el único valor que tiene la vida es el que ella misma se atribuye? Y está, por supuesto, sobrevalorada, pues necesariamente está sesgada a su propio favor. Tome a ese hombre que tenía arriba. Se aferraba como si fuera algo precioso, un tesoro más valioso que diamantes y rubíes. ¿Para usted? No. ¿Para mí? En absoluto. ¿Para él mismo? Sí. Pero yo no acepto su estimación. Se sobrevalora lastimosamente. Hay mucha más vida exigiendo nacer. De haber caído y desparramado los sesos por la cubierta como miel de un panal, no habría habido ninguna pérdida para el mundo. Para el mundo no valía nada. La oferta es demasiado grande. Solo para él mismo tenía valor, y para demostrar lo ficticio que era incluso ese valor, muerto ya, es inconsciente de que se ha perdido a sí mismo. Solo él se tasaba por encima de los diamantes y los rubíes. Los diamantes y los rubíes se han ido, extendidos por la cubierta para ser barridos por un cubo de agua de mar, y él ni siquiera sabe que se han ido. No pierde nada, porque al perderse a sí mismo pierde el conocimiento de la pérdida. ¿No lo ve? ¿Y qué tiene que decirme a eso?

—Que es usted, al menos, coherente —fue todo lo que pude decir, y seguí fregando los platos.

VII

Por fin, tras tres días de vientos variables, hemos encontrado los alisios del noreste. Subí a cubierta después de una buena noche de descanso a pesar de mi pobre rodilla, y encontré al *Ghost* espumeando con las velas abiertas a ambos lados y todo el velamen en ceñida menos los foques, con una brisa fresca en popa. ¡Oh, la maravilla del gran alisio! Todo el día navegamos, y toda la noche, y al día siguiente y al otro, día tras día, el viento siempre en popa y soplando constante y fuerte. La goleta se gobernaba sola. No había que tirar ni cazar escotas y aparejos, ni cambiar gavias, nada de trabajo para los marineros salvo gobernar. Al anocheecer, cuando se ponía el sol, las escotas se cazaban; por la mañana, cuando cedían con el rocío y se relajaban, se tensaban de nuevo, y eso era todo.

Diez nudos, doce nudos, once nudos, con variaciones de vez en cuando, es la velocidad que llevamos. Y siempre desde el noreste sopla el noble viento que nos empuja doscientas cincuenta millas entre un amanecer y el siguiente. Me entristece y me alegra a la vez la marcha con que dejamos San Francisco atrás y nos precipitamos hacia los trópicos. Cada día se nota un calor perceptiblemente mayor. En la segunda guardia de quilla los marineros suben a cubierta en mangas de camisa y se echan cubos de agua unos a otros cogida del costado. Los peces voladores empiezan a verse, y durante la noche los de guardia corretean por la cubierta persiguiendo los que caen a bordo. Por la mañana, sobornando debidamente a Thomas Mugridge, la cocina huele agradablemente a fritos de pez volador; mientras que carne de delfín se sirve a proa y

a popa en las ocasiones en que Johnson atrapa a las relucientes bellezas desde el extremo del bauprés.

Johnson parece pasar allí todo su tiempo libre o arriba en las crucetas, mirando al *Ghost* surcar el agua con todo el velamen. Hay pasión, adoración en sus ojos, y va por ahí en una especie de trance, extasiado ante las velas hinchidas, la estela espumosa y el ascenso y el descenso sobre las montañas líquidas que se mueven con nosotros en majestuosa procesión.

Los días y las noches son «un asombro y un deleite salvaje», y aunque tengo poco tiempo libre de mi triste trabajo, robo momentos sueltos para contemplar y contemplar la gloria sin fin de lo que nunca había soñado que poseyera el mundo. Arriba, el cielo es azul inmaculado: azul como el propio mar, que bajo la proa tiene el color y el brillo del raso de azur. En todo el horizonte hay nubes pálidas y ligeras, inmóviles siempre, como un marco de plata para el cielo de turquesa sin defecto.

No olvido una noche en que, cuando debería haber estado durmiendo, me tendí en el castillo de proa y me puse a mirar el fantasmal rizado de la espuma que la proa del *Ghost* iba dejando a los lados. Sonaba como el gorjeo de un arroyo sobre piedras cubiertas de musgo en algún rincón tranquilo, y el susurro de su canto me fue arrastrando fuera de mí mismo hasta que ya no era Jorobado el grumete, ni Van Weyden el hombre que había soñado treinta y cinco años entre libros. Pero una voz a mis espaldas, la inconfundible voz de Wolf Larsen, fuerte con la invencible certeza del hombre y cálida con la apreciación de los versos que citaba, me sacó de mi ensoñación.

«¡Oh, la ardiente noche tropical, cuando la estela es un surco de luz que mantiene dócil el cielo abrasado, y la proa avanza resoplando por los suelos empolvados de planetas donde la asustada ballena flamea en su vuelo. Sus planchas están quemadas por el sol, querida, y sus cabos tensos por el rocío, pues bajamos rugiendo por el viejo sendero, nuestro sendero, el sendero de salida, navegando al sur por el Gran Sendero, el sendero que es siempre nuevo.»

—¿Eh, Jorobado? ¿Qué le parece? —preguntó, tras la pausa debida que las palabras y el momento reclamaban.

Le miré a la cara. Resplandecía de luz, como el propio mar, y los ojos le brillaban a la luz de las estrellas.

—Me parece notable, por decirlo suavemente, que muestre usted entusiasmo —respondí con frialdad.

—¡Pero hombre, si esto es vivir! ¡Esto es la vida! —exclamó.

—Que es una cosa barata y sin valor. —Le arrojé sus propias palabras.

Se rió, y fue la primera vez que oía en su voz una alegría honesta.

—Ah, no logro hacerle entender, no logro meterle en la cabeza lo que es esta cosa llamada vida. Claro que la vida no tiene valor, salvo para ella misma. Y puedo decirle que mi vida tiene mucho valor ahora mismo: para mí. Está más allá de todo precio, lo que reconocerá usted que es una sobreestimación tremenda, pero que no puedo evitar, porque es la vida que hay en mí la que establece la tasación.

Pareció buscar las palabras para expresar el pensamiento que llevaba dentro, y al fin continuó:

—¿Sabe, me siento lleno de un extraño júbilo? Me parece que todo el tiempo resuena en mí, que todos los poderes son míos. Conozco la verdad, distingo el bien del mal, lo justo de lo injusto. Mi visión es clara y amplia. Casi podría creer en Dios. Pero... —y su voz cambió y la luz se fue de su rostro—, ¿en qué condición me encuentro? ¿Qué es esta alegría de vivir, esta exaltación de la vida, esta inspiración, bien puedo llamarla? Es lo que viene cuando no hay nada que falle en la digestión, cuando el estómago está en forma y el apetito tiene filo y todo marcha bien. Es el soborno de vivir, el champán de la sangre, la efervescencia de la fermentación, que hace pensar pensamientos santos a algunos hombres y ver a Dios o crearlo cuando no pueden verlo a otros. Eso es todo: la borrachera de la vida, el agitarse y el arrastrarse de la levadura, el balbuceo de

la vida que está loca de la consciencia de que está viva. Y... ¡bah! Mañana lo pagaré como lo paga el borracho. Y sabré que debo morir, en el mar muy probablemente, dejar de arrastrarme para ser yo todo podredumbre del mar, ser comido, ser carroña, ceder toda la fuerza y el movimiento de mis músculos para que se conviertan en fuerza y movimiento de aleta, escama y tripas de peces. ¡Bah! Y ¡bah! otra vez. El champán ya está plano. La efervescencia y las burbujas se han ido y es una bebida insípida.

Me dejó tan de repente como había llegado, saltando a cubierta con el peso y la suavidad de un tigre. El *Ghost* seguía su camino. Observé que el borbotamiento de la proa era muy parecido a un ronquido, y mientras lo escuchaba el efecto del brusco salto de Wolf Larsen de la exaltación sublime a la desesperación fue disipándose. Entonces, algún marinero de aguas profundas desde la cintura del barco alzó una rica voz de tenor con la «Canción del alisio»:

«Oh, yo soy el viento que aman los marineros: constante soy, y fuerte, y fiel; siguen mi rastro por las nubes sobre el azul insondable tropical.»

»De día y de noche sigo al barco, tenaz como un perro en su estela; soy más fuerte al mediodía, y bajo la luna hincho la vela hasta tenderla.»

VIII

A veces pienso que Wolf Larsen está loco, o al menos a medio camino, a juzgar por sus extraños humores y caprichos. Otras veces le tomo por un gran hombre, un genio que nunca llegó a serlo. Y por último, me convengo de que es el tipo perfecto del hombre primitivo, nacido mil años o generaciones demasiado tarde, un anacronismo en este siglo culminante de la civilización. Es sin duda un individualista de lo más pronunciado. No solo eso, sino que está muy solo. No hay ninguna afinidad entre él y el resto de los hombres de a bordo. Su tremenda virilidad y su fortaleza mental le separan de ellos. Son como niños para él, incluso los cazadores, y como a niños los trata, descendiendo a su nivel y jugando con ellos como juega un hombre con cachorros. O bien los sondea con la mano cruel de un vivisector, hurgando en sus procesos mentales y examinando sus almas como para ver de qué está hecha el alma.

Le he visto docenas de veces, en la mesa, insultar a este o aquel cazador con ojos fríos y tranquilos y, al mismo tiempo, con cierto aire de interés, sopesando sus reacciones, respuestas o pequeñas cóleras con una curiosidad casi risible para mí, que era el observador y que comprendía. En cuanto a sus propias cóleras, estoy convencido de que no son reales, de que a veces son experimentos, pero que en lo fundamental son los hábitos de una pose o actitud que ha tenido a bien adoptar frente a sus semejantes. Sé, con la posible excepción del incidente del contramaestre muerto, que no le he visto verdaderamente enfadado; ni tampoco deseo verle en una cólera genuina, cuando toda su fuerza se pone en juego.

Ya que hablo de caprichos, contaré lo que le ocurrió a Thomas Mugridge en la cabina, y al mismo tiempo completaré un incidente que ya he mencionado una o dos veces. Había acabado la comida de las doce, un día, y yo acababa de terminar de poner la cabina en orden, cuando Wolf Larsen y Thomas Mugridge bajaron por las escalerillas. Aunque el cocinero tenía un camarote pequeño comunicado con la cabina, en la propia cabina nunca se había atrevido a quedarse o a dejarse ver, y iba y venía, dos o tres veces al día, como un espectro tímido.

—De modo que sabe usted jugar al Nap —decía Wolf Larsen con tono satisfecho—. Habría podido adivinarlo en un inglés. Yo mismo lo aprendí en barcos ingleses.

Thomas Mugridge estaba fuera de sí, desvariando de placer por tratarse así con el capitán. Los aires que se daba y el doloroso esfuerzo por adoptar el porte desenvuelto de un hombre nacido para una posición distinguida en la vida habrían resultado nauseabundos de no ser tan ridículos. Me ignoraba por completo, aunque le di el crédito de ser sencillamente incapaz de verme. Sus ojos pálidos y desleídos nadaban como mares perezosos de verano, aunque qué visiones dichas contemplaban escapaba a mi imaginación.

—Trae las cartas, Jorobado —ordenó Wolf Larsen, cuando se sentaron a la mesa—. Y saca los cigarros y el whisky que encontrarás en mi camarote.

Volví con los artículos a tiempo de oír al cockney insinuando a las claras que era un misterio rodeado de enigmas, que podría ser el hijo bastardo de un caballero o algo por el estilo; también que era un remitente y que le pagaban para que se mantuviera alejado de Inglaterra: «bien pagado, señor», era su forma de expresarlo; «bien pagado para salir por piernas y no volver».

Yo había traído los vasos habituales de licor, pero Wolf Larsen frunció el ceño, sacudió la cabeza y me hizo señas de que trajera los vasos grandes. Estos los llenó dos tercios con whisky sin diluir: «el trago de un caballero», según Thomas Mugridge, y entrechocaron

los vasos por el glorioso juego del Nap, encendieron los cigarros y se pusieron a barajar y repartir las cartas.

Jugaban por dinero. Aumentaban las apuestas. Bebían whisky, lo bebían solo, y yo iba a buscar más. No sé si Wolf Larsen hacía trampas o no —algo de lo que era perfectamente capaz—, pero ganaba sin parar. El cocinero iba repetidamente a su litera a buscar dinero. Cada vez hacía el viaje con mayor fanfarronería, pero nunca traía más que unos pocos dólares de una vez. Se fue poniendo pesado, familiar, apenas veía las cartas ni podía mantenerse erguido. Como preliminar de otro viaje a su litera, enganchó el ojal de Wolf Larsen con un sucio dedo índice y repitió con vaguedad, una y otra vez: «Tengo dinero, tengo dinero, le digo, y soy hijo de un caballero».

Wolf Larsen no acusaba el efecto de la bebida, aunque bebía vaso a vaso, y si acaso sus vasos eran más llenos. No se produjo ningún cambio en él. Ni siquiera parecía divertido ante las payasadas del otro.

Al final, con grandes protestas de que podía perder como un caballero, el último dinero del cocinero fue apostado en la partida: y perdido. Entonces apoyó la cabeza en las manos y se echó a llorar. Wolf Larsen le miró con curiosidad, como a punto de sondearle y vivisectarle, y luego cambió de idea, a partir de la conclusión anticipada de que no había nada allí que sondear.

—Jorobado —me dijo con elaborada cortesía—, haga el favor de tomar al señor Mugridge del brazo y ayudarle a subir a cubierta. No se encuentra muy bien.

—Y díglele a Johnson que le dé una ducha con un par de cubos de agua salada —añadió en voz más baja, solo para mí.

Dejé al señor Mugridge en cubierta, en manos de un par de marineros que sonreían, a los que se les había encomendado la tarea. El señor Mugridge decía adormilado que era hijo de un caballero. Pero al bajar yo por las escalerillas a recoger la mesa le oí lanzar un alarido cuando le alcanzó el primer cubo de agua.

Wolf Larsen contaba sus ganancias.

—Ciento ochenta y cinco dólares justos —dijo en voz alta—. Como me imaginaba. El tipo vino a bordo sin un céntimo.

—Y lo que ha ganado usted es mío, señor —dije con atrevimiento. Me dirigió una sonrisa socarrona.

—Jorobado, he estudiado algo de gramática en mi tiempo, y creo que sus tiempos están confusos. Debería haber dicho «era mío», no «es mío».

—Es una cuestión no de gramática, sino de ética —respondí.

Pasó quizá un minuto antes de que hablara.

—¿Sabe, Jorobado —dijo, con una seriedad pausada que tenía un indefinible matiz de tristeza—, que esta es la primera vez que oigo la palabra «ética» en boca de un hombre? Usted y yo somos los únicos hombres en este barco que conocemos su significado.

—En algún momento de mi vida —continuó, tras otra pausa—, soñé con que algún día podría hablar con hombres que usaban semejante lenguaje, con que podría elevarme del lugar en la vida en que había nacido y conversar y mezclarme con hombres que hablaban de cosas como la ética. Y esta es la primera vez que oigo pronunciar esa palabra. Lo que no viene al caso, pues se equivoca usted. No es una cuestión ni de gramática ni de ética, sino de hechos.

—Entiendo —dije—. El hecho es que usted tiene el dinero.

Se le iluminó el rostro. Pareció complacido de mi perspicacia.

—Pero está usted eludiendo la verdadera cuestión —continué—, que es la del derecho.

—Ah —observó, con una mueca burlona en la boca—. Veo que sigue usted creyendo en cosas como el bien y el mal.

—¿Pero no lo hace usted? ¿En absoluto? —pregunté.

—En lo más mínimo. La fuerza tiene razón, y no hay más que eso. La debilidad está equivocada. Lo que es una forma muy pobre de decir que es bueno para uno mismo ser fuerte, y malo para uno mismo ser débil; o mejor aún, es placentero ser fuerte, por las ganancias; doloroso ser débil, por las penalidades. Ahora mismo poseer este dinero es una cosa placentera. Es bueno para uno poseerlo. Siendo capaz de poseerlo, me hago un flaco favor a mí mismo y a la vida que hay en mí si se lo doy a usted y renuncio al placer de poseerlo.

—Pero me hace usted un daño reteniéndolo —objeté.

—En absoluto. Un hombre no puede hacerle un daño a otro hombre. Solo puede hacérselo a sí mismo. Tal como yo lo veo, hago mal siempre que me preocupo por los intereses ajenos. ¿No lo ve? ¿Cómo pueden dos partículas de levadura hacerse daño la una a la otra luchando por devorarse mutuamente? Es su herencia innata esforzarse por devorar y esforzarse por no ser devoradas. Cuando se apartan de esto, pecan.

—¿Entonces no cree usted en el altruismo? —pregunté.

Recibió la palabra como si le sonara familiar, aunque la sopesó pensativo.

—Vamos a ver, significa algo relacionado con la cooperación, ¿no?

—Bueno, en cierto modo ha llegado a establecerse una especie de conexión —respondí, ya sin sorprenderme ante esas lagunas en su vocabulario, que, como sus conocimientos, era fruto del autodidacta, a quien nadie había dirigido en sus estudios, y que había pensado mucho y hablado poco o nada—. Un acto altruista es un acto realizado en bien de los demás. Es desinteresado, en oposición a un acto realizado por uno mismo, que es egoísta.

Asintió con la cabeza.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo. Lo encontré en Spencer.

—¿Spencer? —exclamé—. ¿Le ha leído?

—No mucho —fue su confesión—. Entendí bastante bien los *Primeros principios*, pero su *Biología* me dejó sin viento en las velas, y su *Psicología* me tuvo dando bordadas por las calmas durante muchos días. Con toda honestidad, no entendí lo que quería decir. Lo atribuí a una deficiencia mental de mi parte, pero desde entonces he decidido que se debía a falta de preparación. No tenía una base adecuada. Solo Spencer y yo sabemos lo duro que luché. Pero sí saqué algo de sus *Datos de ética*. Ahí fue donde encontré «altruismo», y ahora recuerdo cómo se usaba.

Me pregunté qué habría podido sacar aquel hombre de semejante obra. Recordaba a Spencer lo suficiente para saber que el altruismo era imperativo en su ideal de conducta más elevada. Wolf Larsen, evidentemente, había tamizado las enseñanzas del gran filósofo, rechazando y seleccionando según sus necesidades y deseos.

—¿Y qué más encontró? —pregunté.

Sus cejas se fruncieron levemente con el esfuerzo mental de formular en palabras pensamientos que nunca antes había expresado en voz alta. Sentí una exaltación de espíritu. Estaba hurgando en el tejido de su alma como él tenía por costumbre hurgar en el de los demás. Exploraba un territorio virgen. Una región extraña, terriblemente extraña, se iba desplegando ante mis ojos.

—En pocas palabras —empezó—, Spencer lo dice más o menos así: primero, un hombre debe actuar en beneficio propio: hacer esto es ser moral y bueno. Luego debe actuar en beneficio de sus hijos. Y tercero, debe actuar en beneficio de su raza.

—Y la conducta más elevada y perfecta —le interrumpí— es aquel acto que beneficia al mismo tiempo al hombre, a sus hijos y a su raza.

—No estoy de acuerdo —replicó—. No veía la necesidad ni el sentido común. Suprimí la raza y los hijos. No me sacrificaría por ellos. No es más que sentimentalismo y blandenguerías, y usted mismo debe reconocerlo, al menos para quien no cree en la vida eterna. Con la inmortalidad por delante, el altruismo sería un buen

negocio. Podría elevar el alma a toda clase de alturas. Pero sin nada eterno ante mí salvo la muerte, dada por un breve período esta arrastrada y contorsionada levadura que se llama vida, sería inmoral para mí realizar cualquier acto que fuera un sacrificio. Cualquier sacrificio que me haga perder un arrastre o una contorsión es una tontería, y no solo una tontería, pues es un mal que me hago a mí mismo y algo perverso. No debo perder ni un arrastre ni una contorsión si quiero sacar el máximo a la fermentación. Ni la inmovilidad eterna que me espera será más fácil o más difícil por los sacrificios o egoísmos del tiempo en que fui levadura y me arrastré.

—Entonces es usted un individualista, un materialista y, lógicamente, un hedonista.

—Palabras grandes —sonrió—. ¿Pero qué es un hedonista?

Asintió cuando le di la definición.

—Y también es usted —continué— un hombre en quien no se puede confiar en lo más mínimo en cualquier cosa donde sea posible que intervenga un interés egoísta.

—Ahora empieza usted a entender —dijo, animándose.

—¿Un hombre completamente desprovisto de lo que el mundo llama moral?

—Eso es.

—¿Un hombre del que hay que tener siempre miedo?

—Así es como hay que expresarlo.

—¿Como se teme a una serpiente, o a un tigre, o a un tiburón?

—Ahora me conoce usted —dijo—. Y me conoce tal como se me conoce en general. Los otros hombres me llaman «Lobo».

—Es usted una especie de monstruo —añadí con atrevimiento—, un Calibán que ha meditado sobre Setebos y actúa como actúa, en los momentos de ocio, por antojo y capricho.

Sus cejas se nublaron ante la alusión. No entendió, y pronto supe que no conocía el poema.

—Estoy leyendo a Browning ahora mismo —confesó—, y es bastante duro. No he llegado muy lejos, y tal como están las cosas me he perdido un poco.

Para no ser aburrido, diré que fui a buscar el libro a su camarote y le leí «Calibán» en voz alta. Le encantó. Era un modo primitivo de razonar y de ver las cosas que comprendía a la perfección. Me interrumpió una y otra vez con comentarios y críticas. Al terminar, me pidió que lo leyera de nuevo, y luego una tercera vez. Nos lanzamos a la discusión: filosofía, ciencia, evolución, religión. Traicionaba las inexactitudes del autodidacta y, hay que reconocerlo, la seguridad y la rectitud de la mente primitiva. La misma sencillez de su razonamiento era su fuerza, y su materialismo era mucho más convincente que el materialismo sutil y complejo de Charley Furueth. No es que yo —un idealista confeso y, como lo expresaba Furueth, de temperamento— fuera a ser convencido; sino que Wolf Larsen asaltaba los últimos baluartes de mi fe con un vigor que merecía respeto, aunque no le fuera concedida la convicción.

Pasó el tiempo. La cena estaba al caer y la mesa sin poner. Me puse inquieto y nervioso, y cuando Thomas Mugridge se asomó enfermo y furioso por la escalerilla, me dispuse a cumplir con mis obligaciones. Pero Wolf Larsen le gritó:

—Cocinero, esta noche tiene que espabilarse. Estoy ocupado con el Jorobado, y harás lo que puedas sin él.

Y de nuevo se estableció lo sin precedentes. Aquella noche me senté a la mesa con el capitán y los cazadores, mientras Thomas Mugridge nos servía y luego fregaba los platos: un capricho, un humor de Calibán de Wolf Larsen, que ya preveía que me traería problemas. Mientras tanto hablamos y hablamos, con gran disgusto de los cazadores, que no entendían ni una palabra.

IX

Tres días de descanso, tres benditos días de descanso, pasé con Wolf Larsen, comiendo en la mesa de la cabina y sin hacer nada más que discutir sobre la vida, la literatura y el universo, mientras Thomas Mugridge bullía y se encolerizaba y hacía mi trabajo además del suyo.

—Lo único que puedo decirle es que esté preparado para el golpe de viento —fue la advertencia de Louis, dada durante un medio rato libre en cubierta mientras Wolf Larsen estaba ocupado en resolver una reyerta entre los cazadores.

—Nunca se puede saber lo que va a pasar —continuó Louis, en respuesta a mi petición de información más concreta—. El hombre es tan voluble como las corrientes de aire o de agua. Nunca se le puede adivinar el camino. Es precisamente cuando cree conocerle y va navegando con buen viento que da media vuelta, se planta de frente y viene rugiendo hacia usted destrozando todas sus velas de buen tiempo.

Así que no me sorprendí del todo cuando el golpe de viento profetizado por Louis me alcanzó. Habíamos tenido una acalorada discusión, sobre la vida, claro está, y, cegado por el atrevimiento, estaba censurando duramente a Wolf Larsen y la vida de Wolf Larsen. En realidad le estaba vivisectando y revolviendo el tejido de su alma con la misma agudeza y minuciosidad con que era su costumbre hacer lo mismo con los demás. Quizá sea una debilidad mía que tengo una forma incisiva de hablar; pero solté todas las

amarras y corté y rajé hasta que el hombre entero estaba gruñendo. El oscuro bronceado solar de su rostro se puso negro de cólera, los ojos le llameaban. No había claridad ni cordura en ellos: solo la terrible rabia de un loco. Era el lobo que veía en él, y un lobo enloquecido para más señas.

Se lanzó hacia mí con un medio rugido, agarrándome del brazo. Me había armado de valor para plantarle cara, aunque por dentro temblaba; pero la fuerza enorme del hombre era demasiado para mi entereza. Me había cogido del bíceps con una sola mano, y cuando aquel apretón se tensó, me doblé y lancé un grito. Los pies se me fueron de debajo. Simplemente no podía mantenerme en pie y soportar la agonía. Los músculos se negaron a cumplir su función. El dolor era demasiado. El bíceps me estaba aplastando hasta convertirlo en pulpa.

Pareció recobrar el dominio de sí mismo, pues un destello lúcido apareció en sus ojos, y soltó el apretón con una breve carcajada que se parecía más a un gruñido. Caí al suelo sintiendo un gran desfallecimiento, mientras él se sentaba, encendía un cigarro y me observaba como un gato observa a un ratón. Mientras me retorció en el suelo podía ver en sus ojos aquella curiosidad que tan a menudo había observado, aquel asombro y perplejidad, aquel escudriñar, aquella eterna pregunta suya sobre de qué iba todo aquello.

Finalmente me arrastré hasta los pies y subí las escalerillas. El buen tiempo había acabado, y no quedaba nada más que volver a la cocina. El brazo izquierdo me estaba entumecido, como paralizado, y pasaron días antes de que pudiera usarlo, mientras que semanas hubo de pasar antes de que desapareciera la última rigidez y el último dolor. Y solo me había puesto la mano en el brazo y apretado. No había habido ningún tirón ni sacudida. Solo había cerrado la mano con una presión continua. Lo que habría podido hacerme no lo comprendí del todo hasta el día siguiente, cuando asomé la cabeza en la cocina y, como señal de renovada amistad, me preguntó cómo iba el brazo.

—Pudo haber sido peor —sonrió.

Yo pelaba patatas. Cogió una del recipiente. Era de buen tamaño, firme y sin pelar. La cerró en la mano, apretó, y la patata salió escurrida entre sus dedos en chorros blanduzcos. El resto pulposo lo devolvió al recipiente y se fue, y tuve una visión vívida de lo que podría haberme ocurrido a mí si el monstruo hubiera aplicado su fuerza real.

Pero los tres días de descanso habían sido buenos a pesar de todo, pues habían dado a la rodilla exactamente la oportunidad que necesitaba. Se encontraba mucho mejor, la hinchazón había disminuido considerablemente, y la rótula parecía descender a su lugar. Además, los tres días de descanso trajeron los problemas que había previsto. Estaba claro que Thomas Mugridge tenía intención de cobrarme aquellos tres días. Me trató vilmente, me maldijo sin cesar y me endosó su propio trabajo. Llegó incluso a alzar el puño contra mí, pero yo me estaba volviendo yo mismo algo más animal, y le mostré los dientes con tanta ferocidad que debió de asustarlo y hacerle retroceder. No es un cuadro agradable el que puedo evocar de mí mismo, Humphrey Van Weyden, en aquella pestilente cocina del barco, agazapado en un rincón sobre mi tarea, el rostro vuelto hacia el del individuo que iba a golpearme, los labios alzados y gruñendo como un perro, los ojos brillantes de miedo e impotencia y del valor que nace del miedo y la impotencia. No me gusta ese cuadro. Me recuerda demasiado a una rata en una trampa. No me gusta pensar en ello; pero fue eficaz, pues el golpe amenazado no cayó.

Thomas Mugridge retrocedió, mirándome con tanto odio y rencor como yo le miraba a él. Los dos éramos fieras, encerradas juntas y enseñándonos los dientes. Era un cobarde, con miedo de pegarme porque yo no me había acobardado lo suficiente de antemano, así que eligió un nuevo modo de intimidarme. No había más que un cuchillo de cocina que, como cuchillo, valiera algo. Este, fruto de muchos años de uso y desgaste, había adquirido una hoja larga y delgada. Era de un aspecto inusualmente cruel, y al principio me

había estremecido cada vez que lo usaba. El cocinero le pidió prestada una piedra a Johansen y se puso a afilar el cuchillo. Lo hacía con gran ostentación, lanzando miradas significativas hacia mí de vez en cuando. Lo fue afilando de arriba abajo todo el día. Cada momento libre que encontraba tenía el cuchillo y la piedra en la mano y a darle vueltas. El acero adquirió un filo de navaja. Lo probaba con la yema del pulgar o transversalmente en la uña. Se afeitaba pelos del dorso de la mano, miraba el filo con minuciosidad microscópica, y encontraba, o fingía encontrar, siempre una ligera irregularidad en algún punto del filo. Entonces volvía a ponerlo en la piedra y a afilar, afilar, afilar, hasta que habría podido reírme en voz alta, de tan ridículo que resultaba.

Era también algo serio, pues llegué a saber que era capaz de usarlo, que bajo toda su cobardía había un coraje de la cobardía, como el mío, que le impulsaría a hacer exactamente lo que toda su naturaleza protestaba de hacer y tenía miedo de hacer. «El Cocinero está afilando el cuchillo para el Jorobado», se iba susurrando entre los marineros, y algunos le tomaban el pelo por ello. Esto lo tomaba con buen humor, e incluso parecía complacido, asintiendo con la cabeza con lúgubre presciencia y misterio, hasta que George Leach, el antiguo grumete, se aventuró a hacer alguna broma grosera sobre el asunto.

Dio la casualidad de que Leach era uno de los marineros a los que le tocó dar el chapuzón a Mugridge después de su partida de cartas con el capitán. Leach había realizado evidentemente su tarea con una minuciosidad que Mugridge no había perdonado, pues siguieron palabras y apodos con feas implicaciones sobre la alcurnia. Mugridge amenazó con el cuchillo que afilaba para mí. Leach se rió y arrojó más de su dialecto de Telegraph Hill, y antes de que ni él ni yo nos dimos cuenta, su brazo derecho estaba abierto de codo a muñeca por un rápido tajo del cuchillo. El cocinero retrocedió con una expresión diabólica en la cara, el cuchillo ante él en postura defensiva. Pero Leach lo tomó con mucha calma, aunque la sangre manaba sobre la cubierta con la generosidad del agua de una fuente.

—Te voy a pillar, Cocinero —dijo—, y te voy a pillar fuerte. Y no me voy a dar prisa. No tendrás ese cuchillo cuando llegue el momento.

Dicho esto, se volvió y se fue caminando tranquilamente hacia proa. El rostro de Mugridge estaba lívido de miedo por lo que había hecho y por lo que podía esperar tarde o temprano del hombre al que había apuñalado. Pero su comportamiento hacia mí era más feroz que nunca. A pesar del miedo al ajuste de cuentas que debía esperarse por lo que había hecho, podía ver que había sido una lección para mí, y se volvió más dominante y engreído. Había también en él una lujuria, próxima a la locura, que había llegado con la vista de la sangre que había derramado. Empezaba a ver rojo en cualquier dirección que mirara. La psicología de ello es tristemente intrincada, y sin embargo podía leer los trabajos de su mente con tanta claridad como si fuera un libro impreso.

Pasaron varios días, el *Ghost* seguía espumeando por el alisio, y podría jurar que veía crecer la locura en los ojos de Thomas Mugridge. Y confieso que me fui asustando, asustando mucho. Afilar, afilar, afilar sonaba todo el día. La mirada de sus ojos mientras palpaba el filo agudo y me fulminaba era positivamente carnívora. Tenía miedo de darle la espalda, y cuando salía de la cocina lo hacía de espaldas, con gran regocijo de los marineros y los cazadores, que se reunían en grupos para presenciar mi salida. La tensión era demasiado. A veces pensaba que la mente me iba a ceder, algo de lo más apropiado en aquel barco de locos y brutos. Cada hora, cada minuto de mi existencia estaba en peligro. Era un alma humana en apuros, y sin embargo ni un alma, ni de proa ni de popa, mostraba suficiente simpatía para acudir en mi ayuda. A veces pensaba en echarme a la misericordia de Wolf Larsen, pero la visión del diablo burlón de sus ojos que cuestionaba la vida y se mofaba de ella acudía poderosa y me forzaba a abstenerme. Otras veces consideraba seriamente el suicidio, y toda la fuerza de mi filosofía esperanzada me era necesaria para evitar que me arrojara al mar en la oscuridad de la noche.

Varias veces Wolf Larsen intentó enredarme en discusiones, pero yo le daba respuestas cortas y le esquivaba. Finalmente me ordenó que volviera a sentarme a la mesa de la cabina durante un rato y dejara al cocinero que hiciera mi trabajo. Entonces hablé con franqueza, contándole lo que estaba sufriendo a manos de Thomas Mugridge a causa de los tres días de favoritismo que se me habían prodigado. Wolf Larsen me miró con ojos sonrientes.

—¿De modo que tiene usted miedo, eh? —se burló.

—Sí —dije con desafío y honestidad—. Tengo miedo.

—Así son ustedes —exclamó, medio enojado—, sentimentalizando sobre sus almas inmortales y con miedo a morir. A la vista de un cuchillo afilado y de un cockney cobarde, el apego de la vida a la vida supera toda su querida tontería. Por Dios, hombre, va a vivir para siempre. Es usted un dios, y a Dios no se le puede matar. El Cocinero no puede hacerle daño. Está usted seguro de su resurrección. ¿Qué hay que temer?

»Tiene usted la vida eterna por delante. Es un millonario de la inmortalidad, y un millonario cuya fortuna no puede perderse, cuya fortuna es menos perecedera que las estrellas y tan duradera como el espacio o el tiempo. Le es imposible reducir su principal. La inmortalidad es algo sin principio ni fin. La eternidad es la eternidad, y aunque muera usted aquí y ahora, seguirá viviendo en otro lugar y en el más allá. Y es todo muy hermoso, este sacudirse la carne y volar del espíritu encarcelado. El Cocinero no puede hacerle daño. Solo puede darle un empujoncito por el camino que eternamente debe recorrer.

»O, si no desea usted recibir ese empujoncito todavía, ¿por qué no empujar al Cocinero? Según sus ideas, también él debe de ser un millonario inmortal. No puede usted arruinarle. Su papel siempre circulará a la par. No puede reducir la extensión de su vida matándole, pues es sin principio ni fin. Está destinado a seguir viviendo, en algún lugar, de alguna manera. Empújelo, pues. Clávele un cuchillo y libere su espíritu. Tal como está, se encuentra en una

horrible prisión, y no haría usted más que un favor al derribar la puerta. ¿Y quién sabe? Podría ser un espíritu muy hermoso el que se elevara hacia el azul desde esa fea carroña. Empújelo, y le promociono a su puesto, que cobra cuarenta y cinco dólares al mes.

Estaba claro que no podía esperar ayuda ni misericordia de Wolf Larsen. Lo que hubiera de hacerse debía hacerlo yo mismo; y del valor del miedo elaboré el plan de pelearme con Thomas Mugridge con sus propias armas. Le pedí prestada una piedra de afilar a Johansen. Louis, el timonel de bote, me había estado pidiendo leche condensada y azúcar. La gambuza, donde se guardaban esas delicias, estaba situada bajo el suelo de la cabina. Aprovechando mi oportunidad, robé cinco botes de leche, y aquella noche, cuando le tocó la guardia a Louis en cubierta, los cambié por un cuchillo de monte tan delgado y de aspecto cruel como el cuchillo de verduras de Thomas Mugridge. Estaba oxidado y sin filo, pero hice girar la rueda de afilar mientras Louis le daba un buen filo. Dormí más profundamente que de costumbre aquella noche.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Thomas Mugridge empezó con su afilar, afilar, afilar. Le dirigí una mirada cautelosa, pues estaba de rodillas sacando las cenizas de la estufa. Cuando volví de arrojarlas por la borda, estaba hablando con Harrison, cuyo honrado rostro campesino mostraba fascinación y asombro.

—Sí —decía Mugridge—, y ¿qué hace su señoría sino darme dos años en Reading? Pero qué me importaba, oiga. Al otro le arreglé la cuenta bien arreglada. Habría que haberle visto. Cuchillo igualito que este. Lo clavé, como en mantequilla blanda, y los chillidos que pegaba valían más que una entrada de teatro barata. —Lanzó una mirada en mi dirección para ver si lo captaba, y continuó—: «No quería hacerte daño, Tommy», lloraba él; «que me valga Dios si quería hacerte daño». «Voy a dejarte bien arreglado», le digo, y seguí detrás de él. Le corté en tiras, eso hice, y él chillando todo el tiempo. Una vez puso la mano en el cuchillo e intentó agarrarlo. Tenía los dedos alrededor, pero yo tiré haciéndolo pasar por ellos, cortando hasta el hueso. Oh, era para verlo, se lo digo.

Una llamada del conrtramaestre interrumpió la sangrienta narración, y Harrison se fue a popa. Mugridge se sentó en el umbral elevado de la cocina y siguió con el afilado del cuchillo. Recogí la pala y me senté tranquilamente en el cajón del carbón frente a él. Me lanzó una mirada viciosa. Todavía con calma, aunque el corazón me daba palmas, saqué el cuchillo de monte de Louis y empecé a afilarlo en la piedra. Me había esperado casi cualquier tipo de explosión por parte del cockney, pero para mi sorpresa no pareció darse cuenta de lo que hacía. Siguió afilando su cuchillo. Yo hice lo mismo. Y durante dos horas permanecimos allí sentados, cara a cara, afilando, afilando, afilando, hasta que la noticia se extendió y media tripulación se apiñaba en las puertas de la cocina para ver el espectáculo.

Se ofrecían libremente ánimos y consejos, y Jock Horner, el cazador tranquilo y suave de voz que parecía incapaz de hacerle daño a un ratón, me aconsejó que dejara las costillas en paz y empujara hacia arriba hacia el abdomen, dando al mismo tiempo lo que llamó el «giro español» a la hoja. Leach, con el brazo vendado bien en primer plano, me rogaba que le dejara algunos restos del cocinero para él; y Wolf Larsen se detuvo un par de veces en el umbral del alcázar para echar una ojeada curiosa a lo que para él debía de ser un movimiento y arrastrarse de la cosa leudante que conocía como vida.

Y me permito decir que por el momento la vida asumió para mí los mismos valores sórdidos. No había nada hermoso en ella, nada divino: solo dos cobardes seres en movimiento que afilaban acero contra piedra, y un grupo de otras cosas en movimiento, cobardes y no cobardes, que miraban. La mitad de ellas, estoy seguro, deseaban ardientemente vernos derramando sangre mutuamente. Habría sido entretenimiento. Y no creo que hubiera uno solo que hubiera intervenido si nos hubiéramos enzarzado en una lucha a muerte.

Por otro lado, todo el asunto era risible e infantil. Afilar, afilar, afilar: ¡Humphrey Van Weyden afilando su cuchillo en la cocina de

un barco y probando el filo con el pulgar! De todas las situaciones, esta era la más inconcebible. Sé que los de mi propia clase no habrían podido creerlo posible. No me habían llamado el «Nenaza» Van Weyden toda la vida sin razón, y que el «Nenaza» Van Weyden fuera capaz de hacer aquello fue una revelación para Humphrey Van Weyden, que no sabía si estar exultante o avergonzado.

Pero no pasó nada. Al cabo de dos horas Thomas Mugridge guardó el cuchillo y la piedra y me tendió la mano.

—¿Para qué montar este numerito para esos palurdos? —dijo—. No nos quieren, y estarían la mar de contentos de vernos cortarnos el cuello. No estás mal del todo, ¡Jorobado! Tienes agallas, como decís los yanquis, y te tengo simpatía a mi manera. Vamos, dame la mano.

Cobarde que pudiera ser, era menos cobarde que él. Era una victoria clara la que había ganado, y me negué a renunciar a ninguna parte de ella estrechando su detestable mano.

—Está bien —dijo sin orgullo—, como quieras; no te tendré menos simpatía por ello.

Y para salvar las apariencias se volvió con fiereza hacia los mirones.

—¡Largo de mis puertas de cocina, vagos!

Esta orden fue reforzada con una tetera de agua hirviendo, y a su vista los marineros se escabulleron a toda prisa. Esto fue una especie de victoria para Thomas Mugridge, y le permitió aceptar con más elegancia la derrota que le había infligido, aunque, claro está, era demasiado discreto para intentar echar a los cazadores.

—Creo que el Cocinero ha llegado a su fin —oí decir a Smoke a Horner.

—Desde luego —fue la respuesta—. Jorobado manda en la cocina a partir de ahora, y el Cocinero pliega velas.

Mugridge lo oyó y me dirigió una mirada rápida, pero yo no di señales de que la conversación me hubiera llegado. No había pensado que mi victoria fuera tan amplia y completa, pero resolví no ceder nada de lo que había ganado. Según fueron pasando los días, la profecía de Smoke se fue verificando. El cockney se volvió hacia mí más humilde y servil que incluso con Wolf Larsen. Ya no le llamaba señor ni lo tuteaba de usted, no fregaba más ollas grasientas ni pelaba más patatas. Hacía mi trabajo, y solo mi trabajo, cuando y como me parecía bien. Llevaba también el cuchillo de monte en su funda a la cadera, a la marinera, y mantenía hacia Thomas Mugridge una actitud constante compuesta a partes iguales de arrogancia, insulto y desprecio.

X

Mi intimidad con Wolf Larsen va en aumento —si por intimidad puede designarse la relación que existe entre amo y criado, o mejor aún, entre rey y bufón. No soy para él más que un juguete, y me valora en no más de lo que un niño valora un juguete. Mi función es entretener, y mientras entretengo todo va bien; pero que se aburra, o que le venga uno de sus negros humores, y al instante soy relegado de la mesa de la cabina a la cocina, y además tengo suerte de escapar con vida y sin daño.

La soledad del hombre se me va imponiendo poco a poco. No hay hombre a bordo que no le odie o le tema, ni hombre alguno que él no desprecie. Parece consumirse con la tremenda fuerza que hay en él y que nunca parece haber encontrado expresión adecuada en obras. Es como sería Lucifer si ese espíritu orgulloso fuera desterrado a una sociedad de fantasmas sin alma, tomlinsonianos.

Esta soledad es ya bastante mala en sí misma, pero, para empeorarla, está oprimido por la melancolía primordial de su raza. Conociéndole, repaso los viejos mitos escandinavos con más clara comprensión. Los salvajes de piel blanca y cabello rubio que crearon ese terrible panteón eran de la misma fibra que él. La frivolidad de los latinos amantes de la risa no forma parte de él. Cuando ríe es con un humor que no es sino feroz. Pero ríe pocas veces; demasiado a menudo está triste. Y es una tristeza tan profunda como las raíces de la raza. Es la herencia racial, la tristeza que ha hecho a la raza sobria, de vida limpia y fanáticamente moral, y que en este último

aspecto ha culminado entre los ingleses en la Iglesia Reformada y en la señora Grundy.

A decir verdad, el principal desahogo de esta melancolía primordial ha sido la religión en sus formas más angustiosas. Pero las compensaciones de tal religión le están vedadas a Wolf Larsen. Su brutalismo materialista no se lo permite. Así, cuando le vienen sus humores azules, no le queda nada más que ser diabólico. De no ser un hombre tan terrible, a veces casi le tendría lástima, como por ejemplo hace tres mañanas, cuando entré en su camarote a llenarle la cantimplora y me lo encontré de improviso. No me vio. Tenía la cabeza enterrada entre las manos, y los hombros se le sacudían convulsivamente como con sollozos. Parecía desgarrado por un dolor inmenso. Al retirarme en silencio pude oírle gemir: «¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!» No es que invocara a Dios; era una mera exclamación, pero le salía del alma.

En la comida les pidió a los cazadores un remedio para el dolor de cabeza, y al anochecer, hombre fuerte como era, estaba medio ciego y dando tumbos por la cabina.

—Nunca he estado enfermo en mi vida, Jorobado —me dijo mientras le acompañaba a su camarote—. Ni había tenido un dolor de cabeza salvo la vez que tardó en curar la cabeza después de que me la abrieran en seis pulgadas con una barra de cabrestante.

Este cegador dolor de cabeza duró tres días, y sufrió como sufren los animales salvajes, como parecía ser la costumbre en el barco sufrir: sin queja, sin compasión, absolutamente solo.

Esta mañana, sin embargo, al entrar en su camarote a hacer la cama y poner las cosas en orden, le encontré bien y trabajando intensamente. La mesa y la litera estaban llenas de diseños y cálculos. En una gran lámina transparente, compás y escuadra en mano, copiaba lo que parecía ser algún tipo de escala.

—Hola, Jorobado —me saludó afablemente—. Estoy poniendo los últimos retoques. ¿Quieres ver cómo funciona?

—¿Pero qué es? —pregunté.

—Un ingenio para ahorrarles trabajo a los marinos, la navegación reducida a la sencillez del parvulario —respondió con animación—. A partir de hoy, un niño podrá navegar un barco. Nada más de cálculos interminables. Con una sola estrella en el cielo en una noche sucia basta para saber al instante dónde estás. Mira. Coloco la escala transparente sobre este mapa de estrellas, haciéndola girar sobre el Polo Norte. En la escala he trazado los círculos de altitud y las líneas de marcación. Todo lo que hago es ponerla sobre una estrella, girar la escala hasta que quede enfrente de esas cifras del mapa de abajo, ¡y listo! Ahí lo tienes, la ubicación precisa del barco.

Había un tono de triunfo en su voz, y sus ojos, azul claro esta mañana como el mar, centelleaban.

—Debe de saber usted bastante de matemáticas —dije—. ¿Dónde estudió?

—Nunca pisé ninguna escuela, mala suerte la mía —fue la respuesta—. Tuve que sacarme todo yo solo.

—¿Y por qué cree que he hecho esta cosa? —exigió saber, bruscamente—. ¿Soñando con dejar huellas en las arenas del tiempo? —Soltó una de sus horribles carcajadas burlonas—. En absoluto. Para patentarla, para ganar dinero con ella, para revolcarme en la glotonería con noches enteras libres mientras otros hacen el trabajo. Ese es mi propósito. Además, he disfrutado desarrollándola.

—La alegría de la creación —murmuré.

—Supongo que eso es lo que debería llamarse. Que es otra manera de expresar la alegría de la vida en cuanto que está viva, el triunfo del movimiento sobre la materia, de lo vivo sobre lo muerto, el orgullo de la levadura porque es levadura y se arrastra.

Alcé las manos con impotente desaprobación ante su inveterado materialismo y me puse a hacer la cama. Él siguió copiando líneas y cifras en la escala transparente. Era una tarea que exigía la más extrema delicadeza y precisión, y no pude sino admirar la manera en que templaba su fortaleza a la finura y delicadeza del cometido.

Cuando hube terminado la cama, me sorprendí mirándole de una manera fascinada. Era ciertamente un hombre apuesto: hermoso en el sentido viril. Y de nuevo, con un asombro que nunca me abandonaba, observé la total ausencia de viciosidad, maldad o pecaminosidad en su rostro. Era el rostro, estoy convencido, de un hombre que no hacía el mal. Y con esto no quiero ser malentendido. Lo que quiero decir es que era el rostro de un hombre que o no hacía nada contrario a los dictados de su conciencia, o que no tenía conciencia. Me inclino por esta segunda explicación. Era un magnífico atavismo, un hombre tan puramente primitivo que era del tipo que vino al mundo antes del desarrollo de la naturaleza moral. No era inmoral, sino simplemente amoral.

Como he dicho, en el sentido viril el suyo era un rostro hermoso. Sin barba, cada línea era nítida, y estaba esculpido con la claridad y la precisión de un camafeo; mientras que el mar y el sol habían curtido la piel naturalmente clara en un bronce oscuro que hablaba de lucha y combate y añadía tanto a su salvajismo como a su belleza. Los labios eran gruesos, aunque poseídos de la firmeza, casi dureza, característica de los labios finos. La disposición de su boca, su mentón, su mandíbula, era igualmente firme o dura, con toda la fiereza e indomabilidad de lo viril; y lo mismo la nariz. Era la nariz de un ser nacido para conquistar y mandar. Insinuaba apenas el pico de águila. Podría haber sido griega, podría haber sido romana, solo que resultaba un poco demasiado maciza para lo uno y un poco demasiado delicada para lo otro. Y aunque todo el rostro era la encarnación de la fiereza y la fortaleza, la melancolía primordial de la que sufría parecía engrandecer las líneas de la boca, los ojos y la frente, parecía dar una amplitud y plenitud que de otro modo habrían faltado al rostro.

Y así me sorprendí parado ociosamente, estudiándole. No puedo decir hasta qué punto aquel hombre había llegado a interesarme. ¿Quién era? ¿Qué era? ¿Cómo había llegado a ser? Todos los poderes parecían suyos, todas las potencialidades; ¿por qué, entonces, no era más que el oscuro capitán de una goleta cazadora

de focas con fama de brutalidad atroz entre los hombres que cazaban focas?

Mi curiosidad brotó de mí en un torrente de palabras.

—¿Por qué no ha hecho grandes cosas en este mundo? Con el poder que es suyo podría haberse elevado a cualquier altura. Sin conciencia ni instinto moral, podría haber dominado el mundo, doblegarlo a su voluntad. Y sin embargo aquí está, en la cumbre de su vida, cuando empieza el declive y la decadencia, llevando una existencia oscura y sórdida, cazando animales marinos para satisfacer la vanidad y el amor de adorno de las mujeres, revolcándose en una glotonería, por usar sus propias palabras, que es todo menos espléndida. ¿Por qué, con toda esa fuerza prodigiosa, no ha hecho nada? Nada había que le impidiera, nada que pudiera haberle detenido. ¿Qué falló? ¿Le faltó ambición? ¿Cayó en la tentación? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó?

Había levantado los ojos hacia mí al comienzo de mi arrebató y me había seguido con calma hasta que hube terminado y me quedé ante él sin aliento y consternado. Esperó un momento, como si buscara por dónde empezar, y luego dijo:

—Jorobado, ¿conoce la parábola del sembrador que salió a sembrar? Si lo recuerda, parte de la semilla cayó en pedregales, donde no había mucha tierra, y en seguida brotó porque no tenía profundidad de tierra. Y cuando el sol subió, se abrasó, y por no tener raíz, se secó. Y parte cayó entre espinos, y los espinos crecieron y la ahogaron.

—¿Y bien? —dije.

—¿Y bien? —repitió, medio irritado—. No fue bien. Yo era una de esas semillas.

Bajó la cabeza sobre la escala y reanudó la copia. Terminé mi trabajo y había abierto la puerta para salir cuando me habló.

—Jorobado, si mira en la costa oeste del mapa de Noruega verá una hendidura llamada fiordo de Romsdal. Nací a menos de cien

millas de ese tramo de agua. Pero no nací noruego. Soy danés. Mi padre y mi madre eran daneses, y cómo llegaron a aquel desolado rincón de la costa oeste no lo sé. Nunca lo oí. Fuera de eso no hay nada misterioso. Eran gente pobre y sin letras. Venían de generaciones de gente pobre y sin letras: campesinos del mar que sembraban sus hijos en las olas como ha sido su costumbre desde el principio de los tiempos. No hay más que contar.

—Pero sí lo hay —objeté—. Sigue siendo oscuro para mí.

—¿Qué puedo contarle? —preguntó, con un recrudescimiento de fiereza—. ¿De la mezquindad de la vida de un niño? ¿De la dieta de pescado y la vida tosca? ¿De salir en los botes desde que podía gatear? ¿De mis hermanos, que se fueron uno a uno a la labranza del mar profundo y no volvieron? ¿De mí mismo, incapaz de leer ni escribir, grumete a la madura edad de diez años en los barcos de cabotaje del viejo país? ¿Del duro sustento y el trato más duro aún, donde las patadas y los golpes eran el pan y la cama y hacían las veces del lenguaje, y el miedo y el odio y el dolor eran mis únicas experiencias del alma? No me gusta recordar. Una locura me sube al cerebro incluso ahora al pensarlo. Pero había patronos de cabotaje a los que habría vuelto a matar cuando llegó a mí la fuerza de un hombre, solo que las líneas de mi vida estaban tendidas en aquel tiempo en otros lugares. Sí volví, no hace mucho, pero por desgracia los patronos habían muerto todos salvo uno, contramaestre en los viejos tiempos, patrón cuando le encontré, y cuando le dejé, un lisiado que no volvería a caminar.

—Pero usted, que lee a Spencer y a Darwin y nunca ha visto el interior de una escuela, ¿cómo aprendió a leer y escribir? —pregunté.

—En la marina mercante inglesa. Grumete a los doce, muchacho de a bordo a los catorce, marinero de tercera a los dieciséis, marinero de primera a los diecisiete, y gallo del pañol de proa, con ambición infinita y soledad infinita, sin recibir ni ayuda ni compasión, me lo saqué todo yo solo: navegación, matemáticas, ciencia, literatura y lo que fuera. ¿Y de qué me ha servido? Capitán y

propietario de un barco en la cumbre de mi vida, como usted dice, cuando empiezo a declinar y a morir. Poca cosa, ¿verdad? Y cuando el sol subió, me abrasé, y por no tener raíz, me sequé.

—Pero la historia nos habla de esclavos que ascendieron a la púrpura —le repliqué.

—Y la historia nos habla de oportunidades que llegaron a los esclavos que ascendieron a la púrpura —respondió con gravedad—. Nadie crea la oportunidad. Todo lo que hicieron los grandes hombres fue reconocerla cuando llegó. El corso la reconoció. Yo he soñado tan grandiosamente como el corso. Habría reconocido la oportunidad, pero nunca llegó. Los espinos crecieron y me ahogaron. Y, Jorobado, puedo decirle que sabe más de mí que ningún hombre vivo, salvo mi propio hermano.

—¿Y quién es él? ¿Y dónde está?

—Capitán del vapor *Macedonia*, cazador de focas —fue la respuesta—. Lo encontraremos muy probablemente en la costa del Japón. Los hombres le llaman Larsen «el Muerte».

—¡Larsen «el Muerte»! —exclamé involuntariamente—. ¿Se parece a usted?

—Apenas. Es un pedazo de animal sin ninguna cabeza. Tiene toda mi... mi...

—Brutalidad —sugerí.

—Sí, gracias por la palabra: toda mi brutalidad, pero apenas sabe leer ni escribir.

—Y nunca ha filosofado sobre la vida —añadí.

—No —respondió Wolf Larsen, con un inexpresable aire de tristeza—. Y es más feliz por dejar la vida en paz. Está demasiado ocupado viviéndola para pensar en ella. Mi error fue abrir los libros alguna vez.

XI

El *Ghost* ha llegado al punto más meridional del arco que describe por el Pacífico, y ya empieza a virar hacia el oeste y el norte en dirección a alguna isla solitaria, según se rumorea, donde llenará las pipas de agua antes de proseguir hacia la temporada de caza a lo largo de la costa del Japón. Los cazadores han experimentado y practicado con sus rifles y escopetas hasta quedar satisfechos, y los remeros y timoneles de bote han confeccionado sus velas de sprit, forrado de cuero y trenza los remos y toletes para que no hagan ruido al acechar a las focas, y han puesto los botes en perfectas condiciones —por usar la expresión castiza de Leach.

Su brazo, por cierto, ha cicatrizado bien, aunque la cicatriz le quedará de por vida. Thomas Mugridge le tiene un miedo de muerte y teme aventurarse en cubierta después de oscurecer. Hay dos o tres pependencias sin resolver en el pañol de proa. Louis me dice que los chismes de los marineros llegan a popa, y que a dos de los soplones les han dado una paliza sus compañeros. Sacude la cabeza con expresión de duda ante el porvenir del hombre Johnson, que es remero de bote en el mismo bote que él. Johnson ha tenido la culpa de decir lo que piensa con demasiada libertad, y ha chocado dos o tres veces con Wolf Larsen por la pronunciación de su nombre. A Johansen le dio una paliza en la cubierta de amidships hace unas noches, desde cuyo momento el contraestre le llama por su nombre correcto. Pero está claro que es imposible que Johnson le dé una paliza a Wolf Larsen.

Louis me ha dado también información adicional sobre Larsen «el Muerte», que coincide con la breve descripción del capitán. Podemos esperar encontrarnos con él en la costa del Japón. «Y preparados para el golpe de viento», es la profecía de Louis, «porque se odian como los cachorros de lobo que son». Larsen «el Muerte» manda el único vapor cazador de focas de la flota, el *Macedonia*, que lleva catorce botes, mientras que el resto de las goletas llevan solo seis. Hay rumores disparatados de que lleva un cañón a bordo, y de las extrañas incursiones y expediciones que puede llevar a cabo, desde el contrabando de opio hacia los Estados Unidos y el de armas hacia China hasta el tráfico de esclavos y la piratería declarada. Y sin embargo no puedo sino creerlo, pues nunca le he pillado en una mentira, mientras que tiene un conocimiento enciclopédico de la caza de focas y de los hombres de las flotas foqueras.

Lo mismo que a proa y en la cocina, así ocurre en el entrepuente y a popa, en este verdadero barco del infierno. Los hombres se pelean y se enzarzan ferozmente por sus vidas. Los cazadores esperan de un momento a otro un tiroteo entre Smoke y Henderson, cuya vieja querrela no ha cicatrizado, mientras que Wolf Larsen dice positivamente que matará al superviviente si tal pelea llega a producirse. Afirma con toda franqueza que la postura que adopta no se basa en ningún principio moral, que todos los cazadores podrían matarse y comerse unos a otros en lo que a él respecta, de no ser porque los necesita vivos para la caza. Si tienen la bondad de aguantar hasta que acabe la temporada, les promete un carnaval regio en que podrán saldarse todos los agravios y los supervivientes podrán arrojar a los no supervivientes por la borda y montar una historia sobre cómo se perdieron en el mar los hombres que faltan. Creo que incluso los cazadores se quedan consternados ante su frialdad de sangre. Por muy malos que sean, lo cierto es que le tienen mucho miedo.

Thomas Mugridge es rastrero en su sujeción a mí, mientras que yo ando en secreto temor de él. El suyo es el coraje del miedo —algo que conozco bien en mí mismo— y en cualquier momento puede dominar el miedo e impulsarme a quitarme la vida. La rodilla está

mucho mejor, aunque a menudo me duele durante largos ratos, y la rigidez va desapareciendo poco a poco del brazo que Wolf Larsen me apretó. Por lo demás, estoy en espléndidas condiciones, me siento en espléndidas condiciones. Los músculos se me están endureciendo y creciendo. Las manos, sin embargo, son un espectáculo lastimoso. Tienen un aspecto de sancochadas, están aquejadas de padrastrós, las uñas están rotas y descoloridas, y los bordes de la cutícula parecen tomar un aspecto como de hongo. Además, sufro de forúnculos, debidos muy probablemente a la dieta, pues nunca me habían afectado de esta manera antes.

Hace un par de noches me divertí ver a Wolf Larsen leyendo la Biblia, un ejemplar de la cual, tras la búsqueda infructuosa de un principio de viaje, había sido encontrado en el arcón del conrmaestre muerto. Me pregunté qué podría sacar Wolf Larsen de ella, y me leyó en voz alta del Eclesiastés. Podía imaginar que declamaba los pensamientos de su propia mente al leerme, y su voz, que resonaba profunda y lúgubremente en la cabina cerrada, me hechizó y me retuvo. Puede que sea un inculto, pero sin duda sabe cómo expresar la significación de la palabra escrita. Le oigo ahora, como siempre le oiré, con la melancolía primordial vibrando en la voz mientras leía:

«Amontoné también plata y oro y tesoros preciados de reyes y de provincias; me hice de cantores y cantoras y de los deleites de los hijos de los hombres, de toda suerte de instrumentos de música.

»Así me engrandecí y crecí más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén; y con todo eso mi sabiduría permaneció conmigo.

»Luego miré todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo en que me había afanado; y he aquí que todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol.

»Todo acontece de igual manera a todos; un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno, al limpio y al no limpio; al que sacrifica, y al que no sacrifica; lo mismo al bueno que al pecador; al que jura, como al que teme el juramento.

»Este es un mal en todo lo que se hace debajo del sol: que un mismo suceso les acontece a todos, y también que el corazón de los hijos de los hombres está lleno de mal y de insensatez en su corazón durante su vida; y después de esto se van a los muertos.

»Porque para aquel que está unido con todos los vivientes hay esperanza; mejor es perro vivo que león muerto.

»Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido.

»También su amor y su odio y su envidia fenecieron ya; y no tendrán jamás parte en todo lo que se hace debajo del sol.»

—Ahí lo tiene, Jorobado —dijo, cerrando el libro con el dedo y levantando la vista hacia mí—. El Predicador que fue rey sobre Israel en Jerusalén pensaba como yo pienso. Me llama usted pesimista. ¿No es este el pesimismo más negro? «Todo es vanidad y aflicción de espíritu», «Sin provecho debajo del sol», «Un mismo suceso ocurre a todos», al necio y al sabio, al limpio y al no limpio, al pecador y al santo, y ese suceso es la muerte, y un mal, dice él. Porque el Predicador amaba la vida y no quería morir, diciendo: «Mejor es perro vivo que león muerto». Prefería la vanidad y la aflicción al silencio y la inmovilidad de la tumba. Y yo lo mismo. Arrastrarse es una glotonería; pero no arrastrarse, ser como el barro y la roca, es algo repugnante de contemplar. Es repugnante para la vida que hay en mí, cuya esencia misma es el movimiento, el poder del movimiento y la conciencia del poder del movimiento. La vida misma es insatisfacción, pero mirar hacia adelante hacia la muerte es una insatisfacción mayor.

—Está usted peor que Omar —dije—. Él, al menos, tras la consabida angustia de la juventud, encontró la conformidad e hizo de su materialismo algo gozoso.

—¿Quién era Omar? —preguntó Wolf Larsen, y aquel día no hice más trabajo, ni el siguiente, ni el otro.

En sus lecturas dispersas nunca había dado con el *Rubā 'īyāt*, y fue para él como hallar un gran tesoro. Recordaba mucho, quizás dos tercios de los cuartetos, y el resto lo recompuse sin dificultad. Hablamos durante horas sobre estrofas sueltas, y le encontré leyendo en ellas un lamento de arrepentimiento y una rebeldía que yo, por más que me empeñara, no lograba descubrir por mí mismo. Quizás recitaba con cierto tono gozoso que era mío propio, pues — tenía buena memoria, y a una segunda lectura, muy a menudo a la primera, se apropiaba de un cuarteto— recitaba los mismos versos y los investía de un desasosiego y una revuelta apasionada que eran casi convincentes.

Tenía curiosidad por saber qué cuarteto le gustaría más, y no me sorprendió cuando se decidió por el nacido de un instante de irritabilidad, y bastante en desacuerdo con la complaciente filosofía y el genial código de vida del persa:

«¡Sin preguntar de dónde, a aquí traído me fui; y sin preguntar adónde, de aquí traído me fui! ¡Oh, muchas copas de este Vino vedado han de ahogar la memoria de esa insolencia!»

—¡Magnífico! —exclamó Wolf Larsen—. ¡Magnífico! Esa es la nota clave. ¡Insolencia! No podría haber elegido una palabra mejor.

En vano objeté y negué. Me inundó, me abrumó con argumentos.

—Es la naturaleza de la vida ser de otro modo imposible. La vida, cuando sabe que debe cesar de vivir, siempre se rebelará. No puede evitarlo. El Predicador encontró la vida y las obras de la vida todo vanidad y aflicción, una cosa mala; pero la muerte, el cesar de poder ser vano y afligido, la encontró una cosa aún más mala. A lo largo de capítulo tras capítulo le atormenta el único suceso que les llega a todos por igual. Lo mismo a Omar, lo mismo a mí, lo mismo a usted, incluso a usted, pues se rebeló contra morir cuando el Cocinero le afiló un cuchillo. Tenía usted miedo de morir; la vida que hay en usted, que le compone, que es más grande que usted, no quería morir. Ha hablado del instinto de inmortalidad. Yo hablo del instinto de vida, que es vivir, y que, cuando la muerte se cierne próxima y

grande, domina al instinto, llamado así, de inmortalidad. Lo dominó en usted (no puede negarlo), porque un cocinero cockney lunático le afiló un cuchillo.

»Ahora le tiene miedo a él. Me tiene miedo a mí. No puede negarlo. Si le agarrara por la garganta, así —su mano estaba en torno a mi garganta y me cortaba la respiración—, y empezara a exprimírle la vida, así, y así, su instinto de inmortalidad se iría apagando, y su instinto de vida, que es el anhelo de vivir, revolotearía, y lucharía usted por salvar su vida. ¿Eh? Veo el miedo a la muerte en sus ojos. Golpea el aire con los brazos. Ejerce toda su menuda fuerza para luchar por vivir. Su mano está aferrándose a mi brazo, tan leve como una mariposa posada. El pecho se le agita, la lengua se le saca, la piel se le pone oscura, los ojos se le van. "¡Vivir! ¡Vivir! ¡Vivir!" está usted gritando; y está usted gritando por vivir aquí y ahora, no en el más allá. Duda usted de su inmortalidad, ¿eh? ¡Ja, ja! No está seguro de ella. No quiere arriesgarse. Solo de esta vida está seguro de que es real. Ah, se está oscureciendo y oscureciendo más. Es la oscuridad de la muerte, el cesar de existir, el cesar de sentir, el cesar de moverse, que se va cerrando sobre usted, descendiendo, elevándose a su alrededor. Sus ojos se están poniendo fijos. Se están vidriando. Mi voz suena tenue y lejana. No puede ver mi cara. Y aun así lucha en mi apretón. Patalea con las piernas. Su cuerpo se dobla sobre sí mismo como una serpiente. El pecho se agita y se tensa. ¡Vivir! ¡Vivir! ¡Vivir!...

No oí más. La consciencia quedó borrada por la oscuridad que tan vívidamente había descrito, y cuando volví en mí estaba tendido en el suelo y él fumaba un cigarro y me miraba pensativamente con aquella vieja y familiar luz de curiosidad en los ojos.

—¿Y bien, le he convencido? —preguntó—. Tome, beba esto. Quiero hacerle unas preguntas.

Moví la cabeza negativamente en el suelo.

—Sus argumentos son demasiado... ejem... contundentes — conseguí articular, a costa de un gran dolor en la garganta dolorida.

—En media hora estará bien —me aseguró—. Y le prometo que no usaré más demostraciones físicas. Levántese ahora. Puede sentarse en una silla.

Y, juguete que era de este monstruo, se reanudó la discusión sobre Omar y el Predicador. Y hasta bien entrada la noche nos quedamos despiertos con ella.

XII

Las últimas veinticuatro horas han sido testigo de un carnaval de brutalidad. Desde la cabina al pañol de proa parece haber estallado como un contagio. Apenas sé por dónde empezar. Wolf Larsen fue realmente la causa de todo. Las relaciones entre los hombres, tensas y crispadas por rencillas, disputas y agravios, estaban en un estado de equilibrio inestable, y las pasiones malvadas se encendieron en llamas como la hierba de la pradera.

Thomas Mugridge es un rastrero, un espía, un soplón. Ha estado intentando congraciarse y reinstalarse en el favor del capitán llevándole cuentos de los hombres de proa. Fue él, lo sé, quien llevó algunas de las palabras apresuradas de Johnson a Wolf Larsen. Al parecer Johnson había comprado un traje de impermeables del pañol de provisiones y los encontró de calidad muy inferior. Ni fue lento en publicitar el hecho. El pañol de provisiones es una especie de pequeña tienda de ultramarinos que llevan todas las goletas cazadoras y que está abastecida con artículos propios de las necesidades de los marineros. Lo que un marinero compra se descuenta de sus ganancias posteriores en los caladeros de focas; pues, lo mismo que con los cazadores, también con los remeros y timoneles de bote, en lugar de salario reciben una «participación», una tasa de tanto por piel por cada piel capturada en su bote particular.

Pero de los rezongos de Johnson sobre el pañol de provisiones no sabía nada, de modo que lo que presencié me llegó como una sorpresa repentina y brusca. Acababa de terminar de barrer la

cabina, y Wolf Larsen me había enredado en una discusión sobre *Hamlet*, su personaje shakespeariano favorito, cuando Johansen bajó por las escalerillas seguido de Johnson. Este se descubrió según la costumbre del mar, y se quedó respetuosamente en el centro de la cabina, bamboleándose pesadamente con el balanceo de la goleta y de cara al capitán.

—Cierra las puertas y corre el pestillo —me dijo Wolf Larsen.

Al obedecer noté una luz de inquietud en los ojos de Johnson, pero no soñé con su causa. No soñé con lo que iba a ocurrir hasta que ocurrió, pero él lo sabía desde el primer momento y lo aguardaba con valentía. Y en su actitud encontré la refutación completa de todo el materialismo de Wolf Larsen. El marinero Johnson estaba movido por la idea, por el principio, por la verdad y la sinceridad. Tenía razón, sabía que tenía razón, y no tenía miedo. Moriría por lo justo si era necesario, sería fiel a sí mismo, sincero con su alma. Y en esto quedaba retratada la victoria del espíritu sobre la carne, la indomabilidad y la grandeza moral del alma que no conoce restricción y se eleva por encima del tiempo, el espacio y la materia con una certeza e invencibilidad que no nace de nada más que de la eternidad y la inmortalidad.

Pero volvamos al hilo. Noté la luz de inquietud en los ojos de Johnson, pero la tomé por la timidez y el embarazo naturales del hombre. El contramaestre, Johansen, estaba apartado varios pies a su lado, y a plena tres yardas por delante estaba sentado Wolf Larsen en uno de los sillones giratorios de la cabina. Se produjo una pausa apreciable después de que yo cerrara las puertas y corriera el pestillo, una pausa que debió de durar un minuto entero. La rompió Wolf Larsen.

—Yonson —empezó.

—Mi nombre es Johnson, señor —le corrigió el marinero con valentía.

—¡Pues Johnson, maldita sea! ¿Puedes adivinar por qué te he mandado llamar?

—Sí y no, señor —fue la respuesta pausada—. Mi trabajo está bien hecho. El contraamaestre lo sabe, y usted también lo sabe, señor. De modo que no puede haber queja.

—¿Y eso es todo? —preguntó Wolf Larsen, con voz suave, baja y ronroneante.

—Sé que me la tiene guardada —continuó Johnson con su inalterabilidad y pesadez de siempre—. No le caigo bien. No le... no le...

—Sigue —le animó Wolf Larsen—. No tengas miedo a mis sentimientos.

—No tengo miedo —replicó el marinero, con un leve arrebató de cólera asomando a través del bronceado—. Si no hablo rápido, es porque llevo menos tiempo fuera del viejo país que usted. No le caigo bien porque soy demasiado hombre; eso es, señor.

—Eres demasiado hombre para la disciplina del barco, si eso es lo que quieres decir, y si sabes lo que yo quiero decir —fue la réplica de Wolf Larsen.

—Sé inglés, y sé lo que usted quiere decir, señor —respondió Johnson, con el rubor profundizándose ante la insinuación sobre su conocimiento del inglés.

—Johnson —dijo Wolf Larsen, con un aire de apartar todo lo anterior como introductorio al asunto principal—, tengo entendido que no estás del todo satisfecho con esos impermeables.

—No, señor. No sirven para nada, señor.

—Y has estado diciendo lo que piensas de ellos.

—Yo digo lo que pienso, señor —respondió el marinero con valentía, sin dejar al mismo tiempo de añadir el «señor» que la cortesía marinera exigía al final de cada intervención.

Fue en ese momento cuando me dio por mirar a Johansen. Sus grandes puños se cerraban y se abrían, y su cara era positivamente diabólica, tal era la malignidad con que miraba a Johnson. Noté una

decoloración negra, todavía levemente visible, bajo el ojo de Johansen, la marca de la paliza que había recibido pocos días antes del marinero. Por primera vez empecé a intuir que algo terrible estaba a punto de representarse: qué, no podía imaginarlo.

—¿Sabes lo que les pasa a los hombres que dicen lo que tú has dicho de mi pañol de provisiones y de mí? —preguntaba Wolf Larsen.

—Lo sé, señor —fue la respuesta.

—¿Qué? —preguntó Wolf Larsen, con brusquedad e imperiosidad.

—Lo que usted y el contraamaestre de ahí van a hacerme, señor.

—Míralo, Jorobado —me dijo Wolf Larsen—, mira a este poco de polvo animado, a este agregado de materia que se mueve y respira y me desafía y que cree firmemente que está compuesto de algo bueno; que está imbuido de ciertas ficciones humanas como la rectitud y la honradez, y que las respetará a pesar de todas las incomodidades y amenazas personales. ¿Qué te parece, Jorobado? ¿Qué te parece?

—Me parece que es mejor hombre que usted —respondí, impulsado de algún modo por el deseo de atraer sobre mí una parte de la cólera que sentía estaba a punto de descargar sobre él—. Sus ficciones humanas, como usted prefiere llamarlas, hacen posible la nobleza y la hombría. Usted no tiene ficciones, ni sueños, ni ideales. Es usted un pauper.

Asintió con una satisfacción salvaje.

—Muy cierto, Jorobado, muy cierto. No tengo ficciones que hagan posible la nobleza y la hombría. Mejor es perro vivo que león muerto, digo yo con el Predicador. Mi única doctrina es la doctrina de la conveniencia, y sirve para sobrevivir. Esta partícula de la fermentación que llamamos «Johnson», cuando ya no sea partícula de la fermentación, sino solo polvo y cenizas, no tendrá más nobleza que cualquier polvo y cenizas, mientras que yo seguiré vivo y rugiendo.

—¿Sabes lo que voy a hacer? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Pues voy a ejercer mi prerrogativa de rugir y mostrarte cómo le va a la nobleza. Obsérvame.

Estaba a tres yardas de Johnson, sentado. ¡Nueve pies! Y sin embargo abandonó el sillón en pleno salto, sin adoptar primero la posición erguida. Salió del sillón tal como estaba sentado en él, de golpe, saltando desde la postura sentada como un animal salvaje, un tigre, y como un tigre cubrió el espacio intermedio. Fue una avalancha de furia que Johnson se esforzó en vano por parar. Alzó un brazo para protegerse el estómago y el otro para protegerse la cabeza; pero el puño de Wolf Larsen se clavó a medio camino, en el pecho, con un impacto aplastante y resonante. El aliento de Johnson, expulsado de golpe, salió disparado de su boca y fue súbitamente cortado con la espiración forzada y audible de un hombre que maneja un hacha. Casi cayó hacia atrás, y se balanceó de un lado al otro esforzándose por recobrar el equilibrio.

No puedo dar más detalles de la horrible escena que siguió. Fue demasiado repugnante. Me revuelve el estómago incluso ahora cuando lo pienso. Johnson luchó con suficiente valor, pero no era rival para Wolf Larsen, y menos aún para Wolf Larsen y el contramaestre juntos. Fue espantoso. No habría podido imaginar que un ser humano pudiera aguantar tanto y seguir vivo y luchando. Y Johnson siguió luchando. Por supuesto que no había esperanza alguna para él, ni la más mínima, y él lo sabía tan bien como yo; pero la hombría que había en él le impedía dejar de luchar por ella.

Era demasiado para que lo presenciara. Sentí que perdería el juicio, y corrí escalerillas arriba para abrir las puertas y escapar a cubierta. Pero Wolf Larsen, dejando a su víctima por un momento, y de uno de sus tremendos saltos, me alcanzó y me arrojó al rincón más alejado de la cabina.

—Los fenómenos de la vida, Jorobado —me fustigó—. Quédate y obsérvalo. Puedes recoger datos sobre la inmortalidad del alma.

Además, ya sabes, no podemos hacerle daño al alma de Johnson. Solo es la forma pasajera la que podemos demoler.

Parecieron siglos —posiblemente no fueron más de diez minutos— lo que duró la paliza. Wolf Larsen y Johansen estaban por todos lados en torno al pobre hombre. Le golpeaban con los puños, le pateaban con sus pesados zapatos, le tumbaban y le arrastraban a los pies para volver a tumbarlo. Los ojos se le habían cerrado de manera que no podía ver, y la sangre que le corría de las orejas, la nariz y la boca convirtió la cabina en un matadero. Y cuando ya no pudo levantarse siguieron golpeándole y pateándole donde yacía.

—Espacio, Johansen; con calma —dijo Wolf Larsen finalmente.

Pero la bestia en el contramaestre se había desatado, y Wolf Larsen se vio obligado a apartarle de un revés del brazo, aparentemente suave, pero que lanzó a Johansen hacia atrás como un corcho, haciendo chocar su cabeza contra la pared con un golpe seco. Cayó al suelo, medio aturdido por un momento, respirando con dificultad y parpadeando con aire estupefacto.

—Abre las puertas de par en par, Jorobado —me ordenaron.

Obedecí, y los dos brutos cogieron al hombre inconsciente como un saco de basura y lo arrojaron escalerillas arriba, por el angosto pasillo, y fuera a cubierta. La sangre de su nariz brotó en un chorro escarlata sobre los pies del timonel, que no era otro que Louis, su compañero de bote. Pero Louis no se inmutó y clavó la vista en el compás.

No fue así la conducta de George Leach, el antiguo grumete. De proa a popa, nada podría habernos sorprendido más que su comportamiento. Fue él quien subió al alcázar sin órdenes y arrastró a Johnson hacia proa, donde se puso a curarle las heridas lo mejor que pudo y a ponerle cómodo. Johnson, como Johnson, era irreconocible; y no solo eso, sino que sus facciones, como facciones humanas en absoluto, eran irreconocibles, de tan decoloradas e hinchadas que habían quedado en los pocos minutos transcurridos entre el comienzo de la paliza y el arrastre del cuerpo hacia proa.

Pero sobre la conducta de Leach. Para cuando yo hube terminado de limpiar la cabina, ya había atendido a Johnson. Había subido a cubierta a tomar un poco de aire fresco e intentar calmar mis nervios crispados. Wolf Larsen fumaba un cigarro y examinaba el corredera de patente que el *Ghost* solía arrastrar por la popa, pero que había sido recogido por alguna razón. De pronto llegaron a mis oídos las palabras de Leach. Era una voz tensa y ronca de una rabia irresistible. Me volví y le vi de pie justo debajo del umbral del alcázar en la banda de babor de la cocina. El rostro le estaba convulso y pálido, los ojos le brillaban, los puños cerrados alzados sobre la cabeza.

—¡Que Dios condene tu alma al infierno, Wolf Larsen, aunque el infierno es demasiado bueno para ti, cobarde, asesino, cerdo! —fue su saludo de apertura.

Me quedé atónito. Esperé su aniquilación inmediata. Pero no era el capricho de Wolf Larsen aniquilarle. Se encaminó despacio hacia el umbral del alcázar, y apoyando el codo en el rincón de la cabina, se quedó mirando pensativa y curiosamente al muchacho excitado.

Y el muchacho acusó a Wolf Larsen como nunca antes había sido acusado. Los marineros se congregaron en un grupo atemorizado justo fuera de la escotilla del pañol de proa y miraban y escuchaban. Los cazadores salieron en tropel del entrepuente, pero según continuaba la diatriba de Leach vi que sus rostros no expresaban ligereza. Incluso ellos estaban asustados, no ante las terribles palabras del chico, sino ante su terrible audacia. No parecía posible que ninguna criatura viva pudiera así desafiar a Wolf Larsen en sus propios dientes. Sé por mí mismo que me quedé pasmado de admiración por el chico, y vi en él la espléndida invencibilidad de la inmortalidad elevándose sobre la carne y los miedos de la carne, como en los profetas de antaño, para condenar la injusticia.

¡Y qué condena! Sacó el alma de Wolf Larsen desnuda al escarnio de los hombres. La empapó de maldiciones de Dios y del Alto Cielo, y la marchitó con un calor de invectiva que tenía sabor a excomuniación medieval de la Iglesia Católica. Recorrió toda la gama

de la denuncia, elevándose a alturas de ira que eran sublimes y casi divinas, y por puro agotamiento hundiendo hasta el abuso más vil e indecente.

Su rabia era una locura. Los labios le espumeaban, y a veces se atragantaba y gorgojeaba y se volvía inarticulado. Y a través de todo ello, tranquilo e impasible, apoyado en el codo y mirando desde arriba, Wolf Larsen parecía perdido en una gran curiosidad. Esta agitación salvaje de levadura viva, esta revuelta y desafío terríficos de la materia que se movía, le desconcertaba e interesaba.

En cada momento miraba, y todos miraban, esperando que saltara sobre el chico y le destruyera. Pero no era su capricho. El cigarro se le apagó, y siguió mirando en silencio y con curiosidad.

Leach se había trabajado hasta un éxtasis de rabia impotente.

—¡Cerdo! ¡Cerdo! ¡Cerdo! —vociferaba con toda la fuerza de sus pulmones—. ¿Por qué no bajas a matarme, asesino? ¡Puedes hacerlo! ¡No tengo miedo! ¡No hay nadie que te lo impida! ¡Mejor muerto y fuera de tu alcance que vivo entre tus garras! ¡Venga, cobarde! ¡Mátame! ¡Mátame! ¡Mátame!

Fue en esta etapa cuando el errático espíritu de Thomas Mugridge le trajo a la escena. Había estado escuchando desde la puerta de la cocina, pero ahora salió, ostensiblemente a arrojar unos desperdicios por la borda, pero evidentemente para ver el asesinato que estaba seguro iba a producirse. Le dedicó una sonrisa grasienta a Wolf Larsen, que no parecía verle. Pero el cockney era insolente, aunque loco, rematadamente loco. Se volvió hacia Leach, diciendo:

—¡Qué lenguaje! ¡Escandaloso!

La rabia de Leach ya no era impotente. Aquí había por fin algo a mano. Y por primera vez desde la cuchillada el cockney había aparecido fuera de la cocina sin su cuchillo. Las palabras apenas habían salido de su boca cuando Leach le tumbó de un golpe. Tres veces se esforzó en ponerse en pie, intentando alcanzar la cocina, y cada vez fue derribado.

—¡Oh, Señor! —gritó—. ¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Quitádmelo de encima!
¡Quitádmelo!

Los cazadores se rieron de puro alivio. La tragedia se había reducido; había empezado la farsa. Los marineros se acercaron ahora a popa con descaro, sonriendo y arrastrando los pies, para presenciar la paliza del odiado cockney. E incluso yo sentí una gran alegría brotarme dentro. Confieso que me deleité con la paliza que Leach le estaba dando a Thomas Mugridge, aunque era casi tan terrible como la que Mugridge había provocado que le dieran a Johnson. Pero la expresión del rostro de Wolf Larsen no cambió. Tampoco cambió de posición, sino que siguió mirando desde arriba con gran curiosidad. Por toda su certeza pragmática, parecía como si observara el juego y el movimiento de la vida con la esperanza de descubrir algo más sobre ella, de percibir en sus más frenéticos retorcimientos algo que hasta entonces se le había escapado: la clave de su misterio, por así decirlo, que lo haría todo claro y comprensible.

Pero la paliza. Era bastante similar a la que había presenciado en la cabina. El cockney se esforzó en vano por protegerse del muchacho enfurecido. Y en vano intentó ganar el refugio de la cabina. Rodó hacia ella, se arrastró hacia ella, cayó hacia ella cuando le tumbaban. Pero los golpes se sucedían con enloquecedora rapidez. Era zarandeado como un volante, hasta que al final, como Johnson, fue golpeado y pateado mientras yacía impotente en la cubierta. Y nadie intervino. Leach podría haberle matado, pero habiendo evidentemente llenado la medida de su venganza, se alejó de su postrado enemigo, que lloriqueaba y gemía de manera perruna, y se fue hacia proa.

Pero estos dos asuntos no fueron más que los actos inaugurales del programa del día. Por la tarde Smoke y Henderson se enzarzaron, y una descarga de tiros surgió del entrepuente, seguida de una estampida de los otros cuatro cazadores a cubierta. Una columna de humo espeso y acre —del tipo que siempre produce la pólvora negra— ascendía por la escalerilla abierta, y por ella bajó

Wolf Larsen de un salto. El sonido de los golpes y la pelea llegó hasta nuestros oídos. Ambos hombres estaban heridos, y les estaba dando una paliza a los dos por haber desobedecido sus órdenes y haberse inutilizado antes de la temporada de caza. De hecho, estaban gravemente heridos, y tras darles la paliza procedió a operarles de manera quirúrgica tosca y a curarles las heridas. Serví de ayudante mientras sondeaba y limpiaba los trayectos dejados por las balas, y vi a los dos hombres soportar su cirugía de urgencia sin anestesia y sin más sostén que un buen vaso de whisky.

Luego, en la primera guardia de quilla, el problema llegó a su punto culminante en el pañol de proa. Surgió de los cotilleos y chismes que habían sido la causa de la paliza a Johnson, y por el ruido que oímos, y por el aspecto de los hombres amoratados al día siguiente, era evidente que la mitad del pañol de proa había dado una buena paliza a la otra mitad.

La segunda guardia de quilla y el día se cerraron con una pelea entre Johansen y el cazador de aspecto yanqui, Latimer. La causaron los comentarios de Latimer sobre los ruidos que hacía el contramaestre en sueños, y aunque Johansen fue vencido, mantuvo despierto al entrepunte el resto de la noche mientras dormía plácidamente y revivía la pelea una y otra vez.

En cuanto a mí, estaba oprimido por pesadillas. El día había sido como un horrible sueño. Brutalidad había seguido a brutalidad, y pasiones ardientes y crueldad a sangre fría habían empujado a los hombres a atentar contra sus vidas mutuas, y a esforzarse por herir, mutilar y destruir. Tenía los nervios destrozados. El propio pensamiento estaba destrozado. Todos mis días los había pasado en ignorancia comparativa de la animalidad del hombre. De hecho, solo había conocido la vida en sus fases intelectuales. Brutalidad había experimentado, pero era la brutalidad del intelecto: el sarcasmo cortante de Charley Furueth, los crueles epigramas y ocasionales ironías duras de los colegas del Bibelot, y los comentarios desagradables de algunos profesores durante mis años universitarios.

Eso era todo. Pero que los hombres descargaran su ira sobre los demás apaleando la carne y derramando sangre era algo extraña y terriblemente nuevo para mí. No en vano me habían llamado el «Nenaza» Van Weyden, pensé, mientras me daba vueltas inquieto en la litera entre una pesadilla y otra. Y me pareció que mi ignorancia de las realidades de la vida había sido realmente completa. Reí amargamente para mis adentros, y me pareció encontrar en la prohibitiva filosofía de Wolf Larsen una explicación más adecuada de la vida que en la mía propia.

Y me asusté cuando tomé conciencia del sesgo de mi pensamiento. La brutalidad continua a mi alrededor tenía un efecto degenerativo. Amenazaba con destruirme todo lo mejor y más luminoso de la vida. Mi razón dictaba que la paliza que Thomas Mugridge había recibido era algo malo, y sin embargo por nada del mundo podía evitar que mi alma se regocijara en ella. E incluso mientras me oprimía la enormidad de mi pecado —pues pecado era— me reía con un deleite insensato. Ya no era Humphrey Van Weyden. Era el Jorobado, grumete de la goleta *Ghost*. Wolf Larsen era mi capitán, Thomas Mugridge y los demás eran mis compañeros, y estaba recibiendo impresiones repetidas del cuño que los había marcado a todos.

XIII

Durante tres días hice mi trabajo y el de Thomas Mugridge también; y me enorgullezco de haber hecho bien su trabajo. Sé que mereció la aprobación de Wolf Larsen, mientras que los marineros resplandecían de satisfacción durante el breve tiempo que duró mi régimen.

—El primer bocado limpio desde que estoy a bordo —me dijo Harrison en la puerta de la cocina, al devolver las ollas y cazuelas del pañol de proa después de la comida—. La comida de Tommy siempre tiene un sabor a grasa, grasa rancia, y creo que no ha cambiado de camisa desde que salió de Frisco.

—Ya lo sé —respondí.

—Y apostarí que duerme con ella puesta —añadió Harrison.

—Y no perderías —estuve de acuerdo—. La misma camisa, y no se la ha quitado ni una sola vez en todo este tiempo.

Pero Wolf Larsen solo le concedió tres días para recuperarse de los efectos de la paliza. Al cuarto día, cojo y dolorido, con los ojos apenas entreabiertos, fue sacado de su litera de un tirón y puesto a cumplir con su obligación. Lloriqueaba y lloraba, pero Wolf Larsen era implacable.

—Y procura no servir más bazofia —fue su consejo de despedida—. Nada más grasa y suciedad, y una camisa limpia de vez en cuando, o recibirás un remolque por el costado. ¿Entendido?

Thomas Mugridge se arrastró débilmente por el suelo de la cocina, y un brusco balanceo del *Ghost* le hizo tambalear. Al intentar recobrar el equilibrio, alargó la mano hacia la barandilla de hierro que rodeaba la estufa e impedía que se cayeran los pucheros; pero falló la barandilla, y la mano, con todo su peso encima, fue a posarse de lleno sobre la superficie caliente. Hubo un chisporroteo y un olor a carne quemada, y un agudo grito de dolor.

—¡Oh, Dios mío, qué me ha pasado! —gemía, sentándose en el cajón del carbón y meciéndose hacia delante y hacia atrás mientras se sostenía la nueva herida—. ¿Por qué me ha tocado todo esto a mí? Me pone malo, de verdad que sí, y yo que me esfuerzo tanto en ir por la vida sin hacer daño a nadie.

Las lágrimas le corrían por las mejillas hinchadas y amoratadas, y el rostro se le contraía de dolor. Una expresión salvaje le cruzó la cara.

—¡Cómo le odio! ¡Cómo le odio! —gruñó entre dientes.

—¿A quién? —pregunté; pero el pobre diablo lloraba de nuevo sobre sus desgracias. Era menos difícil adivinar a quién odiaba que a quién no odiaba. Pues había llegado a ver en él un diablo maligno que le impulsaba a odiar a todo el mundo. A veces pensaba que se odiaba incluso a sí mismo, tan grotescamente le había tratado la vida, y tan monstruosamente. En tales momentos una gran compasión me brotaba, y me avergonzaba de haber gozado alguna vez de su desgracia o su dolor. La vida había sido injusta con él. Le había jugado una mala pasada cuando le había moldeado en lo que era, y le había jugado malas pasadas desde entonces. ¿Qué oportunidad había tenido de ser algo distinto de lo que era? Y como respondiendo a mi pensamiento no expresado, gimió:

—¡Nunca tuve una oportunidad, ni media oportunidad! ¿Quién me mandó a la escuela, o me puso comida en la barriga hambrienta, o me limpió la nariz, cuando era un crío? ¿Quién hizo algo por mí? ¿Eh? ¿Quién, digo?

—No te preocupes, Tommy —dije, poniéndole una mano reconfortante en el hombro—. Anímate. Al final todo saldrá bien. Tienes muchos años por delante, y puedes hacer de ti mismo lo que quieras.

—¡Es mentira! ¡Mentira cochina! —me gritó a la cara, apartando la mano—. Es mentira y tú lo sabes. Ya estoy hecho, y hecho de sobras y desperdicios. Está bien para ti, Jorobado. Tú naciste caballero. Tú no sabes lo que es pasar hambre, llorar para dormir con la barriguita royéndote y royéndote, como una rata dentro de ti. No puede salir bien. Si mañana fuera presidente de los Estados Unidos, ¿cómo me llenaba la barriga por una vez de cuando era un crío y estaba vacía?

»¿Cómo podría, digo? Nací para sufrir y para el dolor. He sufrido más que cualquier diez hombres, así es. He estado en el hospital la mitad de mi maldita vida. He tenido la fiebre en Aspinwall, en La Habana, en Nueva Orleans. Casi me mato del escorbuto y lo tuve durante seis meses podrido de él en Barbados. Viruela en Honolulu, dos piernas rotas en Shanghái, pulmonía en Unalaska, tres costillas fracturadas y las tripas torcidas en Frisco. Y aquí estoy ahora. ¡Mírame! ¡Mírame! Las costillas me las han vuelto a soltar de la espalda. Estaré escupiendo sangre antes de que den las ocho campanadas. ¿Cómo puede compensarme eso, pregunto yo? ¿Quién va a hacerlo? ¿Dios? ¡Cómo me debía de odiar Dios cuando me firmó como tripulante en este maldito mundo suyo!

Esta diatriba contra el destino duró una hora o más, y luego se puso a trabajar a trancas y barrancas, cojeando y gimiendo, y con un gran odio en los ojos a todo lo creado. Su diagnóstico era correcto, sin embargo, pues le daban accesos de enfermedad ocasionales durante los cuales vomitaba sangre y sufría grandes dolores. Y como él decía, parecía que Dios le odiaba demasiado para dejarle morir, pues al final fue mejorando y se fue volviendo más maligno que nunca.

Varios días más pasaron antes de que Johnson se arrastrara a cubierta y fuera a sus tareas de manera desganada. Seguía siendo un hombre enfermo, y más de una vez le observé subiendo

penosamente a una gavia, o doblegándose de cansancio mientras estaba de guardia al timón. Pero, peor aún, parecía que su espíritu estaba roto. Era servil ante Wolf Larsen y casi se arrastraba ante Johansen. No así la conducta de Leach. Andaba por cubierta como un tigre joven, mostrando su odio abiertamente a Wolf Larsen y a Johansen.

—Te la voy a pagar, sueco patizambo —le oí decirle a Johansen una noche en cubierta.

El contramaestre le maldijo en la oscuridad, y al momento siguiente algo golpeó la cocina con un fuerte golpe seco. Hubo más maldiciones y una carcajada burlona, y cuando todo estuvo tranquilo salí a escondidas y encontré un cuchillo grande clavado más de un centímetro en la madera maciza. Unos minutos después el contramaestre vino a buscarlo a tientas, pero se lo devolví en secreto a Leach al día siguiente. Sonrió cuando se lo entregué, aunque era una sonrisa que contenía más agradecimiento sincero que toda la verborrea de las personas de mi clase.

A diferencia de cualquier otro miembro de la tripulación, me encontré ahora sin peleas pendientes y en el favor de todos. Los cazadores posiblemente no me toleraban más que antes, aunque ninguno me tenía antipatía; mientras que Smoke y Henderson, convalecientes bajo una toldo en cubierta y bamboleándose de día y de noche en sus hamacas, me aseguraban que era mejor que cualquier enfermera, y que no se olvidarían de mí al final del viaje cuando les pagaran. (¡Como si necesitara su dinero! ¡Yo, que habría podido comprarlos a todos con sus bártulos incluidos, y la goleta con su equipo, veinte veces seguidas!) Pero sobre mí había recaído la tarea de atender sus heridas y sacarlos adelante, y lo hacía lo mejor que podía.

Wolf Larsen sufrió otro mal ataque de dolor de cabeza que duró dos días. Debió de sufrir mucho, pues me mandó llamar y obedeció mis indicaciones como un niño enfermo. Pero nada de lo que pude hacer parecía aliviarle. A mi sugerencia, sin embargo, dejó de fumar

y de beber; aunque por qué un animal tan magnífico como él podría tener dolores de cabeza es algo que me desconcierta.

—Es la mano de Dios, se lo digo —es como lo ve Louis—. Es un castigo por sus obras de corazón negro, y aún hay más por detrás y por venir, o de lo contrario...

—¿O de lo contrario? —le animé.

—Dios está dormitando y no haciendo su trabajo, aunque no me corresponde a mí decirlo.

Me equivoqué cuando dije que estaba en el favor de todos. No solo Thomas Mugridge sigue odiándome, sino que ha descubierto una nueva razón para odiarme. Tardé algún tiempo en descifrarla, pero finalmente descubrí que era porque había nacido con más suerte que él: «nacido caballero», como él lo expresaba.

—Y todavía sin más muertos —le tomé el pelo a Louis cuando Smoke y Henderson, juntos y en amigable conversación, salieron a dar su primer paseo por cubierta.

Louis me examinó con sus astutos ojos grises y sacudió la cabeza con aire de mal agüero.

—Ya viene, se lo digo, y serán escotas y drizas, todos a sus puestos, cuando empiece a rugir. Lo he venido sintiendo desde hace mucho tiempo, y lo siento ahora con tanta claridad como siento el aparejo en una noche oscura. Está cerca, está muy cerca.

—¿Quién va primero? —pregunté.

—El viejo gordo Louis no, se lo prometo —se rió—. Porque tengo metido en los huesos que cuando llegue este tiempo el año que viene estaré mirando a los ojos de la vieja madre, cansada de vigilar el mar por los cinco hijos que le dio.

—¿Qué es lo que le ha estado diciendo? —exigió saber Thomas Mugridge un momento después.

—Que algún día piensa ir a casa a ver a su madre —respondí con diplomacia.

—Yo nunca tuve ninguna —fue el comentario del cockney,
mientras me miraba con ojos sin brillo ni esperanza.

XIV

Se me ha ido haciendo evidente que nunca he sabido valorar debidamente a las mujeres. En realidad, aunque no soy especialmente propenso a lo amoroso, en la medida en que lo he descubierto, nunca antes había estado fuera del ámbito femenino. Mi madre y mis hermanas estaban siempre a mi alrededor, y yo procuraba siempre escapar de ellas; pues me sacaban de quicio con su solicitud por mi salud y con sus periódicas incursiones en mi guarida, cuando mi confusión ordenada, de la que me enorgullecía, era convertida en una confusión aún mayor y de menos orden, aunque de aspecto bien arreglado a la vista. Nunca encontraba nada cuando se habían ido. Pero ahora, ay, qué bienvenida habría sido la sensación de su presencia, el frufrú y el susurro de sus faldas que tan cordialmente había detestado. Estoy seguro de que si alguna vez llegó a casa no volveré a irritarme con ellas. Pueden darme pociones y medicamentos mañana, tarde y noche, y sacudir el polvo y barrer y poner en orden mi guarida cada minuto del día, y yo no haré más que recostarme y contemplarlo todo y estar agradecido por tener una madre y algunas hermanas.

Todo lo cual me ha puesto a reflexionar. ¿Dónde están las madres de estos veintitantos hombres del *Ghost*? Me parece algo antinatural y malsano que los hombres estén completamente separados de las mujeres y vayan por el mundo juntos entre sí. La tosquedad y la barbarie son los resultados inevitables. Estos hombres a mi alrededor deberían tener esposas, y hermanas, e hijas; entonces serían capaces de ternura, y delicadeza, y compasión. Tal como

están, no hay uno solo que esté casado. En años y años ninguno de ellos ha tenido contacto con una buena mujer, ni ha estado bajo la influencia, o la redención, que irradia irresistiblemente de semejante criatura. No hay equilibrio en sus vidas. Su masculinidad, que en sí misma es de la bestia, se ha sobredesarrollado. El otro lado, espiritual, de sus naturalezas ha sido reducido: atrofiado, de hecho.

Son una compañía de célibes, que se frotan con aspereza los unos contra los otros y se van endureciendo día a día del roce. Me parece a veces imposible que hayan tenido madres. Da la impresión de que son una especie semibestial, semihumana, una raza aparte, en la que no existe algo así como el sexo; que eclosionan al sol como los huevos de tortuga, o reciben la vida de alguna manera similar y sórdida; y que todos sus días se pudren en brutalidad y vicio, y al final mueren tan llenos de fealdad como han vivido.

Llevado por esta nueva corriente de ideas, hablé anoche con Johansen: las primeras palabras superfluas que me ha dirigido desde que empezó el viaje. Dejó Suecia a los dieciocho años, tiene ahora treinta y ocho, y en todo el tiempo intermedio no ha vuelto a casa ni una sola vez. Había encontrado a un paisano, un par de años antes, en alguna pensión de marineros en Chile, por lo que sabía que su madre seguía viva.

—Debe de ser ya una viejecita —dijo, mirando pensativamente al compás y luego lanzando una mirada brusca a Harrison, que iba algunos grados fuera del rumbo.

—¿Cuándo le escribiste por última vez?

Hizo la aritmética mental en voz alta.

—En el ochenta y uno; no... en el ochenta y dos, ¿eh? no... ¿en el ochenta y tres? Sí, en el ochenta y tres. Hace diez años. Desde algún pequeño puerto de Madagascar. Estaba de comerciante.

»Ya ves —continuó, como si se dirigiera a su madre abandonada al otro lado de la mitad del planeta—, cada año iba a casa. ¿Para qué escribir entonces? Era solo un año. Y cada año pasaba algo, y no iba. Pero ahora soy contraamaestre, y cuando me paguen en

Frisco, quizá con quinientos dólares, me embarcaré en un velero alrededor del Cabo de Hornos hasta Liverpool, lo que me dará más dinero; y luego pagaré el pasaje desde allí hasta casa. Entonces ya no tendrá que trabajar más.

—¿Pero trabaja ahora? ¿Cuántos años tiene?

—Unos setenta —respondió. Y luego, con orgullo—: En mi país trabajamos desde que nacemos hasta que morimos. Por eso vivimos tanto. Yo viviré hasta los cien.

Nunca olvidaré esta conversación. Las palabras fueron las últimas que le oí decir. Quizá fueron también las últimas que dijo. Pues al bajar a la cabina a acostarme, decidí que hacía demasiado calor para dormir abajo. Era una noche tranquila. Estábamos fuera de los alisios, y el *Ghost* avanzaba penosamente a escasamente un nudo por hora. Así que cogí una manta y una almohada bajo el brazo y subí a cubierta.

Al pasar entre Harrison y el compás, que estaba empotrado en lo alto de la cabina, noté que esta vez iba tres cuartos bien fuera del rumbo. Pensando que estaba dormido y deseando que escapara de una reprimenda o algo peor, le hablé. Pero no estaba dormido. Los ojos los tenía muy abiertos y fijos. Parecía sumamente turbado, incapaz de responderme.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Estás enfermo?

Sacudió la cabeza, y con un profundo suspiro como de quien despierta, recobró el aliento.

—Será mejor que cojas el rumbo —le reñí.

Giró unos radios, y vi la aguja del compás girar lentamente hasta el NNO y estabilizarse con leves oscilaciones.

Me aferré de nuevo a mi ropa de cama y me disponía a seguir adelante cuando un movimiento llamó mi atención y miré hacia popa, a la barandilla. Una mano nervuda, chorreando agua, se aferraba a la barandilla. Junto a ella tomó forma otra mano en la oscuridad. Observé, fascinado. ¿Qué visitante de las tinieblas del

abismo iba a contemplar? Fuera lo que fuera, sabía que estaba subiendo a bordo por el cabo de la corredera. Vi una cabeza, con el pelo mojado y liso, perfilarse, y luego los inconfundibles ojos y rostro de Wolf Larsen. La mejilla derecha la tenía roja de sangre, que le corría de alguna herida en la cabeza.

Se izó a bordo de un rápido esfuerzo y se puso en pie, lanzando una ojeada rápida, al hacerlo, al hombre del timón, como para asegurarse de su identidad y de que no había nada que temer de él. El agua del mar le chorreaba. Hacía pequeños gorgoteos audibles que me desconcertaban. Al avanzar hacia mí me encogí instintivamente, pues vi en sus ojos lo que significaba la muerte.

—Todo bien, Jorobado —dijo en voz baja—. ¿Dónde está el contraмаestre?

Sacudí la cabeza.

—¡Johansen! —llamó en voz queda—. ¡Johansen!

—¿Dónde está? —le preguntó a Harrison.

El joven pareció haber recuperado la compostura, pues respondió con bastante firmeza:

—No lo sé, señor. Le vi ir a proa hace un momento.

—También yo fui a proa. Pero observará usted que no he vuelto por donde fui. ¿Puede explicarlo?

—Debe de haber caído por la borda, señor.

—¿Le busco en el entrepuente, señor? —pregunté.

Wolf Larsen sacudió la cabeza.

—No le encontraría, Jorobado. Pero usted me servirá. Venga. No se preocupe por su ropa de cama. Déjela donde está.

Le seguí. No había movimiento en la cubierta central.

—Malditos cazadores —fue su comentario—. Demasiado gordos y perezosos para hacer una guardia de cuatro horas.

Pero en el castillo de proa encontramos a tres marineros durmiendo. Los fue tumbando boca arriba y les miró las caras. Componían la guardia de cubierta, y era la costumbre del barco, con buen tiempo, dejar dormir a la guardia a excepción del oficial, el timonel y el vigía.

—¿Quién hace de vigía? —exigió saber.

—Yo, señor —respondió Holyoak, uno de los marineros de altura, con un leve temblor en la voz—. Me quedé dormido hace un momento nada más, señor. Lo siento, señor. No volverá a ocurrir.

—¿Oyó o vio algo en cubierta?

—No, señor. Yo...

Pero Wolf Larsen se había alejado con un bufido de disgusto, dejando al marinero frotándose los ojos con sorpresa de haber salido tan bien librado.

—Con cuidado, ahora —me advirtió Wolf Larsen en un susurro, mientras doblaba el cuerpo para meterse por la escotilla del pañol de proa y se disponía a bajar.

Le seguí con el corazón palpitante. Lo que iba a pasar no lo sabía en mayor medida que lo que había pasado. Pero había sangre derramada, y no era ningún capricho de Wolf Larsen que hubiera ido por la borda con el cuero cabelludo abierto. Además, Johansen había desaparecido.

Era mi primer descenso al pañol de proa, y no olvidaré pronto la impresión que me produjo, percibida desde donde me detuve de pie al pie de la escala. Construido directamente en la proa de la goleta, tenía la forma de un triángulo, a lo largo de cuyos tres lados estaban las literas, en dos pisos, doce en total. No era mayor que un dormitorio pequeño en el barrio más humilde, y sin embargo doce hombres estaban hacinados en él para comer, dormir y realizar todas las funciones de la vida. Mi dormitorio en casa no era grande, y sin embargo podría haber contenido una docena de pañoles iguales, y teniendo en cuenta la altura del techo, una veintena al menos.

Olía agrio y a cerrado, y a la tenue luz de la lámpara balanceante de a bordo vi todo el espacio disponible de las paredes cubierto de botas de agua, impermeables y prendas de ropa, limpias y sucias, de diversas clases. Estas se balanceaban de un lado al otro con cada balanceo del buque, produciendo un sonido de roce, como de árboles contra un tejado o una pared. En algún lugar una bota golpeaba fuertemente y a intervalos irregulares contra la pared; y aunque era una noche tranquila en el mar, había un coro continuo de la madera crujiente y de los mamparos, y de ruidos abismales bajo el piso.

Los durmientes no se inmutaban. Eran ocho: las dos guardias de abajo, y el aire estaba espeso con el calor y el olor de su respiración, y el oído se llenaba del ruido de sus ronquidos y suspiros y medio gemidos, señales evidentes del descanso del hombre-animal. ¿Pero dormían? ¿Todos? ¿O habían dormido? Esta era evidentemente la pesquisa de Wolf Larsen: encontrar a los hombres que parecían dormidos y que no lo estaban o que no lo habían estado muy recientemente. Y lo hizo de una manera que me recordó un cuento de Boccaccio.

Tomó la lámpara de su soporte balanceante y me la entregó. Empezó por las primeras literas de proa en la banda de estribor. En la de arriba yacía Oofly-Oofly, un kanaka y espléndido marinero, así llamado por sus compañeros. Dormía boca arriba y respiraba con la placidez de una mujer. Un brazo le estaba bajo la cabeza, el otro encima de las mantas. Wolf Larsen le puso el pulgar y el índice en la muñeca y le tomó el pulso. En medio de ello el kanaka se despertó. Se despertó tan suavemente como dormía. No hubo ningún movimiento del cuerpo. Solo los ojos se movieron. Se abrieron de par en par, grandes y negros, y nos miraron fijos, sin parpadear. Wolf Larsen se llevó el dedo a los labios en señal de silencio, y los ojos volvieron a cerrarse.

En la litera de abajo yacía Louis, gordo y caloroso y sudoroso, dormido de verdad y durmiendo con dificultad. Mientras Wolf Larsen le tomaba la muñeca, se agitó inquieto, arqueando el cuerpo de

manera que por un momento descansó sobre hombros y talones. Los labios se le movieron, y pronunció este enigmático parloteo:

—Un chelín vale un cuarto; pero cuidado con los peniques de tres, que los taberneros te los dan por seis.

Luego se volvió de lado con un pesado y sollozante suspiro, diciendo:

—Un penique de seis es un «tanner» y un chelín un «bob»; pero lo que es un «pony» no lo sé.

Satisfecho con la honradez de su sueño y el del kanaka, Wolf Larsen pasó a las dos literas siguientes de estribor, ocupadas arriba y abajo, como vimos a la luz de la lámpara de a bordo, por Leach y Johnson.

Cuando Wolf Larsen se agachó hacia la litera de abajo para tomarle el pulso a Johnson, yo, de pie y sosteniendo la lámpara, vi cómo la cabeza de Leach se alzaba sigilosamente mientras asomaba por el lado de su litera para ver qué pasaba. Debió de adivinar la estratagema de Wolf Larsen y la certeza de ser descubierto, pues la lámpara fue arrebatada al instante de mi mano y el pañol de proa quedó a oscuras. Debió de saltar también al mismo instante, directamente hacia abajo, sobre Wolf Larsen.

Los primeros sonidos fueron los de un combate entre un toro y un lobo. Oí un gran rugido enfurecido brotar de Wolf Larsen, y de Leach un gruñido que era desesperado y aterrador. Johnson debió de unirse a él de inmediato, de modo que su comportamiento abyecto y servil en cubierta durante los últimos días no había sido más que un engaño premeditado.

Estaba tan aterrorizado por esta pelea en la oscuridad que me quedé apoyado contra la escala, temblando e incapaz de subir. Y sobre mí estaba aquella vieja náusea en la boca del estómago, causada siempre por el espectáculo de la violencia física. En este caso no podía ver, pero sí oír el impacto de los golpes: el sonido suave y aplastante que produce la carne al golpear con fuerza contra

la carne. Luego estaba el estrépito de los cuerpos entrelazados, la respiración fatigosa, los cortos y bruscos jadeos de dolor repentino.

Debía de haber más hombres en la conspiración para asesinar al capitán y al contramaestre, pues por los sonidos supe que Leach y Johnson habían sido reforzados rápidamente por algunos de sus compañeros.

—¡Que alguien traiga un cuchillo! —gritaba Leach.

—¡Golpéale en la cabeza! ¡Aplástale los sesos! —era el grito de Johnson.

Pero tras su primer rugido, Wolf Larsen no hizo ningún ruido. Luchaba con ferocidad y en silencio por su vida. Estaba en graves apuros. Derribado desde el primer momento, había sido incapaz de ponerse en pie, y a pesar de toda su tremenda fortaleza sentí que no había esperanza para él.

La fuerza con que luchaban quedó vívidamente impresa en mí, pues me derribaron los cuerpos que se arremolinaban y me magullaron bastante. Pero en la confusión me las arreglé para meterme en una litera vacía de las bajas para apartarme del camino.

—¡Toda la tripulación! ¡Le tenemos! ¡Le tenemos! —podía oír a Leach gritar.

—¿A quién? —demandaron los que habían dormido de verdad y se habían despertado sin saber a qué.

—¡Al maldito contramaestre! —fue la astuta respuesta de Leach, arrancada de él de manera sofocada.

Esto fue acogido con aullidos de júbilo, y desde entonces Wolf Larsen tuvo a siete hombres fuertes encima, sin que Louis, creo, tomara parte en ello. El pañol de proa era como un iracundo enjambre de abejas removido por algún intruso.

—¡Eh, abajo! —oí a Latimer gritar desde la escotilla, demasiado prudente para bajar al infierno de pasión que podía oír rugir debajo de él en la oscuridad.

—¿Quiere alguien traer un cuchillo? ¿No quiere nadie traer un cuchillo? —suplicaba Leach en el primer intervalo de relativa calma.

El número de los asaltantes era causa de confusión. Se entorpecían mutuamente, mientras que Wolf Larsen, con un único propósito, lograba el suyo. Este era abrirse paso por el suelo hasta la escala. Aunque en total oscuridad, seguí su progreso por los sonidos. Ningún hombre que no fuera un gigante habría podido hacer lo que hizo, una vez que llegó al pie de la escala. Paso a paso, con la fuerza de sus brazos, con toda la jauría de hombres esforzándose por arrastrarle de vuelta y hacia abajo, fue levantando el cuerpo del suelo hasta ponerse erguido. Y luego, paso a paso, con manos y pies, fue subiéndose lentamente por la escala.

El final de todo lo vi. Pues Latimer, habiendo ido finalmente a buscar un farol, lo sostuvo de manera que su luz se proyectara escalerilla abajo. Wolf Larsen estaba casi en lo alto, aunque yo no podía verle. Todo lo que era visible era la masa de hombres colgados de él. Se retorció, como una enorme araña de muchas patas, y se balanceaba de un lado al otro con el regular vaivén del buque. Y aún así, paso a paso con largos intervalos entre medias, la masa ascendía. Una vez se tambaleó, a punto de caer hacia atrás, pero el asidero roto fue recuperado y siguió subiendo.

—¿Quién es? —gritó Latimer.

A los rayos del farol pude ver su rostro perplejo asomándose.

—Larsen —oí una voz apagada desde dentro de la masa.

Latimer extendió la mano libre. Vi una mano dispararse hacia arriba para aferrarla. Latimer tiró, y los dos pasos siguientes se dieron de un tirón. Luego la otra mano de Wolf Larsen se alzó y se aferró al borde de la escotilla. La masa se separó de la escala, con los hombres aún colgados de su fugitivo. Empezaron a desprenderse, a ser restregados contra el borde cortante de la escotilla, a ser arrancados por las piernas que ahora pateaban con energía. Leach fue el último en soltarse, cayendo de espaldas desde lo alto de la escotilla y golpeando con cabeza y hombros sobre sus

compañeros desparramados debajo. Wolf Larsen y el farol desaparecieron, y nos quedamos a oscuras.

XV

Se oían muchas maldiciones y gemidos mientras los hombres del pie de la escala se ponían en pie.

—Que alguien encienda una luz; se me ha salido el pulgar —dijo uno de los hombres, Parsons, un tipo moreno y taciturno, timonel de bote en el bote de Standish, en el que Harrison era remero.

—Lo encontrarás dando vueltas junto a los bitas —dijo Leach, sentándose en el borde de la litera en que yo estaba escondido.

Hubo un manoseo y un raspado de cerillas, y la lámpara de a bordo llamó, tenue y humeante, y a su luz fantasmal los hombres en perneras se movían curándose los golpes y atendiendo sus heridas. Oofty-Oofty agarró el pulgar de Parsons, lo estiró con energía y lo encajó de nuevo en su sitio. Al mismo tiempo noté que los nudillos del kanaka estaban abiertos de lado a lado, hasta el hueso. Los exhibió, mostrando unos dientes blancos y hermosos en una sonrisa al hacerlo, y explicando que las heridas le habían venido de golpear a Wolf Larsen en la boca.

—¿Así que fuiste tú, eh, maldito negro? —demandó con agresividad un tal Kelly, un irlandés-americano y estibador que hacía su primer viaje al mar y era remero en el bote de Kerfoot.

Al hacer la demanda escupió un buche de sangre y dientes y acercó su cara pendenciera a la de Oofty-Oofty. El kanaka dio un salto hacia atrás hasta su litera, para regresar de un segundo salto blandiendo un cuchillo largo.

—Anda, échate a dormir, que me cansas —intervino Leach. Era evidentemente, a pesar de su juventud e inexperiencia, el gallo del pañol de proa—. Venga, tú, Kelly. Deja en paz a Oofy. ¿Cómo demonios iba a saber que eras tú en la oscuridad?

Kelly se calmó con algún refunfuño, y el kanaka mostró sus blancos dientes en una sonrisa de gratitud. Era una criatura hermosa, casi femenina en las líneas placenteras de su figura, y había una suavidad y un ensueño en sus grandes ojos que parecía contradecir su bien ganada fama de pendenciero y activo.

—¿Cómo se escapó? —preguntó Johnson.

Estaba sentado al borde de su litera, toda la postura de su figura indicando abatimiento y desesperanza absolutas. Seguía respirando con dificultad por el esfuerzo que había hecho. La camisa le había sido arrancada del todo en la lucha, y la sangre de un tajo en la mejilla le corría por el pecho desnudo, marcando un camino rojo a lo largo del muslo blanco y goteando al suelo.

—Porque es el diablo, como os dije antes —fue la respuesta de Leach; y acto seguido estaba en pie y descargando su decepción con lágrimas en los ojos.

—¡Y ninguno de vosotros para traer un cuchillo! —era su lamento incesante.

Pero el resto de los hombres tenía un vivo miedo a las consecuencias venideras y no le hacían caso.

—¿Cómo va a saber quién fue quién? —preguntó Kelly, y según continuaba miraba en torno con expresión asesina—, a no ser que alguno de nosotros cante.

—Lo sabrá en cuanto nos eche un vistazo —respondió Parsons—. Con mirarte a ti bastaría.

—Dile que la cubierta se levantó y te sacó los dientes de la mandíbula —sonrió Louis. Era el único hombre que no estaba fuera de su litera, y estaba jubiloso de no tener magulladuras que anunciaran que había tenido parte en el trabajo de aquella noche—.

Ya verás mañana cuando les eche una ojeada a vuestras caras, pandilla —se rió.

—Diremos que creíamos que era el contraamaestre —dijo uno. Y otro: —Yo sé lo que diré: que oí un alboroto, salté de mi litera, me gané una buena piña en la mandíbula por las molestias, y entré yo también. Que no podía saber quién ni qué era en la oscuridad, y que simplemente golpeé.

—Y claro que fuiste a mí a quien golpeaste —secundó Kelly, con la cara iluminándose por un momento.

Leach y Johnson no tomaron parte en la discusión, y era evidente que sus compañeros les consideraban hombres para quienes lo peor era inevitable, que estaban más allá de la esperanza y ya muertos. Leach aguantó sus miedos y reproches durante algún tiempo. Luego estalló:

—¡Me cansáis! ¡Menuda panda de inútiles! Si hablarais menos con la boca y hicierais algo con las manos, ya estaría listo. ¿Por qué no pudo uno de vosotros, uno solo, traerme un cuchillo cuando lo pedí? ¡Me ponéis enfermo! Berrear y quejarse, como si fuera a mataros cuando os tenga. Sabéis de sobra que no lo hará. No puede permitírselo. Aquí no hay mayordomos de marineros ni vagabundos de playa, y os necesita en su negocio, y os necesita de verdad. ¿Quién va a remar, y timonear, y gobernar el barco si os pierde? Johnson y yo somos los que tenemos que aguantar el tipo. Meteos en las literas ahora y cerrad la boca; quiero dormir un poco.

—Puede que sí, puede que no —habló Parsons—. A lo mejor no acaba con nosotros, pero que conste lo que digo: desde ahora el infierno será un frigorífico comparado con este barco.

Todo el tiempo había estado preocupado por mi propia situación. ¿Qué pasaría cuando aquellos hombres descubrieran mi presencia? Nunca podría abrirme paso a puñetazos como había hecho Wolf Larsen. Y en ese momento Latimer gritó desde las escotillas:

—¡Jorobado! ¡El viejo te quiere!

—¡Aquí abajo no está! —gritó Parsons.

—Sí que está —dije, deslizándome fuera de la litera y esforzándome al máximo por mantener la voz firme y serena.

Los marineros me miraron consternados. El miedo era fuerte en sus caras, y la maldad que nace del miedo.

—¡Ya voy! —grité hacia Latimer.

—¡Tú no vas a ningún sitio! —gritó Kelly, interponiéndose entre la escala y yo, con la mano derecha formando lo que era verdaderamente una garra de estrangulador—. ¡Maldito soplón! ¡Te voy a cerrar la boca!

—Déjale pasar —ordenó Leach.

—¡Ni hablar! —fue la airada réplica.

Leach no cambió de posición en el borde de la litera.

—Déjale pasar, te digo —repitió; pero esta vez su voz era áspera y metálica.

El irlandés vaciló. Hice ademán de pasar junto a él, y se hizo a un lado. Cuando había llegado a la escala, me volví hacia el círculo de caras brutales y malignas que me espiaban en la penumbra. Una compasión repentina y profunda me brotó. Recordé el modo de expresarlo del cockney. ¡Cómo debía de odiarles Dios para que fueran tan atormentados!

—No he visto ni oído nada, creedme —dije en voz queda.

—Os digo que es de los nuestros —oía decir a Leach mientras yo subía la escala—. No le quiere al viejo ni más ni menos que vosotros o yo.

Encontré a Wolf Larsen en la cabina, sin camisa y sangrando, esperándome. Me saludó con una de sus caprichosas sonrisas.

—Vamos, al trabajo, Doctor. Las señales auguran una práctica extensa este viaje. No sé qué habría sido del *Ghost* sin usted, y si

podiera albergar sentimientos tan nobles le diría que su capitán le está profundamente agradecido.

Conocía bien el botiquín sencillo que llevaba el *Ghost*, y mientras calentaba agua en la estufa de la cabina y preparaba los materiales para curar sus heridas, él se movía por la cabina, riendo y charlando, y examinando sus heridas con ojo calculador. Nunca le había visto antes sin camisa, y la visión de su cuerpo me dejó sin aliento. Nunca ha sido una debilidad mía exaltar la carne, ni mucho menos; pero hay suficiente de artista en mí para apreciar su maravilla.

Debo decir que me quedé fascinado por las líneas perfectas de la figura de Wolf Larsen, y por lo que podría llamar la terrible belleza de ella. Había observado a los hombres del pañol de proa. Por muy musculosos que fueran algunos, en todos ellos había habido algo equivocado: un desarrollo insuficiente aquí, un desarrollo excesivo allá, una torcedura o un encorvamiento que destruía la simetría, piernas demasiado cortas o demasiado largas, o demasiado tendón o hueso expuesto, o demasiado poco. Oofy-Oofy había sido el único cuyas líneas eran en algo agradables, y en la medida en que lo eran, en esa misma medida habían sido lo que llamaría femeninas.

Pero Wolf Larsen era el tipo del hombre, lo masculino, y casi un dios en su perfección. Al moverse o levantar los brazos, los grandes músculos saltaban y se movían bajo la piel satinada. Olvidé decir que el bronce acababa con su cara. Su cuerpo, gracias a su cepa escandinava, era tan claro como la más clara de las mujeres. Recuerdo que levantó la mano para palpar la herida de la cabeza, y vi cómo el bíceps se movía como algo vivo bajo su vaina blanca. Era el bíceps que casi me había exprimido la vida una vez, que había visto asestar tantos golpes mortales. No podía apartar los ojos de él. Permanecí inmóvil, un rollo de algodón antiséptico en la mano que se iba desenrollando y cayendo al suelo.

Me notó, y fui consciente de que le estaba mirando fijamente.

—Dios le hizo bien —dije.

—¿Eso cree? —respondió—. Yo también lo he pensado a menudo, y me he preguntado por qué.

—El propósito... —empecé.

—La utilidad —me interrumpió—. Este cuerpo fue hecho para usarlo. Estos músculos fueron hechos para agarrar, y desgarrar, y destruir seres vivos que se pongan entre la vida y yo. Pero ¿ha pensado en los otros seres vivos? Ellos también tienen músculos, de una clase u otra, hechos para agarrar, y desgarrar, y destruir; y cuando se ponen entre la vida y yo, les agarro mejor, les desgarró mejor, les destruyo mejor. El propósito no explica eso. La utilidad sí.

—No es hermoso —protesté.

—La vida no lo es, quiere decir —sonrió—. Y sin embargo dice que fui bien hecho. ¿Ve esto?

Afirmó los pies y las piernas, presionando el suelo de la cabina con los dedos en un tipo de gesto de aferramiento. Nudos y crestas y montículos de músculos se retorcieron y agruparon bajo la piel.

—Tóquelos —ordenó.

Eran duros como el hierro. Y observé también que todo su cuerpo se había recogido inconscientemente, tenso y alerta; que los músculos se arrastraban y tomaban forma suavemente alrededor de las caderas, a lo largo de la espalda, y por los hombros; que los brazos estaban ligeramente alzados, contrayéndose sus músculos, curvándose los dedos hasta que las manos parecían garras; y que incluso los ojos habían cambiado de expresión y en ellos iba entrando una vigilancia y una medición y una luz que no era otra que la del combate.

—Estabilidad, equilibrio —dijo, relajándose al instante y hundiendo el cuerpo de vuelta en el reposo—. Pies con que aferrarme a la tierra, piernas en que apoyarme y con que ayudar a resistir, mientras con brazos y manos, dientes y uñas, lucho por matar y por no ser matado. ¿Propósito? Utilidad es la palabra más apropiada.

No discutí. Había visto el mecanismo de la bestia de combate primitiva, y estaba tan fuertemente impresionado como si hubiera visto las máquinas de un gran acorazado o de un transatlántico.

Me sorprendió, considerando la feroz lucha en el pañol de proa, la superficialidad de sus heridas, y me enorgullezco de haberlas curado con destreza. Con excepción de varias heridas graves, las demás eran simplemente magulladuras y laceraciones severas. El golpe que había recibido antes de ir por la borda le había abierto el cuero cabelludo en varios centímetros. Esto, bajo su dirección, lo limpié y lo cosí, habiendo afeitado primero los bordes de la herida. Luego la pantorrilla tenía una laceración grave y parecía como si hubiera sido destrozada por un bulldog. Algún marinero, me dijo, se le había aferrado con los dientes al comienzo de la lucha, y había colgado de él y fue arrastrado hasta lo alto de la escala del pañol de proa, donde le soltaron de una patada.

—A propósito, Jorobado, como he señalado, es usted un hombre hábil —empezó Wolf Larsen cuando terminé mi trabajo—. Como ya sabe, nos falta un contramaestre. En adelante hará usted guardias, recibirá setenta y cinco dólares al mes, y se le dirigirá la palabra a proa y a popa como Mr. Van Weyden.

—Yo... no sé de navegación —jadeé.

—No hace ninguna falta.

—Realmente no tengo ganas de sentarme en los lugares altos —objeté—. Encuentro la vida bastante precaria en mi actual y humilde situación. No tengo experiencia. La mediocridad, ya ve, tiene sus compensaciones.

Sonrió como si todo estuviera ya resuelto.

—¡No seré contramaestre en este barco del infierno! —grité con desafío.

Vi cómo su cara se endurecía y el brillo despiadado acudía a sus ojos. Se dirigió a la puerta de su camarote, diciendo:

—Y ahora, Mr. Van Weyden, buenas noches.

—Buenas noches, Mr. Larsen —respondí con debilidad.

XVI

No puedo decir que el puesto de contraмаestre conlleva nada más gozoso que el hecho de que ya no había platos que fregar. Era ignorante de las obligaciones más simples del contraмаestre, y habría salido muy mal parado si los marineros no me hubieran tomado bajo su amparo. No sabía nada de los pormenores de cabos y aparejo, ni de la orientación y largar de velas; pero los marineros se tomaron la molestia de ponerme al corriente —Louis resultó ser un maestro especialmente bueno—, y tuve poca dificultad con los que estaban a mis órdenes.

Con los cazadores era otra cosa. Familiarizados en mayor o menor grado con el mar, me tomaban como una especie de broma. En verdad, era una broma para mí mismo que yo, el más landubber de los hombres, estuviera ocupando el cargo de contraмаestre; pero ser tomado como broma por los demás era una cosa diferente. No me quejé, pero Wolf Larsen exigía la más puntillosa etiqueta marinera en mi caso —mucho más de la que el pobre Johansen había recibido nunca—; y a costa de varias disputas, amenazas y muchos refunfuños, hizo entrar en vereda a los cazadores. Era «Mr. Van Weyden» de proa a popa, y solo extraoficialmente el propio Wolf Larsen me llamaba alguna vez «Jorobado».

Era divertido. Quizás el viento viraba unos cuantos puntos mientras estábamos a la mesa, y al levantarme decía: «Mr. Van Weyden, ¿tendría la bondad de virar a la amura de babor?» Y yo salía a cubierta, hacía señas a Louis para que se acercara, y aprendía de él lo que había que hacer. Luego, unos minutos

después, habiendo digerido sus instrucciones y dominado bien la maniobra, procedía a dar mis órdenes. Recuerdo un caso temprano de este tipo, cuando Wolf Larsen apareció en escena justo cuando yo había comenzado a dar órdenes. Fumó su cigarro y miró en silencio hasta que la cosa estuvo hecha, y luego se puso a pasear junto a mí por el alcázar de barlovento.

—Jorobado —dijo—, le pido perdón, Mr. Van Weyden, le felicito. Creo que ya puede devolverle las piernas de su padre a la tumba. Ha descubierto las suyas propias y ha aprendido a sostenerse sobre ellas. Un poco de trabajo con cabos, velas, y experiencia con tormentas y demás, y al final del viaje podría embarcarse en cualquier goleta de cabotaje.

Fue durante este período, entre la muerte de Johansen y la llegada a los caladeros de focas, cuando pasé mis horas más agradables en el *Ghost*. Wolf Larsen era bastante considerado, los marineros me ayudaban, y ya no estaba en irritante contacto con Thomas Mugridge. Y me permito decir que, según pasaban los días, fui encontrando que sentía un cierto orgullo secreto en mí mismo. Fantástica como era la situación —un hombre de tierra contra maestre—, sin embargo la estaba llevando bien; y durante aquel breve tiempo estuve orgulloso de mí mismo, y fui tomando afecto al ascenso y el balanceo del *Ghost* bajo mis pies mientras cabeceaba hacia el noroeste por el mar tropical hasta la isleta donde llenamos las pipas de agua.

Pero mi felicidad no era sin mezcla. Era comparativa, un período de menos miseria deslizado entre un pasado de grandes miserias y un futuro de grandes miserias. Porque el *Ghost*, en lo que se refería a los marineros, era un barco del infierno de la peor clase. Nunca tenían un momento de descanso ni de paz. Wolf Larsen les guardaba el intento de atentar contra su vida y la paliza que había recibido en el pañol de proa; y mañana, tarde y noche, y toda la noche también, se dedicaba a hacer la vida insoportable para ellos.

Conocía bien la psicología de las cosas pequeñas, y eran las cosas pequeñas con las que mantenía a la tripulación al borde de la locura.

He visto a Harrison llamado de su litera para guardar bien un pincel mal colocado, y las dos guardias de abajo sacadas de su sueño cansado para acompañarle y ver cómo lo hacía. Una cosa pequeña, en verdad, pero cuando se multiplica por los mil ingeniosos recursos de una mente así, el estado mental de los hombres del pañol de proa puede comprenderse en algo.

Por supuesto había mucho murmullo, y pequeños estallidos ocurrían continuamente. Se daban golpes, y siempre había dos o tres hombres curándose heridas a manos de la bestia humana que era su amo. La acción concertada era imposible ante el abundante arsenal de armas que se guardaba en el entrepuente y la cabina. Leach y Johnson eran las dos víctimas particulares del temperamento diabólico de Wolf Larsen, y la expresión de profunda melancolía que se había instalado en el rostro y los ojos de Johnson me partía el corazón.

Con Leach era diferente. Había demasiado de la bestia de combate en él. Parecía poseído por una furia insaciable que no daba tiempo al dolor. Sus labios se habían distorsionado en un gruñido permanente que, a la sola vista de Wolf Larsen, brotaba en sonido, horrible y amenazador y, creo yo, inconsciente. Le he visto seguir a Wolf Larsen con los ojos, como un animal a su guardián, mientras el gruñido animal-like resonaba profundo en su garganta y vibraba entre sus dientes.

Recuerdo una vez, en cubierta, a plena luz del día, tocarle en el hombro como preliminar para dar una orden. Tenía la espalda hacia mí, y al primer contacto de mi mano saltó erguido al aire y se alejó de mí, gruñendo y volviendo la cabeza mientras saltaba. Por un momento me había confundido con el hombre al que odiaba.

Tanto él como Johnson habrían matado a Wolf Larsen a la mínima oportunidad, pero la oportunidad nunca llegó. Wolf Larsen era demasiado listo para eso, y además no tenían armas adecuadas. Con sus puños solos no tenían ninguna oportunidad. Una y otra vez se batió con Leach, que siempre respondía, como un gato montés, a dentelladas y arañazos y puñetazos, hasta quedar tendido, agotado

o inconsciente, en la cubierta. Y nunca se mostraba reacio a otro encuentro. Todo el diablo que había en él desafiaba al diablo de Wolf Larsen. Bastaba con que aparecieran en cubierta al mismo tiempo para que se enzarzaran, maldiciéndose, gruñéndose, golpeándose; y he visto a Leach lanzarse sobre Wolf Larsen sin advertencia ni provocación. Una vez le arrojó su pesado cuchillo de monte, errando la garganta de Wolf Larsen por apenas un centímetro. Otra vez dejó caer una barra de acero desde la cofa del mesana. Era un lanzamiento difícil de hacer en un barco que cabeceaba, pero la punta aguda de la barra, silbando por el aire desde veinte metros de altura, apenas rozó la cabeza de Wolf Larsen cuando salía por la escalerilla de la cabina y se clavó más de cinco centímetros en los tablones macizos de la cubierta. Otra vez más se coló en el entrepuente, se apoderó de una escopeta cargada, y estaba haciendo una carrera hacia cubierta con ella cuando Kerfoot le atajó y le desarmó.

Me pregunté a menudo por qué Wolf Larsen no le mataba y daba fin al asunto. Pero no hacía más que reírse y parecía disfrutarlo. Parecía haber cierto picante en ello, del que deben de disfrutar los hombres que se deleitan en tener como mascotas a animales feroces.

—Le da un aliciente a la vida —me explicó—, cuando la vida se lleva en la palma de la mano. El hombre es un jugador por naturaleza, y la vida es la apuesta más grande que puede hacer. Cuanto mayores son las probabilidades, mayor el aliciente. ¿Por qué privarme de la alegría de llevar el alma de Leach a la ebullición de la fiebre? Por lo demás, le hago un favor. La grandeza de la sensación es mutua. Está viviendo más regiamente que cualquier hombre de proa, aunque no lo sabe. Porque tiene lo que ellos no tienen: propósito, algo que hacer y llevar a cabo, un fin absorbente al que esforzarse en llegar, el deseo de matarme, la esperanza de que quizás me mate. De verdad, Jorobado, está viviendo honda e intensamente. Dudo que haya vivido nunca tan vivamente y tan agudamente, y a veces le envidio honestamente cuando le veo rabiarse en la cumbre de la pasión y la sensibilidad.

—¡Ah, pero es cobardía, cobardía! —exclamé—. Tiene usted toda la ventaja.

—De los dos, usted y yo, ¿quién es el mayor cobarde? —preguntó con seriedad—. Si la situación le desagrada, transige con su conciencia al hacerse partícipe de ella. Si fuera verdaderamente grande, verdaderamente fiel a sí mismo, se uniría a las fuerzas de Leach y Johnson. Pero tiene miedo, tiene miedo. Quiere vivir. La vida que hay en usted clama que debe vivir, cueste lo que cueste; así que vive ignominiosamente, infiel a lo mejor con que sueña, pecando contra todo su pobre y pequeño código, y si hubiera un infierno, encaminando su alma directamente a él. ¡Bah! Yo desempeño la parte más valiente. No peco, porque soy fiel a los impulsos de la vida que hay en mí. Soy sincero con mi alma al menos, y eso es lo que usted no es.

Había una punzada en lo que decía. Quizá, después de todo, estaba yo desempeñando una parte cobarde. Y cuanto más lo pensaba, más me parecía que mi deber hacia mí mismo estaba en hacer lo que él me había aconsejado, en unirme a Johnson y a Leach y trabajar por su muerte. Aquí mismo, creo, entró la severa conciencia de mis antepasados puritanos, impulsándome hacia actos sombríos y sancionando incluso el asesinato como conducta justa. Me entretuve con la idea. Sería el acto más moral desembarazar al mundo de semejante monstruo. La humanidad sería mejor y más feliz por ello, la vida más justa y más dulce.

Lo medité largamente, desvelado en mi litera y repasando en interminable desfile los hechos de la situación. Hablé con Johnson y Leach, durante las guardias nocturnas cuando Wolf Larsen estaba abajo. Ambos hombres habían perdido la esperanza: Johnson, por depresión de temperamento; Leach, porque se había agotado en la lucha inútil y estaba exhausto. Pero este me apretó la mano con un apretón apasionado una noche, diciendo:

—Creo que es usted de los nuestros, Mr. Van Weyden. Pero quédese donde está y no abra la boca. No diga nada, y a aserrar madera. Somos hombres muertos, lo sé; pero de todas formas

quizás pueda hacernos un favor alguna vez cuando lo necesitemos con toda el alma.

No fue hasta el día siguiente, cuando la isla Wainwright asomó por barlovento, a la cuadra, cuando Wolf Larsen abrió la boca proféticamente. Había atacado a Johnson, había sido atacado por Leach, y acababa de terminar de dar una paliza a los dos.

—Leach —dijo—, sabes que voy a matarte tarde o temprano, ¿verdad?

Un gruñido fue la respuesta.

—Y en cuanto a ti, Johnson, te cansarás tanto de vivir antes de que yo haya terminado contigo que te arrojarás por la borda solo. Ya lo verás.

—Es una sugerencia —añadió, en un aparte a mí—. Apuesto un mes de paga a que actúa conforme a ella.

Había alimentado la esperanza de que sus víctimas encontrarán una oportunidad de escapar mientras llenábamos nuestras barricadas de agua, pero Wolf Larsen había elegido bien su lugar. El *Ghost* estaba a media milla más allá de la línea de rompientes de una playa solitaria. Aquí desembocaba una garganta profunda, con paredes volcánicas precipitadas que ningún hombre podría escalar. Y aquí, bajo su supervisión directa —pues fue a tierra él mismo—, Leach y Johnson llenaron los pequeños toneles y los rodaron hasta la playa. No tuvieron oportunidad de intentar una huida en uno de los botes.

Harrison y Kelly, sin embargo, hicieron semejante intento. Componían la tripulación de uno de los botes, y su tarea era ir y venir entre la goleta y la orilla, llevando un solo tonel en cada viaje. Justo antes de la comida, cuando partían hacia la playa con un barril vacío, variaron el rumbo y pusieron proa a la izquierda para rodear el promontorio que se adentraba en el mar entre ellos y la libertad. Más allá de su espumosa base quedaban los bonitos pueblecitos de los colonos japoneses y sonrientes valles que penetraban profundamente en el interior. Una vez en los refugios que prometían, los dos hombres podrían desafiar a Wolf Larsen.

Había observado a Henderson y Smoke holgazaneando por cubierta toda la mañana, y ahora comprendí por qué estaban allí. Cogiendo sus rifles, abrieron fuego con calma sobre los desertores. Fue una exhibición a sangre fría de puntería. Al principio sus balas zumbaban sin dar en el blanco a lo largo de la superficie del agua a uno y otro lado del bote; pero, según los hombres seguían remando con energía, fueron acercándose más y más.

—Ahora fijaos cómo le doy al remo derecho de Kelly —dijo Smoke, apuntando con más cuidado.

Estaba mirando con los prismáticos, y vi la pala del remo hacerse añicos cuando disparó. Henderson repitió la operación, eligiendo el remo derecho de Harrison. El bote giró en redondo. Los dos remos restantes fueron pronto rotos. Los hombres intentaron remar con las astillas, y se las dispararon de las manos. Kelly arrancó una tablilla del fondo y empezó a palear, pero la soltó con un grito de dolor cuando sus astillas se le clavaron en las manos. Entonces se rindieron, dejando derivar el bote hasta que un segundo bote, enviado desde la orilla por Wolf Larsen, los remolcó y los trajo a bordo.

Aquella tarde tarde levamos el ancla y nos fuimos. No había ante nosotros más que tres o cuatro meses de caza en los caladeros de focas. Las perspectivas eran realmente negras, y me puse a trabajar con el corazón encogido. Una atmósfera casi fúnebre parecía haber descendido sobre el *Ghost*. Wolf Larsen se había metido en su litera con uno de sus extraños y agudísimos dolores de cabeza. Harrison estaba al timón sin energía, medio apoyándose en él, como si lo agotara el peso de su propia carne. El resto de los hombres estaban hoscos y silenciosos. Encontré a Kelly agazapado a sotavento de la escotilla del pañol de proa, la cabeza en las rodillas, los brazos en torno a la cabeza, en una actitud de indecible desesperación.

A Johnson lo encontré tendido a lo largo en el castillo de proa, mirando el revuelto chorreo de la proa, y recordé con horror la sugerencia que Wolf Larsen había hecho. Parecía probable que fructificara. Intenté interrumpir los mórbidos pensamientos del

hombre llamándole para que se alejara, pero me sonrió con tristeza y se negó a obedecer.

Leach se me acercó cuando yo regresaba a popa.

—Quiero pedirle un favor, Mr. Van Weyden —dijo—. Si tiene la suerte de llegar alguna vez a Frisco, ¿querrá buscar a Matt McCarthy? Es mi viejo. Vive en la colina, detrás de la panadería Mayfair, con una zapatería que todo el mundo conoce, y no tendrá dificultad en encontrarle. Dígale que viví lo bastante para arrepentirme de los problemas que le di y de las cosas que hice, y... y dígale «Dios le bendiga» de mi parte.

Asentí con la cabeza, pero dije:

—Todos volveremos a San Francisco, Leach, y estarás conmigo cuando vaya a ver a Matt McCarthy.

—Me gustaría creerle —respondió, estrechándome la mano—, pero no puedo. Wolf Larsen acabará conmigo, lo sé; y lo único que puedo esperar es que lo haga rápido.

Y mientras se alejaba, sentía el mismo deseo en mi propio corazón. Puesto que había de hacerse, que se hiciera sin demora. El desaliento general me había envuelto en sus pliegues. Lo peor parecía inevitable; y mientras paseaba por la cubierta, hora tras hora, me encontré afectado por las repulsivas ideas de Wolf Larsen. ¿De qué iba todo esto? ¿Dónde estaba la grandeza de la vida para que permitiera semejante destrucción caprichosa de almas humanas? Era una cosa barata y sórdida, después de todo, esta vida, y mejor cuanto antes terminada. ¡Terminada y concluida! Yo también me apoyé en la barandilla y miré con anhelo al mar, con la certeza de que tarde o temprano me iría hundiendo, hundiéndose, a través de las verdes y frescas profundidades de su olvido.

XVII

Cosa extraña, a pesar del general presentimiento, nada de especial importancia ocurrió en el *Ghost*. Navegamos hacia el norte y el oeste hasta avistar la costa del Japón y dar con la gran manada de focas. Venida de quién sabe dónde en el ilimitado Pacífico, viajaba hacia el norte en su migración anual hacia las criaderos del mar de Bering. Y nosotros viajamos al norte con ella, arrasando y destruyendo, arrojando las carcasas desnudas al tiburón y salando las pieles para que luego adornasen los bellos hombros de las mujeres de las ciudades.

Era una matanza sin sentido, y toda por causa de las mujeres. Ningún hombre comía la carne ni el aceite de foca. Después de un buen día de matanza he visto nuestras cubiertas cubiertas de pieles y cuerpos, resbaladizas de grasa y sangre, los imbornales corriendo rojos; mástiles, cabos y barandillas salpicados del color sanguinario; y los hombres, como carniceros en su oficio, con los brazos y manos desnudos y rojos, afanados con los cuchillos de descuartizar y desollar, quitando las pieles a las bonitas criaturas marinas que habían matado.

Era mi tarea contabilizar las pieles según llegaban a bordo desde los botes, supervisar el desollado y luego la limpieza de las cubiertas y el restablecimiento del orden. No era un trabajo agradable. Mi alma y mi estómago se rebelaban contra él; y sin embargo, en cierto modo, esta dirección de muchos hombres me hacía bien. Desarrollaba la poca capacidad ejecutiva que poseía, y era

consciente de un endurecimiento que estaba experimentando y que no podía ser sino saludable para el «Nenaza» Van Weyden.

Una cosa empezaba a sentir, y era que nunca podría volver a ser exactamente el mismo hombre que había sido. Aunque mi esperanza y mi fe en la vida humana seguían sobreviviendo a la crítica destructiva de Wolf Larsen, este había sido sin embargo causa de cambio en cuestiones menores. Me había abierto el mundo de lo real, del que prácticamente no había sabido nada y del que siempre me había alejado. Había aprendido a mirar más de cerca la vida tal como se vivía, a reconocer que en el mundo existían cosas llamadas hechos, a salir del reino de la mente y la idea y a poner ciertos valores en las fases concretas y objetivas de la existencia.

Veía a Wolf Larsen más que nunca cuando habíamos llegado a los caladeros. Pues cuando el tiempo era bueno y estábamos en medio de la manada, todos los hombres estaban fuera en los botes, y a bordo quedábamos solo él y yo, y Thomas Mugridge, que no contaba. Pero no había holganza en ello. Los seis botes, extendiéndose en abanico desde la goleta hasta que el primer bote de barlovento y el último de sotavento estaban en algún lugar entre quince y treinta kilómetros de separación, surcaban en línea recta el mar hasta el anochecer o el mal tiempo los hiciera entrar. Nuestra misión era navegar el *Ghost* bien a sotavento del último bote de sotavento, para que todos los botes tuvieran viento favorable al correr hacia nosotros en caso de turbonadas o tiempo amenazante.

No es cosa leve para dos hombres, especialmente cuando ha soplado un viento fresco, manejar un barco como el *Ghost*, timoneando, haciendo vigía por los botes, y largando o recogiendo velamen; de modo que me correspondió aprender, y aprender rápido. El timón lo cogí fácilmente, pero subir a las crucetas y colgarme del peso entero de mis brazos cuando dejaba los flechastes y trepaba aún más arriba, fue más difícil. Esto también lo aprendí, y deprisa, pues sentía de algún modo un deseo ardiente de vindicarme a los ojos de Wolf Larsen, de demostrar mi derecho a vivir en otras maneras que no fueran las de la mente. Más aún: llegó

el momento en que disfruté de la subida a la cofa y del colgarme por las piernas a esa precaria altura mientras barría el mar con los prismáticos en busca de los botes.

Recuerdo un hermoso día, cuando los botes salieron temprano y los disparos de los rifles de los cazadores fueron apagándose y alejándose hasta desaparecer mientras se dispersaban a lo largo y ancho del mar. Solo había el más leve viento del oeste; pero expiró a la hora en que logramos ponernos a sotavento del último bote de sotavento. Uno a uno —yo estaba en la cofa y los vi—, los seis botes desaparecieron sobre la curvatura de la tierra al seguir a las focas hacia el oeste. Estábamos quietos, apenas balanceándonos sobre el mar plácido, sin poder seguirlos. Wolf Larsen estaba preocupado. El barómetro había bajado, y el cielo hacia el este no le gustaba. Lo estudiaba con vigilancia incesante.

—Si sale de allá —dijo—, duro y repentino, dejándonos a barlovento de los botes, es probable que haya literas vacías en el entrepuente y el pañol de proa.

A las once la mar se había vuelto un espejo. Al mediodía, aunque estábamos bien hacia el norte en latitudes septentrionales, el calor era sofocante. No había frescura en el aire. Era bochornoso y opresivo, recordándome lo que los viejos californios llaman «tiempo de terremotos». Había algo ominoso en ello, e intangiblemente uno llegaba a sentir que lo peor estaba a punto de producirse. Lentamente todo el cielo oriental se fue llenando de nubes que se alzaban sobre nosotros como alguna negra cordillera de las regiones infernales. Tan claramente podían verse cañones, gargantas y precipicios, y las sombras que yacían en ellos, que uno miraba inconscientemente en busca de la blanca línea de rompientes y las resonantes cavernas donde el mar arremete contra la tierra. Y aún cabeceábamos suavemente, y no había viento.

—No es una turbonada —dijo Wolf Larsen—. La vieja Madre Naturaleza va a ponerse en pie sobre sus patas traseras y aullar con todo lo que tiene, y nos tendrá saltando, Jorobado, para salir con la mitad de los botes. Será mejor que suba a aflojar las gavias.

—¿Pero si va a aullar, y solo somos dos? —pregunté, con un tono de protesta en la voz.

—Pues tenemos que aprovechar al máximo el principio y bajar de un sprint a nuestros botes antes de que nos arranquen el velamen. Después de eso no me importa lo que pase. Los palos lo aguantarán, y usted y yo tendremos que aguantarlo también, aunque tenemos bastante cortado para nosotros.

Continuó la calma. Comimos, una comida apresurada y angustiada para mí, con dieciocho hombres en el mar más allá de la curvatura de la tierra, y con aquella montañosa cordillera de nubes avanzando lentamente sobre nosotros. Wolf Larsen no parecía afectado, aunque noté, cuando volvimos a cubierta, un leve aleteo de las aletas de la nariz, una perceptible rapidez en el movimiento. Su cara era severa, las líneas se le habían endurecido, y sin embargo en sus ojos — azules, azul claro esta jornada— había un brillo extraño, una luz vívida y centelleante. Me pareció que estaba gozoso, de una manera feroz; que se alegraba de que hubiera una lucha inminente; que estaba exaltado y sostenido por la conciencia de que uno de los grandes momentos de la vida, cuando la marea de la vida sube en crecida, estaba sobre él.

Una vez, sin darse cuenta de que lo hacía o de que yo lo veía, se rió en voz alta, con burla y desafío, ante la tormenta que avanzaba. Le veo todavía de pie allí como un pigmeo de las *Mil y una noches* ante la enorme frente de algún genio maligno. Desafiaba al destino, y no tenía miedo.

Se dirigió a la cocina.

—Cocinero, en cuanto hayas acabado con las ollas y los platos te necesitan en cubierta. Estate listo para cuando te llamen.

—Jorobado —dijo, tomando conciencia de la mirada fascinada que yo le dirigía—, esto supera al whisky y es donde su Omar se queda corto. Creo que solo vivió a medias, después de todo.

La mitad occidental del cielo se había oscurecido ya. El sol se había opacado y desvanecido de la vista. Eran las dos de la tarde, y

un crepúsculo fantasmal, atravesado por errantes luces purpúreas, había descendido sobre nosotros. En aquella luz purpúrea el rostro de Wolf Larsen resplandecía, y a mi excitada imaginación parecía estar rodeado de un halo. Estábamos en medio de una quietud sobrenatural, mientras a nuestro alrededor había señales y augurios de sonido y movimiento inminentes. El calor sofocante se había vuelto insoportable. El sudor me perlaba la frente, y lo sentía deslizándose por la nariz. Me pareció que iba a desvanecerme, y me aferré a la barandilla para sostenerme.

Y entonces, justo entonces, el más tenue susurro imaginable de aire pasó junto a nosotros. Era del este, y como un susurro llegó y se fue. La lona caída no se movió, y sin embargo mi cara había sentido el aire y se había refrescado.

—Cocinero —llamó Wolf Larsen en voz baja. Thomas Mugridge volvió una cara lamentablemente asustada—. Suelta el aparejo del botavara del trinquete y pásalo al otro lado, y cuando esté dispuesto suelta la escota y cázala bien con el aparejo. Y si lo embrollas, será el último embrollo que harás. ¿Entendido?

—Mr. Van Weyden, quédese listo para pasar los foques al otro lado. Luego salte a las gavias y extiéndalas tan rápido como Dios le permita: cuanto más rápido lo haga, más fácil le resultará. En cuanto al Cocinero, si no se mueve listo, dándole entre los ojos.

Tomé nota del cumplido y me alegré, pues ninguna amenaza había acompañado mis instrucciones. Estábamos con la proa al noroeste, y era su intención virar con el primer soplo.

—Tendremos el viento por la aleta —me explicó—. Según los últimos tiros los botes se estaban alejando ligeramente hacia el sur.

Se volvió y caminó a popa hacia el timón. Fui a proa y tomé mi posición en los foques. Otro susurro de viento, y otro, pasaron junto a nosotros. La lona se sacudió perezosamente.

—Gracias a Dios que no viene toda de golpe, Mr. Van Weyden — fue la ferviente exclamación del cockney.

Y yo estaba verdaderamente agradecido, pues para entonces había aprendido lo suficiente para saber, con todo el velamen desplegado, qué desastre en tal caso nos esperaba. Los susurros de viento se convirtieron en ráfagas, las velas se llenaron, el *Ghost* se movió. Wolf Larsen puso el timón a toda caña de babor, y empezamos a caer. El viento venía ahora directamente en popa, murmurando y soplando cada vez más fuerte, y mis foques reventaban con energía. No vi lo que pasaba en otra parte, aunque sentí la repentina sacudida y escora de la goleta cuando las presiones del viento cambiaron con la virada de las velas del trinquete y del mayor. Tenía las manos ocupadas con el foque volante, el foque y el contrafoque; y cuando esta parte de mi tarea estuvo cumplida el *Ghost* saltaba hacia el suroeste, el viento en su aleta y todas sus escotas a estribor. Sin detenerme a tomar aliento, aunque el corazón me latía como un martillo pilón de la exertion, salté a las gavias, y antes de que el viento se hubiera vuelto demasiado fuerte las tuvimos bien izadas y estábamos aduizando los cabos. Entonces fui a popa a recibir órdenes.

Wolf Larsen asintió en señal de aprobación y me cedió el timón. El viento se iba fortaleciendo constantemente y el mar levantándose. Durante una hora timonicé, haciéndose cada momento más difícil. No tenía la experiencia necesaria para timonear a la velocidad que llevábamos en un rumbo de aleta.

—Suba ahora con los prismáticos y aviste algunos botes. Hemos hecho al menos quince nudos, y ahora vamos a dieciocho o veinte. La vieja sabe caminar.

Me contenté con las crucetas del trinquete, a unos veinte metros sobre la cubierta. Mientras escudriñaba el trecho vacío de agua ante mí, comprendí perfectamente la necesidad de darse prisa si queríamos recuperar a alguno de nuestros hombres. De hecho, al contemplar el mar agitado por el que navegábamos, dudé de que hubiera un solo bote a flote. No parecía posible que embarcaciones tan frágiles pudieran sobrevivir a semejante tensión de viento y agua.

No podía sentir la plena fuerza del viento, pues íbamos con él; pero desde mi elevado puesto miraba hacia abajo como si estuviera fuera del *Ghost* y separado de él, y veía la silueta de él recortarse nítidamente contra el mar espumoso al avanzar lleno de vida. A veces se levantaba y se lanzaba sobre alguna gran ola, sumergiéndola la regala de estribor hasta hacerla desaparecer de la vista, y cubriendo su cubierta hasta las escotillas con el océano hirviente. En tales momentos, arrancando de un balanceo a barlovento, yo salía volando por el aire con una celeridad vertiginosa, como si me aferrara al extremo de un enorme péndulo invertido, cuyo arco, entre los balanceos mayores, debía de ser de más de veinte metros. Una vez, el terror de este mareante vaivén se apoderó de mí, y durante un rato me aferré, con manos y pies, débil y temblando, incapaz de escudriñar el mar en busca de los botes perdidos o de contemplar nada del mar salvo el que rugía debajo y se esforzaba por abrumar al *Ghost*.

Pero el pensamiento de los hombres en medio de él me serenó, y en mi búsqueda de ellos me olvidé de mí mismo. Durante una hora no vi más que el mar desnudo y desolado. Y luego, donde un haz errante de luz solar alcanzó el océano y tornó su superficie en plata furiosa, percibí un pequeño punto negro proyectado hacia el cielo por un instante y tragado. Esperé con paciencia. De nuevo el diminuto punto negro se proyectó a través del resplandor furioso un par de cuartas a babor de nuestra proa. No intenté gritar, sino que comuniqué la novedad a Wolf Larsen agitando el brazo. Él cambió el rumbo, y yo señalé afirmativamente cuando el punto apareció directamente por la proa.

Fue creciendo, y con tal rapidez que por primera vez aprecié plenamente la velocidad de nuestro vuelo. Wolf Larsen me hizo señas de bajar, y cuando estuve a su lado junto al timón me dio instrucciones para ponernos al paio.

—Espere que se arme la de Dios —me advirtió—, pero no se preocupe. Lo suyo es hacer su trabajo y que el Cocinero quede listo en la escota del trinquete.

Me las arreglé para llegar a proa, aunque había pocas diferencias entre los dos lados, pues la barandilla de barlovento parecía sepultada tan a menudo como la de sotavento. Habiendo dado instrucciones a Thomas Mugridge sobre lo que debía hacer, trepé al aparejo del trinquete unos metros. El bote estaba ahora muy cerca, y podía ver con claridad que estaba con la proa al viento y al mar y arrastrando de su mástil y vela, que habían sido arrojados por la borda para servir de ancla de capa. Los tres hombres achicaban. Cada montaña rodante los sepultaba de la vista, y esperaba con angustia nauseabunda, temiendo que no volvieran a aparecer. Luego, con repentina negrura, el bote salía disparado limpio por la cresta espumosa, con la proa apuntando al cielo y toda la longitud de su fondo mostrándose, húmedo y oscuro, hasta que parecía ponerse de punta. Habría una visión fugaz de los tres hombres arrojando agua con frenética prisa, cuando se inclinaba y caía al valle abierto, con la proa abajo y mostrando toda su longitud interior hasta la popa encabritada casi directamente encima de la proa. Cada vez que reaparecía era un milagro.

El *Ghost* cambió de repente su rumbo, alejándose, y me golpeó como un choque la idea de que Wolf Larsen abandonaba el rescate como imposible. Luego me di cuenta de que se preparaba para ponerse al paio, y bajé a cubierta para estar preparado. Íbamos ahora directamente ante el viento, el bote lejos y a nuestra cuadra. Sentí un alivio brusco en la goleta, una pérdida momentánea de toda tensión y presión, junto con una rápida aceleración de velocidad. Estaba virando de costado al viento.

Al llegar en ángulo recto con el mar, la plena fuerza del viento (del que hasta entonces habíamos huido) nos atrapó. Yo estaba, desafortunada e inconscientemente, mirándolo de frente. Se alzó contra mí como una pared, llenándome los pulmones de aire que no podía expulsar. Y mientras me ahogaba y me sofocaba, y mientras el *Ghost* se balanceaba por un instante, de costado y escorado directamente contra el viento, vi una enorme ola elevarse muy por encima de mi cabeza. Me aparté, tomé aliento, y volví a mirar. La ola dominaba al *Ghost*, y miré directamente hacia arriba y hacia su

interior. Un haz de luz solar golpeó el rizo, y percibí un destello de verde translúcido y precipitado, respaldado por una blancuzca masa de espuma.

Luego cayó, estalló el pandemónium, todo ocurrió a la vez. Recibí un golpe aplastante y aturdidor, en ningún lugar en particular y sin embargo en todas partes. Me había soltado el asidero, estaba bajo el agua, y el pensamiento me cruzó la mente de que esto era la terrible cosa de que había oído hablar, el ser barrido en el seno del mar. Mi cuerpo chocaba y golpeaba al ser arrastrado impotentemente y dado vueltas y más vueltas, y cuando ya no pude aguantar más la respiración, aspiré el escozante agua salada a los pulmones. Pero a través de todo ello me aferré a una sola idea: tenía que cazar el foque a barlovento. No tenía miedo a la muerte. No dudaba de que saldría adelante de algún modo. Y mientras esta idea de cumplir la orden de Wolf Larsen persistía en mi mente aturdida, me pareció verle de pie al timón en medio del salvaje caos, oponiendo su voluntad a la voluntad de la tormenta y desafiándola.

Choqué violentamente contra lo que tomé por la barandilla, respiré, y volví a respirar el dulce aire. Intenté levantarme, pero me golpeé la cabeza y caí de vuelta a cuatro patas. Por algún capricho de las aguas había sido barrido limpio hasta debajo del castillo de proa y hasta la proa. Al salir a cuatro patas pasé sobre el cuerpo de Thomas Murgidge, que yacía en un montón gimiente. No había tiempo de investigar. Tenía que cazar el foque a barlovento.

Cuando salí a cubierta parecía que hubiera llegado el fin de todo. Por todas partes había un arrancar y crujir de madera, acero y lona. El *Ghost* estaba siendo sacudido y desgarrado en pedazos. La vela del trinquete y la gavia del trinquete, vaciadas del viento por la maniobra, y sin nadie para cazar la escota a tiempo, tronaban convirtiéndose en jirones, el pesado botavara golpeando y astillándose de barandilla a barandilla. El aire estaba espeso de escombros volantes, los cabos y estayes sueltos silbaban y se enroscaban como serpientes, y por todo ello cayó el pico del trinquete.

El verga no pudo haberme rozado por más de unos centímetros, mientras me espoleó a actuar. Quizás la situación no era desesperada. Recordé la advertencia de Wolf Larsen. Había esperado que se armara la de Dios, y aquí estaba. ¿Y dónde estaba él? Le divisé bregando con la escota del mayor, cazándola a mano llena con sus tremendos músculos, la popa de la goleta elevada en el aire y su figura recortada contra un blanco hervidero de mar que pasaba. Todo esto, y más —todo un mundo de caos y naufragio—, en quizás quince segundos lo había visto y oído y captado.

No me detuve a ver qué había sido del pequeño bote, sino que salté a la escota del foque. El foque mismo empezaba a aletear, llenándose y vaciándose parcialmente con fuertes detonaciones; pero con una vuelta de escota y la aplicación de toda mi fuerza cada vez que aleteaba, fui cazándolo lentamente. Esto sé: hice lo mejor que pude. Tiré hasta abrirme los extremos de todos los dedos; y mientras tiraba, el foque volante y el contrafoque se partieron y tronaron hasta quedar en nada.

Seguí tirando, asegurando lo que ganaba cada vez con una vuelta doble hasta que el siguiente aleteo me daba más. Luego la escota cedió con mayor facilidad, y Wolf Larsen estaba junto a mí, cazando solo mientras yo me ocupaba de cobrar el chicote.

—¡Afirma! —gritó—. ¡Y ven!

Mientras le seguía, noté que a pesar del destrozo y la ruina reinaba un orden tosco. El *Ghost* estaba al paio. Seguía en condiciones de trabajar, y seguía trabajando. Aunque el resto de sus velas habían desaparecido, el foque, cazado a barlovento, y el mayor arrizando a tope, se mantenían por sí solos, y mantenían su proa al furioso mar igualmente.

Busqué el bote con la vista y, mientras Wolf Larsen despejaba los aparejos de izar, le vi levantarse a sotavento sobre una gran ola a no más de seis metros de distancia. Y, tan bien había calculado, derivamos directamente sobre él, de modo que no quedaba nada

más que enganchar los aparejos a cada extremo e izarlo a bordo. Pero esto no fue tan fácil como se escribe.

En la proa estaba Kerfoot, Oofy-Oofy en la popa, y Kelly en el centro. Al ir derivando más cerca el bote se elevaría sobre una ola mientras nosotros nos hundíamos en el seno, hasta que casi directamente encima de mí podía ver las cabezas de los tres hombres asomadas por el costado y mirando hacia abajo. Luego, al momento siguiente, nos elevaríamos y nos dispararíamos hacia arriba mientras ellos se hundían muy por debajo de nosotros. Parecía increíble que la siguiente oleada no aplastara al *Ghost* contra el diminuto cascarón de huevo.

Pero en el momento oportuno pasé el aparejo al kanaka, mientras Wolf Larsen hacía lo mismo a proa con Kerfoot. Ambos aparejos quedaron enganchados en un santiamén, y los tres hombres, cronometrando diestramente el balanceo, dieron un salto simultáneo a bordo de la goleta. Al escorar el *Ghost* su costado fuera del agua, el bote fue levantado limpiamente contra su casco, y antes de que viniera el balanceo de retorno lo habíamos izado por encima de la borda y lo habíamos puesto boca abajo sobre la cubierta. Noté sangre manando del mano izquierda de Kerfoot. De algún modo el tercer dedo había sido aplastado hasta convertirlo en pulpa. Pero no dio ninguna señal de dolor, y con su única mano derecha nos ayudó a amarrar el bote en su lugar.

—¡Listo para largar ese foque, Oofy! —ordenó Wolf Larsen, el mismo segundo en que habíamos terminado con el bote—. ¡Kelly, ven a popa y aflojar la escota del mayor! ¡Tú, Kerfoot, ve a proa y mira qué ha sido del Cocinero! ¡Mr. Van Weyden, suba otra vez a lo alto, y corte cualquier cosa suelta en su camino!

Y habiendo dado las órdenes, se fue a popa con sus peculiares saltos atigrados hasta el timón. Mientras yo trepaba por los obenques del trinquete el *Ghost* fue cayendo poco a poco. Esta vez, cuando entramos en el seno del mar y fuimos barridos, no había velas que se llevara el viento. Y a medio camino de las crucetas y aplastado contra el aparejo por la plena fuerza del viento, de modo

que habría sido imposible que cayera, el *Ghost* casi de costado y los palos paralelos al agua, miré, no hacia abajo, sino casi en ángulo recto desde la vertical, a la cubierta del *Ghost*. Pero no vi la cubierta, sino donde debería estar la cubierta, pues estaba sepultada bajo un tumultuoso revoltijo de agua. De aquella agua podía ver los dos palos asomar, y eso era todo. El *Ghost*, por un momento, estaba sepultado bajo el mar. Al ponerse cada vez más en la cuadra, escapando de la presión lateral, se fue enderezando y emergió su cubierta, como el lomo de una ballena, por la superficie del océano.

Luego corrimos, y a toda velocidad, por el mar furioso, mientras yo me colgaba como una mosca en las crucetas y buscaba los otros botes. En media hora divisé el segundo, volcado boca abajo, al que se aferraban desesperadamente Jock Horner, el gordo Louis y Johnson. Esta vez me quedé arriba, y Wolf Larsen logró ponerse al paio sin ser barrido. Como antes, derivamos sobre él. Se engancharon aparejos y se arrojaron cabos a los hombres, que treparon a bordo como monos. El bote mismo fue aplastado y astillado contra el costado de la goleta al entrar a bordo; pero el naufragio fue bien amarrado, pues podía ser reparado y puesto entero de nuevo.

Una vez más el *Ghost* salió corriendo ante la tormenta, esta vez sumergiéndose de tal manera que durante unos segundos pensé que nunca volvería a aparecer. Incluso el timón, bastante más alto que la cintura, fue cubierto y barrido una y otra vez. En tales momentos me sentía extrañamente solo con Dios, solo con él y contemplando el caos de su ira. Y luego volvería a aparecer el timón, y los anchos hombros de Wolf Larsen, sus manos aferradas a los radios y manteniendo a la goleta en el rumbo de su voluntad, él mismo un dios de la tierra, dominando la tormenta, apartando de sí sus aguas que descendían y cabalgándola a su propio fin. ¡Y oh, la maravilla de ello! ¡La maravilla de ello! Que pequeños hombres puedan vivir y respirar y trabajar, y llevar un artilugio tan frágil de madera y tela a través de tan tremendo combate elemental.

Como antes, el *Ghost* salió del seno, levantando de nuevo su cubierta del mar, y se lanzó ante el aullante vendaval. Eran ahora las cinco y media, y media hora después, cuando lo último del día se perdió en un crepúsculo tenue y furioso, divisé un tercer bote. Estaba boca abajo, y no había señal de su tripulación. Wolf Larsen repitió su maniobra, alejándose y luego virando a barlovento y derivando sobre él. Pero esta vez erró por doce metros, pasando el bote por la popa.

—¡El bote número cuatro! —gritó Oofy-Oofy, sus agudos ojos leyendo su número en el único segundo en que se levantó limpio de la espuma, boca abajo.

Era el bote de Henderson, y con él habían desaparecido Holyoak y Williams, otro del grupo de altura. Perdidos estaban sin duda; pero el bote permanecía, y Wolf Larsen hizo un último y temerario esfuerzo por recuperarlo. Yo había bajado a cubierta, y vi a Horner y Kerfoot protestar en vano contra el intento.

—¡Que me maten si me dejan robar mi bote por ninguna tormenta que haya soplado desde el infierno! —gritó, y aunque los cuatro nos pusimos con las cabezas juntas para oírle, su voz parecía débil y lejana, como si estuviera a una distancia inmensa de nosotros.

—¡Mr. Van Weyden! —gritó, y lo oí a través del tumulto como si fuera un susurro—. ¡Listo en ese foque con Johnson y Oofy! ¡El resto de vosotros a popa a la escota del mayor! ¡Listos ahora! ¡O os meto a todos en el reino de los cielos! ¿Entendido?

Y cuando puso el timón a toda caña y la proa del *Ghost* viró, los cazadores no tuvieron más remedio que obedecer y sacar el mejor partido de una oportunidad arriesgada. Lo arriesgado del riesgo lo comprendí cuando quedé de nuevo sepultado bajo los mares que golpeaban y me aferraba por la vida al pinrail del pie del trinquete. Los dedos se me soltaron, y me fui barrido al costado y por el costado al mar. No sabía nadar, pero antes de que pudiera hundirme fui barrido de vuelta. Una mano fuerte me aferró, y cuando el *Ghost* emergió finalmente, descubrí que le debía la vida a Johnson. Le vi

mirar inquieto a su alrededor, y observé que Kelly, que había ido a proa en el último momento, había desaparecido.

Esta vez, habiendo errado el bote y no estando en la misma posición que en los casos anteriores, Wolf Larsen se vio obligado a recurrir a una maniobra diferente. Corriendo ante el viento con todo a estribor, viró en redondo y regresó en ceñida a la amura de babor.

—¡Magnífico! —me gritó Johnson al oído mientras pasábamos con éxito el diluvio correspondiente, y supe que se refería no a la destreza marinera de Wolf Larsen, sino a la actuación del propio *Ghost*.

Ya era tan oscuro que no había señal del bote; pero Wolf Larsen se abrió camino a través del terrible caos como guiado por un instinto infalible. Esta vez, aunque estábamos continuamente medio sepultados, no había seno en que ser barrido, y derivamos directamente sobre el bote volcado, destrozándolo mal al izarlo a bordo.

Siguieron dos horas de terrible trabajo, en las que todos nosotros —dos cazadores, tres marineros, Wolf Larsen y yo— arrizamos, primero uno y luego el otro, el foque y el mayor. Al paio con este velamen reducido, nuestras cubiertas estaban comparativamente libres de agua, mientras el *Ghost* brincaba y se hundía entre los crestones como un corcho.

Me había abierto los extremos de los dedos desde el mismo principio, y durante los arrizos había trabajado con lágrimas de dolor corriéndome por las mejillas. Y cuando todo estuvo hecho, me rendí como una mujer y me revolqué sobre la cubierta en la agonía del agotamiento.

Mientras tanto Thomas Murgidge, como una rata mojada, estaba siendo sacado de debajo del castillo de proa donde se había atrincherado cobardemente. Le vi llevar a popa a la cabina, y noté con un golpe de sorpresa que la cocina había desaparecido. Un espacio limpio de cubierta mostraba donde había estado.

En la cabina encontré a todos reunidos, los marineros también, y mientras se hacía café en la pequeña estufa bebíamos whisky y roíamos galletas de mar. Nunca en mi vida había sido tan bienvenida la comida. Ni nunca había sabido tan bien el café caliente. Tan violentamente cabeceaba y se sacudía y se balanceaba el *Ghost* que era imposible incluso para los marineros moverse sin aferrarse, y varias veces, tras un grito de «¡Ahí viene!», éramos amontonados contra la pared de los camarotes de babor como si hubiera sido la cubierta.

—Al diablo con el vigía —oí decir a Wolf Larsen cuando hubimos comido y bebido todo lo necesario—. No se puede hacer nada en cubierta. Si algo fuera a embestirnos no podríamos quitarnos de en medio. Meteos en las literas, todos, y a dormir.

Los marineros se fueron a proa, poniendo las luces de navegación al pasar, mientras los dos cazadores se quedaron a dormir en la cabina, pues no se consideraba prudente abrir la tapa de la escalerilla del entrepunte. Wolf Larsen y yo, entre los dos, amputamos el dedo aplastado de Kerfoot y cosimos el muñón. Mugridge, que durante todo el tiempo que había estado obligado a cocinar y servir café y mantener el fuego, se había quejado de dolores internos, juró ahora que tenía una o dos costillas rotas. Al examinarlo encontramos que tenía tres. Pero su caso se aplazó hasta el día siguiente, principalmente porque yo no sabía nada de costillas rotas y tendría que leerlo primero.

—No creo que valiera la pena —le dije a Wolf Larsen—, un bote roto a cambio de la vida de Kelly.

—Pero Kelly no importaba mucho —fue la respuesta—. Buenas noches.

Después de todo lo ocurrido, sufriendo una agonía intolerable en los extremos de los dedos, y con tres botes desaparecidos, por no hablar de las cabriolas que hacía el *Ghost*, habría pensado que era imposible dormir. Pero mis ojos debieron de cerrarse en el instante en que la cabeza tocó la almohada, y en total agotamiento dormí

toda la noche, mientras el *Ghost*, solitario y sin gobierno, se abría paso por la tormenta.

XVIII

Al día siguiente, mientras la tormenta se agotaba, Wolf Larsen y yo nos empollamos anatomía y cirugía y le pusimos las costillas a Mugridge. Luego, cuando amainó la tormenta, Wolf Larsen cruzó de un lado al otro aquella parte del océano donde la habíamos encontrado, y algo más al oeste, mientras se reparaban los botes y se hacían y cruzaban nuevas velas. Goleta cazadora de focas tras goleta cazadora de focas avistamos y abordamos, la mayoría de las cuales buscaban botes perdidos, y la mayoría de las cuales llevaban botes y tripulaciones que habían recogido y que no les pertenecían. Pues el grueso de la flota había estado al oeste de nosotros, y los botes, dispersados a lo largo y ancho, habían puesto proa en frenética huida hacia el refugio más cercano.

Dos de nuestros botes, con los hombres todos a salvo, los recogimos del *Cisco*, y, para el inmenso regocijo de Wolf Larsen y mi propio dolor, recogió a *Smoke*, con Nilson y Leach, del *San Diego*. De modo que, al cabo de cinco días, nos encontramos con solo cuatro hombres de menos —Henderson, Holyoak, Williams y Kelly— y estábamos de nuevo cazando en los flancos de la manada.

Al seguirla hacia el norte empezamos a topar con las temidas nieblas del mar. Día tras día los botes se arriaban y eran engullidos casi antes de tocar el agua, mientras a bordo hacíamos sonar la bocina a intervalos regulares y cada quince minutos disparábamos el cañón de bomba. Se perdían y encontraban continuamente botes, siendo la costumbre que un bote cazara, a participación, con cualquier goleta que lo recogiera, hasta el momento en que lo

recuperara su propia goleta. Pero Wolf Larsen, como era de esperar, faltándole un bote, tomó posesión del primero que apareció suelto y obligó a sus hombres a cazar con el *Ghost*, sin permitirles volver a su propia goleta cuando la avistamos. Recuerdo cómo los hizo bajar al cazador y sus dos hombres a punta de rifle cuando su capitán pasó a tiro de bizcocho y nos pidió información.

Thomas Mugridge, tan extraña y pertinazmente aferrado a la vida, pronto volvía a cojear de un lado a otro y a cumplir sus dobles obligaciones de cocinero y grumete. Johnson y Leach eran intimidados y golpeados tanto como siempre, y esperaban el fin de sus vidas con el fin de la temporada de caza; mientras que el resto de la tripulación vivía la vida de los perros y trabajaba como perros a las órdenes de su despiadado amo. En cuanto a Wolf Larsen y yo, nos llevábamos bastante bien; aunque no podía acabar de quitarme de la cabeza la idea de que la conducta recta, para mí, estaba en matarle. Me fascinaba inconmensurablemente, y le temía inconmensurablemente. Y sin embargo, no podía imaginármelo tendido inerte en la muerte. Había una resistencia en él, como de eterna juventud, que surgía y rechazaba la imagen. Solo podía verle viviendo siempre, y dominando siempre, luchando y destruyendo, sobreviviéndose él mismo.

Una diversión suya, cuando estábamos en medio de la manada y el mar estaba demasiado agitado para arriar los botes, era arriar él mismo con dos remeros y un timonel. Era también un buen tirador, e introdujo a bordo más de una piel bajo lo que los cazadores calificaban de condiciones de caza imposibles. Parecía el aliento de sus narices esto de llevar la vida en la palma de la mano y luchar por ella contra tremendas probabilidades.

Estaba aprendiendo cada vez más marinería; y un día despejado —cosa que raramente encontrábamos ya—, tuve la satisfacción de navegar y manejar el *Ghost* y recoger los botes yo solo. Wolf Larsen había sido abatido por uno de sus dolores de cabeza, y estuve al timón desde la mañana hasta la noche, navegando por el océano

detrás del último bote de sotavento, y poniéndome al paio y recogiendo ese bote y los otros cinco sin orden ni sugerencia suya.

De vez en cuando nos encontrábamos con temporales, pues era una región cruda y tormentosa, y a mediados de junio con un tifón memorable para mí y de mayor importancia por los cambios que obró en mi futuro. Debimos de haber sido atrapados casi en el centro de esta tormenta circular, y Wolf Larsen salió de ella hacia el sur, primero bajo un foque con dos rizos, y finalmente a palo seco. Nunca había imaginado un mar tan grande. Los mares anteriores eran como rizos en comparación con estos, que corrían a más de ochocientos metros de cresta a cresta y que se alzaban, estoy convencido, por encima de nuestros palos. Tan grandes eran que el propio Wolf Larsen no se atrevía a ponerse al paio, aunque estaba siendo arrastrado muy al sur y fuera de la manada de focas.

Debíamos de estar bien en la ruta de los vapores transpacíficos cuando el tifón aminoró, y aquí, para sorpresa de los cazadores, nos encontramos en medio de focas: una segunda manada, o especie de retaguardia, declararon, algo muy inusual. Pero fue «¡Botes al agua!», el boom-boom de los rifles, y la lamentable matanza durante todo el largo día.

Fue en este momento cuando me abordó Leach. Acababa de terminar de contabilizar las pieles del último bote a bordo cuando llegó a mi lado, en la oscuridad, y me dijo en voz baja:

—¿Puede decirme, Mr. Van Weyden, a qué distancia estamos de la costa, y cuál es el rumbo hacia Yokohama?

El corazón me dio un salto de alegría, pues supe lo que tenía en mente, y le di el rumbo: oesnoroeste, y ochocientos kilómetros.

—Gracias, señor —fue todo lo que dijo al deslizarse de vuelta en la oscuridad.

A la mañana siguiente el bote número 3 y Johnson y Leach habían desaparecido. Los toneles de agua y las cajas de provisiones de todos los otros botes habían desaparecido igualmente, así como las camas y sacos marineros de los dos hombres. Wolf Larsen estaba

furioso. Largó velas y puso proa al oesnoroeste, con dos cazadores constantemente en las cofas barriendo el mar con los prismáticos, él mismo paseando por cubierta como un león iracundo. Conocía demasiado bien mi simpatía por los fugitivos para enviarme a mí arriba de vigía.

El viento era favorable pero variable, y era como buscar una aguja en un pajar localizar aquella diminuta embarcación en la azul inmensidad. Pero llevó al *Ghost* a su mejor marcha para interponerse entre los desertores y tierra. Logrado esto, fue cruzando de un lado al otro por lo que sabía debía ser su rumbo.

En la mañana del tercer día, poco después de las ocho campanadas, un grito de que se había avistado el bote bajó de Smoke en la cofa. Todos se pusieron en fila en la barandilla. Soplabá una brisa animada del oeste con promesa de más viento detrás; y allí, a sotavento, en el plata turbado del sol naciente, aparecía y desaparecía un punto negro.

Arriamos y corrimos hacia él. El corazón se me puso de plomo. Me sentí enfermar en la anticipación; y al contemplar el brillo del triunfo en los ojos de Wolf Larsen, su figura se nubló ante mí, y sentí un impulso casi irresistible de arrojarme sobre él. Tan perturbado estaba por el pensamiento de la violencia inminente sobre Leach y Johnson que debió de abandonarme la razón. Sé que me deslicé abajo al entrepuente en un estado de aturdimiento, y que estaba comenzando el ascenso a cubierta, una escopeta cargada en las manos, cuando oí el grito sobresaltado:

—¡Hay cinco hombres en ese bote!

Me sostuve en la escalerilla, débil y temblando, mientras la observación era verificada por los comentarios del resto de los hombres. Luego me fallaron las rodillas y me hundí, siendo de nuevo yo mismo, pero abrumado por el shock de saber lo que había estado tan cerca de hacer. También estaba muy agradecido al poner el arma a un lado y deslizarme de vuelta a cubierta.

Nadie había observado mi ausencia. El bote estaba suficientemente cerca para que pudiéramos ver que era más grande que cualquier bote cazador de focas y construido con diferentes líneas. Al acercarnos más, se recogió la vela y se abatió el mástil. Se instalaron los remos, y sus ocupantes esperaron a que nos pusiéramos al paio y los tomáramos a bordo.

Smoke, que había bajado a cubierta y estaba ahora de pie a mi lado, empezó a reírse de manera significativa. Le miré con gesto interrogador.

—¡Menuda situación! —se rió entre dientes.

—¿Qué ocurre? —exigí saber.

De nuevo se rió.

—¿No ves allí, en el banco de popa, en el fondo? ¡Que no vuelva a cazar focas si eso no es una mujer!

Miré con atención, pero no estaba seguro hasta que brotaron exclamaciones por todas partes. El bote contenía cuatro hombres, y su quinto ocupante era sin duda una mujer. Estábamos todos emocionados, salvo Wolf Larsen, que evidentemente estaba demasiado decepcionado por no ser su propio bote con las dos víctimas de su malicia.

Recogimos el foque volante, cazamos las escotas del foque a barlovento y el mayor a tope, y viramos al viento. Los remos golpearon el agua, y con unos pocos golpes el bote estaba al costado. Eché entonces mi primera ojeada clara a la mujer. Estaba envuelta en un gabán largo, pues la mañana era cruda; y no podía ver más que su cara y una masa de pelo castaño claro que escapaba por debajo del gorro marineró que llevaba en la cabeza. Los ojos eran grandes, castaños y luminosos, la boca dulce y sensible, y el rostro mismo un óvalo delicado, aunque el sol y la exposición al viento salado le habían quemado la cara de escarlata.

Me pareció como un ser de otro mundo. Fui consciente de un hambriento anhelo hacia ella, como el de un hombre que se muere

de hambre por el pan. Pero es que llevaba mucho tiempo sin ver a una mujer. Sé que me perdí en un gran asombro, casi un estupor — ¿así que esto era una mujer?— de modo que me olvidé de mí mismo y de mis deberes de contramaestre, y no tomé parte en ayudar a los recién llegados a subir a bordo. Pues cuando uno de los marineros la levantó en los brazos extendidos de Wolf Larsen, ella levantó la vista hacia nuestras curiosas caras y sonrió con amabilidad y dulzura, como solo una mujer puede sonreír, y como yo no había visto sonreír a nadie en tanto tiempo que había olvidado que semejantes sonrisas existían.

—¡Mr. Van Weyden!

La voz de Wolf Larsen me devolvió bruscamente a mí mismo.

—¿Quiere llevar a la señora abajo y velar por su comodidad? Prepare ese camarote de babor de repuesto. Ponga al Cocinero a trabajar en él. Y vea lo que puede hacer por esa cara. Está muy quemada.

Se volvió bruscamente de nosotros y empezó a interrogar a los nuevos hombres. El bote fue dejado a la deriva, aunque uno de ellos lo llamó «una verdadera lástima» con Yokohama tan cerca.

Me encontré extrañamente asustado de esta mujer a la que acompañaba a popa. Además estaba torpe. Me parecía que comprendía por primera vez lo que es una criatura delicada y frágil una mujer; y al cogerle el brazo para ayudarla a bajar por las escalerillas, me sobresaltó su pequeñez y suavidad. Era, de verdad, una mujer delgada y delicada entre las mujeres; pero para mí era tan etéreamente delgada y delicada que estaba bastante preparado para que el brazo se me deshiciera en la mano. Todo esto, con franqueza, para mostrar mi primera impresión, después de una larga privación de mujeres en general y de Maud Brewster en particular.

—No se tome ninguna gran molestia por mí —protestó, cuando la hube sentado en el sillón de Wolf Larsen, que había arrastrado apresuradamente desde su camarote—. Los hombres esperaban ver

tierra en cualquier momento esta mañana, y el barco debería estar en puerto esta noche; ¿no cree?

Su sencilla fe en el futuro inmediato me desarmó. ¿Cómo podría explicarle la situación, el extraño hombre que surcaba el mar como el Destino, todo lo que me había llevado meses aprender? Pero respondí con honestidad:

—Si fuera cualquier otro capitán que el nuestro, diría que estaría en Yokohama mañana. Pero nuestro capitán es un hombre extraño, y le ruego que esté preparada para cualquier cosa: ¿entiende?, para cualquier cosa.

—Yo... confieso que apenas entiendo —titubeó, con una expresión de turbación pero no de miedo en los ojos—. ¿O es un error mío que los naufragos siempre reciban toda consideración? Es una cosa tan pequeña, ya sabe. Estamos tan cerca de tierra.

—Francamente, no lo sé —me esforcé en tranquilizarla—. Solo quería prepararla para lo peor, si es que lo peor ha de venir. Este hombre, este capitán, es un bruto, un demonio, y nunca se puede saber cuál será su próximo acto extravagante.

Me iba excitando, pero ella me interrumpió con un «Ah, ya veo», y su voz sonó cansada. Pensar era evidentemente un esfuerzo. Estaba claramente al borde del colapso físico.

No hizo más preguntas, y yo no ofrecí más observaciones, dedicándome a la orden de Wolf Larsen, que era ponerla cómoda. Me afané en una moda bastante ama de casa, procurando lociones calmantes para su quemadura de sol, saqueando las provisiones privadas de Wolf Larsen en busca de una botella de Oporto que sabía que habría allí, y dirigiendo a Thomas Murgidge en la preparación del camarote de repuesto.

El viento se iba refrescando rápidamente, el *Ghost* escorado cada vez más, y para cuando el camarote estuvo listo surcaba el agua a buen ritmo. Me había olvidado por completo de la existencia de Leach y Johnson, cuando de repente, como un trueno, «¡Bote a la vista!» bajó por la escalerilla abierta. Era la inconfundible voz de

Smoke, gritando desde la cofa. Lancé una mirada a la mujer, pero estaba recostada en el sillón con los ojos cerrados, indeciblemente cansada. Dudé de que hubiera oído, y resolví impedirle que presenciara la brutalidad que sabía seguiría a la captura de los desertores. Estaba cansada. Muy bien. Debería dormir.

Hubo órdenes veloces en cubierta, un zapateo de pies y un chapaletéo de tomadores al ponerse el *Ghost* al viento y virar. Al llenarse y escorar, el sillón empezó a deslizarse por el suelo de la cabina, y salté a tiempo justo de evitar que la rescatada mujer cayera de él.

Sus ojos estaban demasiado pesados para sugerir más que un indicio de la sorpresa soñolienta que la desconcertó mientras me miraba, y medio tropezó, medio se tambaleo cuando la llevé a su camarote. Mugridge me guinó el ojo con aire insinuante cuando le empujé fuera y le mandé volver a su trabajo en la cocina; y se vengó extendiendo brillantes informes entre los cazadores sobre lo excelente «doncella de señora» que estaba demostrando ser.

Se apoyó con fuerza en mí, y creo de verdad que se había quedado dormida de nuevo entre el sillón y el camarote. Esto lo descubrí cuando casi cayó en la litera durante un brusco balanceo de la goleta. Se despertó, sonrió soñolienta, y se durmió de nuevo; y dormida la dejé, bajo un pesado par de mantas marineras, con la cabeza descansando en una almohada que había tomado prestada de la litera de Wolf Larsen.

XIX

Subí a cubierta y encontré al *Ghost* ceñido a la amura de babor, cortando el viento hacia barlovento de una familiar vela de sprit aparejada al viento por la misma amura, delante de nosotros. Toda la tripulación estaba en cubierta, pues todos sabían que algo iba a ocurrir cuando Leach y Johnson fueran arrastrados a bordo.

Eran las cuatro campanadas. Louis vino a popa a relevar el timón. Había una humedad en el aire, y noté que llevaba el impermeable puesto.

—¿Qué se nos viene encima? —le pregunté.

—Un buen vendaval joven, a juzgar por el aliento, señor —respondió—, con un chaparrón de lluvia para mojarnos el gaznate y nada más.

—Qué lástima haberlos avistado —dije, cuando la proa del *Ghost* fue apartada un grado por una gran ola y el bote apareció por un momento por encima de los focos en nuestra línea de visión.

Louis dio un radio y se quedó a medias.

—Nunca habrían llegado a tierra, señor, creo yo.

—¿No cree? —pregunté.

—No, señor. ¿Ha sentido eso? —Una ráfaga había atrapado la goleta, y se vio obligado a meter la rueda rápidamente para mantenerla fuera del viento—. No hay cascarón que flote en este

mar dentro de una hora, y es una suerte para ellos que estemos aquí para recogerlos.

Wolf Larsen vino a grandes zancadas a popa desde el centro del barco, donde había estado hablando con los rescatados. El andar atigrado tenía un poco más de pronunciación que de costumbre, y sus ojos brillaban y centelleaban.

—Tres maquinistas y un cuarto de ingeniería —fue su saludo—. Pero les haremos marineros, o remeros de bote al menos. Y ahora, ¿qué hay de la señora?

No sé por qué, pero sentí un pinchazo o punzada como el corte de un cuchillo cuando la mencionó. Lo tomé por cierta tontería mía, pero persistió a pesar de mí, y me limité a encogerme de hombros a modo de respuesta.

Wolf Larsen frunció los labios en un largo y socarrón silbido.

—¿Cómo se llama, pues? —exigió saber.

—No lo sé —respondí—. Está dormida. Estaba muy cansada. De hecho, estoy esperando recibir noticias de usted. ¿Qué barco era?

—Un vapor de correos —respondió con brevedad—. El *City of Tokyo*, de Frisco, con destino a Yokohama. Averiado en ese tifón. Un barco viejo. Se abrió arriba y abajo como un cedazo. Llevaban cuatro días a la deriva. ¿Y no sabe quién o qué es ella? ¿Doncella, esposa o viuda? Vaya, vaya.

Sacudió la cabeza de manera guasona y me miró con ojos risueños.

—¿Va a...? —empecé. Estaba a punto de preguntarle si iba a llevar a los náufragos a Yokohama.

—¿Voy a qué? —preguntó.

—¿Qué piensa hacer con Leach y Johnson?

Sacudió la cabeza.

—Realmente, Jorobado, no lo sé. Como ve, con estas incorporaciones tengo prácticamente toda la tripulación que quiero.

—Y ellos tienen prácticamente toda la huida que quieren —dije—. ¿Por qué no les da un cambio de trato? Tómelos a bordo y trátelos bien. Lo que hayan hecho, lo hicieron acosados.

—¿Por mí?

—Por usted —respondí con firmeza—. Y le aviso, Wolf Larsen, de que puede que olvide el amor a mi propia vida en el deseo de matarle si va demasiado lejos en el maltrato de esos pobres desdichados.

—¡Bravo! —exclamó—. ¡Me honra, Jorobado! Ha encontrado sus piernas de veras. Es todo un individuo. Tuvo la desgracia de que su vida se moldeara en lugares cómodos, pero está desarrollándose, y me cae usted mejor por ello.

Su voz y expresión cambiaron. Su cara se puso seria.

—¿Cree usted en las promesas? —preguntó—. ¿Son cosas sagradas?

—Por supuesto —respondí.

—Pues aquí hay un pacto —continuó, consumado actor—. Si le prometo no poner las manos encima a Leach, ¿me promete usted a su vez no intentar matarme?

—No es que le tenga miedo, no es que le tenga miedo —se apresuró a añadir.

Apenas podía dar crédito a mis oídos. ¿Qué le estaba pasando al hombre?

—¿Trato? —preguntó con impaciencia.

—Trato —respondí.

Me tendió la mano, y mientras se la estrechaba con energía habría podido jurar que vi al diablo burlón brillar por un momento en sus ojos.

Paseamos hasta la banda de sotavento del alcázar. El bote estaba ya muy cerca, y en un estado desesperado. Johnson timoneaba, Leach achicaba. Les ganábamos unos dos pies por cada uno de los suyos. Wolf Larsen hizo señas a Louis para que cayera ligeramente, y pasamos junto al bote de un tirón, a no más de seis metros a barlovento. El *Ghost* lo sopló. La vela de sprit flamó vacía y el bote se enderezó a un quillaje parejo, haciendo que los dos hombres cambiaran rápidamente de posición. El bote perdió arrancada, y al levantarnos sobre una enorme oleada, se inclinó y cayó en el seno.

Fue en ese momento cuando Leach y Johnson levantaron la vista hacia las caras de sus compañeros que se alineaban en la barandilla de amidships. No hubo saludo. Eran como hombres muertos a los ojos de sus camaradas, y entre ellos había el abismo que separa a los vivos de los muertos.

Al instante siguiente estaban a la altura del alcázar, donde estábamos Wolf Larsen y yo. Nosotros caíamos en el seno, ellos ascendían en la oleada. Johnson me miró, y pude ver que su cara estaba consumida y demacrada. Le hice señas con la mano, y respondió al saludo, pero con un gesto que era de desesperanza y desaliento. Era como si se estuviera despidiendo. No vi los ojos de Leach, pues estaba mirando a Wolf Larsen, con el viejo e implacable gruñido de odio tan fuerte como siempre en su cara.

Luego quedaron por la popa. La vela de sprit se llenó con el viento, de repente, inclinando la frágil embarcación abierta hasta que pareció que seguramente volcaría. Una crestería espumosa se alzó sobre ella y la cruzó en un manto de blancura nevada. Luego el bote emergió, medio anegado, Leach arrojando el agua y Johnson aferrado al remo del timón, con la cara blanca y angustiada.

Wolf Larsen soltó una carcajada breve junto a mi oído y se fue hacia la banda de barlovento del alcázar. Esperaba que diera órdenes para ponerse al paio, pero el *Ghost* siguió su curso y él no hizo ninguna señal. Louis estaba impasible al timón, pero noté que los marineros agrupados a proa volvían sus caras turbadas en nuestra dirección. El *Ghost* siguió avanzando a toda máquina, hasta que el

bote se redujo a un punto, cuando la voz de Wolf Larsen resonó en una orden y viró a la amura de estribor.

Volvimos, dos millas y más a barlovento de la cascarilla que luchaba, cuando se recogió el foque volante y la goleta se puso al paio. Los botes cazadores no están hechos para ceñir el viento. Su esperanza radica en mantener una posición de barlovento para poder correr ante el viento hacia la goleta cuando refresca. Pero en aquel vasto desierto no había refugio para Leach y Johnson salvo en el *Ghost*, y empezaron resueltamente la bordada a barlovento. Era trabajo lento en la mar gruesa que corría. En cualquier momento podían ser abrumados por las crestas sibilantes. Una y otra vez, e incontables veces, vimos cómo el bote orzaba hacia las grandes crestas blancas, perdía arrancada y era devuelto como un corcho.

Johnson era un espléndido marinero, y sabía tanto de botes pequeños como de barcos. Al cabo de hora y media estaba casi a nuestro costado, pasando por nuestra popa en el último bordo, con la intención de alcanzarnos en el siguiente bordo de vuelta.

—¿De modo que ha cambiado de opinión? —oí murmurar a Wolf Larsen, a medias para sí mismo, a medias para ellos como si pudieran oírle—. ¿Quieren subir a bordo, eh? Pues sigan viniendo.

—¡Timón a toda caña! —ordenó a Oofy-Oofy, el kanaka, que había relevado mientras tanto a Louis al timón.

Una orden seguía a otra. Al caer la goleta, las escotas del trinquete y el mayor se cazaron a un viento favorable. Y ante el viento íbamos, y saltando, cuando Johnson, cazando su escota a riesgo inminente, cortó nuestra estela a treinta metros de distancia. De nuevo Wolf Larsen se rió, al mismo tiempo que les hacía señas con el brazo para que siguieran. Era evidentemente su intención jugar con ellos: una lección, lo tomé, en lugar de una paliza, aunque una lección peligrosa, pues la frágil embarcación estaba en peligro momentáneo de ser abrumada.

Johnson puso proa y corrió tras nosotros. No tenía otra alternativa. La muerte acechaba por todas partes, y era solo

cuestión de tiempo que alguno de aquellos enormes mares cayera sobre el bote, lo aplastara, y siguiera adelante.

—Es el miedo a la muerte en el corazón de ellos —murmuró Louis en mi oído al pasar yo a proa para ver a lo de recoger el foque volante y el contrafoque.

—Oh, se pondrá al paio en un momento y los recogerá —respondí con alegría—. Está empeñado en darles una lección, nada más.

Louis me miró con perspicacia.

—¿Eso cree? —preguntó.

—Sin duda —respondí—. ¿No lo cree usted?

—Estos días no pienso más que en mi propio pellejo —fue su respuesta—. Y me llena de asombro cómo van a salir las cosas. Bonito lío en el que me metió el whisky de Frisco, y en un lío más bonito todavía le ha metido a usted esa mujer allá a popa. Ah, bien que sé que es usted un tonto de remate.

—¿Qué quiere decir? —exigí saber, pues había lanzado su saeta y se volvía.

—¿Qué quiero decir? ¿Y me lo pregunta usted a mí? No es lo que quiero decir yo, sino lo que querrá decir el Lobo. ¡El Lobo, digo, el Lobo!

—Si viene el problema, ¿estará a nuestro lado? —pregunté impulsivamente, pues había expresado mi propio miedo.

—¿A su lado? Es al viejo gordo Louis a quien estoy al lado, y bastante problema será ese. Estamos al principio de las cosas, se lo digo, al mismísimo principio de las cosas.

—No le habría creído tan gran cobarde —le espeté.

Me favoreció con una mirada de desprecio.

—Si nunca levanté un dedo por ese pobre imbécil —señalando hacia la diminuta vela a popa—, ¿cree que tengo hambre de una

cabeza rota por una mujer a quien no había visto en mi vida hasta este día?

Me alejé con desdén y fui a popa.

—Será mejor que recoja esas gavias, Mr. Van Weyden —me dijo Wolf Larsen cuando llegué al alcázar.

Sentí alivio, al menos en lo que concernía a los dos hombres. Estaba claro que no quería alejarse demasiado de ellos. Cobré esperanza ante el pensamiento y puse la orden en ejecución rápidamente. Apenas había abierto la boca para dar las órdenes necesarias, cuando hombres ansiosos ya estaban saltando hacia drizas y contras, y otros corrían a lo alto. Esta presteza de su parte fue observada por Wolf Larsen con una sonrisa sombría.

Seguimos aumentando nuestra ventaja, y cuando el bote había quedado a varios kilómetros a popa nos pusimos al paio y esperamos. Todos los ojos le veían venir, incluso los de Wolf Larsen; pero él era el único hombre a bordo que estaba imperturbable. Louis, mirando fijamente, traicionaba una inquietud en su cara que no era del todo capaz de ocultar.

El bote se acercó más y más, avanzando a toda velocidad por el verde hirviente como algo vivo, levantándose y lanzándose y disparándose por encima de los enormes crestones de ola, o desapareciendo detrás de ellos solo para surgir a la vista de nuevo y dispararse al cielo. Parecía imposible que pudiera seguir viviendo, y sin embargo con cada vertiginoso vaivén lo imposible seguía lográndose. Un chubasco de lluvia pasó de largo, y del aguacero volante emergió el bote, casi encima de nosotros.

—¡Timón a toda caña! —gritó Wolf Larsen, saltando él mismo al timón y haciéndolo girar.

De nuevo el *Ghost* salió disparado y corrió ante el viento, y durante dos horas Johnson y Leach nos persiguieron. Nos pusimos al paio y corrimos, nos pusimos al paio y corrimos, y siempre a popa la vela que luchaba se disparaba al cielo y caía en los valles precipitados. Estaba a un cuarto de milla de distancia cuando un

denso chubasco de lluvia la veló de la vista. No volvió a aparecer. El viento volvió a despejar el aire, pero ningún trozo de vela rompía la superficie agitada. Creí ver, por un instante, el fondo del bote mostrarse negro en una cresta al romperse. En el mejor de los casos, eso fue todo. Para Johnson y Leach el trabajo de la existencia había cesado.

Los hombres permanecieron agrupados en amidships. Nadie había bajado, y nadie hablaba. Ni se intercambiaban miradas. Cada hombre parecía aturdido, como en profunda meditación, intentando, no muy seguro de lograrlo, comprender qué había ocurrido. Wolf Larsen les dio poco tiempo para pensar. Al momento puso al *Ghost* en su rumbo: un rumbo que significaba la manada de focas y no el puerto de Yokohama. Pero los hombres ya no eran tan diligentes al tirar y cazar, y oí maldiciones entre ellos, que salían de sus labios sofocadas y tan pesadas y sin vida como ellos mismos. No así con los cazadores. Smoke el incorregible contaba una historia, y bajaron al entrepuente bramando de carcajadas.

Al pasar a sotavento de la cocina de camino a popa, el maquinista que habíamos rescatado se me acercó. Tenía la cara blanca, los labios temblorosos.

—¡Santo Dios, señor, qué clase de barco es este? —gritó.

—Tiene ojos, ya ha visto —respondí, casi con brutalidad, por el dolor y el miedo en mi propio corazón.

—¿Su promesa? —le dije a Wolf Larsen.

—No estaba pensando en tomarlos a bordo cuando hice esa promesa —respondió—. Y de todas formas, convendrá en que no he puesto las manos encima.

—Muy lejos de eso, muy lejos de eso —se rió un momento después.

No respondí. Era incapaz de hablar; mi mente estaba demasiado confusa. Necesitaba tiempo para pensar. Esta mujer, que dormía incluso ahora en el camarote de repuesto, era una responsabilidad

de la que debía ocuparme, y el único pensamiento racional que me cruzó la mente fue que no debía hacer nada precipitadamente si quería ser de alguna ayuda para ella.

XX

El resto del día transcurrió sin novedad. El joven vendaval, habiendo mojado nuestros gaznates, procedió a amainar. El cuarto de ingeniería y los tres maquinistas, tras una cálida entrevista con Wolf Larsen, fueron provistos de ropa del pañol de provisiones, asignados a puestos bajo los cazadores en los diversos botes y guardias del barco, y metidos a proa en el pañol de proa. Fueron protestando, pero sus voces no eran altas. Estaban impresionados por lo que ya habían visto del carácter de Wolf Larsen, mientras que el relato de desgracias que pronto oyeron en el pañol de proa les quitó el último atisbo de rebeldía.

La señorita Brewster —habíamos aprendido su nombre del maquinista— siguió durmiendo. En la cena pedí a los cazadores que bajaran la voz, para que no la molestaran; y no fue hasta la mañana siguiente cuando hizo su aparición. Había sido mi intención que le sirvieran las comidas aparte, pero Wolf Larsen lo cortó de raíz. ¿Quién era ella para ser demasiado buena para la mesa de la cabina y la sociedad de la cabina?

Pero su llegada a la mesa tenía algo de divertido. Los cazadores se quedaron callados como almejas. Solo Jock Horner y Smoke estaban imperturbables, lanzándole de vez en cuando miradas furtivas e incluso tomando parte en la conversación. Los otros cuatro hombres pegaron los ojos a los platos y masticaron firme y con meticulosa atención, las orejas moviéndose y bamboleándose al ritmo de las mandíbulas, como las orejas de otros tantos animales.

Wolf Larsen tuvo poco que decir al principio, sin hacer más que responder cuando se le dirigía la palabra. No es que estuviera cohibido. En absoluto. Esta mujer era un tipo nuevo para él, una raza diferente de cualquiera que hubiera conocido, y le picaba la curiosidad. La estudió, con los ojos raramente apartados de su cara a no ser para seguir los movimientos de sus manos o sus hombros. Yo también la estudié, y aunque era yo quien mantenía la conversación, sé que estaba algo tímido, no del todo dueño de mí mismo. Su era el aplomo perfecto, la suprema confianza en sí mismo, que nada podía quebrantar; y no le intimidaba una mujer más de lo que le intimidaban la tormenta y el combate.

—¿Y cuándo llegaremos a Yokohama? —preguntó ella, volviéndose hacia él y mirándole directamente a los ojos.

Ahí estaba, la pregunta de frente. Las mandíbulas dejaron de trabajar, las orejas cesaron de bambolear, y aunque los ojos siguieron pegados a los platos, cada hombre escuchó ávidamente la respuesta.

—En cuatro meses, quizás tres si la temporada cierra pronto —dijo Wolf Larsen.

Ella contuvo el aliento y tartamudeó:

—Yo... yo creía... me habían dado a entender que Yokohama estaba solo a un día de navegación. Es...

Aquí hizo una pausa y miró en torno a la mesa el círculo de caras indiferentes que miraban fijamente a los platos.

—No está bien —concluyó.

—Esa es una cuestión que debe usted dilucidar con Mr. Van Weyden —respondió él, señalándome a mí con un guiño travieso—. Mr. Van Weyden es lo que podría usted llamar una autoridad en cuestiones tales como la justicia. En cuanto a mí, que no soy más que un marinero, vería la situación de otra manera. Puede que sea desgracia suya tener que quedarse con nosotros, pero es sin duda buena suerte la nuestra.

La miró con una sonrisa. Sus ojos cayeron ante su mirada, pero los volvió a alzar, y con desafío, hacia los míos. Leí en ellos la pregunta no formulada: ¿era justo? Pero había decidido que el papel que debía desempeñar sería neutro, así que no respondí.

—¿Qué piensa usted? —exigió.

—Que es una lástima, especialmente si tiene compromisos que vencer en el transcurso de los próximos meses. Pero, ya que dice que viajaba a Japón por su salud, puedo asegurarle que no mejorará en ningún otro sitio mejor que a bordo del *Ghost*.

Vi sus ojos brillar de indignación, y esta vez fui yo quien bajó los míos, mientras sentía que la cara me ardía bajo su mirada. Era una cobardía, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Mr. Van Weyden habla con voz de autoridad —se rió Wolf Larsen.

Asentí con la cabeza, y ella, habiéndose repuesto, esperó con expectación.

—No es que valga mucho para hablar ahora —continuó Wolf Larsen—, pero ha mejorado maravillosamente. Tendría que haberle visto cuando subió a bordo. Difícilmente podría concebirse un espécimen más escuálido y lastimoso de humanidad. ¿No es así, Kerfoot?

Kerfoot, interpelado directamente, se sobresaltó hasta el punto de dejar caer el cuchillo al suelo, aunque se las arregló para gruñir una confirmación.

—Se desarrolló pelando patatas y fregando platos. ¿Eh, Kerfoot?

De nuevo el buen hombre gruñó.

—Mírele ahora. Es verdad que no es lo que llamaría musculoso, pero tiene músculos, que es más de lo que tenía cuando subió a bordo. También tiene piernas en que sostenerse. No lo diría a juzgar por su aspecto, pero al principio era completamente incapaz de mantenerse en pie solo.

Los cazadores estaban riendo entre dientes, pero ella me miró con una simpatía en los ojos que compensaba con creces las mezquindades de Wolf Larsen. En verdad, hacía tanto tiempo que no recibía simpatía que me ablandé, y me convertí entonces, de buena gana, en su voluntario esclavo. Pero estaba enfadado con Wolf Larsen. Con sus insinuaciones desafiaba mi hombría, desafiaba las mismas piernas que decía haber contribuido a procurarme.

—Puede que haya aprendido a sostenerme sobre mis propias piernas —repliqué—. Pero aún tengo que pisotear a otros con ellas.

Me miró con insolencia.

—Entonces su educación no está más que a medias —dijo secamente, y se volvió hacia ella.

—Somos muy hospitalarios en el *Ghost*. Mr. Van Weyden lo ha descubierto. Hacemos todo lo posible para que nuestros huéspedes se sientan como en casa. ¿Eh, Mr. Van Weyden?

—Hasta el extremo de pelarles las patatas y fregar los platos —respondí—, por no hablar de retorcerles el cuello en espíritu de camaradería.

—Le ruego que no reciba de Mr. Van Weyden impresiones falsas sobre nosotros —se interpuso él con fingida ansiedad—. Observará usted, señorita Brewster, que lleva un cuchillo de monte en el cinto, algo muy poco habitual en un oficial de a bordo. Por lo demás muy estimable, Mr. Van Weyden es a veces... ¿cómo decirlo?... pendenciero, y son necesarias medidas enérgicas. Es bastante razonable y justo en sus momentos de calma, y como ahora está calmado no negará que ayer mismo amenazó mi vida.

Estaba casi ahogándome, y mis ojos eran sin duda de fuego. Llamó la atención sobre mí.

—Mírenle ahora. Apenas puede controlarse en su presencia. No está acostumbrado a la presencia de damas de todas formas. Tendré que armarme antes de atreverme a salir a cubierta con él.

Sacudió la cabeza tristemente, murmurando «Qué lástima, qué lástima», mientras los cazadores estallaban en carcajadas.

Las voces de aguas profundas de aquellos hombres, rugiendo y retumbando en el espacio cerrado, producían un efecto salvaje. Todo el ambiente era salvaje, y por primera vez, contemplando a esta extraña mujer y dándome cuenta de lo incongruente que resultaba en él, fui consciente de hasta qué punto era yo mismo parte de él. Conocía a aquellos hombres y sus procesos mentales, era uno de ellos, viviendo la vida de la caza de focas, comiendo el rancho de la caza de focas, pensando, en gran medida, los pensamientos de la caza de focas. Para mí no había en ello ninguna extrañeza, en la ropa tosca, los rostros bastos, las risas salvajes y las paredes bamboleantes de la cabina y las lámparas oscilantes de a bordo.

Al untar un trozo de pan mis ojos se posaron por azar sobre mi mano. Los nudillos estaban despellejados e inflamados de lado a lado, los dedos hinchados, las uñas ribeteadas de negro. Sentí el crecimiento como de colchón de barba en mi cuello, sabía que la manga de mi chaqueta estaba rasgada, que faltaba un botón en el cuello de la camisa azul que llevaba. El cuchillo de monte mencionado por Wolf Larsen descansaba en su vaina en mi cadera. Era muy natural que estuviera allí: qué natural no me había imaginado hasta ahora, cuando lo veía con sus ojos y sabía lo extraño que debía parecerle a ella esto y todo lo que lo acompañaba.

Pero ella adivinó la burla en las palabras de Wolf Larsen, y de nuevo me favoreció con una mirada de simpatía. Pero también había una expresión de perplejidad en sus ojos. El hecho de que fuera burla hacía la situación más desconcertante para ella.

—Quizás algún barco que pase pueda recogerme —sugirió.

—No habrá barcos que pasen, salvo otras goletas cazadoras de focas —respondió Wolf Larsen.

—No tengo ropa, nada —objetó—. Apenas se da usted cuenta, señor, de que no soy un hombre, o de que no estoy acostumbrada a

la vida vagabunda y descuidada que usted y sus hombres parecen llevar.

—Cuanto antes se acostumbre usted a ella, mejor —dijo.

—Le proporcionaré tela, agujas e hilo —añadió—. Espero que no sea demasiado terrible privación para usted hacerse uno o dos vestidos.

Ella hizo un gesto de disgusto con la boca, como para anunciar su ignorancia de costura. Que estaba asustada y desconcertada, y que se esforzaba valientemente por disimularlo, me resultaba bastante evidente.

—Supongo que es usted como Mr. Van Weyden, acostumbrada a que le hagan las cosas. Bueno, creo que hacerse usted misma unas pocas cosas difícilmente le va a dislocar ninguna articulación. A propósito, ¿a qué se dedica usted?

Ella le miró con un asombro que no trató de ocultar.

—No pretendo ofenderla, créame. La gente come, así que tiene que procurarse los medios. Estos hombres aquí cazan focas para vivir; yo, por la misma razón, navego esta goleta; y Mr. Van Weyden, al menos por el momento, se gana su salado rancho ayudándome. ¿Y usted qué hace?

Ella se encogió de hombros.

—¿Se alimenta usted sola? ¿O la alimenta otra persona?

—Me temo que otra persona me ha alimentado la mayor parte de mi vida —se rió, esforzándose valientemente por entrar en el espíritu de su interrogatorio, aunque yo podía ver un terror que asomaba y crecía en sus ojos mientras miraba a Wolf Larsen.

—¿Y supongo que otra persona le hace también la cama?

—He hecho camas —respondió.

—¿Con mucha frecuencia?

Sacudió la cabeza con fingido pesar.

—¿Sabe lo que les hacen a los pobres hombres en los Estados Unidos que, como usted, no trabajan para vivir?

—Soy muy ignorante —rogó—. ¿Qué les hacen a los pobres hombres que son como yo?

—Los mandan a la cárcel. El crimen de no ganarse la vida, en su caso, se llama vagabundeo. Si yo fuera Mr. Van Weyden, que no para de repetir cuestiones de justicia e injusticia, preguntaría: ¿con qué derecho vive cuando no hace nada para merecer vivir?

—Pero como usted no es Mr. Van Weyden, no tengo que responder, ¿verdad?

Le sonrió a través de sus ojos llenos de terror, y la patética valentía de ello me llegó al corazón. Debía de algún modo interrumpir y llevar la conversación por otros derroteros.

—¿Ha ganado usted alguna vez un dólar con su propio trabajo? —exigió saber, seguro de su respuesta, con una vindicativa satisfacción en la voz.

—Sí —respondió ella despacio, y habría podido reírme en voz alta ante su cara de decepción—. Recuerdo que mi padre me dio un dólar una vez, cuando era niña, por quedarme absolutamente quieta durante cinco minutos.

Sonrió con indulgencia.

—Pero eso fue hace mucho tiempo —continuó—. Y difícilmente exigiría usted a una niña de nueve años que se ganara la vida.

—En la actualidad, sin embargo —dijo, tras otra breve pausa—, gano unos mil ochocientos dólares al año.

Al unísono, todos los ojos abandonaron los platos y se posaron en ella. Una mujer que ganaba mil ochocientos dólares al año merecía que la miraran. Wolf Larsen no disimulaba su admiración.

—¿Salario o a destajo? —preguntó.

—A destajo —respondió sin vacilar.

—Mil ochocientos —calculó—. Eso es ciento cincuenta dólares al mes. Pues bien, señorita Brewster, en el *Ghost* no escatimamos. Considérese en nómina durante el tiempo que permanezca con nosotros.

No hizo ningún reconocimiento. Todavía no estaba suficientemente habituada a los caprichos del hombre para aceptarlos con ecuanimidad.

—Olvidé preguntar —continuó suavemente—, sobre la naturaleza de su ocupación. ¿Qué artículos produce usted? ¿Qué herramientas y materiales necesita?

—Papel y tinta —se rió—. ¡Y también, cómo no, una máquina de escribir!

—Usted es Maud Brewster —dije yo despacio y con certeza, casi como si la estuviera acusando de un crimen.

Sus ojos se alzaron con curiosidad hacia los míos.

—¿Cómo lo sabe?

—¿No lo es? —exigí saber.

Ella reconoció su identidad con un asentimiento. Le tocó el turno a Wolf Larsen de quedar perplejo. El nombre y su magia no significaban nada para él. Estaba orgulloso de que sí significara algo para mí, y por primera vez en mucho tiempo fui convincentemente consciente de una superioridad sobre él.

—Recuerdo haber escrito una reseña de un delgado volúmito... —había empezado con desenfado, cuando ella me interrumpió.

—¡Usted! —exclamó—. ¿Usted es...?

Me miraba ahora con los ojos muy abiertos de asombro.

Asentí yo a mi vez identificándome.

—Humphrey Van Weyden —concluyó ella; y añadió con un suspiro de alivio, sin darse cuenta de que había dirigido ese alivio hacia Wolf Larsen—: Me alegra tanto.

—Recuerdo la reseña —prosiguió apresuradamente, al darse cuenta de la torpeza de su observación—, esa reseña tan... tan halagadora.

—En absoluto —negué con gallardía—. Pone usted en entredicho mi juicio sereno y hace que mis cánones valgan poco. Además, todos mis colegas críticos estaban conmigo. ¿No incluyó Lang su «Beso soportado» entre los cuatro sonetos supremos escritos por mujeres en lengua inglesa?

—¡Pero me llamó usted la señora Meynell americana!

—¿Y no era cierto? —exigí.

—No, no eso —respondió—. Me hirió.

—Solo podemos medir lo desconocido por lo conocido —repliqué, en mi mejor tono académico—. Como crítico me vi obligado a ubicarla. Ahora se ha convertido usted misma en una medida de referencia. Siete de sus delgados volúmenes están en mis estantes; y hay dos más gruesos, los ensayos, que, perdone que lo diga, y no sé cuál de los dos queda más halagado, igualan plenamente a sus versos. No está lejos el día en que alguna desconocida surgirá en Inglaterra y los críticos la llamarán la Maud Brewster inglesa.

—Es usted muy amable, ciertamente —murmuró; y la misma convencionalidad de sus tonos y palabras, con el tropel de asociaciones que evocaba de la vieja vida al otro lado del mundo, me produjo un rápido estremecimiento: rico de recuerdos pero agudamente doloroso de nostalgia.

—Y usted es Maud Brewster —dije solemnemente, mirándola desde el otro lado de la mesa.

—Y usted es Humphrey Van Weyden —dijo ella, mirándome a mí con igual solemnidad y asombro—. ¡Qué insólito! No lo comprendo. No es de esperar que vaya a salir alguna historia marinera romántica y disparatada de su sobria pluma.

—No, no estoy reuniendo material, se lo aseguro —fue mi respuesta—. No tengo ni aptitud ni inclinación para la ficción.

—Dígame, ¿por qué se ha enterrado siempre en California? — preguntó a continuación—. No ha sido amable de su parte. Nosotros en el Este le hemos visto muy poco: demasiado poco, en verdad, al Decano de las Letras Americanas Segundo.

Me incliné ante el cumplido y lo rechacé.

—Estuve a punto de encontrarme con usted una vez, en Filadelfia, en algún asunto de Browning; iba usted a dar una conferencia, creo. Mi tren llegó con cuatro horas de retraso.

Y entonces nos olvidamos por completo de dónde estábamos, dejando a Wolf Larsen varado y silencioso en medio de nuestro torrente de charla. Los cazadores dejaron la mesa y subieron a cubierta, y aún seguíamos hablando. Wolf Larsen se quedó solo. De pronto fui consciente de él, recostado de la mesa y escuchando con curiosidad nuestro lenguaje ajeno de un mundo que él no conocía.

Me interrumpí en medio de una frase. El presente, con todos sus peligros e inquietudes, se abalanzó sobre mí con fuerza abrumadora. Golpeó también a la señorita Brewster; un terror vago e innombrable asomó a sus ojos al mirar a Wolf Larsen.

Él se puso en pie y se rió torpemente. El sonido era metálico.

—Oh, no me hagan caso —dijo, con un gesto de autodepreciación—. Yo no cuento. Sigán, sigán, se lo ruego.

Pero las puertas del discurso estaban cerradas, y nosotros también nos levantamos de la mesa y nos reímos torpemente.

XXI

El despecho que Wolf Larsen sentía de ser ignorado por Maud Brewster y yo en la conversación de la mesa tenía que expresarse de algún modo, y le tocó a Thomas Mugridge ser la víctima. No había enmendado sus costumbres ni su camisa, aunque este último punto insistía en haber cambiado. La prenda en sí no corroboraba la afirmación, ni la acumulación de grasa en estufa, ollas y cazuelas attestaba una limpieza general.

—Ya te he advertido, Cocinero —dijo Wolf Larsen—, y ahora tienes que tragarte la medicina.

La cara de Mugridge se puso blanca bajo su barniz de hollín, y cuando Wolf Larsen pidió un cabo y un par de hombres, el miserable cockney salió corriendo de la cocina y se escurrió y agachó por la cubierta con la tripulación sonriente en su persecución. Pocas cosas habrían sido más de su agrado que darle un remolque por el costado, pues al pañol de proa había mandado condumios y potajes del peor orden. Las circunstancias favorecían la empresa. El *Ghost* se deslizaba por el agua a no más de cinco kilómetros por hora, y el mar estaba bastante calmado. Pero Mugridge tenía pocas ganas de darse un chapuzón en él. Posiblemente había visto hombres remolcados antes. Además, el agua estaba terriblemente fría, y su constitución era cualquier cosa menos robusta.

Como de costumbre, las guardias de abajo y los cazadores salieron por lo que prometía diversión. Mugridge parecía tener un miedo rabioso al agua, y exhibió una agilidad y velocidad que nunca

hubiéramos soñado que poseía. Acorralado en el ángulo recto de la popa y la cocina, saltó como un gato a lo alto de la cabina y corrió a popa. Pero sus perseguidores se le adelantaron, y dio marcha atrás por la cabina, pasó sobre la cocina, y ganó la cubierta por la escotilla del entrepuente. Corrió directamente a proa, con el remero Harrison pisándole los talones y ganando terreno. Pero Mugridge, saltando de repente, atrapó el estay del foque. Ocurrió en un instante. Manteniéndose en el aire por los brazos, y doblando el cuerpo en ángulo recto por las caderas, soltó ambos pies. El que se acercaba Harrison recibió la patada de lleno en la boca del estómago, gimió involuntariamente, se dobló y cayó de espaldas a la cubierta.

Aplausos y rugidos de risa de los cazadores acogieron la hazaña, mientras Mugridge, esquivando a la mitad de sus perseguidores en el palo del trinquete, corrió a popa y entre el resto de ellos como un corredor en el campo de fútbol. Fue directamente a popa, al alcázar y por el alcázar hasta la popa. Tan grande era su velocidad que al doblar la esquina de la cabina resbaló y cayó. Nilson estaba al timón, y el cuerpo del cockney al dispararse le golpeó las piernas. Ambos cayeron juntos, pero solo Mugridge se levantó. Por algún capricho de las presiones, su frágil cuerpo le había roto la pierna al hombre fuerte como si fuera la caña de una pipa.

Parsons tomó el timón, y la persecución continuó. Una y otra vez rodearon las cubiertas, Mugridge enfermo de miedo, los marineros alborotando y gritándose direcciones, y los cazadores bramando aliento y risas. Mugridge cayó sobre el escotillón del trinquete bajo tres hombres; pero emergió de la masa como una anguila, sangrando por la boca, la infractora camisa hecha jirones, y saltó hacia el aparejo mayor. Subió, subió del todo, más allá de los flechastes, hasta la misma cofa.

Media docena de marineros treparon a las crucetas detrás de él, donde se agruparon y esperaron mientras dos de ellos, Oofly-Oofly y Black (que era el timonel de bote de Latimer), continuaban subiendo por los delgados cables de acero, levantando sus cuerpos cada vez más alto con los brazos.

Era una empresa arriesgada, pues a más de treinta metros de cubierta, colgados por las manos, no estaban en la mejor posición para protegerse de los pies de Mugridge. Y Mugridge pateó salvajemente, hasta que el kanaka, colgado con una mano, agarró con la otra el pie del cockney. Black duplicó la operación un momento después con el otro pie. Luego los tres se retorcieron juntos en un enredo bamboleante, luchando, resbalando y cayendo en los brazos de sus compañeros en las crucetas.

La batalla aérea había terminado, y Thomas Mugridge, quejumbroso y desquiciado, con la boca espumeante de sangre, fue bajado a cubierta. Wolf Larsen pasó un balso por un trozo de cabo y lo deslizó bajo sus hombros. Luego fue llevado a popa y arrojado al mar. Cuarenta, cincuenta, sesenta pies de cabo corrieron, cuando Wolf Larsen gritó «¡Firme!». Oofy-Oofy dio una vuelta en una bita, el cabo se tensó, y el *Ghost*, al avanzar, sacudió al cocinero a la superficie.

Era un espectáculo lastimoso. Aunque no podía ahogarse, y además tenía siete vidas, estaba sufriendo todas las agonías del medio ahogamiento. El *Ghost* iba muy despacio, y cuando la popa se levantaba en una ola y se deslizaba adelante tiraba del desdichado a la superficie y le daba un momento para respirar; pero entre cada levantada la popa caía, y mientras la proa subía perezosamente a la siguiente ola el cabo flojaba y él se hundía.

Me había olvidado de la existencia de Maud Brewster, y la recordé con sobresalto cuando se deslizó livianamente a mi lado. Era su primera vez en cubierta desde que había subido a bordo. Un silencio muerto acogió su aparición.

—¿Cuál es la causa de la diversión? —preguntó.

—Pregúnteselo al capitán Larsen —respondí con calma y frialdad, aunque por dentro me hervía la sangre ante la idea de que debiera ser testigo de semejante brutalidad.

Tomó mi consejo y se volvía para ponerlo en práctica, cuando sus ojos se posaron en Oofy-Oofy, justo ante ella, su cuerpo lleno de

alertez y gracia mientras sujetaba la vuelta del cabo.

—¿Están pescando? —le preguntó.

No respondió. Sus ojos, clavados intensamente en el mar a popa, centellearon de pronto.

—¡Tiburón a la vista, señor! —gritó.

—¡Cobren! ¡Listos! ¡Todos a ese cabo! —gritó Wolf Larsen, lanzándose él mismo al cabo por delante del más rápido.

Mugridge había oído el grito de advertencia del kanaka y chillaba enloquecidamente. Podía ver una aleta negra cortando el agua y dirigiéndose hacia él con mayor rapidez de la que él era recogido. Era un asunto igualado entre el tiburón y nosotros, y era cuestión de momentos. Cuando Mugridge estaba directamente debajo de nosotros, la popa descendió la vertiente de una ola que pasaba, dando así ventaja al tiburón. La aleta desapareció. El vientre destelló blanco en un rápido movimiento ascendente. Casi igual de rápido, aunque no del todo, fue Wolf Larsen. Metió toda su fuerza en un tremendo tirón. El cuerpo del cockney salió del agua; también parte del tiburón. Mugridge encogió las piernas, y el devorador de hombres pareció apenas rozar un pie, hundiéndose de vuelta al agua con un chapoteo. Pero en el momento del contacto Thomas Mugridge lanzó un grito. Luego entró como un pez recién pescado en un sedal, limpiamente por encima de la barandilla y golpeando la cubierta en un montón, de manos y rodillas, y rodando.

Pero brotaba una fuente de sangre. El pie derecho faltaba, amputado limpiamente por el tobillo. Miré al instante a Maud Brewster. Su cara estaba blanca, los ojos dilatados de horror. No miraba a Thomas Mugridge, sino a Wolf Larsen. Y él era consciente de ello, pues dijo, con una de sus breves carcajadas:

—Cosas de hombres, señorita Brewster. Algo más rudas, le garantizo, de lo que usted está acostumbrada, pero cosas de hombres al fin y al cabo. El tiburón no estaba en los cálculos. Fue...

Pero en ese momento Mugridge, que había levantado la cabeza y comprobado el alcance de su pérdida, se arrastró por la cubierta y le hundió los dientes en la pierna a Wolf Larsen. Wolf Larsen se inclinó con calma hacia el cockney, y le apretó con el pulgar y el índice en la parte posterior de las mandíbulas y bajo las orejas. Las mandíbulas se abrieron de mala gana, y Wolf Larsen se liberó.

—Como iba diciendo —continuó, como si nada insólito hubiera ocurrido—, el tiburón no estaba en los cálculos. Fue... ejem... ¿diremos la Providencia?

Ella no dio señal de haberle oído, aunque la expresión de sus ojos cambió a una de insoportable repugnancia cuando empezó a volverse. No llegó a terminar el giro, pues se tambaleó y flaqueó, y extendió débilmente la mano hacia la mía. La cogí a tiempo de salvarla de caer, y la ayudé a sentarse en la cabina. Pensé que podría desmayarse del todo, pero se dominó.

—¿Quiere traer un torniquete, Mr. Van Weyden? —me llamó Wolf Larsen.

Vacilé. Sus labios se movieron, y aunque no formaron palabras, me ordenó con los ojos, tan claramente como el habla, que fuera a ayudar al desdichado.

—Por favor —logró susurrar, y no tuve más remedio que obedecer.

Para entonces había desarrollado tal destreza en cirugía que Wolf Larsen, con pocas palabras de consejo, me dejó a mi tarea con un par de marineros de ayudantes. Para su tarea eligió una venganza sobre el tiburón. Un gran anzuelo de eslabón, cebado con tocino graso y salado, fue arrojado al costado; y para cuando yo había comprimido las venas y arterias seccionadas, los marineros cantaban y cobraban al monstruo agresor. No lo vi yo mismo, pero mis ayudantes, primero uno y luego el otro, me abandonaron por unos momentos para correr a amidships y ver lo que pasaba. El tiburón, de unos cinco metros, fue izado contra el aparejo mayor. Sus mandíbulas fueron abiertas hasta su mayor extensión, y una estaca robusta, afilada por ambos extremos, fue insertada de modo que al

retirar los palancas las mandíbulas extendidas quedaran fijadas en ella. Hecho esto, se cortó el anzuelo. El tiburón cayó de vuelta al mar, impotente, aunque con toda su fuerza, condenado a una prolongada muerte de inanición: una muerte en vida menos adecuada para él que para el hombre que ideó el castigo.

XXII

Supe lo que era al verla acercarse a mí. Durante diez minutos la había observado hablar en serio con el maquinista, y ahora, con una señal de silencio, la aparté fuera del alcance de oídos del timonel. Su cara estaba blanca y resuelta; sus grandes ojos, más grandes que de costumbre por el propósito que había en ellos, me miraban penetrantemente. Me sentí algo temeroso y aprensivo, pues había venido a escudriñar el alma de Humphrey Van Weyden, y Humphrey Van Weyden no tenía nada de lo que estar particularmente orgulloso desde su llegada al *Ghost*.

Caminamos hasta el umbral del alcázar, donde se volvió y me encaró. Lancé una mirada a mi alrededor para asegurarme de que nadie estaba en el radio auditivo.

—¿Qué ocurre? —pregunté con suavidad; pero la expresión de determinación en su cara no se relajó.

—Puedo comprender fácilmente —empezó—, que el asunto de esta mañana fue en gran medida un accidente; pero he estado hablando con Mr. Haskins. Me dice que el día en que nos rescataron, incluso mientras yo estaba en la cabina, dos hombres se ahogaron, deliberadamente ahogados: asesinados.

Había una interrogación en su voz, y me encaró acusatoriamente, como si yo fuera culpable del acto, o al menos cómplice.

—La información es del todo correcta —respondí—. Los dos hombres fueron asesinados.

—¡Y usted lo permitió! —exclamó.

—No pude impedirlo es una manera mejor de formularlo —respondí, todavía con suavidad.

—¿Pero intentó impedirlo? —Había un énfasis en el «intentó», y una nota de súplica en su voz.

—Oh, pero no lo hizo —siguió rápida, adivinando mi respuesta—. ¿Pero por qué no?

Me encogí de hombros.

—Debe recordar, señorita Brewster, que es usted una nueva habitante de este pequeño mundo, y que todavía no comprende las leyes que operan en él. Trae usted consigo ciertas concepciones refinadas de humanidad, hombría, conducta y cosas así; pero aquí encontrará que son concepciones equivocadas. Así lo he encontrado yo —añadí, con un suspiro involuntario.

Sacudió la cabeza incrédula.

—¿Qué aconsejaría usted entonces? —pregunté—. ¿Que tomara un cuchillo, una pistola, un hacha, y matara a este hombre?

Ella casi dio un paso atrás.

—¡No, no eso!

—¿Entonces qué debo hacer? ¿Matarme?

—Habla usted en términos puramente materialistas —objetó—. Existe tal cosa como el valor moral, y el valor moral nunca está exento de efecto.

—Ah —sonreí—. Me aconseja que no le mate ni a él ni a mí, sino que le deje matarme a mí. —Levanté la mano cuando iba a hablar—. Pues el valor moral es un activo sin valor en este pequeño mundo flotante. Leach, uno de los hombres que fueron asesinados, tenía valor moral en grado inusual. Johnson también. No solo no les sirvió de nada, sino que los destruyó. Y lo mismo me ocurriría a mí si ejerciera el poco valor moral que puedo poseer.

»Debe entender, señorita Brewster, y entenderlo claramente, que este hombre es un monstruo. No tiene conciencia. Nada es sagrado para él, nada demasiado terrible para que lo haga. Fue por un capricho suyo que me retuvieron a bordo en primer lugar. Es por un capricho suyo que sigo vivo. No hago nada, no puedo hacer nada, porque soy un esclavo de este monstruo, como usted es ahora su esclava; porque deseo vivir, como usted deseará vivir; porque no puedo luchar y vencerle, igual que usted no podrá luchar y vencerle.

Esperó a que continuara.

—¿Qué queda? La mía es la función del débil. Permanezco silencioso y soporto la ignominia, como usted permanecerá silenciosa y soportará la ignominia. Y está bien. Es lo mejor que podemos hacer si queremos vivir. La batalla no siempre es del fuerte. No tenemos la fuerza con que combatir a este hombre; debemos disimular, y ganar, si es que podemos ganar, por astucia. Si me hace usted caso, esto es lo que hará. Sé que mi posición es precaria, y puedo decirle con franqueza que la suya es aún más precaria. Debemos mantenernos unidos, sin que parezca que lo hacemos, en alianza secreta. No podré apoyarla abiertamente, y, sin importar las ignominias que me impongan, usted debe permanecer igualmente silenciosa. No debemos provocar ninguna escena con este hombre, ni contrariar su voluntad. Y debemos mantener caras sonrientes y ser amigables con él, por muy repugnante que nos resulte.

Pasó la mano por la frente con expresión desconcertada.

—Sigo sin comprender —dijo.

—Debe hacer lo que le digo —la interrumpí con autoridad, pues vi que la mirada de Wolf Larsen vagaba hacia nosotros desde donde paseaba de un lado al otro con Latimer en amidships—. Haga lo que le digo, y antes de que pase mucho tiempo verá que tengo razón.

—¿Qué debo hacer entonces? —preguntó, detectando la mirada ansiosa que había lanzado al objeto de nuestra conversación, e impresionada, me lisonjeo, por la seriedad de mis modos.

—Prescinda de todo el valor moral que pueda —dije con viveza—. No despierte la animosidad de este hombre. Sea completamente amistosa con él, hable con él, discuta literatura y arte con él: le gustan esas cosas. Le encontrará un oyente interesado y nada tonto. Y por su propio bien intente evitar presenciar, en la medida que pueda, las brutalidades del barco. Le resultará más fácil representar su papel.

—Debo mentir —dijo con voz firme y rebelde—, mentir de palabra y de obra.

Wolf Larsen se había separado de Latimer y venía hacia nosotros. Yo estaba desesperado.

—Le ruego, le ruego que me comprenda —dije apresuradamente, bajando la voz—. Toda su experiencia de hombres y cosas es inútil aquí. Debe empezar de nuevo. Sé... puedo verlo: usted ha acostumbrado a manejar a las personas con los ojos, dejando que su valor moral hable a través de ellos, por así decirlo. Ya me ha manejado con los ojos, me ha dado órdenes con ellos. Pero no lo intente con Wolf Larsen. Con la misma facilidad podría dominar a un león, y él la pondría en ridículo. Él...

—Siempre he estado orgulloso del hecho de que le descubrí yo —dije, cambiando la conversación al subir Wolf Larsen al alcázar y reunirse con nosotros—. Los editores le tenían miedo y los editores no querían saber nada de él. Pero yo lo sabía, y su genio y mi criterio quedaron vindicados cuando tuvo ese magnífico éxito con su «Forja».

—Y fue un poema de periódico —dijo ella con fluidez.

—Dio la casualidad de salir a la luz en un periódico —repliqué—, pero no porque los directores de revistas no tuvieran ocasión de verlo.

—Estábamos hablando de Harris —le dije a Wolf Larsen.

—Ah, sí —reconoció—. Recuerdo «La forja». Llena de lindos sentimientos y una fe todopoderosa en las ilusiones humanas. A

propósito, Mr. Van Weyden, será mejor que se pase a ver al Cocinero. Se está quejando e inquieto.

Así fui despachado bruscamente del alcázar, solo para encontrar a Mugridge durmiendo profundamente gracias a la morfina que le había dado. No me apresuré a volver a cubierta, y cuando lo hice me alegró ver a la señorita Brewster en animada conversación con Wolf Larsen. Como digo, la visión me alegró. Seguía mi consejo. Y sin embargo era consciente de una ligera sacudida o herida en el hecho de que fuera capaz de hacer lo que le había rogado que hiciera y que ella había manifestado detestar claramente.

XXIII

Los vientos favorables, soplando en popa, empujaron rápidamente al *Ghost* hacia el norte, adentro de la manada de focas. La encontramos bien entrada la latitud cuarenta y cuatro, en un mar crudo y tempestuoso por el que el viento acosaba a los bancos de niebla en eterna huida. Durante días seguidos nunca podíamos ver el sol ni tomar una observación; luego el viento barría limpia la faz del océano, las olas rizaban y centelleaban, y podíamos saber dónde estábamos. Podía seguir un día de tiempo despejado, o tres días o cuatro, y luego la niebla se cerraba sobre nosotros, aparentemente más densa que nunca.

La caza era peligrosa; y sin embargo los botes, arriados día tras día, eran tragados por la gris oscuridad, y no se los veía hasta el anochecer, y a menudo no hasta mucho después, cuando iban entrando como fantasmas del mar, uno a uno, desde el gris. Wainwright —el cazador a quien Wolf Larsen había robado con bote y hombres— aprovechó el mar velado y escapó. Desapareció una mañana en la niebla que lo rodeaba todo con sus dos hombres, y no lo volvimos a ver, aunque no tardaron muchos días en enterarnos de que había ido pasando de goleta en goleta hasta recuperar finalmente la suya.

Esto era lo que me había propuesto hacer, pero la oportunidad nunca se presentó. No estaba en la función del contra maestre salir en los botes, y aunque lo maniobré astutamente, Wolf Larsen nunca me concedió el privilegio. De haberlo hecho, me las habría arreglado de algún modo para llevarme a la señorita Brewster conmigo. Tal

como estaban las cosas, la situación se acercaba a una etapa que me daba miedo considerar. Involuntariamente rehuía el pensamiento de ella, y sin embargo el pensamiento surgía continuamente en mi mente como un espectro acosador.

Había leído en mis tiempos romances del mar en los que figuraba, como algo inevitable, la mujer sola en medio de un cargamento de hombres; pero aprendí ahora que nunca había comprendido la significación más profunda de semejante situación: lo que los escritores recalcan y explotan tan a fondo. Y aquí estaba, ahora, y yo me enfrentaba a ella. Para que fuera lo más vívida posible, no se requería más que que la mujer fuera Maud Brewster, quien ahora me hechizaba en persona como me había hechizado largo tiempo a través de su obra.

No podía imaginarse nadie más fuera de su ambiente. Era una criatura delicada y etérea, ondulante y grácil, ligera y elegante de movimientos. Nunca me pareció que caminara, o al menos que caminara al modo ordinario de los mortales. La suya era una ligereza extrema, y se movía con cierta indefinible levedad, acercándose uno como podría flotar el plumón o como un pájaro con alas silenciosas.

Era como una pieza de porcelana de Dresde, y me impresionaba continuamente lo que podría llamar su fragilidad. Como en el momento en que la cogí del brazo al ayudarla a bajar, así en cualquier momento estaba bastante dispuesto, si ocurriera algo brusco o un manejo torpe, a verla desmoronarse. Nunca había visto cuerpo y espíritu en tan perfecto acuerdo. Describe sus versos como los han descrito los críticos, como sublimados y espirituales, y habrás descrito su cuerpo. Parecía participar de su alma, tener atributos análogos, y unirla a la vida con las más delgadas de las cadenas. En verdad, pisaba la tierra con ligereza, y en su constitución había poco de la arcilla robusta.

Era un contraste llamativo con Wolf Larsen. Cada uno era nada de lo que el otro era, todo lo que el otro no era. Les vi pasear por cubierta juntos una mañana, y los asemejé a los extremos opuestos de la escala humana de la evolución: uno la culminación de toda la

barbarie, el otro el producto acabado de la más refinada civilización. Es cierto que Wolf Larsen poseía inteligencia en grado inusual, pero estaba dirigida únicamente al ejercicio de sus instintos salvajes y no le hacía sino un salvaje más formidable. Estaba espléndidamente musculado, era un hombre pesado, y aunque andaba con la certeza y rectitud del hombre físico, no había nada pesado en su andar. La jungla y el desierto acechaban en el alzar y el bajar de sus pies. Era sigiloso como un gato, ágil y fuerte, siempre fuerte. Le asemejé a algún gran tigre, una bestia de poder y de presa. Lo parecía, y el brillo penetrante que emergía a veces en sus ojos era el mismo brillo penetrante que había observado en los ojos de los leopardos enjaulados y de otras criaturas depredadoras de la naturaleza.

Pero este día, al notar que paseaban de un lado al otro, vi que era ella quien ponía fin al paseo. Llegaron hasta donde yo estaba de pie junto a la entrada de la escalerilla. Aunque no lo traicionó por ningún signo externo, sentí de algún modo que estaba muy perturbada. Hizo algún comentario banal, mirándome, y se rió con bastante ligereza; pero vi sus ojos volver a los de él, involuntariamente, como fascinados; luego cayeron, pero no con suficiente rapidez para velar el torrente de terror que los inundó.

Fue en sus ojos donde vi la causa de su perturbación. Ordinariamente grises y fríos y duros, eran ahora cálidos y suaves y dorados, y todos relucientes de diminutas luces que se apagaban y desvanecían, o brotaban hasta que los orbes llenos se inundaban de un brillo resplandeciente. Quizás era a esto a lo que se debía el color dorado; pero dorados eran sus ojos, seductores y dominantes, al mismo tiempo atractivos y apremiantes, y hablando de una exigencia y un clamor de la sangre que ninguna mujer, y mucho menos Maud Brewster, podría malinterpretar.

Su propio terror se me precipitó encima, y en aquel momento de miedo —el más terrible miedo que puede experimentar un hombre— supe que de maneras inexpresables ella me era querida. El conocimiento de que la amaba se abalanzó sobre mí junto con el terror, y con ambas emociones agarrándome el corazón y haciendo

al mismo tiempo que mi sangre se helara y se desbordara tumultuosamente, me sentí arrastrado por un poder fuera de mí y más allá de mí, y me encontré con que mis ojos volvían contra mi voluntad a clavarse en los ojos de Wolf Larsen. Pero él se había recobrado. El color dorado y las luces danzantes habían desaparecido. Fríos y grises y relucientes estaban cuando se inclinó bruscamente y se alejó.

—Tengo miedo —susurró ella, con un escalofrío—. Tengo tanto miedo.

Yo también tenía miedo, y con mi descubrimiento de cuánto significaba ella para mí mi mente era un torbellino; pero logré responder con bastante calma:

—Todo saldrá bien, señorita Brewster. Confíe en mí, saldrá bien.

Respondió con una pequeña sonrisa agradecida que me hizo latir el corazón con fuerza, y empezó a bajar las escalerillas.

Durante mucho tiempo permanecí de pie donde me había dejado. Había una necesidad imperiosa de recomponerme, de considerar la significación del aspecto cambiado de las cosas. Había llegado por fin, el amor había llegado, cuando menos lo esperaba y en las condiciones más desfavorables. Por supuesto, mi filosofía siempre había reconocido la inevitabilidad de la llamada del amor tarde o temprano; pero los largos años de silencio libresco me habían vuelto distraído e imprevisto.

¡Y ahora había llegado! ¡Maud Brewster! Mi memoria se disparó de vuelta a aquel primer delgado volumen sobre mi escritorio, y vi ante mí, como en lo concreto, la fila de delgados volúmenes en la estantería de mi biblioteca. ¡Cómo había dado la bienvenida a cada uno! Cada año había salido uno de la imprenta, y para mí cada uno era el advenimiento del año. Habían expresado un intelecto y un espíritu afines, y como tales los había recibido en una camaradería de la mente; pero ahora su lugar estaba en mi corazón.

¿Mi corazón? Una oleada de sentimiento opuesto se apoderó de mí. Parecí salir de mí mismo y mirarme con incredulidad. ¡Maud

Brewster! ¡Humphrey Van Weyden, «el pez de sangre fría», el «monstruo sin emociones», el «demonio analítico», del bautismo de Charley Furuseth, enamorado! Y luego, sin ton ni son, todo escéptico, mi mente voló de vuelta a una pequeña nota biográfica en el *Who's Who* de cubierta roja, y me dije: «Nació en Cambridge, y tiene veintisiete años.» Y luego me dije: «¿Veintisiete años y todavía libre y sin compromiso?» Pero ¿cómo sabía yo que estaba sin compromiso? Y la punzada de los celos recién nacidos puso en fuga toda incredulidad. No cabía duda. Estaba celoso; luego amaba. Y la mujer que amaba era Maud Brewster.

¡Yo, Humphrey Van Weyden, estaba enamorado! Y de nuevo la duda me asaltó. Aunque no le tenía miedo, ni me resistía a encontrarla. Al contrario, idealista que era en el grado más pronunciado, mi filosofía siempre había reconocido y galardonado el amor como la cosa más grande del mundo, el fin y la cima del ser, el más exquisito grado de alegría y felicidad al que la vida podía estremecerse, la cosa de todas las cosas que había que saludar y acoger y tomar en el corazón. Pero ahora que había llegado no podía creerlo. No podía tener tanta suerte. Era demasiado bueno, demasiado bueno para ser cierto. Los versos de Symons me vinieron a la mente:

«Erré todos estos años entre Un mundo de mujeres, buscándote.»

Y luego había dejado de buscar. No era para mí, esta cosa más grande del mundo, había decidido. Furuseth tenía razón; era anormal, un «monstruo sin emociones», una extraña criatura libresca, capaz de deleite solo en sensaciones de la mente. Y aunque me había rodeado de mujeres todos mis días, mi apreciación de ellas había sido estética y nada más. En realidad, a veces me había considerado fuera del palio, un tipo monacal privado de las pasiones eternas o pasajeras que veía y comprendía tan bien en los demás. ¡Y ahora había llegado! No soñado y sin anuncio, había llegado. En lo que no podía haber sido menos que un éxtasis, abandoné mi puesto en lo alto de la escalerilla y empecé a recorrer la cubierta,

murmurando para mí aquellos hermosos versos de la señora Browning:

*«Viví con visiones por compañía En vez de hombres y mujeres
hace años, Y las hallé suaves compañeras, sin pensar en conocer
Una música más dulce que la que me tocaban.»*

Pero la música más dulce me resonaba en los oídos, y estaba ciego y ajeno a todo lo de mi alrededor. La voz áspera de Wolf Larsen me despertó.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntaba.

Me había extraviado hasta donde los marineros pintaban, y volví en mí para encontrar mi pie que avanzaba a punto de volcar un tarro de pintura.

—¿Sonambulismo, insolación, qué? —ladró.

—No; indigestión —reliqué, y continué mi paseo como si nada fuera de lo normal hubiera ocurrido.

XXIV

Entre los recuerdos más vívidos de mi vida están los de los sucesos del *Ghost* que ocurrieron durante las cuarenta horas que siguieron al descubrimiento de mi amor por Maud Brewster. Yo, que había vivido mi vida en lugares tranquilos, solo para entrar a los treinta y cinco años en el curso de la aventura más irracional que podría haber imaginado, nunca había tenido más incidentes y emociones comprimidos en cuarenta horas de mi experiencia. Ni puedo del todo cerrar mis oídos a una pequeña voz de orgullo que me dice que no lo hice tan mal, consideradas todas las cosas.

Para empezar, en la comida del mediodía, Wolf Larsen informó a los cazadores de que en adelante comerían en el entrepuente. Era algo sin precedentes en las goletas cazadoras de focas, donde la costumbre es que los cazadores ocupen, extraoficialmente, el rango de oficiales. No dio ninguna razón, pero su motivo era bastante obvio. Horner y Smoke habían estado mostrando una galantería hacia Maud Brewster, ridícula en sí misma e inofensiva para ella, pero para él evidentemente desagradable.

El anuncio fue recibido con un silencio sombrío, aunque los otros cuatro cazadores intercambiaron miradas significativas con los dos que habían sido la causa de su destierro. Jock Horner, silencioso como era su manera, no dio ninguna señal; pero la sangre brotó oscuramente a la frente de Smoke, y abrió la boca a medias para hablar. Wolf Larsen le estaba mirando, esperándole, con el brillo acerado en los ojos; pero Smoke volvió a cerrar la boca sin haber dicho nada.

—¿Algo que decir? —preguntó el otro con agresividad.

Era un desafío, pero Smoke rehusó aceptarlo.

—¿Sobre qué? —preguntó con tal inocencia que Wolf Larsen quedó desarmado, mientras los demás sonrieron.

—Oh, nada —dijo Wolf Larsen con poca convicción—. Solo pensé que quizás querías protestar.

—¿Sobre qué? —preguntó el imperturbable Smoke.

Los compañeros de Smoke sonreían ahora abiertamente. Su capitán podría haberle matado, y no dudo de que habría corrido sangre de no haber estado Maud Brewster presente. En realidad fue su presencia la que permitió a Smoke actuar como actuó. Era un hombre demasiado discreto y cauto para incurrir en la cólera de Wolf Larsen en un momento en que esa cólera podía expresarse en términos más fuertes que palabras. Estuve a punto de temer que se produjera un conflicto, pero un grito del timonel hizo fácil que la situación se salvara a sí misma.

—¡Humo a la vista! —bajó el grito por la escalerilla abierta.

—¿Cómo abre? —llamó Wolf Larsen.

—Directamente a popa, señor.

—Quizás es un ruso —sugirió Latimer.

Sus palabras pusieron ansiedad en las caras de los otros cazadores. Un ruso no podía significar más que una cosa: un crucero. Los cazadores, nunca más que vagamente conscientes de la posición del barco, sabían sin embargo que estábamos cerca de los límites del mar prohibido, mientras que el historial de Wolf Larsen como cazador furtivo era notorio. Todos los ojos se centraron en él.

—Estamos completamente a salvo —les aseguró con una carcajada—. Nada de minas de sal esta vez, Smoke. Pero les digo una cosa: apostaré cinco a uno a que es el *Macedonia*.

Nadie aceptó su oferta, y él continuó:

—En cuyo caso, apostaría diez a uno a que hay problemas en el viento.

—No, gracias —habló Latimer—. No me importa perder mi dinero, pero me gusta al menos que me dé juego. Nunca hubo ocasión en que no hubiera problemas cuando usted y ese hermano suyo se juntaban, y apostaré veinte a uno a eso.

Siguió una sonrisa general en la que Wolf Larsen se unió, y la comida prosiguió sin tropiezos gracias a mí, pues me trató abominablemente el resto de la comida, mofándose de mí y tratándome con condescendencia hasta que estaba todo tembloroso de rabia reprimida. Y sin embargo sabía que debía controlarme por causa de Maud Brewster, y recibí mi recompensa cuando sus ojos encontraron los míos por un instante fugaz, y decían, tan claramente como si hubiera hablado: «Ten valor, ten valor.»

Dejamos la mesa para subir a cubierta, pues un vapor era una agradable ruptura en la monotonía del mar en que flotábamos, mientras que la convicción de que era Larsen «el Muerte» y el *Macedonia* añadía emoción. La fuerte brisa y el mar grueso que habían surgido la tarde anterior habían ido amainando toda la mañana, de modo que ahora era posible arriar los botes para una tarde de caza. La caza prometía ser provechosa. Desde el amanecer habíamos navegado por un mar desprovisto de focas, y ahora entrábamos en la manada.

El humo seguía a millas de popa, pero acercándose rápidamente, cuando arriamos nuestros botes. Se extendieron y tomaron un rumbo hacia el norte por el océano. De vez en cuando veíamos una vela bajar, oíamos los disparos de las escopetas, y veíamos la vela volver a subir. Las focas eran abundantes, el viento se moría; todo favorecía una gran captura. Cuando corrimos para tomar nuestra posición a sotavento del último bote de sotavento, encontramos el océano literalmente alfombrado de focas durmientes. Estaban por todas partes, más densas que nunca las había visto, de dos en dos y de tres en tres y en grupos, tendidas de largo a lo largo en la

superficie y durmiendo exactamente como tantos perezosos cachorros.

Bajo el humo que se acercaba el casco y las obras altas de un vapor iban haciéndose mayores. Era el *Macedonia*. Leí su nombre con los prismáticos al pasar a escasamente una milla por estribor. Wolf Larsen la miró con ferocidad, mientras Maud Brewster era curiosa.

—¿Dónde están los problemas de los que estaba tan seguro que se cernían en el viento, capitán Larsen? —preguntó con alegría.

Él le dirigió una mirada, y por un momento la diversión suavizó sus facciones.

—¿Qué esperaba? ¿Que vinieran a bordo y nos cortaran el cuello?

—Algo así —confesó—. Entienda, los cazadores de focas son tan nuevos y extraños para mí que estoy bastante dispuesta a esperar todo.

Asintió con la cabeza.

—Completamente razonable, completamente razonable. Su error está en que no supo esperar lo peor.

—¿Y qué puede ser peor que cortarnos el cuello? —preguntó ella, con bonita ingenuidad sorprendida.

—Cortarnos la bolsa —respondió—. El hombre de hoy en día está hecho de tal manera que su capacidad para vivir está determinada por el dinero que posee.

—«El que roba mi bolsa roba basura» —citó ella.

—El que roba mi bolsa roba mi derecho a vivir —fue la respuesta—, viejos refranes en sentido contrario. Pues roba mi pan y mi carne y mi cama, y al hacerlo pone en peligro mi vida. No hay suficientes comedores de beneficencia ni colas del pan para todos, ¿sabe?, y cuando los hombres no tienen nada en las bolsas suelen morir, y morir miserablemente, a no ser que sean capaces de llenarlas bastante deprisa.

—Pero no alcanzo a ver que este vapor tenga ningún diseño sobre su bolsa.

—Espere y verá —respondió con gravedad.

No tuvimos que esperar mucho. Habiendo pasado varios kilómetros más allá de nuestra línea de botes, el *Macedonia* procedió a arriar los suyos. Sabíamos que llevaba catorce botes frente a nuestros cinco (llevábamos uno de menos por la desertión de Wainwright), y empezó a soltarlos muy a sotavento de nuestro último bote, continuó soltándolos a través de nuestro rumbo, y terminó de soltarlos muy a barlovento de nuestro primer bote de barlovento. La caza, para nosotros, había sido arruinada. No había focas detrás de nosotros, y delante la línea de catorce botes, como una enorme escoba, barría la manada ante ella.

Nuestros botes cazaron por las dos o tres millas de agua entre ellos y el punto donde los del *Macedonia* habían sido arriados, y luego pusieron rumbo a casa. El viento había caído a un susurro, el océano se iba calmando cada vez más, y esto, unido a la presencia de la gran manada, hacía un día de caza perfecto: uno de los dos o tres días que se encuentran en toda una temporada de suerte. Un grupo de hombres airados, remeros y timoneles de bote así como cazadores, treparon por nuestro costado. Cada hombre sentía que había sido robado; y los botes fueron izados a bordo en medio de maldiciones, que si las maldiciones tuvieran poder habrían liquidado a Larsen «el Muerte» por toda la eternidad: «Muerto y condenado por una docena de eternidades», comentó Louis, con los ojos parpadeando hacia mí mientras descansaba de tensar las amarras de su bote.

—Escúchalos, y averigua si es difícil descubrir la cosa más vital en sus almas —dijo Wolf Larsen—. ¿La fe? ¿Y el amor? ¿Y los altos ideales? ¿Lo bueno? ¿Lo bello? ¿Lo verdadero?

—Su sentido innato de la justicia ha sido violado —dijo Maud Brewster, uniéndose a la conversación.

Estaba de pie a una docena de pies de distancia, con una mano posada en los obenques mayores y el cuerpo meciéndose suavemente con el leve balanceo del barco. No había alzado la voz, y sin embargo me impresionó por su tono claro y como de campana. ¡Ah, qué dulce me resultaba en los oídos! Apenas me atrevía a mirarla en ese momento, por miedo a traicionarme. Un gorro de muchacho le estaba posado en la cabeza, y su cabello, castaño claro y dispuesto en un orden suelto y esponjoso que captaba el sol, parecía un aureola en torno al delicado óvalo de su cara. Era positivamente encantadora, y a la vez dulcemente espiritual, si no santa. Todo mi viejo asombro ante la vida me regresó a la vista de esta espléndida encarnación de ella, y la fría explicación de Wolf Larsen de la vida y su significado era verdaderamente ridícula y risible.

—Una sentimentalista —se mofó—, como Mr. Van Weyden. Esos hombres están maldiciendo porque sus deseos han sido ultrajados. Eso es todo. ¿Qué deseos? Los deseos del buen rancho y los blandos lechos en tierra que trae un buen día de paga: las mujeres y la bebida, la glotonería y la bestialidad que los expresa tan fielmente, lo mejor que hay en ellos, sus más altas aspiraciones, sus ideales, si quiere. La exhibición que hacen de sus sentimientos no es un espectáculo conmovedor, pero muestra hasta qué punto han sido conmovidos, hasta qué punto sus bolsas han sido tocadas, pues poner las manos en sus bolsas es poner las manos en sus almas.

—No se comporta usted como si a su bolsa la hubieran tocado —dijo ella, sonriendo.

—Pues resulta que me comporto de modo diferente, pues a mi bolsa y a mi alma las han tocado a las dos. Al precio actual de las pieles en el mercado de Londres, y basándome en un cálculo justo de lo que habría sido la captura de la tarde de no haberse apropiado de ella el *Macedonia*, el *Ghost* ha perdido unas mil quinientas dólares en pieles.

—Habla usted con tanta calma... —empezó.

—Pero no me siento tranquilo; podría matar al hombre que me robó —la interrumpió—. Sí, sí, ya sé, y ese hombre es mi hermano: ¡más sentimentalismo! ¡Bah!

Su cara sufrió un cambio repentino. Su voz era menos dura y del todo sincera cuando dijo:

—Deben de ser felices, ustedes los sentimentalistas, verdadera y auténticamente felices soñando y encontrando las cosas buenas, y, porque encuentran algunas buenas, sintiéndose buenos ustedes mismos. Ahora dígame, los dos, ¿me encuentran bueno?

—Es bueno de ver... en cierta manera —maticé.

—Hay en usted todos los poderes para el bien —fue la respuesta de Maud Brewster.

—¡Ahí está! —le gritó a ella, medio enojado—. Sus palabras están vacías para mí. No hay nada claro y preciso y definido en el pensamiento que ha expresado. No puede recogerlo con las dos manos y mirarlo. En realidad, no es un pensamiento. Es un sentimiento, un sentimiento, algo basado en la ilusión y no en modo alguno un producto del intelecto.

Al continuar, su voz volvió a suavizarse, y en ella entró una nota confidencial.

—¿Sabe?, a veces me sorprende deseando ser yo también ciego a los hechos de la vida y conocer solo sus fantasías e ilusiones. Están equivocadas, del todo equivocadas, claro está, y son contrarias a la razón; pero ante ellas mi razón me dice, equivocado y muy equivocado, que soñar y vivir ilusiones procura mayor deleite. Y después de todo, el deleite es la paga por vivir. Sin deleite, vivir es un acto sin valor. Trabajar por vivir y no ser pagado es peor que estar muerto. El que más disfruta es el que más vive, y sus sueños y sus irrealidades le perturban menos y le satisfacen más que mis hechos a mí.

Sacudió la cabeza despacio, pensativo.

—A menudo lo dudo, a menudo lo dudo, que valga la pena la razón. Los sueños deben de ser más sustanciales y satisfactorios. El deleite emocional es más pleno y más duradero que el intelectual; y además, uno paga sus momentos de deleite intelectual con la melancolía. Al deleite emocional no sigue más que una saciedad de los sentidos que rápidamente se recupera. Les envidio, les envidio.

Se detuvo abruptamente, y luego en sus labios se formó una de sus extrañas sonrisas socarronas, al añadir:

—Es desde el cerebro desde donde les envidio, nótese, y no desde el corazón. Mi razón me lo dicta. La envidia es un producto intelectual. Soy como un hombre sobrio que mira a hombres borrachos, y, muy cansado, desearía también estar borracho.

—O como un hombre sabio que mira a los necios y desea también ser un necio —me reí.

—Exactamente —dijo—. Son un bendito y arruinado par de necios. No tienen hechos en el monedero.

—Y sin embargo gastamos tan libremente como usted —fue la contribución de Maud Brewster.

—Más libremente, porque no les cuesta nada.

—Y porque tiramos de la eternidad —replicó ella.

—Tanto si lo hacen como si creen hacerlo, es lo mismo. Gastan lo que no tienen, y a cambio obtienen más valor de gastar lo que no tienen que yo de gastar lo que tengo, y lo que he sudado para tener.

—¿Por qué no cambia usted la base de su moneda, entonces? —preguntó ella en tono burlón.

Él la miró rápido, medio esperanzado, y luego dijo, con mucho pesar:

—Ya es tarde. Me gustaría, quizás, pero no puedo. Mi monedero está lleno de la vieja moneda, y es una cosa testaruda. Nunca podré llegar a reconocer ninguna otra como válida.

Dejó de hablar, y su mirada vagó distraídamente más allá de ella y se perdió en el mar plácido. La vieja melancolía primordial pesaba sobre él. Vibraba con ella. Se había razonado a sí mismo hacia un ataque de melancolía, y en pocas horas podía esperarse que el diablo que llevaba dentro se pusiera en marcha. Recordé a Charley Furueth, y conocí la tristeza de este hombre como la pena que el materialista paga siempre por su materialismo.

XXV

—Ha estado usted en cubierta, Mr. Van Weyden —dijo Wolf Larsen a la mañana siguiente en el desayuno—. ¿Cómo están las cosas?

—Bastante despejado —respondí, mirando la luz del sol que entraba por la escalerilla abierta—. Brisa westerly favorable, con promesa de arreciar si Louis acierta en su pronóstico.

Asintió con la cabeza de manera complacida.

—¿Señales de niebla?

—Bancos espesos al norte y al noroeste.

Volvió a asentir con la cabeza, mostrando una satisfacción aún mayor que antes.

—¿Y el *Macedonia*?

—No avistado —respondí.

Podría haber jurado que su cara cayó ante la noticia, pero por qué habría de decepcionarle no alcanzaba a comprenderlo.

Pronto lo supe.

—¡Humo a la vista! —llegó el anuncio desde cubierta, y su cara se iluminó.

—¡Bien! —exclamó, y abandonó la mesa al instante para subir a cubierta y al entrepuente, donde los cazadores tomaban el primer desayuno de su exilio.

Maud Brewster y yo apenas tocamos la comida que teníamos delante, mirando en cambio en silenciosa ansiedad el uno al otro, y escuchando la voz de Wolf Larsen, que penetraba fácilmente en la cabina a través del mamparo intermedio. Habló largamente, y su conclusión fue acogida con un salvaje rugido de aclamaciones. El mamparo era demasiado grueso para que pudiéramos oír lo que decía; pero fuera lo que fuera afectó fuertemente a los cazadores, pues los vítores fueron seguidos de fuertes exclamaciones y gritos de alegría.

Por los sonidos en cubierta supe que se había sacado a los marineros y que se preparaban para arriar los botes. Maud Brewster me acompañó a cubierta, pero la dejé en el umbral del alcázar, donde podría presenciar la escena sin estar en ella. Los marineros debían de haber sabido cualquiera que fuera el proyecto en marcha, y el entusiasmo y la presteza que pusieron en su trabajo atestaban su entusiasmo. Los cazadores salieron en tropel a cubierta con escopetas y cajas de munición, y, lo más inusual, sus rifles. Estos raramente se llevaban en los botes, pues una foca alcanzada de lejos con un rifle invariablemente se hundía antes de que un bote pudiera llegar a ella. Pero cada cazador llevaba este día su rifle y una gran provisión de cartuchos. Noté que sonreían con satisfacción cada vez que miraban el humo del *Macedonia*, que iba elevándose cada vez más alto al acercarse desde el oeste.

Los cinco botes fueron al agua de un solo empuje, se extendieron como las varillas de un abanico, y tomaron un rumbo hacia el norte, como en la tarde anterior, para que nosotros los siguiéramos. Estuve observando durante algún tiempo, con curiosidad, pero no parecía haber nada extraordinario en su comportamiento. Arriaban velas, disparaban focas, y volvían a izar las velas, y continuaban su camino como siempre les había visto hacer. El *Macedonia* repitió su actuación de ayer, «apropiándose» del mar soltando su línea de botes por delante de los nuestros y a través de nuestro rumbo. Catorce botes requieren una considerable extensión de océano para cazar cómodamente, y cuando había pasado por completo nuestra

línea continuó navegando hacia el noreste, soltando más botes a medida que avanzaba.

—¿Qué pasa? —pregunté a Wolf Larsen, incapaz ya de mantener mi curiosidad a raya.

—No se preocupe por lo que pasa —respondió bruscamente—. No tardará mil años en averiguarlo, y mientras tanto rece para que haya bastante viento.

—Bueno, no me importa decírselo —dijo al momento siguiente—. Voy a darle a ese hermano mío una dosis de su propia medicina. En resumen, voy a hacer el cerdo yo mismo, y no por un día, sino por el resto de la temporada, si tenemos suerte.

—¿Y si no la tenemos? —pregunté.

—No hay que considerarlo —se rió—. Simplemente tenemos que tener suerte, o estamos perdidos.

Tenía el timón en ese momento, y fui a proa a mi hospital en el pañol de proa, donde yacían los dos hombres lisiados, Nilson y Thomas Mugridge. Nilson estaba tan animoso como podía esperarse, pues la fractura de su pierna estaba soldándose bien; pero el cockney estaba desesperadamente melancólico, y era consciente de una gran compasión por la desafortunada criatura. Y lo asombroso era que todavía viviera y se aferrara a la vida. Los brutales años habían reducido su miserable cuerpo a astillados escombros, y sin embargo la chispa de vida que ardía en él brillaba tan fuerte como siempre.

—Con un pie artificial —y los hacen excelentes—, iré renqueando por las cocinas de los barcos hasta el fin de los tiempos —le aseguré con jovialidad.

Pero su respuesta fue seria, hasta solemne.

—No sé lo que dice usted, Mr. Van W'yden, pero sí sé que no descansaré tranquilo hasta ver a ese maldito perro del infierno bien muerto. No puede vivir más que yo. No tiene derecho a vivir, y como

dice la Buena Palabra, «Seguramente morirá», y yo digo: «Amén, y muy pronto además.»

Cuando volví a cubierta encontré a Wolf Larsen timoneando principalmente con una mano, mientras con la otra sostenía los prismáticos y estudiaba la situación de los botes, prestando particular atención a la posición del *Macedonia*. El único cambio notable en nuestros botes era que habían orzado al viento y ponían rumbo varios grados al oeste del norte. Aún así no podía ver la conveniencia de la maniobra, pues el mar libre seguía interceptado por los cinco botes de barlovento del *Macedonia*, que a su vez habían orzado al viento. Así divergían lentamente hacia el oeste, alejándose cada vez más del resto de los botes en su línea. Nuestros botes remaban además de navegar a vela. Incluso los cazadores remaban, y con tres pares de remos en el agua se acercaban rápidamente a lo que bien podría llamar el enemigo.

El humo del *Macedonia* se había reducido a una mancha tenue en el horizonte del noreste. Del vapor mismo no había nada que ver. Habíamos ido holgazaneando hasta ahora, con las velas sacudiéndose la mitad del tiempo y dejando escapar el viento; y dos veces, por períodos cortos, nos habíamos puesto al paio. Pero no había más holgazanear. Se cazaron las escotas, y Wolf Larsen procedió a sacar al *Ghost* todo lo que daba. Corrimos por nuestra línea de botes y nos lanzamos sobre el primer bote de barlovento de la otra línea.

—Recoja ese foque volante, Mr. Van Weyden —ordenó Wolf Larsen—. Y listo para virar los foques.

Corrí a proa y tenía el contra del foque volante cobrado y firme al pasar junto al bote a cien pies a sotavento. Los tres hombres en él nos miraban con desconfianza. Habían estado apropiándose del mar, y conocían a Wolf Larsen, al menos por su reputación. Noté que el cazador, un enorme escandinavo sentado en la proa, tenía su rifle, listo para usar, sobre las rodillas. Debería haber estado en su lugar en el soporte. Cuando quedaron a la altura de nuestra popa, Wolf Larsen les saludó con un saludo de la mano, y gritó:

—¡Suba a bordo y haga un palique!

«Paliquear», entre las goletas cazadoras, es un sustituto para los verbos «visitar», «charlar». Expresa la locuacidad del mar, y es un agradable descanso en la monotonía de la vida.

El *Ghost* viró hacia el viento, y terminé mi trabajo a proa a tiempo de correr a popa y echar una mano con la escota del mayor.

—Haga el favor de quedarse en cubierta, señorita Brewster —dijo Wolf Larsen, cuando se encaminaba a proa a recibir a su huésped—. Y usted también, Mr. Van Weyden.

El bote había arriado su vela y se había puesto al costado. El cazador, rubio como un rey del mar, pasó por encima de la barandilla y cayó sobre cubierta. Pero su enormidad no podía del todo superar su aprensividad. La duda y la desconfianza se mostraban claramente en su cara. Era una cara transparente, a pesar de su escudo de pelo, y anunció un alivio instantáneo cuando miró de Wolf Larsen a mí, notó que no éramos más que los dos, y luego echó un vistazo a sus propios dos hombres que se le habían unido. Ciertamente tenía poca razón para tener miedo. Se alzaba como un Goliat sobre Wolf Larsen. Debía de medir dos metros o dos metros diez de estatura, y me enteré posteriormente de su peso: ciento diez kilos. Y no había grasa en él. Era todo hueso y músculo.

Un retorno de aprensividad fue evidente cuando, en lo alto de la escalerilla, Wolf Larsen le invitó a bajar. Pero se tranquilizó con una mirada hacia abajo a su anfitrión —hombre grande él mismo pero empequeñecido por la proximidad del gigante. Así que desapareció toda vacilación, y los dos bajaron a la cabina. Mientras tanto sus dos hombres, como era la costumbre de los marineros visitantes, habían ido a proa al pañol de proa a hacer visita por su cuenta.

De repente, desde la cabina llegó un gran ahogo estrangulado, seguido de todos los sonidos de una furiosa lucha. Era el leopardo y el león, y el león hacía todo el ruido. Wolf Larsen era el leopardo.

—Vea la sacralidad de nuestra hospitalidad —le dije amargamente a Maud Brewster.

Asintió con la cabeza de que había oído, y noté en su cara las señales de la misma náusea ante el sonido de una lucha violenta de la que yo había sufrido tan gravemente durante mis primeras semanas en el *Ghost*.

—¿No sería mejor que fuera a proa, digamos por la escalerilla del entrepuente, hasta que haya pasado? —sugerí.

Sacudió la cabeza y me miró con pena. No estaba asustada, sino consternada, más bien, ante la animalidad humana de ello.

—Comprenderá —aproveché la oportunidad para decir—, cualquier parte que tome en lo que está pasando y en lo que está por venir, que me veo obligado a tomarla, si usted y yo hemos de salir alguna vez de este apuro con vida.

—No es agradable... para mí —añadí.

—Entiendo —dijo, con una voz débil y lejana, y sus ojos me mostraron que sí entendía.

Los sonidos de abajo pronto se apagaron. Luego Wolf Larsen subió solo a cubierta. Había un ligero rubor bajo su bronce, pero por lo demás no mostraba señales de la batalla.

—Mande a esos dos hombres a popa, Mr. Van Weyden —dijo.

Obedecí, y un minuto o dos después estaban ante él.

—Iza tu bote —les dijo—. Tu cazador ha decidido quedarse a bordo un rato y no quiere que esté golpeando al costado.

—Que ices tu bote, dije —repitió, esta vez en tono más vivo al vacilar ellos en cumplir su orden.

—Quién sabe, puede que tengan que navegar conmigo por algún tiempo —dijo, con bastante suavidad, con una amenaza sedosa que desmentía la suavidad, mientras se movían lentamente a obedecer —, y podemos muy bien empezar con un entendimiento amistoso. ¡Listos! Larsen «el Muerte» les hace moverse mejor que eso, y lo saben.

Sus movimientos se aceleraron perceptiblemente bajo su instrucción, y cuando el bote entró a bordo me enviaron a proa a largar los focos. Wolf Larsen, al timón, dirigió al *Ghost* hacia el segundo bote de barlovento del *Macedonia*.

Navegando, y sin nada que hacer por el momento, volví mi atención a la situación de los botes. El tercer bote de barlovento del *Macedonia* estaba siendo atacado por dos de los nuestros, el cuarto por nuestros tres restantes; y el quinto, a su vez, tomaba parte en la defensa de su compañero más cercano. La lucha se había abierto a larga distancia, y los rifles crepitaban sin parar. Un mar corto y vivo estaba siendo levantado por el viento, condición que impedía un tiro preciso; y de vez en cuando, al acercarnos más, podíamos ver las balas hacer zis-zas de ola en ola.

El bote que perseguíamos había puesto la proa y huía ante el viento para escapar de nosotros, y en el transcurso de su huida para tomar parte en el rechazo de nuestro ataque general de botes.

Atender escotas y amuras me dejaba poco tiempo para ver lo que estaba pasando, pero me encontraba en el alcázar cuando Wolf Larsen ordenó a los dos marineros extraños ir a proa y al pañol de proa. Fueron de mala gana, pero fueron. Luego ordenó a la señorita Brewster bajar, y sonrió ante el horror instantáneo que saltó a sus ojos.

—No encontrará nada macabro abajo —dijo—, solo un hombre ileso firmemente amarrado a los pernos de argolla. Las balas pueden venir a bordo, y no quiero que la maten, ya sabe.

Apenas había hablado cuando una bala fue desviada por un radio forrado en latón del timón que tenía entre las manos y salió silbando por el aire a barlovento.

—Ya ve —le dijo a ella; y a mí: —Mr. Van Weyden, ¿querría tomar el timón?

Maud Brewster se había metido en la escalerilla de modo que solo asomaba la cabeza. Wolf Larsen había conseguido un rifle y estaba

metiendo un cartucho en el cañón. Le supliqué con los ojos que bajara, pero sonrió y dijo:

—Puede que seamos débiles criaturas de tierra sin piernas, pero podemos mostrarle al capitán Larsen que somos al menos tan valientes como él.

Él le dirigió una rápida mirada de admiración.

—Me cae usted cien veces mejor por eso —dijo—. Libros, seso y valentía. Está usted bien redondeada, una literata digna de ser la mujer de un jefe pirata. Ejem, ya hablaremos de eso más tarde —sonrió, cuando una bala se clavó con fuerza en la pared de la cabina.

Vi sus ojos brillar dorados al hablar, y vi el terror aumentar en los de ella.

—Somos más valientes —me apresuré a decir—. Al menos, hablando por mí mismo, sé que soy más valiente que el capitán Larsen.

Ahora era yo quien recibía una rápida mirada. Se preguntaba si me estaba burlando de él. Metí tres o cuatro radios para contrarrestar una guiñada hacia el viento por parte del *Ghost*, y luego lo estabilicé. Wolf Larsen seguía esperando una explicación, y señalé hacia abajo, a mis rodillas.

—Observará usted ahí —dije—, un ligero temblor. Es porque tengo miedo, la carne tiene miedo; y tengo miedo en mi mente porque no deseo morir. Pero mi espíritu domina la carne temblorosa y las angustias de la mente. Soy más que valiente. Soy valeroso. La carne suya no tiene miedo. Usted no tiene miedo. Por un lado, no le cuesta nada afrontar el peligro; por otro, hasta le da placer. Lo disfruta. Puede ser usted impávido, Mr. Larsen, pero debe conceder que la valentía es mía.

—Tiene usted razón —reconoció de inmediato—. Nunca lo había pensado así. Pero ¿es lo contrario cierto? Si usted es más valiente que yo, ¿soy yo más cobarde que usted?

Ambos nos reímos de lo absurdo, y él se bajó a cubierta y apoyó el rifle en la barandilla. Las balas que habíamos recibido habían viajado casi un kilómetro, pero ya habíamos recortado esa distancia a la mitad. Disparó tres tiros cuidadosos. El primero cayó a quince metros a barlovento del bote, el segundo al costado; y al tercero el timonel de bote soltó el remo del timón y se desplomó en el fondo del bote.

—Creo que eso los arreglará —dijo Wolf Larsen, poniéndose en pie—. No podía permitirme darle al cazador, y hay una posibilidad de que el remero no sepa timonear. En cuyo caso, el cazador no puede timonear y disparar al mismo tiempo.

Su razonamiento quedó justificado, pues el bote entró de inmediato al viento y el cazador saltó a popa para tomar el lugar del timonel. No hubo más disparos, aunque los rifles seguían crepitando animadamente desde los otros botes.

El cazador había logrado poner el bote ante el viento de nuevo, pero lo alcanzábamos a por lo menos dos pies por cada uno de los suyos. A cien metros de distancia, vi al remero pasar un rifle al cazador. Wolf Larsen fue a amidships y tomó el rollo de las drizas de garganta de su cabilla. Luego se asomó por encima de la barandilla con el rifle apuntado. Dos veces vi al cazador soltar el remo del timón con una mano, alcanzar su rifle, y vacilar. Ya íbamos al costado y pasando de largo espumeantes.

—¡Eh, tú! —gritó de repente Wolf Larsen al remero—. ¡Da una vuelta!

Al mismo tiempo arrojó el rollo de cabo. Dio bien, casi derribando al hombre, pero este no obedeció. En cambio, miró a su cazador en busca de órdenes. El cazador, a su vez, estaba en un dilema. Su rifle estaba entre las rodillas, pero si soltaba el remo del timón para disparar, el bote giraría y chocaría con la goleta. Además veía el rifle de Wolf Larsen apuntado hacia él y sabía que sería alcanzado antes de poder poner su rifle en juego.

—Da una vuelta —le dijo con tranquilidad al hombre.

El remero obedeció, dando una vuelta alrededor del pequeño banco de proa y dejando correr el cabo al tensarse de golpe. El bote se separó de un tirón, y el cazador lo estabilizó en un curso paralelo a unas seis metros del costado del *Ghost*.

—¡Ahora, arriad esa vela y venid al costado! —ordenó Wolf Larsen.

Nunca soltó el rifle, ni siquiera al pasar los aparejos con una mano. Cuando estuvieron firmes, a proa y a popa, y los dos hombres ilesos se preparaban a subir a bordo, el cazador tomó su rifle como para colocarlo en un lugar seguro.

—¡Suéltalo! —gritó Wolf Larsen, y el cazador lo soltó como si estuviera caliente y le hubiera quemado.

Una vez a bordo, los dos prisioneros izaron el bote y bajo la dirección de Wolf Larsen llevaron al timonel herido abajo al pañol de proa.

—Si nuestros cinco botes hacen tan bien como usted y yo, tendremos una tripulación bastante completa —me dijo Wolf Larsen.

—El hombre al que disparó... está... espero... —titubeó Maud Brewster.

—En el hombro —respondió—. Nada grave. Mr. Van Weyden le pondrá tan bien como antes en tres o cuatro semanas.

—Pero no pondrá bien a esos otros, a juzgar por el aspecto —añadió, señalando al tercer bote del *Macedonia*, hacia el que yo había estado timoneando y que ahora estaba casi a nuestra altura—. Eso es obra de Horner y Smoke. Les dije que queríamos hombres vivos, no cadáveres. Pero la alegría de disparar para dar es una cosa muy apremiante, una vez que has aprendido a disparar. ¿Lo ha experimentado alguna vez, Mr. Van Weyden?

Sacudí la cabeza y examiné su obra. Había sido ciertamente sangrienta, pues se habían retirado y se habían unido a nuestros otros tres botes en el ataque a los dos restantes del enemigo. El bote abandonado estaba en el seno del mar, balanceándose

ebriamente a través de cada crestón, su vela de sprit suelta en ángulo recto y aleteando en el viento. El cazador y el remero yacían torpemente en el fondo, pero el timonel yacía sobre la regala, medio dentro y medio fuera, con los brazos arrastrando en el agua y la cabeza rodando de un lado al otro.

—No mire, señorita Brewster, por favor no mire —le había rogado, y me alegré de que me hubiera hecho caso y se hubiera ahorrado la visión.

—Vaya directamente hacia el grupo, Mr. Van Weyden —fue la orden de Wolf Larsen.

Al acercarnos más, el tiroteo cesó, y vimos que la lucha había terminado. Los dos botes restantes habían sido capturados por nuestros cinco, y los siete estaban agrupados, esperando a ser recogidos.

—¡Mire eso! —grité involuntariamente, señalando al noreste.

La mancha de humo que indicaba la posición del *Macedonia* había vuelto a aparecer.

—Sí, llevo un rato observándola —fue la serena respuesta de Wolf Larsen. Midió la distancia al banco de niebla, y por un instante se detuvo para sentir el peso del viento en la mejilla—. Llegaremos, creo; pero puede apostar a que ese bendito hermano mío ha adivinado nuestro pequeño juego y viene a todo vapor. Ah, imire eso!

La mancha de humo se había vuelto de repente mucho mayor, y era muy negra.

—Sin embargo te ganaré, hermano mío —se rió—. Te ganaré, y no te deseo nada peor que destrozar las viejas máquinas hasta convertirlas en chatarra.

Cuando nos pusimos al paio, reinó una confusión apresurada aunque ordenada. Los botes llegaron a bordo por todos lados a la vez. Tan pronto como los prisioneros pasaban la barandilla eran conducidos a proa al pañol de proa por nuestros cazadores, mientras

nuestros marineros izaban los botes, en tropel, dejándolos donde caían sobre cubierta sin detenerse a amarrarlos. Ya estábamos navegando, con todo el velamen desplegado y las velas llenas, y las escotas siendo cazadas para un viento de través cuando el último bote salió del agua y osciló en los aparejos.

Había necesidad de darse prisa. El *Macedonia*, vomitando el humo más negro de su chimenea, se lanzaba sobre nosotros desde el noreste. Prescindiendo de los botes que le quedaban, había alterado su rumbo para anticiparse al nuestro. No venía directamente hacia nosotros, sino por delante de nosotros. Nuestros rumbos convergían como los lados de un ángulo, cuyo vértice estaba en el borde del banco de niebla. Allí, o en ningún sitio, podía el *Macedonia* esperar atraparnos. La esperanza para el *Ghost* radicaba en que debía pasar ese punto antes de que el *Macedonia* llegara a él.

Wolf Larsen timoneaba, con los ojos brillando y centelleando mientras se posaban y saltaban de detalle en detalle de la persecución. Ora estudiaba el mar a barlovento en busca de señales de que el viento aflojara o refrescara, ora el *Macedonia*; y de nuevo, sus ojos recorrían cada vela, y daba órdenes de cazar una escota aquí un poco, de coger otra allá un poco, hasta que estaba sacando al *Ghost* el último ápice de velocidad que poseía. Todas las rencillas y rencores fueron olvidados, y me sorprendió la presteza con que los hombres que tan largo tiempo habían soportado su brutalidad saltaban a ejecutar sus órdenes. Extrañamente, el desventurado Johnson me vino a la mente mientras nos levantábamos y nos precipitábamos y escorabamos, y sentí un pesar de que no estuviera vivo y presente; tanto había amado al *Ghost* y disfrutado de sus cualidades de navegación.

—Cojan sus rifles, muchachos —llamó Wolf Larsen a nuestros cazadores; y los cinco hombres se alinearon en la barandilla de sotavento, rifles en mano, y esperaron.

El *Macedonia* estaba ya a solo kilómetro y medio de distancia, con el humo negro saliendo de su chimenea en ángulo recto, de tan loca velocidad a que corría, machacando el mar a diecisiete nudos:

«"Surcando majestuosamente la salobre bruma"», citó Wolf Larsen mientras la contemplaba. Nosotros no hacíamos más de nueve nudos, pero el banco de niebla estaba muy cerca.

Una bocanada de humo brotó de la cubierta del *Macedonia*, oímos un fuerte estampido, y un agujero redondo tomó forma en la lona extendida de nuestra vela mayor. Nos disparaban con uno de los pequeños cañones que el rumor decía que llevaban a bordo. Nuestros hombres, agrupados en amidships, agitaron los gorros y lanzaron un desafiante viva. De nuevo hubo una bocanada de humo y un fuerte estampido, esta vez la bola de cañón cayendo a no más de seis metros a popa y rebotando dos veces del mar al mar a barlovento antes de hundirse.

Pero no hubo fuego de rifle por la razón de que todos sus cazadores estaban fuera en los botes o eran prisioneros nuestros. Cuando los dos barcos estaban a media milla de distancia, un tercer disparo hizo otro agujero en nuestra vela mayor. Entonces entramos en la niebla. Estaba a nuestro alrededor, velándonos y ocultándonos en su densa y húmeda gasa.

La transición repentina era asombrosa. El momento antes habíamos estado saltando a través de la luz del sol, el cielo despejado sobre nosotros, el mar rompiéndose y extendiéndose por el horizonte, y un barco, vomitando humo y fuego y proyectiles de hierro, lanzándose locamente sobre nosotros. Y al instante, como en un salto de un momento, el sol quedó borrado, no había cielo, incluso nuestras cofas se perdían de vista, y nuestro horizonte era el que pueden ver los ojos nublados por las lágrimas. La gris neblina pasaba junto a nosotros como una lluvia. Cada filamento de lana de nuestra ropa, cada pelo de nuestras cabezas y caras, estaba joyado con un glóbulo de cristal. Las jarcias estaban húmedas de humedad; goteaba de nuestro aparejo sobre nuestras cabezas; y en la parte inferior de nuestros botavaras las gotas de agua tomaban forma en largas líneas oscilantes, que se desprendían y caían a cubierta en pequeñas duchas con cada balanceo de la goleta. Sentía una opresión ahogada, sofocada. Como los sonidos del barco al abrirse

paso entre las olas eran devueltos sobre nosotros por la niebla, así lo eran los propios pensamientos. La mente se replegaba de la contemplación de un mundo más allá de este velo húmedo que nos envolvía. Este era el mundo, el universo mismo, con sus límites tan cercanos que uno se sentía impelido a estirar los dos brazos y empujarlos hacia atrás. Era imposible que el resto estuviera más allá de estas paredes grises. El resto era un sueño, nada más que el recuerdo de un sueño.

Era extraño, extrañamente extraño. Miré a Maud Brewster y supe que se sentía de manera similar. Luego miré a Wolf Larsen, pero no había nada subjetivo en su estado de conciencia. Todo su afán era con el presente inmediato y objetivo. Seguía teniendo el timón, y sentí que estaba midiendo el tiempo, calculando el transcurso de los minutos con cada avance y cada balanceo a sotavento del *Ghost*.

—Ve a proa y a toda caña sin ningún ruido —me dijo en voz baja—. Primero, caza las gavias. Pon hombres en todas las escotas. Que no haya repique de motones, ni sonido de voces. Sin ruido, ¿entendido?, sin ruido.

Cuando todo estuvo listo, la voz «toda caña» fue pasada hacia proa de hombre en hombre; y el *Ghost* caló a la amura de babor sin prácticamente ningún ruido. Y lo poco que había —el chapoteo de algunos tomadores y el crujido de una roldana en un motón o dos— era fantasmal bajo el hueco eco envolvente que nos amortajaba.

Apenas habíamos llenado, según me pareció, cuando la niebla se adelgazó abruptamente y de nuevo estábamos a la luz del sol, con el mar extendiéndose ampliamente ante nosotros hasta el horizonte. Pero el océano estaba desierto. Ningún *Macedonia* airado rompía su superficie ni ennegrecía el cielo con su humo.

Wolf Larsen cuadró al momento y corrió a lo largo del borde del banco de niebla. Su estrategia era obvia. Había entrado en la niebla a barlovento del vapor, y mientras el vapor había penetrado ciegamente en la niebla con la esperanza de atraparlo, él había virado y salido de su refugio y corría ahora a lo largo para entrar de

nuevo a sotavento. Logrado esto, la vieja analogía de la aguja en el pajar sería suave comparación con las posibilidades de su hermano de encontrarle. No corrió mucho. Virando las velas del trinquete y el mayor y largando las gavias de nuevo, pusimos proa de vuelta hacia el banco. Al entrar, habría podido jurar que vi una vaga masa emergiendo a barlovento. Miré rápidamente a Wolf Larsen. Ya estábamos nosotros mismos enterrados en la niebla, pero asintió con la cabeza. Él también la había visto: el *Macedonia*, adivinando su maniobra y fallando por un momento en anticiparse a ella. No había duda de que habíamos escapado sin ser vistos.

—No puede seguir esto —dijo Wolf Larsen—. Tendrá que volver a por el resto de sus botes. Mande a alguien al timón, Mr. Van Weyden, mantenga este rumbo por ahora, y bien puede organizar las guardias, pues esta noche no perderemos tiempo.

—Daría quinientos dólares —añadió—, por estar a bordo del *Macedonia* cinco minutos, oyendo a mi hermano maldecir.

—Y ahora, Mr. Van Weyden —me dijo cuando le habían relevado del timón—, debemos dar la bienvenida a los recién llegados. Sirva abundante whisky a los cazadores y vea que algunos frascos se cuelen a proa. Apuesto a que hasta el último de ellos estará al otro lado mañana, cazando para Wolf Larsen tan contentos como lo hicieron siempre para Larsen «el Muerte».

—¿Pero no escapan como hizo Wainwright? —pregunté.

Se rió astutamente.

—No mientras nuestros cazadores de siempre tengan algo que decir al respecto. Les estoy repartiendo un dólar por piel de todas las pieles que cachén nuestros nuevos cazadores. Al menos la mitad de su entusiasmo de hoy se debió a eso. Oh, no, no habrá fugas si ellos tienen algo que decir. Y ahora será mejor que vaya a proa a sus deberes de hospital. Debe de haber una sala completa esperándole.

XXVI

Wolf Larsen se encargó de la distribución del whisky, y las botellas empezaron a aparecer mientras yo atendía el nuevo lote de heridos en el pañol de proa. Había visto beber whisky, el whisky con soda de los hombres de los clubes, pero nunca como lo bebían estos hombres, en escudillas y tazas, y de las botellas: grandes y colmados tragos, cada uno de los cuales era en sí mismo una borrachera. Pero no se detenían en uno o dos. Bebían y bebían, y las botellas seguían pasando a proa y bebían más.

Bebía todo el mundo; los heridos bebían; Oofy-Oofy, que me ayudaba, bebía. Solo Louis se abstuvo, no haciendo más que mojarse cautelosamente los labios con el licor, aunque se unió a los juerguistas con un desprendimiento igual al de la mayoría de ellos. Era una saturnalia. A grandes voces gritaban sobre los combates del día, discutían sobre detalles, o se ponían afectuosos y hacían amigos con los hombres con quienes habían luchado. Prisioneros y captores se abrazaban dando tumbos y juraban solemnes juramentos de respeto y estima. Lloraban sobre las miserias del pasado y sobre las miserias por venir bajo el gobierno de hierro de Wolf Larsen. Y todos le maldecían y contaban terribles historias de su brutalidad.

Era un espectáculo extraño y aterrador: el pequeño espacio con literas en las paredes, el suelo y las paredes que saltaban y cabeceaban, la tenue luz, las sombras oscilantes que se alargaban y acortaban monstruosamente, el aire espeso cargado de humo y olor a cuerpos y yodoformo, y los rostros inflamados de los hombres — semihombres, debería llamarlos. Noté a Oofy-Oofy, sosteniendo el

extremo de un vendaje y contemplando la escena, sus ojos aterciopelados y luminosos brillando en la luz como ojos de ciervo, y sin embargo yo conocía el diablo bárbaro que acechaba en su pecho y desmentía toda la suavidad y ternura, casi femenina, de su cara y figura. Y noté la cara juvenil de Harrison —una buena cara en otro tiempo, pero ahora de demonio—, convulsa de pasión al contar a los recién llegados el barco del infierno en que estaban y lanzando maldiciones sobre la cabeza de Wolf Larsen.

Wolf Larsen siempre, Wolf Larsen, esclavizador y atormentador de hombres, una Circe masculina y ellos sus cerdos, brutos sufrientes que se arrastraban ante él y se rebelaban solo en la borrachera y en el secreto. ¿Y era yo también uno de sus cerdos? pensé. ¿Y Maud Brewster? ¡No! Rechincé los dientes de rabia y determinación hasta que el hombre que atendía se contrajo bajo mi mano y Oofy-Oofy me miró con curiosidad. Me sentí dotado de una fuerza repentina. Con mi amor recién encontrado, era un gigante. No tenía miedo a nada. Abriría mi camino a través de todo, a pesar de Wolf Larsen y de mis propios treinta y cinco años libresco. Todo iría bien. Lo haría ir bien. Y así, exaltado, sostenido por un sentido de poder, di la espalda al infierno ululante y subí a cubierta, donde la niebla se deslizaba fantasmal por la noche y el aire era dulce y puro y tranquilo.

El entrepuente, donde había dos cazadores heridos, era una repetición del pañol de proa, con la excepción de que Wolf Larsen no estaba siendo maldecido; y fue con un gran alivio que emergí de nuevo a cubierta y fui a popa a la cabina. La cena estaba lista, y Wolf Larsen y Maud me esperaban.

Mientras todo su barco se emborrachaba tan rápido como podía, él se mantenía sobrio. Ni una gota de licor cruzó sus labios. No se lo podía permitir en las circunstancias, pues solo tenía a Louis y a mí en quienes confiar, y Louis estaba incluso ahora al timón. Navegábamos en la niebla sin vigía y sin luces. Que Wolf Larsen hubiera dado rienda suelta al licor entre sus hombres me sorprendió, pero evidentemente conocía su psicología y el mejor método de

cimentar en cordialidad lo que había empezado en derramamiento de sangre.

Su victoria sobre Larsen «el Muerte» parecía haber tenido en él un notable efecto. La tarde anterior se había razonado hacia la melancolía, y yo había estado esperando en cualquier momento uno de sus característicos estallidos. Y sin embargo nada había ocurrido, y ahora estaba en espléndidas condiciones. Posiblemente su éxito en capturar tantos cazadores y botes había contrarrestado la reacción habitual. En cualquier caso, la melancolía se había ido, y los demonios azules no habían hecho acto de presencia. Así pensé en aquel momento; pero, ay de mí, poco le conocía yo o sabía que quizás incluso entonces estaba meditando un estallido más terrible que ninguno que hubiera visto.

Como digo, le encontré en espléndidas condiciones cuando entré a la cabina. No había tenido dolores de cabeza durante semanas, sus ojos eran tan claros y azules como el cielo, su bronce era hermoso de salud perfecta; la vida brotaba por sus venas en plena y magnífica inundación. Mientras me esperaba, había entablado con Maud una animada discusión. La tentación era el tema en que se habían enfrascado, y por las pocas palabras que oí deducí que él sostenía que la tentación solo era tentación cuando un hombre era seducido por ella y caía.

—Pues mire —decía—, tal como yo lo veo, un hombre hace las cosas por deseo. Tiene muchos deseos. Puede desear escapar del dolor, o disfrutar del placer. Pero haga lo que haga, lo hace porque desea hacerlo.

—¿Pero suponga que desea hacer dos cosas opuestas, ninguna de las cuales le permite hacer la otra? —le interrumpió Maud.

—Precisamente a lo que iba —dijo.

—Y entre esos dos deseos es precisamente donde se manifiesta el alma del hombre —continuó ella—. Si es un alma buena, deseará y realizará la acción buena, y lo contrario si es un alma mala. Es el alma la que decide.

—¡Tonterías! —exclamó con impaciencia—. Es el deseo el que decide. Aquí hay un hombre que quiere, digamos, emborracharse. También no quiere emborracharse. ¿Qué hace? ¿Cómo lo hace? Es una marioneta. Es la criatura de sus deseos, y de los dos deseos obedece al más fuerte, eso es todo. Su alma no tiene nada que ver con ello. ¿Cómo puede ser tentado a emborracharse y negarse a emborracharse? Si prevalece el deseo de permanecer sobrio, es porque es el deseo más fuerte. La tentación no juega ningún papel, a no ser... —hizo una pausa mientras captaba el nuevo pensamiento que le había llegado a la mente— a no ser que sea tentado a permanecer sobrio.

—¡Ja! ¡ja! —se rió—. ¿Qué le parece eso, Mr. Van Weyden?

—Que los dos están haciendo distinciones sutiles —dije—. El alma del hombre son sus deseos. O, si lo prefiere, la suma de sus deseos es su alma. Ahí se equivocan los dos. Usted hace hincapié en el deseo separado del alma, la señorita Brewster hace hincapié en el alma separada del deseo, y en realidad alma y deseo son la misma cosa.

»Sin embargo —continué—, la señorita Brewster tiene razón en sostener que la tentación es tentación tanto si el hombre cede como si vence. El fuego es avivado por el viento hasta que se levanta con fuerza. Así el deseo es como el fuego. Es avivado, como por un viento, por la vista de la cosa deseada, o por una descripción nueva y atractiva o una comprensión de la cosa deseada. Ahí está la tentación. Es el viento que aviva el deseo hasta que este se eleva a la supremacía. Eso es la tentación. Puede que no avive lo suficiente para hacer al deseo irresistible, pero en la medida en que aviva algo, en esa medida es tentación. Y, como usted dice, puede tentar al bien tanto como al mal.

Me sentí orgulloso de mí mismo al sentarnos a la mesa. Mis palabras habían sido decisivas. Al menos habían puesto fin a la discusión.

Pero Wolf Larsen parecía locuaz, propenso a hablar como nunca le había visto antes. Era como si estuviera a punto de estallar de energía represada que debía encontrar una salida de algún modo. Casi de inmediato se lanzó a una discusión sobre el amor. Como de costumbre, la suya era la vertiente puramente materialista, y la de Maud era la idealista. En cuanto a mí, más allá de una palabra o dos de sugerencia o corrección de vez en cuando, no tomé parte.

Era brillante, pero Maud también lo era, y durante algún tiempo perdí el hilo de la conversación estudiando su cara mientras hablaba. Era un rostro que raramente mostraba color, pero esta noche estaba encendido y vivaz. Su ingenio jugaba con agudeza, y disfrutaba del torneo tanto como Wolf Larsen, y él lo disfrutaba enormemente. Por alguna razón, aunque no sé por cuál en el argumento, tan completamente lo había perdido en la contemplación de un rizo castaño suelto del pelo de Maud, citó de Iseo en Tintagel, donde ella dice:

«Soy bendita más allá de todas las mujeres incluso en esto, Que más allá de todas las mujeres nacidas es mi pecado, Y mi transgresión perfecta.»

Como había leído pesimismo en Omar, así ahora leía triunfo, punzante triunfo y exaltación, en los versos de Swinburne. Y leía bien, y leía con acierto. Apenas había dejado de leer cuando Louis asomó la cabeza por la escalerilla y susurró hacia abajo:

—Callaos, si no os importa. La niebla se ha levantado, y es la luz de babor de un vapor que cruza nuestra proa en este bendito momento.

Wolf Larsen saltó a cubierta, y tan velozmente que cuando le seguimos ya había corrido la tapa del entrepuente sobre el clamor de borrachos y se encaminaba a proa a cerrar la escotilla del pañol de proa. La niebla, aunque persistía, se había levantado, oscureciendo las estrellas y haciendo la noche bastante negra. Directamente ante nosotros podía ver una brillante luz roja y una

blanca, y podía oír el pulso de las máquinas de un vapor. Sin ninguna duda era el *Macedonia*.

Wolf Larsen había regresado al alcázar, y nos quedamos en silencioso grupo, mirando cómo las luces cruzaban rápidamente nuestra proa.

—Suerte para mí que no lleva proyector —dijo Wolf Larsen.

—¿Y si yo gritara en voz alta? —pregunté en un susurro.

—Se acabaría todo —respondió—. Pero ¿ha pensado en lo que ocurriría al instante?

Antes de que hubiera tenido tiempo de expresar ningún deseo de saberlo, me tenía por la garganta con su garra de gorila, y con un leve temblor de los músculos —una insinuación, por así decirlo— me sugirió el giro que habría roto mi cuello sin duda. Al momento siguiente me había soltado y contemplábamos las luces del *Macedonia*.

—¿Y si yo gritara? —preguntó Maud.

—Le tengo demasiado aprecio para hacerle daño —dijo con suavidad: es más, había una ternura y una caricia en su voz que me hizo estremecer.

—Pero no lo haga, de todas formas, pues al instante le rompería el cuello a Mr. Van Weyden.

—Entonces ella tiene mi permiso para gritar —dije desafiante.

—Difícilmente querrá usted sacrificar al Decano de las Letras Americanas Segundo —se mofó.

No hablamos más, aunque nos habíamos acostumbrado demasiado el uno al otro para que el silencio fuera embarazoso; y cuando la luz roja y la blanca hubieron desaparecido, volvimos a la cabina a terminar la cena interrumpida.

De nuevo se pusieron a citar, y Maud recitó la «Impenitentia Ultima» de Dowson. La recitó bellamente, pero yo no la miraba a ella, sino a Wolf Larsen. Me fascinaba la mirada fascinada que fijaba

en Maud. Estaba completamente fuera de sí, y noté el movimiento inconsciente de sus labios al ir formando palabra por palabra al mismo tiempo que ella las pronunciaba. La interrumpió cuando recitó los versos:

«Y sus ojos serían mi luz mientras el sol se pusiera detrás de mí, Y los violines de su voz el último sonido en mi oído.»

—Hay violines en su voz —dijo sin rodeos, y sus ojos destellaron su luz dorada.

Podría haber gritado de alegría ante su dominio de sí misma. Ella terminó la última estrofa sin vacilar y luego fue guiando la conversación gradualmente hacia canales menos peligrosos. Y durante todo ese tiempo yo permanecí en un medio aturdimiento, el alboroto borracho del entrepuente atravesando el mamparo, el hombre que temía y la mujer que amaba hablando sin parar. La mesa no fue recogida. El hombre que había ocupado el lugar de Mugridge se había evidentemente unido a sus compañeros en el pañol de proa.

Si Wolf Larsen llegó alguna vez a la cima del vivir, la alcanzó entonces. De vez en cuando abandoné mis propios pensamientos para seguirle, y le seguí con asombro, dominado por un momento por su notable intelecto, bajo el hechizo de su pasión, pues predicaba la pasión de la revuelta. Era inevitable que se pusiera por caso al Lucifer de Milton, y la agudeza con que Wolf Larsen analizaba y describía el personaje fue una revelación de su genio ahogado. Me recordó a Taine, y sin embargo sabía que el hombre nunca había oído hablar de ese brillante aunque peligroso pensador.

—Dirigió una causa perdida, y no le tenía miedo a los rayos de Dios —decía Wolf Larsen—. Arrojado al infierno, no fue vencido. A un tercio de los ángeles de Dios les había llevado con él, e inmediatamente incitó al hombre a rebelarse contra Dios, y ganó para sí mismo y para el infierno la mayor parte de todas las generaciones del hombre. ¿Por qué fue expulsado del cielo? ¿Porque era menos valiente que Dios? ¿Menos orgulloso? ¿Menos ambicioso?

¡No! ¡Mil veces no! Dios era más poderoso, como él dijo, *A quien el trueno ha hecho más grande*. Pero Lucifer era un espíritu libre. Servir era sofocarse. Prefería el sufrimiento en libertad a toda la felicidad de una cómoda servidumbre. No le importaba servir a Dios. No le importaba servir a nada. No era una figura de adorno. Se sostenía en sus propias piernas. Era un individuo.

—El primer anarquista —se rió Maud, levantándose y preparándose para retirarse a su camarote.

—¡Entonces es bueno ser anarquista! —exclamó. También se había levantado, y estaba de pie frente a ella, donde se había detenido en la puerta de su camarote, mientras continuaba:

«Aquí al menos Seremos libres; el Todopoderoso no ha construido Aquí por su envidia; no nos expulsará de aquí; Aquí podemos reinar seguros; y en mi elección Reinar merece ambición, aunque sea en el infierno: Mejor reinar en el infierno que servir en el cielo.»

Era el grito desafiante de un espíritu poderoso. La cabina aún resonaba con su voz, mientras estaba allí, tambaleándose, con la cara bronceada brillando, la cabeza erguida y dominante, y sus ojos, dorados y masculinos, intensamente masculinos e insistentemente suaves, centelleando sobre Maud en la puerta.

De nuevo aquel terror innombrable e inconfundible estaba en sus ojos, y ella dijo, casi en un susurro:

—Usted es Lucifer.

La puerta se cerró y ella se fue. Él se quedó mirándola durante un minuto, luego volvió a sí mismo y a mí.

—Relevaré a Louis al timón —dijo brevemente—, y le llamaré a usted para que le releve a medianoche. Váyase a acostar ahora y duerma un poco.

Se puso un par de manoplas, se caló la gorra, y subió las escalerillas de la cabina, mientras yo seguía su sugerencia yéndome a la cama. Por alguna razón desconocida, impulsado misteriosamente, no me desvestí, sino que me tendí completamente

vestido. Durante un rato escuché el clamor en el entrepuente y me maravillé del amor que me había llegado; pero mi sueño en el *Ghost* se había vuelto muy saludable y natural, y pronto los cantos y los gritos se apagaron, mis ojos se cerraron y mi conciencia se hundió en el semisueño del sopor.

No sabía qué me había despertado, pero me encontré fuera de mi litera, de pie, completamente despierto, mi alma vibrando al aviso del peligro como si hubiera vibrado al llamado de una trompeta. Abrí la puerta de golpe. La luz de la cabina ardía baja. Vi a Maud, mi Maud, luchando y debatiéndose y aplastada en los brazos de Wolf Larsen. Podía ver el vano aleteo de ella mientras se esforzaba, presionando la cara contra su pecho, por escapar de él. Todo esto lo vi en el instante mismo de ver y de lanzarme hacia adelante.

Le golpeé con el puño, en la cara, mientras levantaba la cabeza, pero fue un golpe débil. Rugió de modo feroz y animal, y me dio un empujón con la mano. No fue más que un empujón, un chasquido de la muñeca, pero tan tremenda era su fuerza que fui lanzado hacia atrás como desde una catapulta. Choqué contra la puerta del camarote que había sido de Mugridge, astillando y destrozando los paneles con el impacto de mi cuerpo. Me levanté con dificultad, liberándome con esfuerzo de la puerta destrozada, sin ser consciente de herida alguna. Solo era consciente de una rabia irresistible. Creo que yo también grité en voz alta cuando saqué el cuchillo de la cadera y me lancé adelante por segunda vez.

Pero algo había ocurrido. Se estaban tambaleando separándose. Estaba cerca de él, el cuchillo levantado, pero retuve el golpe. Me desconcertó la extrañeza de ello. Maud estaba apoyada contra la pared, con una mano extendida para sostenerse; pero él se tambaleaba, con la mano izquierda presionada contra la frente y cubriéndose los ojos, y con la derecha tanteaba a su alrededor de manera aturdida. Chocó contra la pared, y su cuerpo pareció expresar un alivio muscular y físico al contacto, como si hubiera encontrado sus coordenadas, su ubicación en el espacio, así como algo contra lo que apoyarse.

Luego volví a ver rojo. Todos mis agravios y humillaciones me centellaron con un brillo deslumbrante, todo lo que yo había sufrido y lo que otros habían sufrido a sus manos, toda la enormidad de la propia existencia del hombre. Me lancé sobre él, ciegamente, insensatamente, y le clavé el cuchillo en el hombro. Supe entonces que no era más que una herida de carne —había sentido el acero raspar en el omóplato—, y alcé el cuchillo para asestar en una parte más vital.

Pero Maud había visto mi primer golpe, y gritó: «¡No! ¡Por favor, no!»

Bajé el brazo por un momento, y solo por un momento. De nuevo el cuchillo estaba alzado, y Wolf Larsen habría muerto sin duda si ella no se hubiera interpuesto. Sus brazos me rodeaban, su cabello me rozaba la cara. El pulso se me disparó de manera insólita, y sin embargo mi rabia creció con él. Me miró valientemente a los ojos.

—Por mi bien —suplicó.

—¡Le mataría por su bien! —grité, intentando liberar el brazo sin hacerle daño.

—¡Chist! —dijo, y posó los dedos levemente en mis labios. Podría haberlos besado, si me hubiera atrevido, incluso entonces, en mi rabia; tan dulce era su contacto, tan extraordinariamente dulce.

—Por favor, por favor —suplicó, y me desarmó con las palabras, como había de descubrir que siempre me desarmaría.

Retrocedí, separándome de ella, y envainé el cuchillo. Miré a Wolf Larsen. Seguía presionando la mano izquierda contra la frente. Le cubría los ojos. La cabeza estaba inclinada. Parecía haberse vuelto lánguido. El cuerpo se le hundía por las caderas, los grandes hombros se le caían y encorvaban hacia adelante.

—¡Van Weyden! —llamó con voz ronca, y con una nota de miedo en ella—. ¡Oh, Van Weyden! ¿Dónde está?

Miré a Maud. No habló, pero asintió con la cabeza.

—Aquí estoy —respondí, acercándome a su lado—. ¿Qué ocurre?

—Ayúdeme a sentarme —dijo, con la misma voz ronca y asustada.

—Estoy enfermo; muy enfermo, Jorobado —dijo, al dejar el apoyo de mi mano y hundirse en una silla.

La cabeza le cayó sobre la mesa y quedó enterrada entre las manos. De vez en cuando la mecía hacia delante y hacia atrás como de dolor. Una vez, al levantarla a medias, vi el sudor formando gruesas gotas en su frente en las raíces del pelo.

—Estoy enfermo, muy enfermo —repitió una vez más, y aún otra.

—¿Qué ocurre? —pregunté, posando la mano en su hombro—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Pero sacudió mi mano con un gesto de irritación, y durante mucho tiempo estuve de pie a su lado en silencio. Maud miraba, con la cara abrumada y asustada. Lo que le había ocurrido no podíamos imaginarlo.

—Jorobado —dijo al fin—, tengo que meterme en la litera. Ayúdeme. En un rato estaré bien. Son esos malditos dolores de cabeza, creo. Les tenía miedo. Tenía una sensación... no, no sé lo que digo. Ayúdeme a la litera.

Pero cuando le metí en la litera volvió a enterrar la cara entre las manos, cubriéndose los ojos, y al volverme para salir pude oírle murmurar: «Estoy enfermo, muy enfermo.»

Maud me miró interrogativamente al salir. Sacudí la cabeza, diciendo:

—Algo le ha ocurrido. Qué, no lo sé. Está indefenso, y asustado, me imagino, por primera vez en su vida. Debió de ocurrir antes de recibir la cuchillada, que no fue más que una herida superficial. Usted debe de haber visto lo que ocurrió.

Sacudió la cabeza.

—No vi nada. Es tan misterioso para mí como para usted. De repente me soltó y se tambaleó hacia atrás. ¿Pero qué haremos?

¿Qué haré yo?

—Si quiere esperar, por favor, hasta que regrese —respondí.

Subí a cubierta. Louis estaba al timón.

—Puede ir a proa a acostarse —le dije, tomándoselo.

Fue rápido a obedecer, y me encontré solo en la cubierta del *Ghost*. Con tanta calma como fue posible, enrollé las gavias, abaté el foque volante y el contrafoque, cacé el foque a barlovento y aplanché el mayor. Luego bajé a Maud. Puse el dedo en los labios en señal de silencio, y entré al camarote de Wolf Larsen. Estaba en la misma posición en que le había dejado, y la cabeza se le mecía — casi retorció— de un lado a otro.

—¿Puedo hacer algo por usted? —pregunté.

No respondió en un primer momento, pero ante mi pregunta repetida respondió: —No, no; estoy bien. Déjeme hasta mañana.

Pero al volverme noté que la cabeza había reanudado su movimiento. Maud me esperaba pacientemente, y observé, con un estremecimiento de alegría, el porte regio de su cabeza y sus gloriosos ojos serenos. Serenos y seguros, como lo era su propio espíritu.

—¿Me confiará a mí para un viaje de unos mil kilómetros? —pregunté.

—¿Quiere decir...? —preguntó, y supe que había adivinado bien.

—Sí, quiero decir exactamente eso —respondí—. No nos queda nada más que el bote abierto.

—Para mí, quiere decir —dijo—. Usted está ciertamente tan a salvo aquí como ha estado.

—No, no nos queda nada más que el bote abierto —repetí con firmeza—. ¿Quiere usted vestirse lo más abrigada posible, ahora mismo, y hacer un bulto con lo que desee traer?

—Y dese prisa —añadí, al volverse hacia su camarote.

La gambuza estaba directamente debajo de la cabina, y abriendo la trampilla del suelo y llevando una vela conmigo, bajé y empecé a revisar las provisiones del barco. Elegí principalmente de los conservados, y para cuando estuve listo, manos dispuestas se extendían desde arriba para recibir lo que pasaba.

Trabajamos en silencio. Me hice también con mantas, manoplas, impermeables, gorros y cosas así, del pañol de provisiones. No era una aventura ligera esto de confiarnos en un bote pequeño a un mar tan crudo y tempestuoso, y era imperativo que nos protegiéramos del frío y la humedad.

Trabajamos febrilmente llevando nuestro botín a cubierta y depositándolo en amidships, tan febrilmente que Maud, cuya fuerza era apenas algo positivo, tuvo que rendirse, agotada, y sentarse en los escalones del umbral del alcázar. Esto no sirvió para recuperarla, y se tendió de espaldas en la dura cubierta, los brazos extendidos y todo el cuerpo relajado. Era un truco que recordaba de mi hermana, y supe que pronto volvería a ser ella misma. Supe también que las armas no vendrían de más, y volví a entrar al camarote de Wolf Larsen a buscar su rifle y su escopeta. Le hablé, pero no respondió, aunque la cabeza seguía meciéndose de un lado a otro y no estaba dormido.

—Adiós, Lucifer —murmuré para mí al cerrar suavemente la puerta.

Lo siguiente era conseguir municiones: asunto fácil, aunque tuve que entrar a la escalerilla del entrepunte para hacerlo. Aquí los cazadores guardaban las cajas de munición que llevaban en los botes, y aquí, a pocos metros de sus ruidosas juergas, tomé posesión de dos cajas.

Luego, arriar un bote. No era tarea tan sencilla para un hombre solo. Habiendo soltado las amarras, icé primero del aparejo de proa, luego del de popa, hasta que el bote despejó la barandilla, cuando lo fui bajando, un aparejo y luego el otro, un par de pies, hasta que quedó colgando firmemente, por encima del agua, contra el costado

de la goleta. Me aseguré de que contenía el equipo adecuado de remos, toletes y vela. El agua era una consideración, y robé de cada bote a bordo su correspondiente barril. Como había nueve botes en total, significaba que tendríamos abundante agua, y lastre también, aunque existía la posibilidad de que el bote quedara sobrecargado, dado el generoso suministro de otras cosas que tomaba.

Mientras Maud me pasaba las provisiones y yo las estibaba en el bote, un marinero salió a cubierta desde el pañol de proa. Se quedó junto a la barandilla de barlovento durante un rato (nosotros arriábamos por la de sotavento), y luego se paseó despacio hasta amidships, donde de nuevo se detuvo y se quedó mirando al viento, de espaldas a nosotros. Podía oír mi corazón latir mientras me agachaba dentro del bote. Maud se había dejado caer en cubierta y, lo sabía, yacía inmóvil, su cuerpo en la sombra de la regala. Pero el hombre nunca se volvió, y tras estirar los brazos por encima de la cabeza y bostezar audiblemente, volvió sobre sus pasos a la escotilla del pañol de proa y desapareció.

Unos pocos minutos bastaron para terminar la carga, y bajé el bote al agua. Al ayudar a Maud a pasar la barandilla y sentir su figura cerca de la mía, con gran esfuerzo me contuve de gritar: «¡Te quiero! ¡Te quiero!» Verdaderamente Humphrey Van Weyden estaba por fin enamorado, pensé, al colgar sus dedos de los míos mientras la bajaba al bote. Me aferré a la barandilla con una mano y sostuve su peso con la otra, y me sentí orgulloso en ese momento de la hazaña. Era una fuerza que no había poseído unos meses antes, el día en que me despedí de Charley Furuseth y partí para San Francisco en el desafortunado *Martinez*.

Al elevarse el bote en una ola, sus pies tocaron y solté sus manos. Solté los aparejos y salté detrás de ella. Nunca había remado en mi vida, pero saqué los remos y a costa de mucho esfuerzo aparté el bote del *Ghost*. Luego experimenté con la vela. Había visto muchas veces a los timoneles y cazadores largar sus velas de sprit, pero este era mi primer intento. Lo que les llevaba posiblemente dos minutos

me llevó a mí veinte, pero al final lo conseguí, y con el remo del timón en las manos caceé hacia el viento.

—Ahí está el Japón —observé—, directamente por delante.

—Humphrey Van Weyden —dijo ella—, es usted un hombre valiente.

—No —respondí—, es usted quien es una mujer valiente.

Volvimos la cabeza, movidos por un impulso común, para ver por última vez al *Ghost*. Su bajo casco se levantó y rodó a barlovento sobre un mar; su lona surgió oscura en la noche; su rueda amarrada crujió al moverse el timón; luego la vista y el sonido de él se desvanecieron, y estábamos solos en el mar oscuro.

XXVII

Llegó el día, gris y frío. El bote ceñía con una brisa fresca y la brújula indicaba que llevábamos exactamente el rumbo que nos llevaría al Japón. Aunque bien enguantadas, tenía las manos frías, y me dolían del apretón en el remo del timón. Los pies me ardían por el mordisco de la escarcha, y pedí fervorosamente que saliera el sol.

Ante mí, en el fondo del bote, yacía Maud. Ella, al menos, estaba caliente, pues bajo y sobre ella había gruesas mantas. La de arriba la había echado sobre su cara para protegerla de la noche, de modo que no podía ver más que su vaga figura, y su cabello castaño claro, escapado de la cubierta y joyado de humedad del aire.

Largo tiempo la contemplé, recreándome en aquel único trozo visible de ella como solo lo haría un hombre que lo considerara la cosa más preciosa del mundo. Tan insistente era mi mirada que al fin ella se removió bajo las mantas, dobló hacia atrás el borde superior y me sonrió desde dentro, con los ojos aún pesados de sueño.

—Buenos días, Mr. Van Weyden —dijo—. ¿Ha avistado tierra ya?

—No —respondí—, pero nos acercamos a ella a razón de diez kilómetros por hora.

Hizo un mohín de decepción.

—Pero eso equivale a doscientos cuarenta kilómetros en veinticuatro horas —añadí tranquilizador.

Su cara se iluminó.

—¿Y cuánto nos queda?

—Siberia queda por allá —dije, señalando al oeste—. Pero al suroeste, a unos mil kilómetros, está el Japón. Si este viento aguanta, lo haremos en cinco días.

—¿Y si hay tormenta? ¿El bote aguantaría?

Tenía una manera de mirar a uno a los ojos y exigir la verdad, y así me miraba al hacer la pregunta.

—Tendría que ser una tormenta muy fuerte —respondí con evasivas.

—¿Y si es muy fuerte?

Asentí con la cabeza.

—Pero en cualquier momento puede recogernos una goleta cazadora de focas. Están bien distribuidas por esta parte del océano.

—¡Pero si está usted helado! —exclamó—. ¡Mire! Está temblando. No lo niegue; tiembla. Y aquí he estado yo tan caliente como una tostada.

—No veo que sirva de nada que usted se siente también y se hiele —me reí.

—Sí servirá, cuando aprenda a timonear, que desde luego voy a aprender.

Se sentó y empezó a hacerse su sencillo arreglo. Se soltó el cabello, que cayó a su alrededor como una nube castaña, ocultando su cara y sus hombros. ¡Querido y húmedo cabello castaño! Quería besarlo, hacerlo correr entre los dedos, hundir la cara en él. Me quedé absorto, hasta que el bote se fue al viento y la vela que flambeaba me advirtió de que no atendía a mis obligaciones. Idealista y romántico que era y siempre había sido a pesar de mi naturaleza analítica, sin embargo hasta ahora había sido incapaz de captar mucho de las características físicas del amor. El amor entre hombre y mujer, siempre había sostenido, era algo sublimado relacionado con el espíritu, un lazo espiritual que unía y atraía sus

almas. Los lazos de la carne tenían escasa parte en mi cosmos del amor. Pero estaba aprendiendo la dulce lección por mí mismo: que el alma se transmutaba a sí misma, se expresaba a sí misma, a través de la carne; que la vista y el tacto y el olor del cabello de la amada eran tanto aliento y voz y esencia del espíritu como la luz que brillaba en los ojos y los pensamientos que caían de los labios. Al fin y al cabo, el espíritu puro era incognoscible, algo que solo podía sentirse y adivinarse; ni podía expresarse en términos de sí mismo. Jehová era antropomórfico porque solo podía dirigirse a los judíos en términos de su comprensión; así era concebido a su imagen, como una nube, una columna de fuego, algo tangible y físico que la mente de los israelitas podía asir.

Y así contemplé el cabello castaño claro de Maud, y lo amé, y aprendí más del amor que todo lo que poetas y cantores me habían enseñado con todas sus canciones y sonetos. Ella lo echó hacia atrás con un brusco movimiento diestro, y su cara emergió, sonriendo.

—¿Por qué no llevan siempre las mujeres el cabello suelto? — pregunté—. Es mucho más hermoso.

—Si no se enredara tan terriblemente —se rió—. ¡Mira! ¡He perdido uno de mis preciosos imperdibles!

Descuidé el bote y la vela perdió el viento una y otra vez, tal era mi deleite en seguir cada uno de sus movimientos mientras buscaba el imperdible entre las mantas. Me sorprendió, y con alegría, que fuera tan plenamente mujer, y el despliegue de cada rasgo y cada gesto que era característicamente femenino me proporcionaba una alegría más intensa. Pues la había estado elevando demasiado en mis conceptos de ella, alejándola demasiado del plano de lo humano, y demasiado de mí. Había estado haciendo de ella una criatura divina e inaccesible. Así que saludé con deleite los pequeños rasgos que proclamaban que era solo una mujer al fin y al cabo, como el movimiento de la cabeza que lanzaba hacia atrás la nube de cabello, y la búsqueda del imperdible. Era una mujer, de mi clase, en mi plano, y la deliciosa intimidad de la clase, de hombre y mujer, era

posible, junto con la reverencia y el asombro con que sabía que siempre la tendría.

Encontró el imperdible con un adorable gritito, y volví a prestar más plena atención al timón. Me puse a experimentar, amarrando y calzando el remo del timón hasta que el bote se mantuvo bastante bien ceñido sin mi ayuda. De vez en cuando se iba demasiado al viento, o caía demasiado libremente; pero siempre se recuperaba y en general se comportaba satisfactoriamente.

—Y ahora desayunaremos —dije—. Pero primero debe usted abrigarse más.

Saqué una camisa gruesa, nueva del pañol de provisiones y hecha de tela de manta. Conocía la clase: tan gruesa y de tejido tan apretado que podía resistir la lluvia y no empaparse tras horas de humedad. Cuando se la puso por la cabeza, cambié el gorro de muchacho que llevaba por un gorro de hombre, suficientemente grande para cubrir el cabello, y con la solapa bajada, para cubrir completamente el cuello y las orejas. El efecto era encantador. Su cara era del tipo que no puede por menos de verse bien en cualquier circunstancia. Nada podía destruir su exquisito óvalo, sus líneas casi clásicas, sus cejas delicadamente trazadas, sus grandes ojos castaños, de mirada clara y serena, gloriosamente serena.

En ese momento nos alcanzó una racha, algo más fuerte que de costumbre. El bote fue atrapado al cruzar oblicuamente la cresta de una ola. Escoró de repente, enterrando la regala al nivel del mar y cogiendo un buen cubo o dos de agua. En ese momento yo abría una lata de lengua en conserva, y salté a la escota y la largué justo a tiempo. La vela flambeó y aleteó, y el bote cayó. Unos minutos de ajuste bastaron para ponerle de nuevo en su rumbo, tras lo cual volví a la preparación del desayuno.

—Funciona bastante bien, aunque no soy versada en cosas náuticas —dijo, asintiendo con la cabeza con seria aprobación ante mi artilugio de timón.

—Pero solo servirá cuando vayamos ceñidos al viento —expliqué—. Cuando corramos con más libertad, con el viento en popa, en la cuadra o en la aleta, será necesario que timoneé yo.

—Debo decir que no entiendo sus tecnicismos —dijo—, pero sí su conclusión, y no me gusta. No puede timonear de noche y de día y eternamente. Así que esperaré, después del desayuno, recibir mi primera lección. Y luego se tumbará y dormirá. Haremos guardias exactamente como en los barcos.

—No veo cómo voy a enseñarle —protesté—. Yo mismo acabo de aprenderlo. Poco imaginaba cuando se puso en mis manos que yo no tenía experiencia alguna con botes pequeños. Esta es la primera vez que he estado en uno.

—Pues aprenderemos juntos, señor. Y ya que lleva usted una noche de ventaja, me enseñará lo que ha aprendido. Y ahora, el desayuno. ¡Vaya! este aire da un apetito de verdad.

—Sin café —dije con pesar, pasándole galletas marineras untadas con mantequilla y una loncha de lengua en lata—. Y no habrá té, ni sopas, nada caliente, hasta que hayamos llegado a tierra en algún sitio, de algún modo.

Después del sencillo desayuno, coronado con una taza de agua fría, Maud tomó su lección de timón. Al enseñarle yo, aprendí bastante yo mismo, aunque estaba aplicando los conocimientos ya adquiridos navegando el *Ghost* y observando a los timoneles de bote navegar los botes pequeños. Era una alumna hábil, y pronto aprendió a mantener el rumbo, a orzar en las rachas y a largar la escota en una emergencia.

Habiendo llegado aparentemente a cansarse de la tarea, me devolvió el remo. Yo había doblado las mantas, pero ella procedió a extenderlas en el fondo. Cuando todo estuvo bien arreglado, dijo:

—Y ahora, señor, a la cama. Y dormirá hasta la comida. Hasta la cena —se corrigió, recordando el arreglo del *Ghost*.

¿Qué podía hacer? Insistió, y dijo «Por favor, por favor», ante lo cual le entregué el remo y obedecí. Experimenté un deleite positivamente sensual al meterme en la cama que ella había hecho con sus manos. La calma y el dominio de sí misma que eran tan parte de ella parecían haberse comunicado a las mantas, de modo que era consciente de una suave ensoñación y bienestar, y de un rostro oval y unos ojos castaños enmarcados en un gorro de pescador y bamboleando contra un fondo ora de nubes grises, ora de mar gris, y luego era consciente de haber dormido.

Miré el reloj. Era la una. ¡Había dormido siete horas! ¡Y ella había estado timoneando siete horas! Cuando tomé el remo del timón tuve primero que doblar sus dedos agarrotados. Su poca fuerza se había agotado, y era incapaz incluso de moverse de su posición. Tuve que soltar la escota mientras la ayudaba al nido de mantas y le frotaba las manos y los brazos.

—Estoy tan cansada —dijo, con una corta aspiración y un suspiro, dejando caer la cabeza con languidez.

Pero la levantó al momento siguiente.

—Ahora no me riña, no se atreva a reñirme —exclamó con fingido desafío.

—Espero que mi cara no parezca enfadada —respondí con seriedad—, pues le aseguro que no estoy ni en lo más mínimo enfadado.

—No —consideró—. Solo parece de reproche.

—Entonces es una cara honesta, pues parece lo que siento. No fue usted justa consigo misma, ni conmigo. ¿Cómo puedo volver a confiar en usted?

Pareció arrepentida.

—Seré buena —dijo, como podría decirlo un niño travieso—. Prometo...

—¿Obedecer como un marinero obedecería a su capitán?

—Sí —respondió—. Fue una tontería, lo sé.

—Entonces tiene que prometer algo más —me aventuré.

—Con mucho gusto.

—Que no diga «Por favor, por favor» con demasiada frecuencia; pues cuando lo hace acaba por imponerse siempre a mi autoridad.

Se rió con divertida apreciación. También ella había notado el poder del «por favor» repetido.

—Es una buena palabra... —empecé.

—Pero no debo usarla en exceso —me interrumpió.

Pero se rió con poca fuerza, y la cabeza volvió a caer. Me separé del remo el tiempo suficiente para meter las mantas alrededor de sus pies y echar un solo dobléz sobre su cara. ¡Ay! no era fuerte. Miré con inquietud hacia el suroeste y pensé en los mil kilómetros de penalidades que teníamos por delante: sí, si no era nada peor que penalidades. En este mar podía levantarse en cualquier momento una tormenta que nos destruyera. Y sin embargo no tenía miedo. Estaba sin confianza en el futuro, sumamente dudoso, y sin embargo no sentía ningún miedo subyacente. *Saldrá bien, saldrá bien*, me repetí, una y otra vez.

El viento refrescó por la tarde, levantando un mar más duro y probando al bote y a mí severamente. Pero el suministro de comida y los nueve barriles de agua permitieron al bote aguantar el mar y el viento, y aguanté tanto como me atreví. Luego quité el estay, rizando bien el pico de la vela, y corrimos bajo lo que los marineros llaman una vela de pierna de carnero.

Al final de la tarde divisé el humo de un vapor en el horizonte a sotavento, y supe que era o bien un crucero ruso, o más probablemente el *Macedonia* todavía buscando al *Ghost*. El sol no había brillado en todo el día, y había hecho un frío amargo. Al caer la noche las nubes se oscurecieron y el viento refrescó, de modo que cuando Maud y yo cenamos fue con las manoplas puestas y con yo todavía timoneando y comiendo bocados entre ráfaga y ráfaga.

Para cuando oscureció, el viento y el mar se habían vuelto demasiado fuertes para el bote, y de mala gana recogí la vela y me puse a preparar un rezón o ancla de capa. Había aprendido el artilugio por la charla de los cazadores, y era una cosa sencilla de fabricar. Arriando la vela y amarrándola firmemente en torno al mástil, el botavara, el estay y dos pares de remos de repuesto, lo arrojé por la borda. Un cabo lo unía con la proa, y al flotar bajo en el agua, prácticamente sin exposición al viento, derivaba menos rápidamente que el bote. En consecuencia mantenía el bote con la proa al mar y al viento: la posición más segura para evitar ser anegado cuando el mar rompe en crestería.

—¿Y ahora? —preguntó Maud animosa, cuando la tarea estuvo cumplida y me puse las manoplas.

—Y ahora ya no nos dirigimos hacia el Japón —respondí—. Nuestra deriva es hacia el sureste, o sur-sureste, a razón de al menos tres kilómetros por hora.

—Eso solo serán cincuenta kilómetros —urgió—, si el viento sigue alto toda la noche.

—Sí, y solo doscientos si continúa tres días y tres noches.

—Pero no continuará —dijo con fácil confianza—. Dará la vuelta y soplará a favor.

—El mar es el gran desleal.

—¡Pero el viento! —replicó—. Le he oído hacerse elocuente sobre el valiente alisio.

—Ojalá hubiera pensado en traer el cronómetro y el sextante de Wolf Larsen —dije, todavía sombrío—. Navegar en una dirección, derivar en otra, sin hablar de la corriente en alguna tercera dirección, da una resultante que la navegación por estima nunca puede calcular. Antes de mucho no sabremos dónde estamos por quinientos kilómetros.

Luego le pedí perdón y prometí no desanimarme más. A su petición le di la guardia hasta medianoche —eran entonces las nueve

—, pero la envolví en mantas y le puse un impermeable encima antes de acostarme. Solo dormí a ratos. El bote saltaba y golpeaba al caer sobre las crestas, oía los mares pasar zumbando, y el agua salpicaba continuamente a bordo. Y sin embargo, no era una mala noche, reflexioné: nada comparado con las noches que había pasado en el *Ghost*; nada, quizás, comparado con las noches que aún tendríamos que pasar en esta cascarilla. Su tablazón tenía menos de dos centímetros de grosor. Entre nosotros y el fondo del mar había menos de dos centímetros de madera.

Y sin embargo, lo afirmo, y lo afirmo de nuevo: no tenía miedo. La muerte que Wolf Larsen e incluso Thomas Murgidge me habían hecho temer, ya no la temía. La llegada de Maud Brewster a mi vida parecía haberme transformado. Después de todo, pensé, es mejor y más noble amar que ser amado, si hace algo de la vida tan digno de ser vivido que uno no sea remiso a morir por ello. Me olvidé de mi propia vida en el amor por otra vida; y sin embargo, paradoja tal, nunca he querido tanto vivir como ahora que pongo el menor valor en mi propia vida. Nunca he tenido tan buenas razones para vivir, fue mi pensamiento conclusivo; y después de eso, hasta que me adormilé, me contenté con intentar penetrar la oscuridad hasta donde sabía que Maud estaba agachada en el banco de popa, vigilante del mar espumoso y dispuesta a llamarme en un instante.

XXVIII

No hace falta entrar en un relato extenso de nuestros sufrimientos en el bote pequeño durante los muchos días que fuimos empujados y arrastrados, de aquí para allá, a merced del océano. El viento fuerte sopló del noroeste durante veinticuatro horas, cuando amainó, y en la noche saltó del suroeste. Esto era directamente en contra de nosotros, pero recogí el ancla de capa y largué vela, con un rumbo al viento que nos llevó en dirección sur-sureste. Era una elección entre esto y el rumbo oeste que el viento permitía; pero los aires cálidos del sur avivaron mi deseo de un mar más cálido e inclinaron mi decisión.

En tres horas —era medianoche, lo recuerdo bien, y tan oscuro como lo había visto nunca en el mar—, el viento, que seguía soplando del suroeste, arreció furiosamente, y de nuevo me vi obligado a largar el ancla de capa.

Amaneció el día y me encontré con los ojos cansados y el océano azotado de blanco, el bote cabeceando, casi de punta, sobre su rezón. Estábamos en peligro inminente de ser anegados por las crestas. Tal como estaban las cosas, agua y espuma llegaban a bordo en tales cantidades que achicaba sin cesar. Las mantas estaban empapadas. Todo estaba mojado salvo Maud, que con impermeables, botas de goma y sou'wester estaba seca, salvo la cara y las manos y un mechón errante de cabello. Me relevaba en el achique de vez en cuando, y valientemente arrojaba el agua fuera y afrontaba la tormenta. Todo es relativo. No era más que un fuerte

vendaval, pero para nosotros, luchando por la vida en nuestra frágil embarcación, era en verdad una tormenta.

Fríos y sin ánimo, con el viento azotándonos la cara, los mares blancos rugiendo junto a nosotros, luchamos durante todo el día. Llegó la noche, pero ninguno de los dos dormimos. Llegó el día, y todavía el viento nos azotaba la cara y los mares blancos pasaban rugiendo. Para la segunda noche Maud caía dormida de agotamiento. La cubrí con impermeables y una lona. Estaba relativamente seca, pero entumecida de frío. Temí mucho que pudiera morir en la noche; pero el día llegó, frío y sin ánimo, con el mismo cielo nublado y el viento azotando y los mares rugiendo.

No había dormido en cuarenta y ocho horas. Estaba mojado y helado hasta la médula, hasta sentirme más muerto que vivo. El cuerpo se me había agarrotado tanto por el esfuerzo como por el frío, y mis músculos doloridos me producían el más severo tormento cada vez que los usaba, y los usaba continuamente. Y todo el tiempo nos llevaban hacia el noreste, directamente lejos del Japón y hacia el lúgubre mar de Bering.

Y aún vivíamos, y el bote vivía, y el viento soplaba sin amainar. De hecho, hacia el anochecer del tercer día aumentó un poco y algo más. La proa del bote se hundió bajo una cresta, y salimos con un cuarto del bote lleno de agua. Achiqué como un loco. La probabilidad de recibir otra semejante era enormemente mayor por el agua que pesaba el bote y le robaba la flotabilidad. Y otra semejante significaba el fin. Cuando tuve el bote vacío de nuevo me vi obligado a quitar la lona que cubría a Maud para atarla a través de la proa. Fue providencial hacerlo, pues cubría el bote una buena tercera parte hacia popa, y tres veces, en las siguientes horas, lanzó a un lado la mayor parte del agua que se precipitaba cuando la proa se metía bajo los mares.

La situación de Maud era lastimosa. Estaba acurrucada en el fondo del bote, con los labios azules, la cara gris y mostrando claramente el dolor que sufría. Pero sus ojos me miraban siempre valientemente, y sus labios pronunciaban siempre palabras valientes.

Lo peor de la tormenta debió de soplar aquella noche, aunque poco lo noté. Había caído rendido y dormido donde estaba sentado en el banco de popa. La mañana del cuarto día encontró el viento reducido a un suave susurro, el mar calmándose y el sol brillando sobre nosotros. ¡Oh, el bendito sol! Cómo bañamos nuestros pobres cuerpos en su delicioso calor, reviviéndonos como bichos y criaturas rastreras después de una tormenta. Sonreímos de nuevo, dijimos cosas divertidas, y nos volvimos optimistas sobre nuestra situación. Y sin embargo era, si acaso, peor que nunca. Estábamos más lejos del Japón que la noche en que dejamos el *Ghost*. Ni podía calcular más que aproximadamente nuestra latitud y longitud. A un cálculo de tres kilómetros de deriva por hora, durante las setenta y tantas horas de la tormenta, habíamos sido arrastrados al menos doscientos cincuenta kilómetros al noreste. Pero ¿era correcto ese cálculo de la deriva? Por lo que yo sabía, podía haber sido el doble. En cuyo caso estábamos otros doscientos cincuenta kilómetros en peor situación.

Dónde estábamos no lo sabía, aunque había bastante probabilidad de que estuviéramos en las cercanías del *Ghost*. Había focas a nuestro alrededor, y estaba preparado para avistar una goleta cazadora en cualquier momento. Sí avistamos una, por la tarde, cuando la brisa del noroeste había vuelto a soplar con frescura. Pero la goleta desconocida se perdió en el horizonte y solos ocupábamos el círculo del mar.

Vinieron días de niebla, cuando incluso el espíritu de Maud se abatía y no había palabras alegres en sus labios; días de calma, cuando flotábamos en la solitaria inmensidad del mar, oprimidos por su grandeza y sin embargo maravillados ante el milagro de la diminuta vida, pues seguíamos viviendo y luchando por vivir; días de aguanieve, viento y chubascos de nieve, cuando nada podía mantenernos calientes; o días de llovizna, cuando llenábamos los barriles de agua de la gota de la vela mojada.

Y siempre amé a Maud con un amor creciente. Era tan polifacética, tan de humor variable: «proteica de humor», la

llamaba. Pero esto, y otras cosas más queridas, solo en mis pensamientos. Aunque la declaración de mi amor urgía y temblaba en mi lengua mil veces, sabía que no era el momento para semejante declaración. Si por ninguna otra razón, no era el momento, cuando uno protegía e intentaba salvar a una mujer, pedirle a esa mujer su amor. Delicada como era la situación, no solo en esto sino en otras cosas, me lisonjeaba de poder tratarla con delicadeza; y también me lisonjeaba de que por mirada o señal no daba ningún aviso del amor que sentía por ella. Éramos como buenos camaradas, y fuimos haciéndonos mejores camaradas a medida que pasaban los días.

Una cosa de ella que me sorprendía era su falta de timidez y miedo. El mar terrible, el frágil bote, las tormentas, el sufrimiento, la extrañeza y el aislamiento de la situación —todo lo que habría asustado a una mujer robusta— parecía no hacer impresión en quien solo había conocido la vida en sus aspectos más protegidos y consumadamente artificiales, y que era en sí misma toda fuego y rocío y niebla, espíritu sublimado, todo lo que hay de suave y tierno y dependiente en la mujer. Y sin embargo me equivoco. Era tímida y tenía miedo, pero poseía valor. La carne y las angustias de la carne le eran herencia, pero la carne pesaba duro solo sobre la carne. Y ella era espíritu, primero y siempre espíritu, esencia etérea de la vida, serena como sus serenos ojos, y segura de permanencia en el orden cambiante del universo.

Vinieron días de tormenta, días y noches de tormenta, cuando el océano nos amenazaba con su rugiente blancura, y el viento golpeaba nuestra embarcación en lucha con los puñetazos de un titán. Y siempre fuimos lanzados más lejos, cada vez más lejos, hacia el noreste. Fue en semejante tormenta, y la peor que habíamos experimentado, que lancé una mirada cansada a sotavento, no en busca de nada, sino más por el agotamiento de enfrentarme a la lucha elemental, y en muda súplica, casi, a los poderes coléricos de que cesaran y nos dejaran en paz. Lo que vi no podía creerlo en un primer momento. Los días y las noches de insomnio y ansiedad sin duda me habían trastornado. Me volví hacia

Maud, para identificarme, por así decirlo, en el tiempo y el espacio. La visión de sus queridas mejillas mojadas, su cabello al viento y sus valientes ojos castaños me convenció de que mi vista seguía sana. De nuevo volví el rostro a sotavento, y de nuevo vi el promontorio saliente, negro y alto y desnudo, el mar furioso que rompía en su base y golpeaba su frente alzando fuentes de espuma, y la negra y hostil línea de costa que corría hacia el sureste ribeteada de una tremenda franja blanca.

—Maud —dije—. Maud.

Volvió la cabeza y vio la visión.

—¡No puede ser Alaska! —exclamó.

—Por desgracia, no —respondí, y pregunté: —¿Sabe nadar?

Sacudió la cabeza.

—Yo tampoco —dije—. Así que tenemos que llegar a tierra sin nadar, por alguna abertura entre las rocas por la que podamos llevar el bote a empuje y trepar fuera. Pero debemos ser rápidos, muy rápidos, y seguros.

Hablé con una confianza que sabía que no engañaba a ninguno de los dos, pues ella me miró con aquella mirada firme suya y dijo:

—Todavía no le he dado las gracias por todo lo que ha hecho por mí, pero...

Vaciló, como dudando de la mejor manera de expresar su gratitud.

—¿Sí? —dije con brusquedad, pues no estaba del todo complacido de que me diera las gracias.

—Podría ayudarme —sonrió.

—¿A reconocer sus obligaciones antes de morir? De ningún modo. No vamos a morir. Desembarcaremos en aquella isla, y estaremos a cubierto y resguardados antes de que acabe el día.

Hablé con energía, pero no creía ni una sola palabra. Ni estaba impulsado a mentir por miedo. No sentía miedo, aunque estaba

seguro de morir en aquella hervidero de espuma entre las rocas que se acercaba rápidamente. Era imposible largar vela y ganar barlovento de aquella costa. El viento volaría el bote al instante; el mar lo angaría en el momento en que cayera en el seno; y además, la vela, amarrada a los remos de repuesto, arrastraba en el mar ante nosotros.

Como digo, no tenía miedo de encontrar mi propia muerte allí, a pocos centenares de metros a sotavento; pero me consternaba la idea de que Maud tuviera que morir. Mi maldita imaginación la veía golpeada y destrozada contra las rocas, y era demasiado terrible. Me esforcé por obligarme a pensar que llegaríamos a tierra sanos y salvos, y así hablé, no lo que creía, sino lo que prefería creer.

Me retraje ante la contemplación de aquella muerte espantosa, y por un momento entretenía la idea descabellada de agarrar a Maud en mis brazos y saltar por la borda. Luego resolví esperar, y en el último momento, cuando entráramos en el tramo final, tomarla en mis brazos y proclamar mi amor, y con ella abrazada, hacer la lucha desesperada y morir.

Instintivamente nos acercamos más el uno al otro en el fondo del bote. Sentí su mano enguantada buscando la mía. Y así, sin palabras, esperamos el fin. No estábamos lejos de la línea que el viento hacía con el borde occidental del promontorio, y observé con la esperanza de que alguna corriente o impulso del mar nos arrastrase más allá antes de que alcanzáramos la rompiente.

—Pasaremos bien —dije, con una confianza que sabía que no engañaba a ninguno de los dos.

—¡Por Dios que pasaremos bien! —grité cinco minutos después.

La exclamación salió de mis labios en mi excitación: la primera, creo, en mi vida, salvo que «maldición», una exclamación de mi juventud, se cuente.

—Le pido perdón —dije.

—Me ha convencido de su sinceridad —dijo ella, con una leve sonrisa—. Ahora sé, de verdad, que pasaremos bien.

Había visto un cabo distante más allá del borde extremo del promontorio, y al mirar podíamos ver cómo se iba dibujando la línea de costa intermedia de lo que era evidentemente una cala profunda. Al mismo tiempo resonó en nuestros oídos un bramido continuo y poderoso. Participaba de la magnitud y el volumen del trueno lejano, y nos llegaba directamente desde sotavento, elevándose por encima del estrépito de la rompiente y viajando directamente contra el viento. Al pasar el cabo toda la cala irrumpió ante nuestra vista: una media luna de playa de arena blanca sobre la que rompía un enorme oleaje, y que estaba cubierta de miríadas de focas. De ellas era el gran bramido que subía.

—¡Una criadero! —grité—. Ahora sí que estamos salvados de verdad. Tiene que haber hombres y cruceros para protegerlos de los cazadores de focas. Posiblemente haya una estación en tierra.

Pero al estudiar el oleaje que batía en la playa, dije: «Todavía malo, pero no tan malo. Y ahora, si los dioses son verdaderamente benévolos, pasaremos de ese siguiente cabo y daremos con una playa completamente resguardada, donde podremos desembarcar sin mojarnos los pies.»

Y los dioses fueron benévolos. El primero y el segundo cabo estaban directamente en línea con el viento del suroeste; pero una vez rodeado el segundo —y pasamos peligrosamente cerca—, tomamos el tercer cabo, todavía en línea con el viento y con los otros dos. Pero la cala que se interponía. Penetraba profundamente en la tierra, y la marea, entrando, nos arrastró bajo el abrigo del punto. Aquí el mar estaba en calma, salvo por un fuerte pero suave mar de fondo, y recogí el ancla de capa y empecé a remar. Desde el punto la costa se curvaba, cada vez más hacia el sur y el oeste, hasta que al fin reveló una cala dentro de la cala, un pequeño puerto cerrado, el agua tan llana como un estanque, rota solo por diminutas ondas donde se precipitaban golpes y ráfagas de la

tormenta al descender sobre la playa desde lo alto de la pared de roca que la cerraba por detrás a treinta metros tierra adentro.

Aquí no había focas en absoluto. La popa del bote tocó el cascojo duro. Salté, extendiendo la mano a Maud. Al momento siguiente estaba a mi lado. Al soltarle los dedos, se aferró al brazo rápidamente. Al mismo tiempo yo me tambaleé, como a punto de caer en la arena. Era el sorprendente efecto del cese del movimiento. Habíamos estado tanto tiempo en el mar que se movía y se balanceaba que la tierra firme fue un choque para nosotros. Esperábamos que la playa se inclinara de aquí para allá, y que las paredes rocosas oscilaran de un lado a otro como los costados de un barco; y cuando nos afirmábamos automáticamente para esos varios movimientos esperados, su no ocurrencia nos desequilibró por completo.

—Tengo que sentarme de verdad —dijo Maud, con una risa nerviosa y un gesto de mareo, y sin más se sentó en la arena.

Atendí a asegurar el bote y me reuní con ella. Así desembarcamos en la isla Esfuerzo, como llegamos a llamarla, mareados de tierra por la larga costumbre del mar.

XXIX

—¡Idiota! —grité en voz alta, exasperado.

Había descargado el bote y llevado su contenido bien arriba de la playa, donde me había puesto a montar el campamento. Había madera a la deriva en la playa, aunque no mucha, y la visión de una lata de café que había tomado de la despensa del *Ghost* me había dado la idea de encender fuego.

—¡Majadero rematado! —continuaba.

Pero Maud dijo «Vamos, vamos» en suave reproche, y luego preguntó por qué era un majadero rematado.

—No tengo cerillas —gemí—. No traje una sola. ¡Y ahora no tendremos café caliente, ni sopa, ni té, ni nada!

—¿No fue... ejem... Crusoe quien frotó palos? —dijo con tono pausado.

—Pero he leído las narraciones personales de una veintena de náufragos que lo intentaron, y lo intentaron en vano —respondí—. Recuerdo a Winters, un periodista con reputación en Alaska y Siberia. Lo encontré en el Bibelot una vez, y nos contaba cómo intentó encender un fuego con un par de palos. Era muy divertido. Lo contaba de manera inimitable, pero era la historia de un fracaso. Recuerdo su conclusión, con los ojos negros brillando al decir: «Caballeros, el isleño del Pacífico Sur puede hacerlo, el malayo puede hacerlo, pero creedme, está más allá de lo que puede el hombre blanco.»

—Bueno, hasta ahora nos hemos arreglado sin él —dijo animosa—. Y no hay razón para no seguir sin él.

—¡Pero piense en el café! —exclamé—. Es buen café, ya lo sé. Lo tomé de las reservas privadas de Larsen. Y mire esa buena madera.

Confieso que necesitaba el café con urgencia; y aprendí, no mucho después, que la infusión era también una pequeña debilidad de Maud. Además, llevábamos tanto tiempo con una dieta fría que estábamos entumecidos por dentro tanto como por fuera. Cualquier cosa caliente nos habría resultado gratisísima. Pero no me quejé más y me puse a hacer una tienda con la vela para Maud.

Lo había considerado una tarea sencilla, dado que contaba con los remos, el mástil, el botavara y el estay, por no hablar de abundantes cabos. Pero como no tenía experiencia, y cada detalle era un experimento y cada detalle logrado una invención, el día estaba bien avanzado antes de que el refugio fuera un hecho consumado. Y aquella noche llovió, y ella fue inundada y tuvo que refugiarse de vuelta en el bote.

A la mañana siguiente cavé una zanja poco profunda alrededor de la tienda, y una hora después, una racha repentina de viento, que soplaba por encima de la pared rocosa detrás de nosotros, levantó la tienda y la estrelló en la arena a diez metros de distancia.

Maud se rió ante mi expresión abatida, y yo dije: «En cuanto amaine el viento pienso ir en el bote a explorar la isla. Tiene que haber en algún sitio una estación y hombres. Y los barcos deben visitar la estación. Algún gobierno debe proteger a todas estas focas. Pero deseo tenerla cómoda antes de partir.»

—Me gustaría ir con usted —fue todo lo que dijo.

—Sería mejor que se quedara. Ya ha tenido bastantes penalidades. Es un milagro que haya sobrevivido. Y no va a resultar cómodo en el bote, remando y navegando con este tiempo lluvioso. Lo que necesita es descanso, y me gustaría que se quedara a tomarlo.

Algo sospechosamente parecido a la humedad empañó sus hermosos ojos antes de que los bajara y volviera ligeramente la cabeza.

—Preferiría ir con usted —dijo en voz baja, en la que había un leve indicio de súplica—. Puede que sea capaz de ayudarme... un poco.

Su voz se quebró.

—Y si le ocurriera algo, piense en mí aquí sola.

—Oh, pienso ser muy cuidadoso —respondí—. Y no iré tan lejos que no pueda volver antes de que anochezca. Sí, dicho todo, creo que es mucho mejor que se quede, y duerma, y descanse, y no haga nada.

Se volvió y me miró a los ojos. Su mirada era firme, pero suave.

—Por favor, por favor —dijo, oh, tan suavemente.

Me hice el duro para negarme, y sacudí la cabeza. Aún esperó y me miró. Intenté formular mi negativa, pero vacilé. Vi la luz alegre saltar a sus ojos y supe que había perdido. Era imposible decir no después de eso.

El viento amainó por la tarde, y estuvimos listos para partir a la mañana siguiente. No había manera de penetrar en la isla desde nuestra cala, pues las paredes se alzaban perpendicularmente desde la playa y, a ambos lados de la cala, desde el agua profunda.

La mañana amaneció fría y gris, pero en calma, y yo estuve despierto temprano y tuve el bote preparado.

—¡Idiota! ¡Imbécil! ¡Majadero! —grité cuando me pareció hora de despertar a Maud; pero esta vez grité con regocijo mientras bailaba en la playa, con la cabeza descubierta, en fingida desesperación.

Su cabeza apareció bajo el faldón de la vela.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó adormilada, y también con curiosidad.

—¡Café! —exclamé—. ¿Qué le parece una taza de café? ¿Café caliente? ¿Ardiendo?

—¡Vaya! —murmuró—. Me ha sobresaltado, y es usted cruel. Aquí estaba yo componiendo mi alma para prescindir de él, y usted me atormenta con sus vanas sugerencias.

—Obsérveme —dije.

Debajo de grietas entre las rocas recogí unos palitos y astillas secos. Estos los afilé hasta convertirlos en virutas o los partí en astillas. De mi libreta arranqué una hoja, y de la caja de munición tomé un cartucho de escopeta. Retirando los tacos con el cuchillo, vacié la pólvora en una roca plana. Luego saqué el fulminante, o cápsula, del cartucho, y lo coloqué en la roca, en medio de la pólvora esparcida. Todo estaba listo. Maud seguía mirando desde la tienda. Sosteniendo el papel en la mano izquierda, golpeé la cápsula con una roca que tenía en la derecha. Hubo una bocanada de humo blanco, un fognazo, y el borde áspero del papel ardió.

Maud aplaudió alegre.

—¡Prometeo! —exclamó.

Pero yo estaba demasiado ocupado para acoger su deleite. La débil llama tenía que ser alimentada con ternura si había de cobrar fuerza y vivir. La alimenté, viruta a viruta, y astilla a astilla, hasta que por fin crepitaba y tronaba al prender las astillas y palos más pequeños. Naufragarse en una isla no había entrado en mis cálculos, de modo que no teníamos tetera ni utensilios de cocina de ninguna clase; pero me arreglé con la lata usada para achicar el bote, y más tarde, conforme íbamos consumiendo nuestro suministro de conservas, acumulamos un buen surtido de utensilios de cocina.

Herví el agua, pero fue Maud quien hizo el café. ¡Y qué bueno estaba! Mi contribución fue carne de vaca en conserva frita con galleta marinera desmenuzada y agua. El desayuno fue un éxito, y nos sentamos junto al fuego mucho más tiempo del que debieran los exploradores emprendedores, bebiendo el café negro y caliente y hablando de nuestra situación.

Tenía la convicción de que encontraríamos una estación en alguna de las calas, pues sabía que los criaderos del mar de Bering estaban así guardados; pero Maud adelantó la teoría —para prepararme para la decepción, creo, si la decepción había de llegar— de que habíamos descubierto un criadero desconocido. Estaba de muy buen ánimo, sin embargo, y se mostró bastante alegre al aceptar nuestra situación como grave.

—Si tiene usted razón —dije—, entonces debemos prepararnos para invernar aquí. Nuestra comida no durará, pero están las focas. Se van en otoño, así que debo comenzar pronto a acumular un suministro de carne. Luego habrá que construir chozas y recoger madera a la deriva. También extraeremos grasa de foca para alumbrado. En conjunto, tendremos mucho que hacer si la isla está deshabitada. Lo cual no estará, lo sé.

Pero ella tenía razón. Navegamos con viento de través a lo largo de la costa, examinando las calas con los prismáticos y desembarcando de vez en cuando, sin encontrar señal de vida humana. Sin embargo, aprendimos que no éramos los primeros en desembarcar en la isla Esfuerzo. Bien arriba en la playa de la segunda cala contada desde la nuestra, descubrimos los restos astillados de un bote: un bote de caza de focas, pues los toletes estaban forrados de trenza, había un soporte para el fusil en la banda de estribor de la proa, y en letras blancas era tenuemente visible *Gazelle núm. 2*. El bote llevaba allí mucho tiempo, pues estaba medio lleno de arena, y la madera astillada tenía ese aspecto desgastado por los elementos propio de una larga exposición a la intemperie. En el banco de popa encontré una escopeta del diez oxidada y un cuchillo de marinero roto por el medio y tan oxidado que era casi irreconocible.

—Escaparon —dije con alegría; pero sentí un hundimiento en el corazón y me pareció adivinar la presencia de huesos blanqueados en algún lugar de aquella playa.

No deseaba que el ánimo de Maud se deprimiera por semejante hallazgo, así que de nuevo me volví hacia el mar con nuestro bote y

bordeé el cabo nororiental de la isla. No había playas en la costa sur, y a primera hora de la tarde rodeamos el promontorio negro y completamos la circunnavegación de la isla. Calculé su perímetro en cuarenta kilómetros, su anchura entre tres y ocho kilómetros; mientras mi cálculo más conservador situaba en sus playas doscientas mil focas. La isla era más alta en su extremo suroeste, y los cabos y la espina dorsal iban disminuyendo regularmente hasta que la parte nororiental estaba solo unos metros sobre el nivel del mar. Con excepción de nuestra pequeña cala, las demás playas se inclinaban suavemente hacia atrás durante un kilómetro o así, hacia lo que podría llamar prados rocosos, con aquí y allá manchas de musgo y hierba de tundra. Aquí salían a tierra las focas, y los toros viejos vigilaban sus harenes, mientras los toros jóvenes salían a tierra por su parte.

Esta breve descripción es todo lo que merece la isla Esfuerzo. Húmeda y anegada donde no era cortante y rocosa, azotada por los vientos de tormenta y fustigada por el mar, con el aire continuamente estremecido por el bramido de doscientas mil anfibios, era un lugar de estancia melancólico y miserable. Maud, que me había preparado para la decepción, y que había estado animada y vivaz todo el día, se desmoronó cuando desembarcamos en nuestra pequeña cala. Se esforzó valientemente por ocultármelo, pero mientras yo encendía otro fuego supe que sofocaba sus sollozos en las mantas bajo la tienda de vela.

Me tocó a mí ser animoso, y representé el papel lo mejor que pude, y con tal éxito que devolví la risa a sus queridos ojos y la canción a sus labios; pues me cantó antes de acostarse temprano. Era la primera vez que la oía cantar, y me tendí junto al fuego escuchando y arrobado, pues no era nada si no era una artista en todo lo que hacía, y su voz, aunque no era fuerte, era maravillosamente dulce y expresiva.

Seguía durmiendo en el bote, y aquella noche permanecí mucho tiempo despierto, mirando las primeras estrellas que veía en muchas noches y meditando sobre la situación. La responsabilidad de este

tipo era algo nuevo para mí. Wolf Larsen había tenido toda la razón. Me había sostenido sobre las piernas de mi padre. Mis abogados y agentes se habían encargado de mi dinero. No había tenido ninguna responsabilidad en absoluto. Luego, en el *Ghost*, había aprendido a ser responsable de mí mismo. Y ahora, por primera vez en mi vida, me encontraba responsable de otra persona. Y se me exigía que fuera la más grave de las responsabilidades, pues ella era la única mujer en el mundo: la única pequeña mujer, como me gustaba pensar en ella.

XXX

No es de extrañar que la llamáramos isla Esfuerzo. Durante dos semanas nos afanamos en construir una choza. Maud insistió en ayudar, y podría haber llorado sobre sus manos amoratadas y sangrantes. Y sin embargo estaba orgulloso de ella por ello. Había algo heroico en esta mujer de delicada crianza soportando nuestras terribles penalidades y con su escasa fuerza inclinándose a las tareas de una mujer campesina. Recogió muchas de las piedras con que construí las paredes de la choza; además, hizo oídos sordos a mis súplicas cuando le rogué que desistiera. Transigió, sin embargo, tomando a su cargo las labores más ligeras de cocinar y recoger madera a la deriva y musgo para nuestro suministro de invierno.

Las paredes de la choza subieron sin dificultad, y todo fue bien hasta que el problema del techo se me enfrentó. ¿De qué servirían las cuatro paredes sin un techo? ¿Y de qué podría hacerse un techo? Estaban los remos de repuesto, muy cierto. Servirían de vigas; pero ¿con qué había de cubrirlos? El musgo no serviría. La hierba de tundra era impracticable. Necesitábamos la vela para el bote, y la lona había empezado a gotear.

—Winters usó pieles de morsa en su choza —dije.

—Están las focas —sugirió ella.

Así que al día siguiente empezó la caza. No sabía disparar, pero me puse a aprender. Y cuando había gastado unos treinta cartuchos para tres focas, decidí que la munición quedaría agotada antes de adquirir los conocimientos necesarios. Había usado ocho cartuchos

para encender fuegos antes de dar con el sistema de guardar las brasas con musgo húmedo, y no quedaban más de cien cartuchos en la caja.

—Hay que aporrear a las focas —anuncié, convencido de mi pobre puntería—. He oído hablar a los cazadores de aporrearlas.

—Son tan bonitas —objetó—. No puedo soportar la idea. Es tan directamente brutal, ¿sabe?; tan diferente a dispararles.

—Ese techo tiene que subir —respondí con gravedad—. El invierno está casi aquí. Son nuestras vidas contra las suyas. Es una lástima no tener munición abundante, pero creo que de todas formas sufren menos al ser aporreadas que al ser alcanzadas por disparos. Además, aportearé yo.

—Eso es precisamente... —empezó con viveza, y se cortó con repentina confusión.

—Por supuesto —empecé—, si usted prefiere...

—¿Pero qué haré yo? —interrumpió, con aquella suavidad que yo sabía que era insistencia.

—Recoger leña y cocinar la cena —respondí con ligereza.

Sacudió la cabeza.

—Es demasiado peligroso para que lo intente solo.

—Lo sé, lo sé —echó a un lado mi protesta—. Solo soy una mujer débil, pero mi pequeña ayuda puede permitirle escapar a un desastre.

—¿Pero lo de aporrear? —sugerí.

—Eso, claro está, lo hará usted. Probablemente grite. Apartaré la vista cuando...

—El peligro es muy serio —me reí.

—Usaré mi juicio sobre cuándo mirar y cuándo no mirar —respondió con gran dignidad.

El resultado fue que me acompañó a la mañana siguiente. Remé hasta la cala vecina y hasta el borde de la playa. Había focas por todas partes en el agua, y el bramido de los miles de la playa nos obligaba a gritarnos para oírnos.

—Sé que los hombres las aporran —dije, intentando tranquilizarme, y mirando con duda a un gran toro, a no más de diez metros de distancia, erguido sobre sus aletas delanteras y mirándome atentamente—. Pero la cuestión es cómo las aporran.

—Recojamos hierba de tundra y techemos con ella —dijo Maud.

Estaba tan asustada como yo ante la perspectiva, y teníamos razón al mirarnos de cerca los dientes brillantes y las bocas de perro.

—Siempre creí que tenían miedo a los hombres —dije.

—¿Cómo sé que no tienen miedo? —pregunté un momento después, después de haber remado unos metros más a lo largo de la playa—. Quizás si desembarcara decididamente, se largarían, y no podría alcanzar ninguna.

Y aún vacilé.

—Oí hablar de un hombre que una vez invadió los nidales de unos gansos salvajes —dijo Maud—. Le mataron.

—¿Los gansos?

—Sí, los gansos. Mi hermano me lo contó cuando era pequeña.

—Pero sé que los hombres las aporran —persistí.

—Creo que la hierba de tundra hará igual de bien de techo —dijo ella.

Lejos de su intención, sus palabras me enloquecían, me empujaban hacia adelante. No podía portarme como un cobarde ante sus ojos.

—Allá voy —dije, echando el agua con un remo y encallando la proa.

Salté y avancé valientemente sobre un toro de larga melena en medio de sus hembras. Iba armado con el palo normal con que los remeros mataban a las focas heridas que los cazadores enganchaban a bordo. Solo tenía cuarenta y cinco centímetros de largo, y en mi soberbia ignorancia nunca soñé que el palo usado en tierra al invadir los criaderos medía metro y medio o dos metros. Las hembras se apartaron pesadamente, y la distancia entre el toro y yo fue disminuyendo. Se irguió sobre las aletas con un movimiento airado. Estábamos a cuatro metros el uno del otro. Seguí avanzando uniformemente, esperando que diera media vuelta en cualquier momento y huyera.

A dos metros el pensamiento de pánico me cruzó la mente: ¿y si no huye? Pues entonces le aporrearé, vino la respuesta. En mi miedo había olvidado que estaba allí para coger el toro, no para hacerle huir. Y justo entonces dio un bufido y un gruñido y se lanzó hacia mí. Los ojos le brillaban, la boca bien abierta; los dientes relucían blancos y crueles. Sin vergüenza alguna, confieso que fui yo quien se dio media vuelta y puso pies en polvorosa. Corría torpemente, pero corría bien. No estaba a más de dos pasos detrás cuando caí al bote, y al empujarlo con un remo sus dientes crujieron sobre la pala. La gruesa madera quedó aplastada como una cáscara de huevo. Maud y yo quedamos atónitos. Un momento después se había lanzado bajo el bote, agarrado la quilla con la boca, y estaba sacudiendo el bote violentamente.

—¡Vaya! —dijo Maud—. Volvamos.

Sacudí la cabeza.

—Puedo hacer lo que otros hombres han hecho, y sé que otros hombres han aporreado focas. Pero creo que dejaré en paz a los toros la próxima vez.

—Ojalá lo hiciera —dijo.

—Ahora no diga «Por favor, por favor» —exclamé, medio enfadado, creo.

No respondió, y supe que mi tono debía de haberle herido.

—Le ruego que me perdone —dije, o grité más bien, para hacerme oír por encima del rugido del criadero—. Si usted lo dice, giro y vuelvo; pero honestamente, prefiero quedarme.

—Ahora no diga que esto es lo que obtiene por traer una mujer —dijo. Me sonrió traviesa y gloriosamente, y supe que no era necesario pedir perdón.

Remé un par de centenares de metros a lo largo de la playa para recuperar los nervios, y luego desembarqué de nuevo.

—Tenga cuidado —me llamó.

Asentí con la cabeza y procedí a hacer un ataque de flanco al harén más cercano. Todo fue bien hasta que asesté un golpe hacia la cabeza de una hembra rezagada y me quedé corto. Ella bufó e intentó escapar a rastras. Corrí de cerca y asesté otro golpe, dando en el hombro en vez de en la cabeza.

—¡Cuidado! —oí gritar a Maud.

En mi excitación no había estado prestando atención a otras cosas, y alcé la vista para ver al señor del harén lanzándose sobre mí. De nuevo hui al bote, perseguido de cerca; pero esta vez Maud no sugirió dar media vuelta.

—Sería mejor, me imagino, que dejara en paz los harenes y dedicara su atención a focas jóvenes de aspecto solitario e inofensivo —fue lo que dijo—. Creo haber leído algo sobre ellas. El libro del Dr. Jordan, creo. Son toros jóvenes, no suficientemente viejos para tener harenes propios. Los llamó *holluschickie*, o algo así. Me parece que si encontráramos el lugar donde salen a tierra...

—Me parece que su instinto de combate está despertando —me reí.

Se sonrojó rápida y bonita.

—Admito que no me gusta más que a usted la derrota, ni más que la idea de matar a unas criaturas tan bonitas e inofensivas.

—¿Bonitas? —bufé—. No pude observar nada especialmente bonito en esas bestias de boca espumosa que me persiguieron.

—Su punto de vista —se rió—. Le faltaba perspectiva. Ahora si no tuviera que acercarse tanto al sujeto...

—¡Eso mismo! —exclamé—. Lo que necesito es un palo más largo. Y ahí está el remo roto a mano.

—Se me ocurre —dijo— que el capitán Larsen me estaba contando cómo los hombres invadían los criaderos. Llevan a las focas, en pequeños grupos, un poco hacia tierra antes de matarlas.

—No tengo ganas de acometer el pastoreo de uno de esos harenes —objeté.

—Pero están los *holluschickie* —dijo—. Los *holluschickie* salen a tierra por su parte, y el Dr. Jordan dice que se dejan caminos entre los harenes, y que mientras los *holluschickie* se ciñan estrictamente al camino, los amos del harén no les molestan.

—Ahí hay uno —dije, señalando a un toro joven en el agua—. Obervémosle, y sigámosle si sale a tierra.

Nadó directamente a la playa y trepó a una pequeña abertura entre dos harenes, cuyos amos gruñeron como advertencia pero no le atacaron. Le vimos viajar lentamente hacia tierra adentro, abriéndose paso entre los harenes por lo que debía de ser el camino.

—Allá voy —dije, dando un salto fuera; pero confieso que el corazón se me puso en la boca al pensar en atravesar el corazón de aquella manada monstruosa.

—Sería prudente amarrar el bote —dijo Maud.

Había salido a mi lado, y la miré con asombro.

Asintió con la cabeza con decisión.

—Sí, voy con usted, así que puede asegurar el bote y armarme con un palo.

—Volvamos —dije desalentado—. Creo que la hierba de tundra servirá de todas formas.

—Sabe que no —fue su respuesta—. ¿Voy yo delante?

Con un encogimiento de hombros, pero con la más cálida admiración y orgullo en el corazón por aquella mujer, la equipé con el remo roto y tomé otro para mí. Fue con nerviosa aprensión que hicimos los primeros pasos del trayecto. Una vez Maud gritó de terror cuando una hembra acercó curiosamente la nariz hacia su pie, y varias veces yo apresuré el paso por la misma razón. Pero más allá de toses de advertencia a uno y otro lado, no había señales de hostilidad. Era un criadero que los cazadores nunca habían invadido, y en consecuencia las focas tenían buen temperamento y al mismo tiempo no tenían miedo.

En el corazón mismo de la manada el estruendo era terrible. Casi aturridor en su efecto. Me detuve y sonreí tranquilizadamente a Maud, pues yo había recobrado la ecuanimidad antes que ella. Podía ver que todavía estaba muy asustada. Se acercó a mí y gritó:

—¡Tengo un miedo espantoso!

Y yo no. Aunque la novedad no se había disipado aún, el comportamiento pacífico de las focas había calmado mi alarma. Maud temblaba.

—Tengo miedo, y no tengo miedo —castañeteó con las mandíbulas temblorosas—. Es mi miserable cuerpo, no yo.

—Está bien, está bien —la tranquilicé, pasando instintiva y protectoramente el brazo a su alrededor.

Nunca olvidaré, en aquel momento, cuán instantáneamente consciente fui de mi hombría. Las profundidades primitivas de mi naturaleza se conmovieron. Me sentí masculino, el protector del débil, el macho que lucha. Y sobre todo, me sentí el protector de mi ser amado. Ella se apoyó en mí, tan ligera y frágil como un lirio, y cuando su temblor fue apaciguándose me pareció cobrar conciencia de una fuerza prodigiosa. Me sentí a la altura del toro más feroz de

la manada, y sé, de haber cargado tal toro sobre mí, que lo habría afrontado sin vacilar y con toda calma, y sé que lo habría matado.

—Ya estoy bien —dijo, mirándome con gratitud—. Sigamos.

Y el hecho de que la fuerza en mí la hubiera tranquilizado y dado confianza me llenó de una alegría exultante. La juventud de la raza parecía brotar en mí, hombre sobreculto que era, y viví para mí mismo los viejos días de caza y las noches de bosque de mis lejanos y olvidados antepasados. Tenía mucho que agradecer a Wolf Larsen, fue mi pensamiento mientras avanzábamos por el camino entre los harenes en pugna.

A un cuarto de kilómetro tierra adentro dimos con los *holluschickie*: toros jóvenes y lisos, llevando la soledad de su soltería y acumulando fuerzas para el día en que se abrirían camino luchando entre las filas de los casados.

A partir de entonces todo fue bien. Parecía saber exactamente qué hacer y cómo hacerlo. Gritando, haciendo gestos amenazadores con el palo, e incluso pinchando a los perezosos, corté rápidamente una veintena de los jóvenes solteros de sus compañeros. Cada vez que uno intentaba abrirse paso de vuelta hacia el agua, le cortaba el paso. Maud tomó parte activa en el pastoreo, y con sus gritos y los movimientos del remo roto fue de considerable ayuda. Noté, sin embargo, que cada vez que uno parecía cansado y rezagaba, le dejaba escurrirse. Pero también noté que cada vez que uno, mostrando algo de combatividad, intentaba abrirse paso, sus ojos brillaban y le daba un golpe decidido con el palo.

—¡Vaya, qué emocionante! —exclamó, deteniéndose del puro agotamiento—. Creo que voy a sentarme.

Conduje la pequeña manada (una docena, ahora, teniendo en cuenta las escapadas que ella había permitido) cien metros más allá; y para cuando se me unió yo había terminado la matanza y empezaba a desollar. Una hora después volvimos orgullosamente por el camino entre los harenes. Y dos veces más bajamos por el camino cargados de pieles, hasta que creí que teníamos bastante para

techar la choza. Larguí la vela, di una bordada fuera de la cala, y en la otra bordada entramos en nuestra pequeña cala interior.

—Es como volver a casa —dijo Maud, cuando encallé el bote.

Escuché sus palabras con un estremecimiento de respuesta; todo era tan íntimamente querido y natural, y dije:

—Parece como si hubiera vivido esta vida siempre. El mundo de los libros y la gente libresca es muy vago, más como el recuerdo de un sueño que una realidad. Seguramente he cazado y forrajeado y luchado todos los días de mi vida. Y usted también parece parte de ello. Es usted...

Estaba a punto de decir «mi mujer, mi compañera», pero lo cambié con soltura por:

—...aguantando las penalidades muy bien.

Pero su oído había captado el defecto. Reconoció un vuelo que se había roto por la mitad. Me dirigió una mirada rápida.

—No eso. ¿Qué estaba diciendo?

—Que la señora Meynell americana vivía la vida de un salvaje y la llevaba bastante bien —dije con facilidad.

—Oh —fue todo lo que respondió; pero habría podido jurar que había una nota de decepción en su voz.

Pero «mi mujer, mi compañera» siguió resonándome en la mente el resto del día y durante muchos días. Y sin embargo nunca resonó con más fuerza que aquella noche, mientras la veía retirar la manta de musgo de las brasas, avivar el fuego y cocinar la cena. Debía de ser la barbarie latente que se agitaba en mí, pues las viejas palabras, tan ligadas a las raíces de la raza, se apoderaron de mí y me estremecieron. Y se apoderaron y estremecieron, hasta que me dormí, murmurándolas para mí mismo una y otra vez.

XXXI

—Olerá —dije—, pero conservará el calor y mantendrá alejados la lluvia y la nieve.

Contemplábamos el techo de piel de foca terminado.

—Es tosco, pero cumplirá su función, que es lo principal —continué, ansiando su elogio.

Y ella aplaudió y declaró que estaba enormemente complacida.

—Pero aquí dentro está oscuro —dijo al momento siguiente, con los hombros encogiéndose en un pequeño escalofrío involuntario.

—Podía haber sugerido una ventana cuando se estaban levantando las paredes —dije—. Era para usted, y debería haber visto la necesidad de una ventana.

—Pero es que nunca veo lo obvio, ya sabe —se rió—. Y además, siempre puede hacer un agujero en la pared en cualquier momento.

—Muy cierto; no lo había pensado —respondí, moviendo la cabeza con sapiencia—. ¿Pero ha pensado usted en encargarse del cristal? Solo tiene que llamar a la empresa: Red, 4451, creo que es, y decirles qué tamaño y tipo de cristal desea.

—Eso significa... —empezó.

—Sin ventana.

Era una cosa de aspecto oscuro y poco agradable, aquella choza, no apta para más que cerdos en tierra civilizada; pero para nosotros, que habíamos conocido la miseria del bote abierto, era una cómoda y pequeña morada. Tras el estreno, que se llevó a cabo mediante aceite de foca y una mecha de estopa de algodón, vino la caza de nuestra carne de invierno y la construcción de la segunda choza. Ya era cosa sencilla salir por la mañana y volver al mediodía con un

bote cargado de focas. Y mientras yo me ocupaba de construir la choza, Maud extraía el aceite del tocino y mantenía un fuego lento bajo los bastidores de carne. Había oído hablar de la carne seca en las praderas, y nuestra carne de foca, cortada en tiras finas y colgada al humo, se curó excelentemente.

La segunda choza fue más fácil de levantar, pues la construí adosada a la primera y solo se necesitaron tres paredes. Pero fue trabajo, duro trabajo, todo él. Maud y yo trabajamos de alba a oscuras, al límite de nuestras fuerzas, de modo que cuando llegaba la noche nos metíamos rígidamente en la cama y dormíamos el sueño animal del agotamiento. Y sin embargo Maud declaraba que nunca se había sentido mejor ni más fuerte en su vida. Sabía que lo mismo era verdad de mí, pero la suya era una fortaleza tan de lirio que temía que se derrumbase. Muchas veces, agotadas sus últimas reservas de energía, la he visto tendida de espaldas en la arena en ese gesto suyo de descanso y recuperación. Y luego se ponía en pie y volvía a trabajar tan duramente como antes. De dónde sacaba esa fuerza era para mí la maravilla.

—Piensa en el largo descanso de este invierno —era su respuesta a mis protestas—. Habremos de clamar por tener algo que hacer.

Celebramos el estreno de mi choza la noche en que se le puso el techo. Era el final del tercer día de una furiosa tormenta que había dado la vuelta completa al compás desde el sureste hasta el noroeste, y que entonces soplaba directamente sobre nosotros. Las playas de la cala exterior tronaban con la rompiente, e incluso en nuestra cala interior cerrada había un mar respetable. Ninguna espina dorsal elevada de la isla nos resguardaba del viento, y silbaba y bramaba alrededor de la choza hasta que a veces temí por la solidez de las paredes. El techo de piel, estirado tan tenso como un parche de tambor pensé, se combaba y se bamboleaba con cada ráfaga; e innumerables intersticios en las paredes, no tan apretadamente calafateados con musgo como Maud había supuesto, fueron manifestándose. Y sin embargo el aceite de foca ardía brillantemente y estábamos calientes y cómodos.

Fue una velada agradable de verdad, y votamos que como función social en la isla Esfuerzo todavía no había sido eclipsada. La mente estaba tranquila. No solo nos habíamos resignado al amargo invierno, sino que estábamos preparados para él. Las focas podían partir en cualquier momento ahora en su misterioso viaje hacia el sur; y las tormentas no nos inspiraban ningún terror. No solo estábamos seguros de estar secos y calientes y resguardados del viento, sino que teníamos los colchones más suaves y lujosos que podían hacerse de musgo. Esta había sido idea de Maud, y ella misma había reunido celosamente todo el musgo. Esta iba a ser mi primera noche en el colchón, y sabía que dormiría más dulcemente porque ella lo había hecho.

Al levantarse para irse, se volvió hacia mí con ese aire caprichoso que tenía, y dijo:

—Algo va a ocurrir... está ocurriendo, en realidad. Lo siento. Algo viene aquí, hacia nosotros. Viene ahora. No sé qué es, pero está ahí, en algún lugar.

Señaló en dirección al mar y al viento.

—Es una costa de sotavento —me reí—, y desde luego prefiero estar aquí que llegar, una noche como esta.

—¿Tiene miedo? —pregunté, al levantarme para abrirle la puerta. Sus ojos me miraron valientemente.

—¿Y se encuentra bien? ¿Perfectamente bien?

—Nunca mejor —fue su respuesta.

Charlamos un poco más antes de que se fuera.

—Buenas noches, Maud —dije.

—Buenas noches, Humphrey —dijo.

Este uso de nuestros nombres de pila había llegado de un modo bastante natural, tan espontáneo como natural. En ese momento podría haber pasado el brazo alrededor de ella y atraerla hacia mí. Lo habría hecho sin duda en aquel mundo al que pertenecíamos. Tal

como estaban las cosas, la situación se detuvo allí de la única manera que podía; pero me quedé solo en mi pequeña choza, cálido y satisfecho hasta el fondo, con una grata satisfacción; y supe que existía un lazo, o algo tácito, entre nosotros que no había existido antes.

XXXII

Me desperté, oprimido por una misteriosa sensación. Parecía que faltaba algo en mi entorno. Pero el misterio y la opresión desaparecieron tras los primeros segundos de despertar, cuando identifiqué lo que faltaba como el viento. Me había dormido en ese estado de tensión nerviosa con que uno hace frente al choque continuo del sonido o el movimiento, y me había despertado, todavía tenso, aprestándome a resistir la presión de algo que ya no gravitaba sobre mí.

Era la primera noche que dormía bajo techo en varios meses, y me quedé tendido placenteramente durante algunos minutos bajo las mantas (por una vez no mojadas de niebla o rocío del mar), analizando, primero, el efecto que me producía el cese del viento, y luego, la alegría que era mía al descansar en el colchón hecho por las manos de Maud. Cuando me hube vestido y abierto la puerta, oí las olas lamiéndose todavía en la playa, atestiguando locuazmente la furia de la noche. Era un día claro, y el sol brillaba. Me había quedado dormido tarde, y salí fuera con energía repentina, dispuesto a recuperar el tiempo perdido como correspondía a un habitante de la isla Esfuerzo.

Y al salir, me detuve en seco. Creí a mis ojos sin cuestionarlos, y sin embargo me quedé por un momento aturdido por lo que me revelaron. Allí, en la playa, a no más de quince metros de distancia, de proa, desarbola, estaba una embarcación de casco negro. Palos y botavaras, enredados con obenques, escotas y lona rasgada, se frotaban suavemente al costado. Podría haberme restregado los ojos

mientras miraba. Allí estaba la cocina que habíamos construido, el familiar umbral del alcázar, la baja cabina del yate que apenas asomaba por encima de la barandilla. Era el *Ghost*.

¿Qué capricho del destino lo había traído aquí, aquí de todos los lugares? ¿Qué azar entre los azares? Miré la lúgubre e inaccesible pared a mis espaldas y conocí la profundidad de la desesperación. La huida era imposible, fuera de toda cuestión. Pensé en Maud, dormida allí en la choza que habíamos construido; recordé su «Buenas noches, Humphrey»; «mi mujer, mi compañera», resonó en mi cerebro, pero ahora, ay, era un toque de difuntos lo que sonaba. Luego todo se puso negro ante mis ojos.

Posiblemente fue una fracción de segundo, pero no tenía conocimiento de cuánto tiempo había transcurrido antes de volver a ser yo mismo. Allí yacía el *Ghost*, de proa a la playa, su bauprés astillado proyectándose sobre la arena, sus palos enredados frotándose contra su costado al ritmo del balanceo de las olas murmurantes. Había que hacer algo, tenía que hacerse.

Me vino de repente, como algo extraño, que nada se movía a bordo. Agotados por la noche de lucha y naufragio, toda la tripulación dormía aún, pensé. Mi siguiente pensamiento fue que Maud y yo podíamos todavía escapar. ¿Si pudiéramos tomar el bote y doblar el cabo antes de que nadie despertara? La llamaría y partiríamos. Tenía la mano levantada a su puerta para llamar cuando recordé el pequeño tamaño de la isla. Nunca podríamos escondernos en ella. No había para nosotros más que el océano abierto y crudo. Pensé en nuestras acogedoras pequeñas chozas, nuestros suministros de carne y aceite y musgo y leña, y supe que nunca sobreviviríamos al mar invernal y las grandes tormentas que estaban por venir.

Así me quedé, con el nudillo vacilante, ante su puerta. Era imposible, imposible. El pensamiento salvaje de entrar y matarla mientras dormía se alzó en mi mente. Y luego, en un destello, me vino la solución mejor. Toda la tripulación dormía. ¿Por qué no deslizarme a bordo del *Ghost* —conocía bien el camino a la litera de

Wolf Larsen— y matarle mientras dormía? Después de eso, ya veríamos. Pero con él muerto habría tiempo y espacio para preparar otras cosas; y además, cualquiera que fuera la nueva situación que surgiera, no podría ser posiblemente peor que la presente.

Mi cuchillo estaba en la cadera. Volví a mi choza a buscar la escopeta, me aseguré de que estaba cargada, y fui al *Ghost*. Con alguna dificultad, y a costa de mojarme hasta la cintura, trepé a bordo. La escotilla del pañol de proa estaba abierta. Me detuve a escuchar la respiración de los hombres, pero no había respiración. Casi jadee al llegarme el pensamiento: ¿Y si el *Ghost* está abandonado? Escuché con más atención. No había ningún sonido. Bajé la escala con cautela. El lugar tenía ese aspecto y ese olor vacíos y rancios propios de una vivienda ya no habitada. Por todas partes había un espeso montón de prendas desechadas y harapientas, botas de agua viejas, impermeables con goteras: todo el inútil fardaje del pañol de proa de un largo viaje.

Abandonado apresuradamente, fue mi conclusión al subir de nuevo a cubierta. La esperanza había vuelto a mi pecho, y miré a mi alrededor con mayor serenidad. Observé que los botes faltaban. El entrepuente contaba la misma historia que el pañol de proa. Los cazadores también habían embalado sus pertenencias con igual precipitación. El *Ghost* estaba abandonado. Era de Maud y mío. Pensé en las provisiones del barco y en la gambuza bajo la cabina, y se me ocurrió la idea de sorprender a Maud con algo agradable para el desayuno.

La reacción de mi miedo, y el conocimiento de que el terrible acto que había venido a hacer ya no era necesario, me volvió jovial y animoso. Subí las escalerillas del entrepuente de dos en dos, sin nada distinto en la mente más que alegría y la esperanza de que Maud siguiera durmiendo hasta que el desayuno sorpresa estuviera completamente listo para ella. Al doblar la cocina, una nueva satisfacción fue mía al pensar en todos los espléndidos utensilios de cocina que había dentro. Subí de un salto el umbral del alcázar, y vi... a Wolf Larsen. Entre mi impulso y la aturdidora sorpresa, avancé

dando tres o cuatro pasos por la cubierta antes de poder detenerme. Estaba de pie en la escalerilla, con solo la cabeza y los hombros visibles, mirando fijamente hacia mí. Sus brazos descansaban en la tapa abierta a medias. No hizo ningún movimiento: simplemente se quedó allí, mirándome.

Empecé a temblar. La vieja náusea en el estómago me atacó. Puse una mano en el borde de la cabina para estabilizarme. Los labios se me secaron de repente y los humedecí ante la necesidad de hablar. Ni por un instante aparté los ojos de él. Ninguno de los dos habló. Había algo ominoso en su silencio, su inmovilidad. Todo mi viejo miedo a él regresó, y mi nuevo miedo se multiplicó por cien. Y seguimos allí los dos, mirándonos el uno al otro.

Era consciente de la necesidad de actuar, y, con mi vieja impotencia apoderándose de mí, esperaba que tomara la iniciativa. Luego, conforme pasaban los momentos, me fue imponiéndose que la situación era análoga a la de cuando me había acercado al toro de larga melena, con mi intención de aporrearle oscurecida por el miedo hasta convertirse en un deseo de hacerle huir. Así que al final me impuse que estaba allí, no para que Wolf Larsen tomara la iniciativa, sino para tomarla yo mismo.

Armé los dos cañones y apunté la escopeta hacia él. Si se hubiera movido, si hubiera intentado bajar por la escalerilla, sé que le habría disparado. Pero permaneció inmóvil y mirando como antes. Y mientras le encaraba, con la escopeta apuntada temblando en mis manos, tuve tiempo de observar el aspecto demacrado y agotado de su cara. Era como si alguna fuerte angustia la hubiera consumido. Las mejillas estaban hundidas, y había una expresión cansada y arrugada en la frente. Y me pareció que sus ojos eran extraños, no solo la expresión, sino el aspecto físico, como si los nervios ópticos y los músculos de apoyo hubieran sufrido una tensión y hubieran girado ligeramente los globos oculares.

Todo esto lo vi, y con el cerebro funcionando ahora rápidamente, pensé mil pensamientos; y sin embargo no podía apretar los gatillos. Bajé la escopeta y me acerqué a la esquina de la cabina,

principalmente para aliviar la tensión de mis nervios y hacer un nuevo comienzo, e incidentalmente para estar más cerca. De nuevo alcé la escopeta. Estaba casi al alcance del brazo. No había esperanza para él. Estaba resuelto. No había ninguna posibilidad posible de fallarle, por mala que fuera mi puntería. Y sin embargo luché conmigo mismo y no pude apretar los gatillos.

—¿Y bien? —preguntó con impaciencia.

Me esforcé vanamente por forzar los dedos hacia los gatillos, y vanamente me esforcé por decir algo.

—¿Por qué no dispara? —preguntó.

Me aclaré la garganta de una ronquera que me impedía hablar.

—Jorobado —dijo despacio—, no puede hacerlo. No es exactamente que tenga miedo. Es que es impotente. Su moralidad convencional es más fuerte que usted. Es esclavo de las opiniones que tienen crédito entre la gente que ha conocido y sobre la que ha leído. Su código le ha sido tamborilando en la cabeza desde que balbució las primeras palabras, y a pesar de su filosofía, y de lo que yo le he enseñado, no le deja matar a un hombre desarmado e indefenso.

—Lo sé —dije con voz ronca.

—Y sabe que yo mataría a un hombre desarmado con tanta facilidad como fumaría un cigarro —continuó—. Me conoce por lo que soy: mi valor en el mundo según su criterio. Me ha llamado serpiente, tigre, tiburón, monstruo y Calibán. Y sin embargo, pequeño fante de trapo, pequeño mecanismo de eco, es incapaz de matarme como mataría a una serpiente o a un tiburón, porque tengo manos, pies y un cuerpo algo parecido al suyo. ¡Bah! Había esperado algo mejor de usted, Jorobado.

Salió de la escalerilla y se acercó a mí.

—Baje esa escopeta. Quiero hacerle algunas preguntas. Todavía no he tenido ocasión de mirar a mi alrededor. ¿Qué lugar es este? ¿Cómo está varado el *Ghost*? ¿Cómo se ha mojado? ¿Dónde está

Maud? Le pido perdón, la señorita Brewster, o debería decir «la señora Van Weyden»?

Me había ido retirando de él, casi llorando de impotencia para dispararle, pero no tan tonto como para bajar la escopeta. Esperaba desesperadamente que cometiera algún acto hostil, intentara golpearme o estrangularme; pues solo de ese modo sabía que podría ser impulsado a disparar.

—Esta es la isla Esfuerzo —dije.

—Nunca lo había oído —me interrumpió.

—Al menos, ese es nuestro nombre para ella —enmendé.

—¿Nuestro? —preguntó—. ¿De quiénes?

—De la señorita Brewster y mío. Y el *Ghost* está varado, como puede ver usted mismo, de proa a la playa.

—Hay focas aquí —dijo—. Me despertaron con sus ladridos, o si no seguiría durmiendo. Las oí cuando entré anoche. Fueron la primera advertencia de que estaba en una costa de sotavento. Es un criadero, el tipo de cosa que he buscado durante años. Gracias a mi hermano Muerte, he dado con una fortuna. Es una mina. ¿Cuáles son sus coordenadas?

—No tengo la menor idea —dije—. Pero usted debería saberlas bastante bien. ¿Cuáles eran sus últimas observaciones?

Sonrió enigmáticamente, pero no respondió.

—Bueno, ¿y dónde está la tripulación? —pregunté—. ¿Cómo es que está usted solo?

Estaba preparado para que de nuevo pusiera a un lado mi pregunta, y me sorprendió la presteza de su respuesta.

—Mi hermano me tuvo en cuarenta y ocho horas, y sin que fuera culpa mía. Me abordó de noche con solo la guardia de cubierta. Los cazadores me abandonaron. Les ofreció una participación mayor. Les oí ofrecérsela. Lo hizo delante de mí. Por supuesto, la tripulación me abandonó. Era de esperar. Todos pasaron por la borda, y yo quedé

abandonado en mi propio barco. Le tocaba el turno a Muerte, y de todas maneras es todo dentro de la familia.

—¿Pero cómo perdió los palos? —pregunté.

—Vaya y examine esos estays —dijo, señalando donde debería haber estado el aparejo del mesana.

—¡Los han cortado con un cuchillo! —exclamé.

—No del todo —se rió—. Fue un trabajo más limpio. Mire de nuevo.

Miré. Los estays habían sido casi cortados, dejando solo lo suficiente para aguantar los obenques hasta que se les aplicara alguna tensión severa.

—Lo hizo el Cocinero —se rió de nuevo—. Lo sé, aunque no le pillé en ello. Un poco de ajuste de cuentas.

—¡Bien por Mugridge! —exclamé.

—Sí, eso mismo pensé yo cuando todo fue por la borda. Solo que lo dije del otro lado de la boca.

—¿Y qué hacía usted mientras ocurría todo esto? —pregunté.

—Lo que pude, puede estar seguro, que no era mucho en las circunstancias.

Me volví para reexaminar la obra de Thomas Mugridge.

—Creo que me sentaré a tomar el sol —oí decir a Wolf Larsen.

Había un indicio, solo un leve indicio, de debilidad física en su voz, y era tan extraño que le miré rápidamente. Su mano pasaba nerviosamente por la cara, como si espantara telarañas. Me desconcertó. Todo aquello era tan diferente del Wolf Larsen que había conocido.

—¿Cómo van los dolores de cabeza? —pregunté.

—Siguen molestándome —fue su respuesta—. Creo que uno me viene ahora.

Se deslizó de su postura sentada hasta tenderse en la cubierta. Luego se volvió de lado, con la cabeza descansando en el bíceps del brazo de abajo, el antebrazo protegiéndole los ojos del sol. Me quedé mirándole con asombro.

—Ahora es su oportunidad, Jorobado —dijo.

—No entiendo —mentí, pues lo entendía perfectamente.

—Oh, nada —añadió con suavidad, como si se adormilara—; solo que me tiene usted donde me quiere.

—No, no le tengo —repliqué—; porque lo que quiero es que esté a varios miles de kilómetros de aquí.

Se rió entre dientes, y después ya no habló más. No se movió cuando pasé junto a él y bajé a la cabina. Levanté la tapa del suelo, pero durante algunos momentos miré con duda hacia la oscuridad de la gambuza debajo. Vacilé en bajar. ¿Y si su tenderse era un pretexto? Bonita cosa, en efecto, quedar allí atrapado como una rata. Subí sigilosamente por la escalerilla y le eché un vistazo. Estaba tendido como le había dejado. Volví a bajar; pero antes de meterme en la gambuza tomé la precaución de arrojar la tapa por delante. Al menos no habría tapadera para la trampa. Pero todo era innecesario. Regresé a la cabina con un buen surtido de mermeladas, galletas marineras, carnes en conserva y cosas similares —todo lo que podía llevar— y volví a poner la tapa.

Un vistazo a Wolf Larsen me mostró que no se había movido. Se me ocurrió una idea luminosa. Me colé en su camarote y me hice con sus revólveres. No había otras armas, aunque registré a fondo los tres camarotes restantes. Para asegurarme, volví y revisé el entrepunte y el pañol de proa, y en la cocina recogí todos los cuchillos afilados de carne y verduras. Luego me acordé del gran cuchillo de yatista que siempre llevaba, y me acerqué a él y le hablé, primero en voz baja, luego en voz alta. No se movió. Me incliné y se lo saqué del bolsillo. Respiré más libremente. No tenía armas con que atacarme desde la distancia; mientras que yo, armado, podía

siempre anticiparme a él si intentaba agarrarme con sus terribles brazos de gorila.

Llenando una cafetera y una sartén con parte de mi botín, y tomando algo de vajilla del aparador de la cabina, dejé a Wolf Larsen tendido al sol y fui a tierra.

Maud seguía dormida. Avivé las brasas (todavía no habíamos acondicionado una cocina de invierno), y preparé el desayuno con bastante febrilidad. Hacia el final, la oí moverse dentro de la choza, haciéndose el arreglo. Justo cuando todo estaba listo y el café servido, se abrió la puerta y salió.

—No es justo —fue su saludo—. Está usurpando una de mis prerrogativas. Sabe que acordamos que la cocina sería mía, y...

—Pero solo esta vez —supliqué.

—Si promete no volver a hacerlo —sonrió—. A no ser, claro está, que se haya cansado de mis pobres esfuerzos.

Para mi deleite, ni una sola vez miró hacia la playa, y mantuve el cháchara con tal éxito que inconscientemente bebió café de la taza de porcelana, comió patatas evaporadas fritas, y untó mermelada en su galleta. Pero no podía durar. Vi la sorpresa que se apoderó de ella. Había descubierto el plato de porcelana del que comía. Repasó el desayuno, anotando detalle tras detalle. Luego me miró, y su cara se volvió lentamente hacia la playa.

—iHumphrey! —dijo.

El viejo terror innombrable se instaló en sus ojos.

—¿Está... él? —titubeó.

Asentí con la cabeza.

XXXIII

Esperamos todo el día a que Wolf Larsen saliera a tierra. Fue un período intolerable de ansiedad. A cada momento uno u otro de nosotros lanzaba miradas expectantes al *Ghost*. Pero no salió. Ni siquiera apareció en cubierta.

—Quizás sea su dolor de cabeza —dije—. Le dejé tendido en el alcázar. Puede quedarse allí toda la noche. Creo que iré a ver.

Maud me miró con súplica.

—Está bien —la tranquilicé—. Llevaré los revólveres. Ya sabe que recogí todas las armas de a bordo.

—¡Pero están sus brazos, sus manos, sus terribles, terribles manos! —objetó. Y luego exclamó: «¡Oh, Humphrey, le tengo miedo! ¡No vaya, por favor no vaya!»

Posó la mano en la mía con súplica, y me disparó el pulso. De verdad que mi corazón debía de estar en mis ojos un momento. ¡La querida y adorable mujer! Y era tan completamente mujer, dependiente y suplicante, sol y rocío para mi hombría, hundiéndola más hondo y enviando por ella la savia de una nueva fuerza. Estaba a punto de pasarle el brazo alrededor, como en medio de la manada de focas; pero lo consideré, y me abstuve.

—No correré ningún riesgo —dije—. Solo echaré un vistazo sobre la proa y miraré.

Apretó mi mano con fervor y me dejó ir. Pero el espacio en cubierta donde le había dejado tendido estaba vacío. Evidentemente

había bajado. Aquella noche hicimos guardias alternas, durmiendo uno cada vez; pues nunca se sabía qué podía hacer Wolf Larsen. Ciertamente era capaz de cualquier cosa.

Al día siguiente esperamos, y al otro, y él seguía sin dar señales.

—Esos dolores de cabeza suyos, esos ataques —dijo Maud, la tarde del cuarto día—. Quizás está enfermo, muy enfermo. Puede que esté muerto.

—O agonizando —fue su pensamiento siguiente cuando hubo esperado algún tiempo a que yo hablara.

—Mejor así —respondí.

—Pero piense, Humphrey, un semejante en su última hora solitaria.

—Quizás —sugerí.

—Sí, incluso quizás —reconoció—. Pero no lo sabemos. Sería terrible si lo estuviera. Nunca podría perdonármelo. Debemos hacer algo.

—Quizás —sugerí de nuevo.

Esperé, sonriendo interiormente ante la mujer que había en ella, que la obligaba a una solicitud por Wolf Larsen, de todas las criaturas. ¿Dónde estaba su solicitud por mí, pensé, por mí, a quien había tenido miedo de dejar incluso echar un vistazo a bordo?

Era demasiado perspicaz para no seguir la corriente de mi silencio. Y era tan directa como perspicaz.

—Debe ir a bordo, Humphrey, y enterarse —dijo—. Y si quiere reírse de mí, tiene mi consentimiento y mi perdón.

Me levanté obediente y bajé a la playa.

—Tenga cuidado —me llamó.

Le saludé con el brazo desde el castillo de proa y bajé a cubierta. A popa fui hasta la escalerilla de la cabina, donde me contenté con llamar desde arriba. Wolf Larsen respondió, y al empezar a subir las

escalerillas amartillé el revólver. Lo exhibí abiertamente durante nuestra conversación, pero él no le hizo ningún caso. Parecía igual, físicamente, que la última vez que le había visto, pero estaba sombrío y silencioso. De hecho, las pocas palabras que intercambiamos difícilmente podían llamarse una conversación. No pregunté por qué no había salido a tierra, ni él preguntó por qué yo no había vuelto a bordo. La cabeza le estaba bien otra vez, dijo, y así, sin más palabrería, le dejé.

Maud recibió mi informe con evidente alivio, y la vista del humo que más tarde subió de la cocina la puso de humor más alegre. Al día siguiente, y al otro, vimos el humo de la cocina elevarse, y a veces le veíamos pasar por el alcázar. Pero eso era todo. No intentó venir a tierra. Lo sabíamos, pues seguíamos manteniendo nuestras guardias nocturnas. Esperábamos que hiciera algo, que descubriera su juego, por así decirlo, y su inacción nos desconcertaba y preocupaba.

Una semana de esto pasó. No teníamos otro interés que Wolf Larsen, y su presencia nos pesaba con una aprensión que nos impedía hacer cualquiera de las pequeñas cosas que habíamos planeado.

Pero al final de la semana el humo dejó de subir de la cocina, y ya no se mostraba en el alcázar. Podía ver la solicitud de Maud crecer de nuevo, aunque tímidamente, y con orgullo, creo, se abstuvo de repetir su petición. Al fin y al cabo, ¿qué censura podía ponerse en ella? Era divinamente altruista, y era una mujer. Además, yo mismo era consciente de un dolor al pensar en este hombre al que había intentado matar, muriendo solo con sus semejantes tan cerca. Tenía razón. El código de mi grupo era más fuerte que yo. El hecho de que tuviera manos, pies y un cuerpo algo parecido al mío constituía una reivindicación que no podía ignorar.

Así que no esperé una segunda vez a que Maud me enviara. Descubrí que necesitábamos leche condensada y mermelada, y anuncié que iba a bordo. Podía ver que ella vacilaba. Llegó incluso al extremo de murmurar que eran cosas no esenciales y que mi viaje

por ellas podría ser imprudente. Y así como había seguido la corriente de mi silencio, ahora siguió la corriente de mi discurso, y supo que iba a bordo no por la leche condensada y la mermelada, sino por ella y por su ansiedad, que sabía que no había conseguido ocultar.

Me quité los zapatos cuando llegué al castillo de proa, y fui a popa sin ruido en calcetines. Ni esta vez llamé desde lo alto de la escalerilla. Bajando con cautela, encontré la cabina desierta. La puerta de su camarote estaba cerrada. Al principio pensé en llamar, luego recordé mi supuesto recado y resolví cumplirlo. Evitando cuidadosamente el ruido, levanté la tapa del suelo y la puse a un lado. El pañol de provisiones, así como las vituallas, estaba almacenado en la gambuza, y aproveché la oportunidad para llevarme un surtido de ropa interior.

Al salir de la gambuza oí ruidos en el camarote de Wolf Larsen. Me agaché y escuché. El pomo de la puerta traqueteó. Furtivamente, instintivamente, me deslicé detrás de la mesa y saqué y amartillé el revólver. La puerta se abrió y salió él. Nunca había visto una desesperación tan profunda como la que vi en su cara: la cara de Wolf Larsen el luchador, el hombre fuerte, el indomable. Exactamente como una mujer retorciéndose las manos, alzó los puños cerrados y gimió. Un puño se abrió, y la palma abierta pasó por los ojos como espantando telarañas.

—¡Dios! ¡Dios! —gimió, y los puños cerrados se alzaron de nuevo con la desesperación infinita con que vibraba su garganta.

Fue horrible. Temblaba por completo, y podía sentir los escalofríos corriéndome arriba y abajo por la columna y el sudor formándose en mi frente. Seguramente puede haber pocas cosas en este mundo más terribles que el espectáculo de un hombre fuerte en el momento en que está completamente débil y destrozado.

Pero Wolf Larsen recuperó el dominio de sí mismo con un ejercicio de su notable voluntad. Y fue un ejercicio. Todo su cuerpo se sacudió con la lucha. Parecía un hombre al borde de un ataque. La

cara se esforzó por componerse, retorciéndose y crispándose en el esfuerzo hasta que volvió a derrumbarse. De nuevo los puños cerrados fueron hacia arriba y él gimió. Su respiración se cortó una o dos veces y sollozó. Luego lo consiguió. Podría haberle tomado por el viejo Wolf Larsen, y sin embargo había en sus movimientos una vaga sugerencia de debilidad e indecisión. Se encaminó a la escalerilla y avanzó exactamente como yo le había visto hacer siempre; y sin embargo, de nuevo, en su propio andar, parecía haber esa sugerencia de debilidad e indecisión.

Yo me preocupaba ahora por miedo a mí mismo. La tapa abierta estaba directamente en su camino, y su descubrimiento de ella llevaría de inmediato a su descubrimiento de mí. Estaba enfadado conmigo mismo por haberme dejado sorprender en una posición tan cobarde, agachado en el suelo. Todavía había tiempo. Me puse en pie rápidamente y, creo que inconscientemente, adopté una actitud desafiante. Él no me hizo ningún caso. Tampoco notó la tapa abierta. Antes de que pudiera captar la situación, o actuar, había caminado directamente hacia la trampa. Un pie bajaba hacia la abertura, mientras el otro estaba a punto de comenzar a levantarse. Pero cuando el pie que bajaba no encontró el suelo sólido y sintió el vacío debajo, fue el viejo Wolf Larsen y los músculos de tigre los que hicieron que el cuerpo al caer saltara por encima de la abertura, incluso al caer, de modo que chocó sobre el pecho y el estómago, con los brazos extendidos, en el suelo del lado opuesto. Al instante siguiente había recogido las piernas y se había apartado rodando. Pero rodó hacia mi mermelada y mi ropa interior y contra la tapa.

La expresión de su cara era de comprensión completa. Pero antes de que pudiera adivinar lo que había comprendido, había bajado la tapa a su sitio, cerrando la gambuza. Entonces entendí. Creía que me había encerrado dentro. Además, estaba ciego, ciego como un murciélago. Le observé, respirando con cuidado para que no me oyera. Fue rápidamente a su camarote. Vi su mano fallar el pomo de la puerta por un centímetro, buscarlo apresuradamente y encontrarlo. Esta era mi oportunidad. Caminé de puntillas por la cabina y hasta lo alto de las escalerillas. Él regresó arrastrando un

pesado arcón de marinero, que depositó encima de la tapa. No contento con eso, trajo un segundo arcón y lo colocó encima del primero. Luego recogió la mermelada y la ropa interior y las puso sobre la mesa. Cuando empezó a subir la escalerilla, me retiré, deslizándome silenciosamente a lo alto de la cabina.

Corrió la tapa a medias y apoyó los brazos en ella, con el cuerpo todavía en la escalerilla. Su actitud era la de quien mira hacia proa a lo largo de la goleta, o más bien mira fijamente, pues sus ojos estaban fijos e inmóviles. Estaba a solo metro y medio de distancia y directamente en lo que debería haber sido su línea de visión. Era inquietante. Me sentí un fantasma, siendo invisible. Agité la mano de atrás a alante, claro que sin efecto; pero cuando la sombra en movimiento cayó sobre su cara vi de inmediato que era susceptible a la impresión. Su cara se tornó más expectante y tensa mientras intentaba analizar e identificar la impresión. Sabía que había respondido a algo exterior, que su sensibilidad había sido tocada por algo que cambiaba en su entorno; pero qué era no podía descubrirlo. Dejé de agitar la mano, de modo que la sombra permaneciera estacionaria. Movié lentamente la cabeza de atrás a alante bajo ella y se fue de un lado a otro, ora en la luz del sol, ora en la sombra, sintiendo la sombra, por así decirlo, palpándola por sensación.

Yo también estaba ocupado, intentando razonar cómo era consciente de la existencia de algo tan intangible como una sombra. Si solo eran los globos oculares los afectados, o si el nervio óptico no estaba del todo destruido, la explicación era simple. Si no era así, la única conclusión a que podía llegar era que la piel sensible reconocía la diferencia de temperatura entre la sombra y el sol. O quizás — ¿quién puede decirlo?— era aquel fabuloso sexto sentido que le comunicaba la sensación y el aspecto de un objeto cercano.

Abandonando su intento de determinar la sombra, subió a cubierta y comenzó a caminar hacia proa, con una celeridad y confianza que me sorprendieron. Y sin embargo seguía habiendo en

su andar ese indicio de la debilidad del ciego. Ya lo sabía por lo que era.

Para mi divertida mortificación, descubrió mis zapatos en el castillo de proa y los trajo consigo de vuelta a la cocina. Le vi encender el fuego y ponerse a cocinar alimentos para sí mismo; luego me colé a la cabina a buscar mi mermelada y mi ropa interior, me escurrí de vuelta por la cocina, y bajé a la playa a hacer mi informe descalzo.

XXXIV

—Es una lástima que el *Ghost* haya perdido los palos. Podríamos salir con él. ¿No cree que podríamos, Humphrey?

Me puse en pie de un salto excitado.

—Me pregunto, me pregunto —repetí, yendo de un lado al otro.

Los ojos de Maud brillaban de anticipación al seguirme. ¡Tenía tanto fe en mí! Y pensarlo era un poder añadido. Recordé el «Para el hombre, la mujer es como la tierra fue para su legendario hijo: solo tiene que caer y besar su pecho y está fuerte de nuevo» de Michelet. Por primera vez conocí la maravillosa verdad de sus palabras. Por qué, las estaba viviendo. Maud era todo esto para mí, una fuente inagotable de fuerza y valor. Solo tenía que mirarla, o pensar en ella, y volverme fuerte de nuevo.

—Puede hacerse, puede hacerse —pensaba y afirmaba en voz alta—. Lo que otros hombres han hecho, yo puedo hacerlo; y aunque nunca lo hayan hecho antes, aún así puedo hacerlo.

—¿Qué? por el amor de Dios —exigió Maud—. Sea misericordioso. ¿Qué es lo que puede hacer?

—Podemos hacerlo —enmendé—. Pues nada menos que volver a instalar los palos en el *Ghost* y marcharnos navegando.

—¡Humphrey! —exclamó.

Y me sentí tan orgulloso de mi concepción como si ya fuera un hecho consumado.

—¿Pero cómo es posible hacerlo? —preguntó.

—No lo sé —fue mi respuesta—. Solo sé que estos días soy capaz de cualquier cosa.

Le sonreí con orgullo: demasiado orgullosamente, pues ella bajó los ojos y guardó silencio por un momento.

—Pero está el capitán Larsen —objetó.

—Ciego e indefenso —respondí de inmediato, apartándole como a un obstáculo de paja.

—¡Pero esas terribles manos tuyas! Sabe cómo saltó por encima de la abertura de la gambuza.

—Y también sabe cómo me moví sigilosamente y le evité —repliqué con alegría.

—Y perdió los zapatos.

—Difícilmente esperarí que evitaran a Wolf Larsen sin mis pies dentro.

Nos reímos los dos, y luego nos pusimos seriamente a trazar el plan por el que instalaríamos de nuevo los palos del *Ghost* y volveríamos al mundo. Recordé vagamente la física de mis años de escuela, mientras los últimos meses me habían dado experiencia práctica con poleas mecánicas. Debo decir, sin embargo, que cuando bajamos al *Ghost* para inspeccionar más de cerca la tarea que teníamos ante nosotros, la visión de los grandes palos tendidos en el agua casi me desalentó. ¿Por dónde empezar? Si hubiera habido un palo en pie, algo alto al que sujetar los bloques y los aparejos. Pero no había nada. Me recordó el problema de levantarse tirando de sus propios cordones. Entendía la mecánica de las palancas; pero ¿dónde iba a encontrar un fulcro?

Estaba el palo mayor, de unos cuarenta centímetros de diámetro en lo que era ahora el extremo, todavía de veinte metros de longitud, y que pesaba, calculé aproximadamente, al menos mil quinientos kilos. Y luego estaba el trinquete, de mayor diámetro, y

que pesaba sin duda mil setecientos. ¿Por dónde empezar? Maud estaba callada a mi lado, mientras yo elaboraba en mi mente el artilugio conocido entre los marineros como «puntales». Pero aunque conocido por los marineros, lo inventé allí en la isla Esfuerzo. Cruzando y amarrando los extremos de dos perchas, y elevándolas en el aire como una «V» invertida, podía obtener un punto por encima de cubierta al que sujetar mi aparejo de izar. A este aparejo de izar podía, si era necesario, agregar un segundo aparejo de izar. ¡Y luego estaba el cabestrante!

Maud vio que había encontrado una solución, y sus ojos se calentaron comprensivos.

—¿Qué va a hacer? —preguntó.

—Despejar ese aparejo —respondí, señalando el enredo de escombros por la borda.

Ah, la decisión, el propio sonido de las palabras, era buena a mis oídos. «¡Despejar ese aparejo!» ¡Imaginen semejante expresión marinera en los labios del Humphrey Van Weyden de unos meses atrás!

Debió de haber algo de melodramático en mi postura y mi voz, pues Maud sonrió. Su apreciación de lo ridículo era aguda, y en todas las cosas veía y sentía infaliblemente, cuando existía, el toque de afectación, la exageración, el tono excesivo. Era esto lo que había dado equilibrio y penetración a su propia obra y la había hecho valiosa para el mundo. El crítico serio, con sentido del humor y poder de expresión, inevitablemente domina los oídos del mundo. Y así era como ella había dominado. Su sentido del humor era realmente el instinto del artista por la proporción.

—Estoy segura de haberlo oído antes, en algún sitio, en los libros —murmuró con regocijo.

Yo también tenía instinto para la proporción, y me desinfe de inmediato, descendiendo de la postura dominante de amo de la materia a un estado de humilde confusión que era, cuanto menos, muy lamentable.

Su mano saltó de inmediato a la mía.

—Lo siento tanto —dijo.

—No hay necesidad —balbucí—. Me hace bien. Hay demasiado de colegial en mí. Todo lo cual no viene ni aquí ni allá. Lo que tenemos que hacer es real y literalmente despejar ese aparejo. Si quiere venir conmigo en el bote, nos pondremos a trabajar y ordenaremos las cosas.

—«Cuando los gaveros despejaban el aparejo con sus navajas en los dientes» —me citó ella; y el resto de la tarde lo pasamos alegremente en nuestra labor.

Su tarea era mantener el bote en posición mientras yo trabajaba en el enredo. ¡Y qué enredo! Drizas, escotas, vientos, contras, obenques, estayes, todos lavados de un lado al otro y entrelazados y enmarañados por el mar. No corté más de lo necesario, y entre pasar los largos cabos por debajo y alrededor de botavaras y palos, de pasar por sus guías las drizas y escotas, de adujar en el bote y desadujar para pasar por otro nudo en el seno, pronto quedé empapado hasta la piel.

Las velas necesitaron algo de corte, y la lona, pesada de agua, puso a prueba severamente mi fuerza; pero antes del anochecer logré extenderlo todo en la playa para que se secase. Ambos estábamos muy cansados cuando paramos para la cena, aunque habíamos hecho un buen trabajo, aunque a la vista pareciera insignificante.

A la mañana siguiente, con Maud como hábil ayudante, fui al interior del *Ghost* para despejar las escopleaduras de los pies de los palos. Apenas habíamos empezado el trabajo cuando el sonido de mis martilleos y golpes atrajo a Wolf Larsen.

—¡Eh, abajo! —llamó desde la escotilla abierta.

El sonido de su voz hizo que Maud se acercara rápidamente a mí como buscando protección, y posó una mano en mi brazo mientras parlamentábamos.

—¡Eh, arriba! —respondí—. Buenos días.

—¿Qué están haciendo ahí abajo? —preguntó—. ¿Intentando barrenar mi barco?

—Todo lo contrario; lo estoy reparando —fue mi respuesta.

—¿Pero qué diablos está reparando? —Había perplejidad en su voz.

—Pues estoy dejando todo listo para volver a instalar los palos —respondí con naturalidad, como si fuera el proyecto más sencillo imaginable.

—Parece que al fin se tiene usted en pie por sus propios medios, Jorobado —le oímos decir; y luego durante algún tiempo estuvo callado.

—Pero oiga, Jorobado —llamó abajo—, no puede hacerlo.

—Oh, claro que puedo —repliqué—. Lo estoy haciendo ahora.

—Pero este es mi barco, mi propiedad particular. ¿Y si se lo prohíbo?

—Lo olvida —respondí—. Ya no es la partícula más grande de la fermentación. Lo era en otro tiempo, y era capaz de devorarme, como tuvo a bien expresarlo; pero ha habido una disminución, y ahora soy yo el capaz de devorarlo a usted. La levadura se ha vuelto rancia.

Soltó una risa breve y desagradable.

—Ya veo que me está trabajando mi propia filosofía a fondo. Pero no cometa el error de subestimarme. Se lo advierto por su propio bien.

—¿Desde cuándo se ha vuelto filántropo? —pregunté—. Confiese ahora, al advertirme por mi propio bien, que es usted muy consecuente.

Hizo caso omiso de mi sarcasmo, diciendo: «¿Y si cierro la escotilla ahora? No me engañará como en la gambuza.»

—Wolf Larsen —dije con firmeza, dirigiéndome a él por primera vez por este su nombre más familiar—, soy incapaz de dispararle a un hombre indefenso e inerte. Lo ha demostrado a su satisfacción y a la mía. Pero le advierto ahora, y no tanto por su bien como por el mío, que le dispararé en el momento en que intente un acto hostil. Puedo dispararle ahora, desde donde estoy; y si tiene esa intención, adelante e intente cerrar la escotilla.

—Sin embargo, lo prohíbo, lo prohíbo terminantemente, que altere usted mi barco.

—¡Pero, hombre! —protesté—. Avanza el hecho de que es su barco como si fuera un derecho moral. Nunca ha tenido en cuenta los derechos morales en sus tratos con los demás. Seguramente no sueña con que yo los tenga en cuenta al tratar con usted.

Me había situado debajo de la escotilla abierta para poder verle. La falta de expresión en su cara, tan diferente de cuando le había observado sin ser visto, era acentuada por los ojos fijos e inmóviles. No era una cara agradable de contemplar.

—Y nadie tan pobre, ni siquiera el Jorobado, para hacerle reverencia —se mofó.

La mofa estaba enteramente en su voz. Su cara seguía tan inexpresiva como siempre.

—¿Cómo está usted, señorita Brewster? —dijo de repente, tras una pausa.

Me sobresalté. Ella no había hecho ningún ruido, no se había movido siquiera. ¿Podría ser que le quedara algún destello de visión? ¿O que su visión estuviera volviendo?

—¿Cómo está usted, capitán Larsen? —respondió—. Por favor, ¿cómo sabía que estaba yo aquí?

—La oí respirar, claro. A propósito, Jorobado está mejorando, ¿no le parece?

—No lo sé —respondió ella, sonriéndome—. No le he conocido de otra manera.

—Debería haberle visto antes, entonces.

—Wolf Larsen, en grandes dosis —murmuré—, antes y después de tomarlo.

—Quiero repetirle, Jorobado —dijo amenazante—, que haría mejor en dejar las cosas en paz.

—¿Pero es que no le interesa escapar a usted también? —pregunté con incredulidad.

—No —fue su respuesta—. Tengo intención de morir aquí.

—Pues nosotros no —concluí desafiante, comenzando de nuevo mis martilleos y golpes.

XXXV

Al día siguiente, con las escopleaduras despejadas y todo listo, nos pusimos a subir a bordo los dos masteleros. El mastelero mayor tenía más de diez metros de longitud, el del trinquete casi otros diez, y de estos era de los que tenía intención de hacer los puntales. Era trabajo desconcertante. Sujetando un extremo de un aparejo pesado al cabestrante, y con el otro extremo firme al pie del mastelero del trinquete, comencé a izar. Maud aguantaba la vuelta en el cabestrante y adujaba el firme.

Nos asombró la facilidad con que se levantó el palo. Era un cabestrante de manivela mejorado, y la ventaja que daba era enorme. Por supuesto, lo que ganábamos en fuerza lo pagábamos en distancia; tantas veces como doblaba mi fortaleza, otras tantas se doblaba la longitud de cabo que cobraba. El aparejo arrastraba pesadamente sobre la barandilla, aumentando el arrastre conforme el palo salía más y más del agua, y el esfuerzo en el cabestrante se volvía severo.

Pero cuando el pie del mastelero quedó al nivel de la barandilla, todo se detuvo en seco.

—Podía haberlo previsto —dije con impaciencia—. Ahora tenemos que empezar todo de nuevo.

—¿Por qué no sujetar el aparejo a mitad del palo? —sugirió Maud.

—Es lo que debería haber hecho desde el principio —respondí, enormemente disgustado conmigo mismo.

Soltando una vuelta, bajé el palo de vuelta al agua y sujeté el aparejo a un tercio desde el pie. En una hora, entre esto y los descansos entre cobradas, lo había izado hasta el punto en que ya no podía izar más. Ocho pies del pie estaban por encima de la barandilla, y estaba tan lejos como siempre de conseguir meter el palo a bordo. Me senté y medité el problema. No tardó mucho. Me puse en pie de un salto con alegría.

—¡Ahora lo tengo! —exclamé—. Debo sujetar el aparejo en el punto de equilibrio. Y lo que aprendamos de esto nos servirá con todo lo demás que tengamos que izar a bordo.

Una vez más deshice todo mi trabajo bajando el palo al agua. Pero calculé mal el punto de equilibrio, de modo que cuando cobré la punta del palo subió en vez del pie. Maud mostró desesperanza, pero yo me reí y dije que valdría igual.

Instruyéndola sobre cómo aguantar la vuelta y estar lista para largar a mi señal, agarré el palo con las manos e intenté equilibrarlo a bordo a través de la barandilla. Cuando creí tenerlo grité a ella que largara; pero el palo se enderezó, a pesar de mis esfuerzos, y volvió a caer hacia el agua. De nuevo lo ice hasta su antigua posición, pues se me había ocurrido otra idea. Recordé el aparejo de vigía —un pequeño artilugio de motón doble y simple— y lo fui a buscar.

Mientras lo aparejaba entre la punta del palo y la barandilla opuesta, Wolf Larsen apareció en escena. No intercambiamos más que los buenos días, y aunque no podía ver, se sentó en la barandilla fuera del camino y siguió por el sonido todo lo que yo hacía.

Instruyendo de nuevo a Maud para que largara en el cabestrante cuando yo diera la señal, procedí a cobrar del aparejo de vigía. El palo fue girando lentamente hacia adentro hasta quedar en equilibrio en ángulo recto sobre la barandilla; y luego descubrí para mi asombro que no era necesario que Maud largara. De hecho, era necesario todo lo contrario. Asegurando el aparejo de vigía, cobré del cabestrante y fui metiendo el palo, pulgada a pulgada, hasta que

su punta cayó hacia la cubierta y finalmente toda su longitud quedó sobre ella.

Miré el reloj. Eran las doce. Me dolía mucho la espalda, y me sentía extremadamente cansado y hambriento. Y allí, en cubierta, había un solo palo de madera que mostrar por toda una mañana de trabajo. Por primera vez comprendí a fondo la magnitud de la tarea que teníamos ante nosotros. Pero estaba aprendiendo, aprendiendo. La tarde mostraría mucho más logrado. Y así fue; pues volvimos a la una, descansados y fortalecidos por una buena comida.

En menos de una hora tenía el mastelero mayor en cubierta y construía los puntales. Amarrando juntos los dos masteleros, y teniendo en cuenta su distinta longitud, en el punto de intersección até el motón doble de las drizas de garganta del mayor. Esto, con el motón simple y las propias drizas de garganta, me daba un aparejo de izar. Para impedir que los pies de los palos se deslizaran en cubierta, clavé tacos gruesos. Con todo listo, amarré un cabo a la cima de los puntales y lo llevé directamente al cabestrante. Estaba adquiriendo fe en aquel cabestrante, pues me daba una potencia superior a toda expectativa. Como de costumbre, Maud aguantaba la vuelta mientras yo cobraba. Los puntales se alzaron en el aire.

Entonces descubrí que me había olvidado de los vientos. Esto me obligó a trepar a los puntales, lo que hice dos veces, antes de terminar de atirartarlos a proa y a popa y a ambos lados. El crepúsculo había caído para cuando esto estuvo hecho. Wolf Larsen, que había estado sentado escuchando toda la tarde sin abrir la boca, se había marchado a la cocina y empezado su cena. Sentía bastante tirantez en el riñón, tanto que me enderecé con esfuerzo y con dolor. Miré con orgullo mi obra. Empezaba a verse. Estaba loco de deseos, como un niño con un juguete nuevo, de izar algo con mis puntales.

—Ojalá no fuera tan tarde —dije—. Me gustaría ver cómo funciona.

—No seas glotón, Humphrey —me amonestó Maud—. Recuerda que mañana llega, y ahora estás tan cansado que apenas puedes

tenerte en pie.

—¿Y usted? —dije, con súbita solicitud—. Debe de estar muy cansada. Ha trabajado dura y noblemente. Estoy orgulloso de usted, Maud.

—Ni la mitad que yo de usted, ni con la mitad de motivo —respondió, mirándome directamente a los ojos por un momento con una expresión en los suyos y una luz danzante y temblorosa que nunca antes había visto y que me produjo un pinchazo de rápido deleite, no sé por qué, pues no lo entendía. Luego bajó los ojos, para alzarlos de nuevo riéndose.

—Si nuestros amigos pudieran vernos ahora —dijo—. Mírenos. ¿Se ha detenido usted alguna vez a considerar nuestro aspecto?

—Sí, he considerado el suyo, con frecuencia —respondí, cavilando sobre lo que había visto en sus ojos y desconcertado por su brusco cambio de tema.

—¡Misericordia! —exclamó—. ¿Y cómo estoy, si puede saberse?

—Un espantapájaros, me temo —respondí—. Mire no más sus faldas deshilachadas, por ejemplo. Mire esos tres desgarrones en ángulo. ¡Y qué talle! No haría falta un Sherlock Holmes para deducir que ha estado cocinando sobre un fuego de campamento, sin hablar de extraer grasa de foca. Y para colmarlo todo, ¡iese gorro! Y toda esa es la mujer que escribió «Beso soportado».

Ella me hizo una elaborada y solemne reverencia, y dijo: «En cuanto a usted, señor...»

Y sin embargo, durante los cinco minutos de cháchara que siguieron, había algo serio bajo la diversión que no pude sino relacionar con la extraña y fugaz expresión que había captado en sus ojos. ¿Qué era? ¿Podría ser que nuestros ojos hablaran más allá de la voluntad de nuestras palabras? Los míos habían hablado, lo sabía, hasta descubrir a los culpables y hacerlos callar. Esto había ocurrido varias veces. Pero ¿había visto ella el clamor en ellos y lo había comprendido? ¿Y habían hablado así los suyos a mí? ¿Qué otra

cosa podría haber significado aquella expresión: esa luz danzante y temblorosa, y algo más que las palabras no podían describir? Y sin embargo no podía ser. Era imposible. Además, yo no era versado en el lenguaje de los ojos. No era más que Humphrey Van Weyden, un hombre libresco que amaba. Y amar, y esperar y ganarse el amor, eso era sin duda suficientemente glorioso para mí. Y así pensé, incluso mientras nos tomábamos el pelo el uno al otro por el aspecto, hasta que llegamos a tierra y había otras cosas en qué pensar.

—Es una lástima, después de trabajar duro todo el día, que no podamos tener una noche de sueño ininterrumpido —me quejé, tras la cena.

—¿Pero puede haber algún peligro ahora, de un hombre ciego? —preguntó.

—Nunca podré confiar en él —afirmé—, y mucho menos ahora que está ciego. Lo probable es que su relativa indefensión le vuelva más maligno que nunca. Sé lo que haré mañana, lo primero: echar un ancla pequeña y estobar la goleta fuera de la playa. Y cada noche cuando volvamos a tierra en el bote, Mr. Wolf Larsen quedará prisionero a bordo. Así que esta será la última noche que tengamos que hacer guardia, y por eso resultará más llevadero.

Nos despertamos temprano y acabábamos el desayuno al amanecer.

—¡Oh, Humphrey! —oí a Maud exclamar con consternación y de repente callar.

La miré. Miraba al *Ghost*. Seguí su mirada, pero no vi nada insólito. Me miró, y yo le devolví una mirada interrogante.

—Los puntales —dijo, y su voz temblaba.

Me había olvidado de su existencia. Miré de nuevo, pero no podía verlos.

—Si ha... —murmuré con furia.

Puso su mano comprensiva sobre la mía, y dijo: «Tendrá que empezar de nuevo.»

—Oh, créame, mi enfado no significa nada; no podría hacerle daño ni a una mosca —sonreí amargamente—. Y lo peor del caso es que él lo sabe. Tiene razón. Si ha destruido los puntales, no haré nada salvo empezar de nuevo.

—Pero de ahora en adelante haré yo la guardia a bordo —solté un momento después—. Y si interfiere...

—Pero no me atrevo a quedarme sola en tierra toda la noche —decía Maud cuando volví a mí—. Sería mucho más agradable si quisiera ser amistoso con nosotros y ayudarnos. Podríamos vivir todos cómodamente a bordo.

—Lo haremos —afirmé, todavía con furia, pues la destrucción de mis queridos puntales me había golpeado duro—. Es decir, usted y yo viviremos a bordo, sea o no amistoso Wolf Larsen.

—Es una niñería —me reí más tarde—, que él haga esas cosas, y que yo me enfade por ellas.

Pero el corazón me dio un vuelco cuando subimos a bordo y vimos el destrozo que había causado. Los puntales habían desaparecido del todo. Los vientos habían sido cortados a diestro y siniestro. Las drizas de garganta que yo había aparejado estaban cortadas en cada una de sus partes. Y él sabía que yo no sabía empalmar. Se me ocurrió un pensamiento. Corrí al cabestrante. No funcionaba. Lo había roto. Nos miramos consternados. Luego corrí al costado. Los palos, botavaras y picos que yo había despejado habían desaparecido. Había encontrado los cabos que los sujetaban y los había dejado ir a la deriva.

Había lágrimas en los ojos de Maud, y creo que eran por mí. Yo mismo podría haber llorado. ¿Dónde estaba ahora nuestro proyecto de arbolary el *Ghost*? Había hecho bien su trabajo. Me senté en el borde de la escotilla y apoyé el mentón en las manos en negra desesperación.

—Merece morir —exclamé—; y que Dios me perdone, no soy hombre suficiente para ser su verdugo.

Pero Maud estaba a mi lado, pasando la mano suavemente por mi cabello como si yo fuera un niño, y diciendo: «Vamos, vamos; todo saldrá bien. Estamos en lo justo, y tiene que salir bien.»

Recordé a Michelet y apoyé la cabeza en ella; y verdaderamente me hice fuerte de nuevo. La bendita mujer era para mí una fuente inagotable de poder. ¿Qué importaba? Solo un retroceso, un retraso. La marea no podía haber llevado los palos lejos mar adentro, y no había habido viento. No significaba más que más trabajo para encontrarlos y remolcarlos de vuelta. Y además, era una lección. Sabía qué esperar. Podría haber esperado y destruido nuestro trabajo de manera más efectiva cuando hubiéramos logrado más.

—Aquí viene —susurró ella.

Alcé la vista. Se paseaba con calma por el alcázar por la banda de babor.

—No le haga caso —susurré—. Viene a ver cómo lo tomamos. No le deje saber que lo sabemos. Podemos negarle esa satisfacción. Quítese los zapatos, así está bien, y llévelos en la mano.

Y entonces jugamos al escondite con el ciego. Cuando subía por babor nos escabullíamos por estribor; y desde el alcázar le veíamos girar y comenzar a popa por nuestro rastro.

Debió de saber de algún modo que estábamos a bordo, pues dijo «Buenos días» con mucha confianza, y esperó a que se le devolviera el saludo. Luego se fue a popa, y nosotros nos deslizamos a proa.

—Sé que están a bordo —llamó, y pude verle escuchar intensamente tras haber hablado.

Me recordó al gran búho orejudo, escuchando tras su bramido, para percibir el movimiento de su asustada presa. Pero nosotros no nos movíamos, y solo nos movíamos cuando él se movía. Y así nos escabullimos por cubierta, de la mano, como un par de niños perseguidos por un ogro malvado, hasta que Wolf Larsen,

evidentemente harto, se fue de la cubierta a la cabina. Había regocijo en nuestros ojos, y risas ahogadas en nuestras bocas, al ponernos los zapatos y saltar por el costado al bote. Y al mirar los ojos claros y castaños de Maud olvidé el mal que él había causado, y solo supe que la amaba, y que gracias a ella tenía la fuerza para abrirme camino de vuelta al mundo.

XXXVI

Durante dos días Maud y yo surcamos el mar y exploramos las playas en busca de los palos perdidos. Pero no fue hasta el tercer día cuando los encontramos todos, los puntales incluidos, y en el lugar más peligroso de todos: en el oleaje batiente del lúgubre promontorio suroeste. ¡Y cómo trabajamos! Al oscuro final del primer día regresamos, agotados, a nuestra pequeña cala, remolcando el palo mayor detrás de nosotros. Y nos habíamos visto obligados a remar, en completa calma, prácticamente cada metro del camino.

Otro día de trabajo agotador y peligroso nos encontró en el campamento con los dos masteleros. El día siguiente estaba desesperado, y hasta con el trinquete, los botavaras de proa y mayor, y los picos de proa y mayor construí una balsa. El viento era favorable, y había pensado remolcarlos de vuelta a vela, pero el viento falló, luego murió, y nuestro avance a remos era de paso de tortuga. Y era un esfuerzo tan desalentador. Poner toda la fuerza y el peso en los remos y sentir el bote detenido en su arrancada hacia adelante por el pesado arrastre de detrás no era exactamente exhilarante.

La noche empezó a caer, y para empeorar las cosas el viento saltó de proa. No solo cesó todo movimiento hacia adelante, sino que empezamos a derivar hacia atrás y mar adentro. Luché con los remos hasta quedar agotado. La pobre Maud, a quien nunca podía impedir trabajar hasta el límite de su fuerza, se recostó débilmente en el banco de popa. Ya no podía remar. Mis manos amoratadas e

hinchadas ya no podían cerrarse sobre los mangos de los remos. Las muñecas y los brazos me dolían intolerablemente, y aunque había comido bien un almuerzo a mediodía, había trabajado tanto que me desfallecía de hambre.

Metí los remos y me incliné hacia el cabo que sujetaba el remolque. Pero la mano de Maud saltó a la mía en un gesto de contención.

—¿Qué va a hacer? —preguntó con voz tensa.

—Largarlo —respondí, soltando una vuelta del cabo.

Pero sus dedos se cerraron sobre los míos.

—Por favor, no —suplicó.

—Es inútil —respondí—. Aquí está la noche y el viento llevándonos tierra adentro... lejísimo de tierra.

—Pero piense, Humphrey. Si no podemos salir navegando en el *Ghost*, puede que nos quedemos durante años en la isla, quizás de por vida. Si nunca ha sido descubierta en todos estos años, quizás nunca lo sea.

—Olvida el bote que encontramos en la playa —le recordé.

—Era un bote de cazadores de focas —respondió—, y usted sabe perfectamente bien que si los hombres hubieran escapado habrían vuelto a hacer fortuna con el criadero. Sabe que nunca escaparon.

Permanecí en silencio, indeciso.

—Además —añadió con vacilación—, es idea suya, y quiero verle triunfar.

Ahora podría endurecer el corazón. En cuanto lo puso sobre una base de halago personal, la generosidad me obligaba a negárselo.

—Mejor años en la isla que morir esta noche, o mañana, o pasado, en el bote abierto. No estamos preparados para afrontar el mar. No tenemos comida, ni agua, ni mantas, nada. Por qué, no

sobreviviría usted la noche sin mantas: sé cuánto aguanta. Está temblando ahora.

—Solo son los nervios —respondió—. Tengo miedo de que largue los palos a pesar de mí.

—¡Oh, por favor, por favor, Humphrey, no lo haga! —estalló un momento después.

Y así terminó, con la frase que sabía que tenía todo poder sobre mí. Temblamos miserablemente durante toda la noche. De vez en cuando dormí a ratos, pero el dolor del frío siempre me despertaba. Cómo lo soportaba Maud estaba más allá de mi comprensión. Estaba demasiado cansado para moverme los brazos para calentarme, pero encontraba fuerzas una y otra vez para frotarle las manos y los pies para restablecer la circulación. Y aun así me suplicaba que no largara los palos. Alrededor de las tres de la mañana le dio un calambre de frío, y después de frotarla para sacárselo quedó bastante entumecida. Me asusté. Saqué los remos y la hice remar, aunque era tan débil que pensé que se desmayaría a cada golpe.

Amaneció el día, y miramos largo tiempo en la creciente luz buscando nuestra isla. Al fin asomó, pequeña y negra, en el horizonte, a quince kilómetros de distancia. Escudriñé el mar con los prismáticos. Lejos, al suroeste, podía ver una línea oscura en el agua, que crecía incluso mientras la miraba.

—¡Viento de popa! —grité con voz ronca que no reconocí como mía.

Maud intentó responder, pero no podía hablar. Tenía los labios azules de frío, y las mejillas hundidas, pero ¡con qué valentía me miraban aquellos ojos castaños! ¡Qué valientemente compasivos!

De nuevo me puse a frotarle las manos y a moverle los brazos hacia arriba y abajo y a los lados hasta que ella misma pudo hacerlo. Luego la obligué a ponerse en pie, y aunque se habría caído si no la hubiera sostenido, la obligué a ir y venir los escasos pasos entre el banco y el banco de popa, y finalmente a saltar hacia arriba y hacia abajo.

—Oh, qué mujer tan valiente, tan valiente —dije, cuando vi que la vida le volvía a la cara—. ¿Sabía que era valiente?

—Nunca lo fui —respondió—. Nunca fui valiente hasta que la conocí. Es usted quien me ha hecho valiente.

—Ni yo tampoco, hasta que la conocí a usted —respondí.

Ella me dirigió una mirada rápida, y de nuevo capté esa luz danzante y temblorosa y algo más en sus ojos. Pero solo fue por un momento. Luego sonrió.

—Debe de haber sido las circunstancias —dijo; pero yo sabía que estaba equivocada, y me pregunté si ella también lo sabía. Luego vino el viento, favorable y fresco, y el bote pronto se esforzaba por el mar agitado hacia la isla. A las tres y media de la tarde doblamos el promontorio suroeste. No solo teníamos hambre, sino que ahora sufríamos de sed. Teníamos los labios secos y partidos, y ya no podíamos humedecerlos con la lengua. Luego el viento fue apagándose lentamente. Al anochecer había muerto del todo y yo volvía a bregar con los remos, pero débilmente, con grandísima debilidad. A las dos de la mañana la proa del bote tocó la playa de nuestra propia cala interior y me tambaleé fuera para amarrar el bozón. Maud no podía tenerse en pie, ni yo tenía fuerza para cargarla. Caí en la arena con ella, y cuando me recuperé me contenté con ponerle las manos bajo los hombros y arrastrarla playa arriba hasta la choza.

Al día siguiente no trabajamos. De hecho, dormimos hasta las tres de la tarde, o al menos yo dormí, pues me desperté para encontrar a Maud cocinando la cena. Su poder de recuperación era admirable. Había algo tenaz en aquel cuerpo suyo frágil como un lirio, un aferrarse a la existencia que uno no podía reconciliar con su patente debilidad.

—Ya sabe que viajaba a Japón por mi salud —dijo, mientras nos demorábamos junto al fuego después de la cena, deleitándonos en la inmovilidad del holgazaneo—. No estaba muy fuerte. Nunca lo

estuve. Los médicos recomendaron un viaje por mar, y elegí el más largo.

—Poco imaginaba qué estaba eligiendo —me reí.

—Pero seré una mujer diferente por la experiencia, así como más fuerte —respondió—, y espero que mejor mujer. Al menos entenderé mucho más de la vida.

Luego, al menguar el breve día, nos pusimos a hablar de la ceguera de Wolf Larsen. Era inexplicable. Y que era grave lo demostraba su declaración de que tenía intención de quedarse y morir en la isla Esfuerzo. Cuando él, hombre fuerte que era, amante de la vida como la amaba, aceptaba su muerte, era evidente que le atormentaba algo más que la mera ceguera. Habían estado sus terribles dolores de cabeza, y coincidíamos en que era algún tipo de colapso cerebral, y que en sus ataques sufría un dolor más allá de nuestra comprensión.

Observé, al hablar de su estado, que la simpatía de Maud hacia él crecía y crecía; y sin embargo no pude sino amarla por ello, de tan dulcemente femenino como era. Además, no había sentimentalismo falso en su sentimiento. Estaba de acuerdo en que el trato más riguroso era necesario si íbamos a escapar, aunque se estremecía ante la sugerencia de que algún día podría verme compelido a quitarle la vida para salvar la mía: «la nuestra», dijo.

Por la mañana desayunamos y estábamos al trabajo al amanecer. Encontré en la bodega de proa un ancla pequeña, donde se guardaban esas cosas; y con mucho esfuerzo la subí a cubierta y al bote. Con un cabo largo enroscado en la popa, remé bien adentro de nuestra pequeña cala y solté el ancla al agua. No había viento, la marea estaba alta, y la goleta flotaba. Soltando los cabos de costa, la estobé a pura fuerza (con el cabestrante roto) hasta que quedó casi a pique del ancla pequeña, demasiado pequeña para aguantarla con cualquier brisa. Así que largué el gran ancla de estribor, dando bastante cana; y por la tarde me puse a trabajar en el cabestrante.

Tres días trabajé en aquel cabestrante. Menos que cualquier cosa era yo mecánico, y en ese tiempo logré lo que un mecánico ordinario habría hecho en otras tantas horas. Tuve que aprender las herramientas para empezar, y cada simple principio mecánico que tal hombre tendría en la punta de los dedos tuve que aprenderlo igualmente. Y al cabo de tres días tenía un cabestrante que funcionaba torpemente. Nunca dio la satisfacción que daba el antiguo, pero funcionaba y hacía posible mi trabajo.

En medio día subí a bordo los dos masteleros y armé y atirté los puntales como antes. Y aquella noche dormí a bordo y en cubierta junto a mi obra. Maud, que se negaba a quedarse sola en tierra, durmió en el pañol de proa. Wolf Larsen había estado sentado escuchando mientras yo reparaba el cabestrante y hablando con Maud y conmigo sobre temas indiferentes. Ninguno de los dos hizo referencia a la destrucción de los puntales; ni tampoco dijo nada más sobre que yo dejara en paz su barco. Pero aún le temía, ciego e indefenso y escuchando, siempre escuchando, y nunca dejé que sus fuertes brazos se acercaran a mi alcance mientras trabajaba.

En esta noche, durmiendo bajo mis queridos puntales, me despertaron sus pasos en cubierta. Era una noche estrellada, y podía ver su bulto dimamente mientras se movía. Me salí de las mantas y le seguí silenciosamente en calcetines. Se había armado con un escoplo del cajón de herramientas, y con este se disponía a cortar las drizas de garganta que yo había vuelto a aparejado a los puntales. Palpó las drizas con las manos y descubrió que yo no las había amarrado firmes. Esto no servía para un escoplo, así que agarró el firme, lo tiró y lo hizo firme. Luego se preparó a serrar con el escoplo.

—Yo que usted no lo haría —dije tranquilamente.

Oyó el chasquido de mi pistola y se rió.

—Hola, Jorobado —dijo—. Sabía que estaba aquí todo el tiempo. Mis oídos no se dejan engañar.

—Eso es mentira, Wolf Larsen —dije, con la misma calma que antes—. Sin embargo, estoy deseando tener una oportunidad de matarle, así que adelante y corte.

—Siempre tiene la oportunidad —se mofó.

—Adelante y corte —amenacé con tono siniestro.

—Prefiero defraudarle —se rió, y giró sobre sus talones y se fue a popa.

—Hay que hacer algo, Humphrey —dijo Maud a la mañana siguiente, cuando le conté lo ocurrido durante la noche—. Si tiene libertad, puede hacer cualquier cosa. Puede hundir el barco, o prenderle fuego. No hay manera de saber qué puede hacer. Tenemos que hacerle prisionero.

—¿Pero cómo? —pregunté, con un encogimiento de hombros impotente—. No me atrevo a entrar en el alcance de sus brazos, y él sabe que mientras su resistencia sea pasiva yo no puedo dispararle.

—Debe de haber alguna manera —insistió—. Déjame pensar.

—Hay una manera —dije con gravedad.

Ella esperó.

Tomé un palo de aporrear focas.

—No le matará —dije—. Y antes de que pudiera recuperarse lo tendría atado de pies y manos.

Sacudió la cabeza con un escalofrío.

—No, no eso. Debe de haber alguna manera menos brutal. Esperemos.

Pero no tuvimos que esperar mucho, y el problema se resolvió solo. Por la mañana, tras varios intentos, encontré el punto de equilibrio del trinquete y até mi aparejo de izar unos metros por encima de él. Maud aguantaba la vuelta en el cabestrante y adujaba mientras yo cobraba. De haber estado el cabestrante en orden no habría sido tan difícil; tal como estaba, me vi obligado a aplicar todo

mi peso y fuerza a cada pulgada de cobrada. Me veía obligado a descansar con frecuencia. En verdad, mis períodos de descanso eran más largos que los de trabajo. Maud llegó incluso a idear, en momentos en que todos mis esfuerzos no podían mover el cabestrante, aguantar la vuelta con una mano y con la otra añadir el peso de su esbelta figura a la mía.

Al cabo de una hora el motón simple y el doble se juntaron en lo alto de los puntales. No podía izar más. Y sin embargo el palo no estaba completamente metido a bordo. El pie descansaba contra el exterior de la barandilla de babor, mientras la punta del palo sobresalía por el agua mucho más allá de la barandilla de estribor. Mis puntales eran demasiado cortos. Todo mi trabajo había sido en vano. Pero ya no desesperaba de la manera antigua. Estaba adquiriendo más confianza en mí mismo y más confianza en las posibilidades de cabestrantes, puntales y aparejos de izar. Había una manera de hacerlo, y a mí me correspondía encontrarla.

Mientras consideraba el problema, Wolf Larsen salió a cubierta. Observamos algo extraño en él de inmediato. La indecisión, o debilidad, de sus movimientos era más pronunciada. Su andar era francamente vacilante al bajar por la banda de babor de la cabina. En el umbral del alcázar se tambaleó, alzó una mano a los ojos con el familiar gesto de espantar, y bajó las escalerillas —todavía de pie— a la cubierta principal, por la que se tambaleó, cayendo y extendiendo los brazos en busca de apoyo. Recuperó el equilibrio junto a la escalerilla del entrepuente y se quedó allí aturdido por un momento, cuando de repente se dobló y se desplomó, doblándosele las piernas al hundirse en la cubierta.

—Uno de sus ataques —susurré a Maud.

Ella asintió con la cabeza; y pude ver la simpatía calentarse en sus ojos.

Nos acercamos a él, pero parecía inconsciente, respirando espasmódicamente. Ella se hizo cargo de él, levantándole la cabeza para que no se le llenara de sangre y despachándome a la cabina a

buscar una almohada. Traje también mantas, y le pusimos cómodo. Le tomé el pulso. Latía firme y fuerte, y era del todo normal. Esto me desconcertó. Me volví receloso.

—¿Y si estuviera fingiendo? —pregunté, sosteniéndole todavía la muñeca.

Maud sacudió la cabeza, y había reproche en sus ojos. Pero en ese mismo momento la muñeca que sostenía saltó de mi mano, y la mano se cerró como una trampa de acero alrededor de la mía. Grité en voz alta de terrible miedo, un grito salvaje e inarticulado; y alcancé a ver su cara, maligna y triunfante, cuando el otro brazo me rodeó el cuerpo y fui atraído hacia él en un terrible abrazo.

Me soltaron la muñeca, pero su otro brazo, pasado alrededor de mi espalda, me tenía ambos brazos de modo que no podía moverme. Su mano libre fue a mi garganta, y en ese momento conocí el más amargo presagio de la muerte ganada por la propia idiotez. ¿Por qué me había acercado al alcance de aquellos terribles brazos? Sentí otras manos en mi garganta. Eran las manos de Maud, luchando en vano por separar la mano que me estrangulaba. Lo dejó, y la oí gritar de un modo que me llegó al alma, pues era el grito de una mujer, de miedo y desesperación desgarradora. Ya lo había oído antes, durante el hundimiento del *Martinez*.

Tenía la cara contra su pecho y no podía ver, pero oí a Maud girar y alejarse corriendo a lo largo de cubierta. Todo ocurría con rapidez. Todavía no había tenido el menor destello de inconsciencia, y parecía que un período interminable de tiempo transcurría antes de oír sus pies volver corriendo. Y justo entonces sentí al hombre entero hundirse debajo de mí. El aliento salía de sus pulmones y el pecho se le hundía bajo mi peso. Fuera solo el aliento expulsado, o la consciencia de su creciente impotencia, no lo sé, pero su garganta vibró con un gemido profundo. La mano en mi garganta se relajó. Respiré. Volvió a aletear y apretar. Pero incluso su tremenda voluntad no podía superar la disolución que la acometía. Aquella voluntad suya se estaba quebrando. Se estaba desmayando.

Los pasos de Maud estaban muy cerca cuando su mano aleteó por última vez y mi garganta quedó libre. Me rodé y fui a caer boca arriba en la cubierta, jadeando y parpadeando en el sol. Maud estaba pálida pero serena —mis ojos habían ido al instante a su cara—, y me miraba con una mezcla de alarma y alivio. Un pesado palo de aporrear focas en su mano llamó mi atención, y en ese momento ella siguió mi mirada hacia él. El palo cayó de su mano como si de repente la hubiera quemado, y al mismo tiempo mi corazón se henchió de un gran júbilo. Verdaderamente era mi mujer, mi mujer-compañera, luchando conmigo y por mí como habría luchado la compañera de un hombre de las cavernas, toda la primitiva en ella despertada, olvidada de su cultura, dura bajo el suavizador ablandamiento de la única vida que había conocido jamás.

—¡Querida mujer! —exclamé, poniéndome en pie de un salto.

Al momento siguiente la tenía en mis brazos, llorando convulsivamente en mi hombro mientras la apretaba estrechamente. Miré hacia abajo la gloria castaña de su cabello, con piedras preciosas brillando al sol mucho más valiosas para mí que las de los cofres del tesoro de los reyes. Y bajé la cabeza y le besé el cabello con suavidad, tan suavemente que ella no lo supo.

Luego me vinieron pensamientos serenos. Al fin y al cabo, no era más que una mujer, llorando su alivio, ahora que el peligro había pasado, en los brazos de su protector o del que había sido peligrado. De haber sido padre o hermano, la situación no habría sido en modo alguno diferente. Además, el tiempo y el lugar no eran propicios, y deseaba ganarme un mejor derecho a declarar mi amor. Así que de nuevo le besé suavemente el cabello mientras la sentí alejarse de mi abrazo.

—Fue un ataque de verdad esta vez —dije—, otro golpe como el que le dejó ciego. Fingió al principio, y al hacerlo lo provocó.

Maud ya estaba recolocando su almohada.

—No —dije—, todavía no. Ahora que le tengo indefenso, indefenso quedará. A partir de hoy vivimos en la cabina. Wolf Larsen vivirá en

el entrepuente.

Le cogí por los hombros y le arrastré hasta la escalerilla. A mis instrucciones Maud trajo un cabo. Poniéndolo bajo sus hombros, lo equilibré en el umbral y le bajé por las escalerillas hasta el suelo. No podía meterle directamente en una litera, pero con la ayuda de Maud alcé primero los hombros y la cabeza, luego el cuerpo, le equilibré sobre el borde y le rodé a una litera baja.

Pero esto no había de ser todo. Recordé las esposas en su camarote, que prefería usar con los marineros en vez de los antiguos y toscos grilletes del barco. Así, cuando le dejamos, yacía esposado de pies y manos. Por primera vez en muchos días respiré libremente. Me sentí extrañamente ligero al salir a cubierta, como si un peso me hubiera sido quitado de los hombros. Sentí también que Maud y yo nos habíamos acercado más. Y me pregunté si ella también lo sentía, al caminar juntos por la cubierta hacia donde el trinquete detenido colgaba en los puntales.

XXXVII

De inmediato nos mudamos a bordo del *Ghost*, ocupando nuestros antiguos camarotes y cocinando en la cocina. El apresamiento de Wolf Larsen había ocurrido de la manera más oportuna, pues lo que debió de haber sido el veranillo de San Miguel de esta alta latitud había pasado y había entrado un tiempo tormentoso y lluvioso. Estábamos muy cómodos, y los puntales inadecuados, con el trinquete suspendido de ellos, daban a la goleta un aspecto de actividad y una promesa de partida.

Y ahora que teníamos a Wolf Larsen encadenado, ¡cuán poco lo necesitábamos! Como su primer ataque, el segundo había ido acompañado de una discapacidad seria. Maud hizo el descubrimiento por la tarde al intentar darle alimento. Había mostrado señales de consciencia, y ella le había hablado, sin obtener respuesta. Estaba tendido de lado izquierdo en ese momento, y evidentemente con dolor. Con un movimiento inquieto rodó la cabeza, apartando la oreja izquierda de la almohada contra la que había estado presionada. Al instante oyó y le respondió, y al instante ella vino a mí.

Presionando la almohada contra su oreja izquierda, le pregunté si me oía, pero no dio ninguna señal. Retirando la almohada y repitiendo la pregunta, respondió de inmediato que sí.

—¿Sabe que está sordo del oído derecho? —le pregunté.

—Sí —respondió con voz baja y firme—, y algo peor que eso. Todo el lado derecho está afectado. Parece dormido. No puedo mover el

brazo ni la pierna.

—¿Fingiendo de nuevo? —exigí saber con enojo.

Sacudió la cabeza, su boca severa moldeando la más extraña y torcida sonrisa. Era en verdad una sonrisa torcida, pues era solo por el lado izquierdo; los músculos faciales del lado derecho no se movían en absoluto.

—Fue el último juego del Lobo —dijo—. Estoy paralizado. Nunca volveré a caminar. Oh, solo en el otro lado —añadió, como si adivinara la mirada suspicaz que le lancé a la pierna izquierda, cuya rodilla acababa de doblarse levantando las mantas.

—Es una lástima —continuó—. Me habría gustado haberle puesto a usted antes, Jorobado. Y pensé que me quedaba ese tanto.

—¿Pero por qué? —pregunté; en parte con horror, en parte por curiosidad.

De nuevo su boca severa moldeó la sonrisa torcida, al decir:

—Oh, simplemente para estar vivo, para vivir y actuar, para ser la partícula más grande de la fermentación hasta el final, para devorarlo a usted. Pero morir de esta manera...

Se encogió de hombros, o intentó hacerlo, pues solo el hombro izquierdo se movió. Como la sonrisa, el encogimiento estaba torcido.

—¿Pero cómo puede explicarlo? —pregunté—. ¿Dónde está la sede de su mal?

—El cerebro —dijo de inmediato—. Fueron esos malditos dolores de cabeza los que lo provocaron.

—Síntomas —dije.

Asintió con la cabeza.

—No hay modo de explicarlo. Nunca estuve enfermo en mi vida. Algo ha ido mal en el cerebro. Un cáncer, un tumor, o algo de esa naturaleza: una cosa que devora y destruye. Está atacando mis

centros nerviosos, comiéndolos, poco a poco, célula a célula, según el dolor.

—Los centros motores también —sugerí.

—Al parecer; y la maldición del asunto es que debo estar aquí tendido, consciente, mentalmente intacto, sabiendo que las líneas van cayendo, quebrándose poco a poco la comunicación con el mundo. No puedo ver, el oído y el tacto me abandonan; a este ritmo pronto cesaré de hablar; y sin embargo todo el tiempo estaré aquí, vivo, activo e impotente.

—Cuando dice que sigue aquí, me permito sugerir la posibilidad del alma —dije.

—¡Tonterías! —fue su réplica—. Significa simplemente que en el ataque al cerebro los centros psíquicos superiores están intactos. Puedo recordar, puedo pensar y razonar. Cuando eso se vaya, yo me voy. Ya no existo. ¿El alma?

Estalló en una risa burlona, luego volvió la oreja izquierda a la almohada como señal de que no deseaba más conversación.

Maud y yo fuimos a nuestro trabajo oprimidos por el terrible destino que se había cebado en él, qué terrible estábamos aún por comprender del todo. Había algo de espantoso castigo en ello. Nuestros pensamientos eran profundos y solemnes, y nos hablábamos apenas por encima de susurros.

—Puedes quitarle las esposas —dijo aquella noche, mientras nos consultábamos sobre él—. No hay ningún peligro. Ahora soy un paralítico. Lo próximo que hay que vigilar son las llagas de la cama.

Esbozó su sonrisa torcida, y Maud, con los ojos muy abiertos de horror, se vio obligada a apartar la cabeza.

—¿Sabe que su sonrisa está torcida? —le pregunté; pues sabía que ella tendría que atenderle, y deseaba ahorrarle todo lo que pudiera.

—Entonces no sonreiré más —dijo con calma—. Pensé que algo estaba mal. La mejilla derecha me ha estado entumecida todo el día. Sí, y he tenido advertencias de esto durante los últimos tres días; a ratos, el lado derecho parecía dormirse, a veces el brazo o la mano, a veces la pierna o el pie.

—¿De modo que mi sonrisa está torcida? —preguntó un poco después—. Pues bien, consideren a partir de ahora que sonrío interiormente, con el alma, si les place, mi alma. Consideren que estoy sonriendo ahora.

Y durante el espacio de varios minutos estuvo allí tendido, quieto, complaciéndose en su grotesca fantasía.

El hombre que había en él no había cambiado. Era el viejo, indomable y terrible Wolf Larsen, aprisionado en algún lugar dentro de aquella carne que había sido tan invencible y espléndida. Ahora lo ataba con cadenas insensibles, encerrando su alma en la oscuridad y el silencio, bloqueándola del mundo que para él había sido un tumulto de acción. Ya no conjugaría el verbo «hacer» en todos los modos y tiempos. «Ser» era todo lo que le quedaba: ser, como él había definido la muerte, sin movimiento; querer, pero no ejecutar; pensar y razonar y en el espíritu estar tan vivo como siempre, pero en la carne estar muerto, completamente muerto.

Y sin embargo, aunque le quité incluso las esposas, no podíamos ajustarnos a su condición. Nuestras mentes se rebelaban. Para nosotros estaba lleno de potencialidad. No sabíamos qué esperar de él en seguida, qué cosa terrible, alzándose por encima de la carne, podría irrumpir y hacer. Nuestra experiencia justificaba este estado mental, y fuimos a nuestro trabajo con ansiedad siempre sobre nosotros.

Había resuelto el problema surgido de la cortedad de los puntales. Por medio del aparejo de vigía (había hecho uno nuevo), hice pasar el pie del trinquete sobre la barandilla y luego lo bajé a cubierta. A continuación, por medio de los puntales, icé el botavara mayor a bordo. Sus doce metros de longitud proporcionarían la altura

necesaria para colgar el palo convenientemente. Por medio de un aparejo secundario que había atado a los puntales, elevé el botavara casi a posición perpendicular, luego bajé el pie a cubierta, donde, para impedir que se deslizara, clavé grandes tacos a su alrededor. El motón simple de mi aparejo original de puntales lo había atado al extremo del botavara. Así, llevando este aparejo al cabestrante, podía subir y bajar el extremo del botavara a voluntad, permaneciendo siempre estacionario el pie, y, por medio de vientos, podía balancear el botavara de un lado al otro. Al extremo del botavara había aparejado igualmente un aparejo de izar; y cuando todo el arreglo estuvo completo no pude sino sorprenderme de la potencia y la libertad de maniobra que me daba.

Por supuesto, dos días de trabajo fueron necesarios para cumplir esta parte de mi tarea, y no fue hasta la mañana del tercer día que hice girar el trinquete sobre la cubierta y procedí a escuadrar su pie para que encajara en la escopleadura. Aquí fui especialmente torpe. Serré y corté y escoplee la madera envejecida hasta que tuvo el aspecto de haber sido roída por algún ratón gigantesco. Pero encajó.

—Funcionará, sé que funcionará —exclamé.

—¿Conoce la prueba definitiva de la verdad del Dr. Jordan? —preguntó Maud.

Sacudí la cabeza y hice una pausa en el acto de sacarme las virutas que se me habían metido por el cuello.

—¿Podemos hacerla funcionar? ¿Podemos confiar nuestras vidas a ella? Esa es la prueba.

—Es un favorito suyo —dije.

—Cuando desmantelé mi viejo Panteón y expulsé a Napoleón y a César y sus compañeros, enseguida erigí uno nuevo —respondió con seriedad—, y el primero que instalé fue el Dr. Jordan.

—Un héroe moderno.

—Y más grande por ser moderno —añadió—. ¿Cómo pueden compararse los héroes del Viejo Mundo con los nuestros?

Sacudí la cabeza. Éramos demasiado parecidos en muchas cosas para discutir. Nuestros puntos de vista y perspectiva de la vida al menos eran muy semejantes.

—Para ser un par de críticos, coincidimos a las mil maravillas —me reí.

—Y como carpintero de ribera y capaz ayudante —se rió ella a su vez.

Pero había poco tiempo para reírse en esos días, dado nuestro pesado trabajo y la atrocidad de la muerte en vida de Wolf Larsen.

Había sufrido otro golpe. Había perdido la voz, o la estaba perdiendo. Solo tenía uso intermitente de ella. Como él lo expresaba, los cables eran como el mercado de valores, unas veces arriba y otras abajo. Ocasionalmente los cables estaban arriba y hablaba tan bien como siempre, aunque despacio y pesadamente. Luego el habla le abandonaba de repente, en medio de una frase quizás, y horas, a veces, teníamos que esperar a que se restableciera la conexión. Se quejaba de gran dolor en la cabeza, y fue durante este período cuando organizó un sistema de comunicación para cuando el habla le abandonara del todo: una presión de la mano para «sí», dos para «no». Fue bueno que se organizara, pues al atardecer la voz le había abandonado completamente. Por presiones de la mano, desde entonces, respondía a nuestras preguntas, y cuando deseaba hablar garabateaba sus pensamientos con la mano izquierda, con bastante legibilidad, en una hoja de papel.

El feroz invierno había descendido ya sobre nosotros. Un temporal seguía a otro, con nieve, aguanieve y lluvia. Las focas habían iniciado su gran migración hacia el sur, y el criadero estaba prácticamente desierto. Trabajé febrilmente. A pesar del mal tiempo, y del viento que especialmente me entorpecía, estaba en cubierta desde el alba hasta el ocaso y haciendo progresos sustanciales.

Aprendí de la lección aprendida al levantar los puntales y luego trepar a ellos para atar los vientos. A la punta del trinquete, que apenas se levantaba convenientemente desde la cubierta, até el

aparejo, los estayes y las drizas de garganta y de pico. Como de costumbre, había subestimado la cantidad de trabajo que esta parte de la tarea implicaba, y dos largos días fueron necesarios para completarla. Y quedaba tanto por hacer todavía: las velas, por ejemplo, que prácticamente había que rehacer.

Mientras yo me afanaba en aparejar el trinquete, Maud cosía lona, siempre lista para dejarlo todo y venir en mi ayuda cuando se necesitaban más de dos manos. La lona era pesada y dura, y cosía con la palma regular de marinero y la aguja triangular de velas. Las manos se le ampollaron pronto lastimosamente, pero siguió valientemente, haciendo además la cocina y atendiendo al enfermo.

—Al diablo con las supersticiones —dije el viernes por la mañana—. Ese palo sube hoy.

Todo estaba listo para el intento. Llevando el aparejo del botavara al cabestrante, icé el palo casi limpio de la cubierta. Asegurando este aparejo, llevé al cabestrante el aparejo de los puntales (que estaba conectado con el extremo del botavara), y con unos cuantos giros tuve el palo perpendicular y limpio.

Maud aplaudió en el instante en que fue relevada de aguantar la vuelta, exclamando:

—¡Funciona! ¡Funciona! ¡Confiaremos nuestras vidas a él!

Luego adoptó una expresión de pesar.

—No está sobre el agujero —añadió—. ¿Tendrá que empezar de nuevo?

Sonreí con aire de superioridad, y, largando en uno de los vientos del botavara y cobrando en el otro, hice girar el palo perfectamente al centro de la cubierta. Aún así no estaba sobre el agujero. De nuevo apareció la expresión de pesar en su cara, y de nuevo sonreí con aire de superioridad. Largando en el aparejo del botavara y izando una cantidad equivalente en el aparejo de los puntales, llevé el pie del palo a posición directamente sobre el agujero en la

cubierta. Luego di a Maud instrucciones cuidadosas para largar y bajé a la bodega hasta la escopleadura en el fondo de la goleta.

La llamé, y el palo se movió con facilidad y precisión. Directamente hacia el agujero cuadrado de la escopleadura descendía el pie cuadrado; pero al descender giró lentamente de modo que cuadrado no encajaba en cuadrado. Pero no tuve ni un momento de indecisión. Llamando a Maud para que dejara de largar, subí a cubierta e hice firme el aparejo de vigía al palo con un nudo de boza. Dejé a Maud que tirara de él mientras yo bajaba. A la luz del farol vi el pie girar lentamente hasta que sus lados coincidieron con los lados de la escopleadura. Maud lo hizo firme y volvió al cabestrante. Lentamente el pie descendió los escasos centímetros que quedaban, girando ligeramente al mismo tiempo. De nuevo Maud rectificó el giro con el aparejo de vigía, y de nuevo largó desde el cabestrante. Cuadrado encajó en cuadrado. El palo estaba calado.

Lancé un grito, y ella bajó corriendo a ver. A la amarilla luz del farol miramos lo que habíamos logrado. Nos miramos el uno al otro, y nuestras manos se buscaron y se apretaron. Los ojos de los dos, creo, estaban húmedos de alegría por el éxito.

—Se hizo tan fácilmente al final —observé—. Todo el trabajo estuvo en la preparación.

—Y todo el asombro en la realización —añadió Maud—. Apenas puedo convencerme de que ese gran palo está realmente en su sitio; que lo ha levantado del agua, haciéndolo girar por el aire, y depositado aquí donde le corresponde. Es una tarea de titán.

—«Y se hicieron para sí muchos inventos» —empecé alegremente, y me detuve para olfatear el aire.

Miré apresuradamente al farol. No humeaba. De nuevo olisqueé.

—Algo se está quemando —dijo Maud, con repentina convicción.

Saltamos juntos hacia la escala, pero yo la adelanté corriendo a cubierta. Un denso volumen de humo salía de la escalerilla del entrepuente.

—El Lobo aún no está muerto —murmuré para mí al bajar de un salto entre el humo.

Era tan espeso en el espacio cerrado que me vi obligado a ir a tientas; y tal era el hechizo de Wolf Larsen sobre mi imaginación, que estaba bastante preparado para que el gigante indefenso me agarrara del cuello con un abrazo estrangulador. Vacilé, con el deseo de volver corriendo a las escalerillas y salir a cubierta casi dominándome. Luego recordé a Maud. La visión de ella, tal como la había visto por última vez, a la luz del farol en la bodega de la goleta, con sus ojos castaños cálidos y húmedos de alegría, pasó ante mí, y supe que no podía volver.

Me ahogaba y sofocaba para cuando alcancé la litera de Wolf Larsen. Extendí la mano y tanteé la suya. Estaba tendido inmóvil, pero se movió ligeramente al contacto de mi mano. Palpé por encima y por debajo de sus mantas. No había calor, ninguna señal de fuego. Y sin embargo aquel humo que me cegaba y me hacía toser y jadear debía tener una fuente. Perdí momentáneamente la cabeza y me precipité frenéticamente por el entrepuente. Un choque con la mesa me sacó en parte el aliento del cuerpo y me devolvió el juicio. Razoné que un hombre indefenso solo podía prender un fuego cerca de donde yacía.

Volví a la litera de Wolf Larsen. Allí me encontré con Maud. Cuánto tiempo había estado allí en aquella atmósfera sofocante no podía calcularlo.

—¡Suba a cubierta! —le ordené con perentoriedad.

—Pero, Humphrey... —empezó a protestar con una voz rara y ronca.

—¡Por favor, por favor! —le grité con dureza.

Se alejó obediente, y luego pensé: ¿Y si no puede encontrar las escalerillas? Salí tras ella, deteniéndome al pie de la escalerilla. Quizás había subido. Mientras estaba allí, indeciso, la oí exclamar suavemente:

—Oh, Humphrey, estoy perdida.

La encontré tanteando la pared del mamparo de popa, y medio llevándola, medio cargándola, la subí por la escalerilla. El aire puro era como néctar. Maud solo estaba mareada y aturdida, y la dejé tendida en cubierta cuando di mi segunda inmersión abajo.

La fuente del humo debía de estar muy cerca de Wolf Larsen: mi mente estaba resuelta a esto, y fui directamente a su litera. Al palpar entre sus mantas, algo caliente cayó sobre el dorso de mi mano. Me quemó, y aparté la mano. Entonces lo comprendí. A través de las grietas del fondo de la litera de arriba había prendido fuego al colchón. Todavía conservaba suficiente uso del brazo izquierdo para eso. La paja húmeda del colchón, encendida por debajo y privada de aire, había estado ardiendo sin llama todo el tiempo.

Al arrastrar el colchón fuera de la litera pareció desintegrarse en el aire, al tiempo que estallaba en llamas. Apagué los restos ardientes de paja en la litera, luego corrí a cubierta a tomar aire fresco.

Varios cubos de agua bastaron para apagar el colchón ardiendo en el centro del suelo del entrepuente; y diez minutos después, cuando el humo se hubo aclarado bastante, dejé que Maud bajara. Wolf Larsen estaba inconsciente, pero fue cuestión de minutos que el aire fresco le reanimara. Estábamos trabajando sobre él, sin embargo, cuando indicó que quería papel y lápiz.

«Les ruego que no me interrumpan», escribió. «Estoy sonriendo.»

«Sigo siendo un poco de fermentación, ya ven», escribió un poco después.

—Me alegra que sea tan poca —dije.

«Gracias», escribió. «Pero piensen en lo mucho más pequeño que seré antes de morir.»

«Y sin embargo todo estoy aquí, Jorobado», escribió con un floreo final. «Puedo pensar con más claridad que nunca en mi vida. Nada

que me perturbe. La concentración es perfecta. Todo estoy aquí y más que aquí.»

Era como un mensaje desde la oscuridad de la tumba; pues el cuerpo de aquel hombre se había convertido en su mausoleo. Y allí, en tan extraño sepulcro, su espíritu aleteaba y vivía. Aletearía y viviría hasta que se cortara el último hilo de comunicación, y después quién podría decir cuánto tiempo más seguiría aleteando y viviendo.

XXXVIII

«Creo que el lado izquierdo me está fallando», escribió Wolf Larsen, la mañana siguiente a su intento de incendiar el barco. «El entumecimiento va en aumento. Apenas puedo mover la mano. Tendrán que hablar más alto. Las últimas líneas están cayendo.»

—¿Tiene dolor? —pregunté.

Me vi obligado a repetir la pregunta en voz alta antes de que respondiera.

—No todo el tiempo.

La mano izquierda se arrastró lenta y dolorosamente por el papel, y fue con extrema dificultad que descifré el garabato. Era como un «mensaje del más allá», de los que se entregan en las sesiones de los espiritistas por un dólar de entrada.

«Pero todavía estoy aquí, todo aquí», fue lo que la mano garabateó más lento y doloroso que nunca.

El lápiz cayó, y tuvimos que volvérselo a poner en la mano.

«Cuando no hay dolor tengo perfecta paz y quietud. Nunca he pensado con tanta claridad. Puedo meditar sobre la vida y la muerte como un sabio hindú.»

—¿Y la inmortalidad? —preguntó Maud en voz alta junto al oído.

Tres veces la mano intentó escribir pero falló sin remedio. El lápiz cayó. En vano intentamos colocárselo de nuevo. Los dedos no podían cerrarse sobre él. Entonces Maud presionó y sostuvo los

dedos alrededor del lápiz con la propia mano de ella, y la mano escribió, en letras grandes, y tan despacio que los minutos transcurrían por cada letra:

«T-O-N-T-E-R-Í-A-S.»

Fue la última palabra de Wolf Larsen, «tonterías», escéptico e invencible hasta el final. El brazo y la mano se relajaron. El tronco del cuerpo se movió levemente. Luego no hubo más movimiento. Maud soltó la mano. Los dedos se abrieron ligeramente, separándose por su propio peso, y el lápiz rodó.

—¿Sigue oyendo? —grité, sosteniendo los dedos y esperando la única presión que significaría «Sí». No hubo respuesta. La mano estaba muerta.

—Noté que los labios se movían ligeramente —dijo Maud.

Repetí la pregunta. Los labios se movieron. Ella puso la punta de los dedos en ellos. Volví a repetir la pregunta.

—Sí —anunció Maud. Nos miramos el uno al otro con expectación.

—¿De qué sirve? —pregunté—. ¿Qué podemos decirle ahora?

—Oh, pregúntele...

Se detuvo.

—Pregúntele algo que requiera «no» como respuesta —sugerí—. Entonces sabremos con certeza.

—¿Tiene hambre? —le gritó.

Los labios se movieron bajo sus dedos, y ella respondió: «Sí.»

—¿Quiere caldo de carne? —fue su siguiente pregunta.

—«No»— anunció.

—¿Té con carne?

—«Sí, quiere caldo de carne con té», dijo tranquilamente, mirándome—. Hasta que le falte el oído podremos comunicarnos con él. Y después...

Me miró con expresión extraña. Vi que le temblaban los labios y que las lágrimas le anegaban los ojos. Se tambaleó hacia mí y la cogí en mis brazos.

—Oh, Humphrey —sollozó—, ¿cuándo acabará todo esto? Estoy tan cansada, tan cansada.

Hundió la cabeza en mi hombro, su frágil figura sacudida por una tormenta de llanto. Era como una pluma en mis brazos, tan esbelta, tan etérea.

«Se ha derrumbado por fin», pensé. «¿Qué haré sin su ayuda?»

Pero la consolé y la tranquilicé, hasta que se recompuso valientemente y se recuperó mentalmente con la misma rapidez que físicamente.

—Debería avergonzarme —dijo. Luego añadió, con esa sonrisa caprichosa que adoraba: «Pero solo soy una pequeña mujer.»

Aquella frase, la «pequeña mujer», me sacudió como una descarga eléctrica. Era mi propia frase, mi frase preferida y secreta, mi frase de amor para ella.

—¿Dónde encontró esa frase? —exigí saber, con una brusquedad que a su vez la sobresaltó.

—¿Qué frase? —preguntó.

—Una pequeña mujer.

—¿Es suya? —preguntó.

—Sí —respondí—. Mía. La inventé.

—Entonces habrá hablado usted mientras dormía —sonrió.

La luz danzante y temblorosa estaba en sus ojos. Los míos, sabía, hablaban más allá de la voluntad de mis palabras. Me incliné hacia ella. Sin volición me incliné hacia ella, como un árbol se dobla por el viento. Ah, estábamos muy cerca en aquel momento. Pero ella sacudió la cabeza, como quien sacude el sueño o un ensueño, diciendo:

—La he conocido toda mi vida. Era el nombre que mi padre tenía para mi madre.

—Es también mi frase —dije con obstinación.

—¿Para su madre?

—No —respondí, y ella no preguntó más, aunque podría haber jurado que sus ojos conservaron durante algún tiempo una expresión burlona y provocadora.

Con el trinquete en su sitio, el trabajo fue ahora a paso rápido. Casi antes de darme cuenta, y sin ningún tropiezo serio, tuve el palo mayor calado. Una botavara de carga, aparejada al trinquete, había logrado esto; y varios días más encontraron todos los estayes y obenques en su lugar, y todo estirado a tope. Los masteleros serían una molestia y un peligro para una tripulación de dos, así que los icé a cubierta y los amarré firmemente.

Varios días más se consumieron en terminar las velas y ponerlas. Solo había tres: el foque, la vela de trinquete y la vela mayor; y, parcheadas, acortadas y deformadas, eran un aparejo ridículamente mal ajustado para una embarcación tan esbelta como el *Ghost*.

—¡Pero funcionarán! —exclamó Maud con júbilo—. ¡Las haremos funcionar, y confiaremos nuestras vidas a ellas!

Ciertamente, entre mis muchos nuevos oficios, el de velero era el que menos brillaba. Podía navegar con ellas mejor de lo que podía hacerlas, y no tenía duda de mi poder para llevar la goleta a algún puerto del norte del Japón. De hecho, me había empollado la navegación con los libros de texto de a bordo; y además estaba la escala de estrellas de Wolf Larsen, un artilugio tan simple que hasta un niño podría usarlo.

En cuanto a su inventor, más allá de una sordera creciente y el movimiento de los labios haciéndose cada vez más tenue, había habido poca variación en su estado durante una semana. Pero el día en que terminamos de cruzar las velas de la goleta, oyó por última vez, y el último movimiento de sus labios se apagó, mas no antes de

que yo le preguntara: «¿Sigue todo ahí?», y los labios hubieran respondido: «Sí.»

El último hilo había caído. En algún lugar dentro de aquella tumba de carne seguía morando el alma del hombre. Amurallada por la arcilla viva, aquella feroz inteligencia que habíamos conocido ardía; pero ardía en silencio y oscuridad. Y estaba desencarnada. Para aquella inteligencia no podía haber conocimiento objetivo de un cuerpo. No conocía ningún cuerpo. El propio mundo no era. Solo se conocía a sí misma y la vastedad y profundidad de la quietud y la oscuridad.

XXXIX

Llegó el día de nuestra partida. Ya no había nada que nos retuviera en la isla Esfuerzo. Los palos toñudos del *Ghost* estaban en su lugar, sus velas locas cruzadas. Todo mi trabajo de carpintería era sólido, ninguno bello; pero sabía que funcionaría, y me sentí un hombre de poder al mirarlo.

«¡Lo hice! ¡Lo hice! ¡Con mis propias manos lo hice!» Quería gritar en voz alta.

Pero Maud y yo teníamos la costumbre de expresar los pensamientos del otro, y ella dijo, mientras nos preparábamos para izar la vela mayor:

—Pensar, Humphrey, que lo hizo todo con sus propias manos.

—Pero había otras dos manos —respondí—. Dos pequeñas manos, y no diga que esa también era una frase de su padre.

Se rió y sacudió la cabeza, y levantó las manos para inspeccionarlas.

—Nunca podré volvérmelas a limpiar —se lamentó—, ni suavizarlas.

—Pues la suciedad y el desgaste serán su guirnalda de honor —dije, sosteniéndolas en las mías; y, a pesar de mis resoluciones, le habría besado las dos queridas manos si ella no las hubiera retirado velozmente.

Nuestra camaradería se estaba volviendo temblorosa. Había dominado mi amor largo y bien, pero ahora él me dominaba a mí. Voluntariosamente había desobedecido y ganado mis ojos para que hablaran, y ahora estaba ganando mi lengua: sí, y mis labios, pues estaban locos en aquel momento de besar las dos pequeñas manos que habían trabajado tan fielmente y duramente. Y yo también estaba loco. Había un grito en mi ser como clarines llamándome hacia ella. Y había un viento soplando sobre mí al que no podía resistir, balanceando el propio cuerpo de mí hasta que me incliné hacia ella, del todo inconsciente de que me inclinaba. Y ella lo sabía. No podía sino saberlo al retirar rápidamente las manos, y sin embargo, incapaz de abstenerse de una mirada rápida y escrutadora antes de apartar los ojos.

Por medio de aparejos de cubierta había dispuesto llevar las drizas hacia proa al cabestrante; y ahora icé la vela mayor, pico y garganta, al mismo tiempo. Era una manera torpe, pero no tardó mucho, y pronto la vela del trinquete también estaba arriba y flambeando.

—Nunca podremos izar ese ancla en este lugar estrecho, una vez que haya dejado el fondo —dije—. Estaríamos en las rocas primero.

—¿Qué puede hacer? —preguntó.

—Soltarla —fue mi respuesta—. Y cuando lo haga, usted tiene que estar en el cabestrante. Tendré que correr al instante al timón, y al mismo tiempo usted debe estar izando el foque.

Esta maniobra de poner bajo vela la había estudiado y elaborado una veintena de veces; y con la driza del foque al cabestrante, sabía que Maud era capaz de izar aquella vela tan necesaria. Soplabla una brisa animada en la cala, y aunque el agua estaba en calma, era necesario actuar con rapidez para salir a salvo.

Cuando golpeé el grillete hasta soltarlo, la cadena rugió por el escoben y al agua. Corrí a popa, poniendo el timón a todo. El *Ghost* pareció cobrar vida al escorar con el primer llenado de sus velas. El foque estaba subiendo. Al llenarse, la proa del *Ghost* se apartó y tuve que poner el timón un poco a la contraria y estabilizarla.

Había ideado una escota automática de foque que lo pasaba al otro lado por sí sola, de modo que no era necesario que Maud se ocupara de ello; pero ella todavía izaba el foque cuando puse el timón a toda la contraria. Fue un momento de ansiedad, pues el *Ghost* se precipitaba directamente hacia la playa, a tiro de piedra de distancia. Pero viró obediente sobre su talón hacia el viento. Hubo un gran flamear y aletear de lona y tomadores, de lo más bienvenido para mis oídos; luego llenó al otro amura.

Maud había terminado su tarea y venido a popa, donde se quedó a mi lado, un pequeño gorro encajado en su cabello agitado por el viento, las mejillas sonrosadas por el esfuerzo, los ojos muy abiertos y brillantes de emoción, las aletas de la nariz temblando ante el avance y la mordedura del aire fresco y salado. Sus ojos castaños eran como los de un ciervo asustado. Había en ellos una mirada salvaje y aguda que nunca había visto antes, y sus labios se abrieron y su respiración se suspendió al precipitarse el *Ghost* sobre la pared de roca en la entrada de la cala interior, virar hacia el viento y llenar al agua segura.

Mi primer puesto de contramaestre en los caladeros de focas me sirvió bien, y despejé la cala interior y tendí un largo bordo a lo largo de la costa de la cala exterior. Una vez más virado, y el *Ghost* puso proa al mar abierto. Ya había cogido el palpitar respiral del océano, y él mismo respiraba al ritmo de él al subir y descender suavemente por cada ola de lomo ancho. El día había sido opaco y nublado, pero el sol irrumpió ahora entre las nubes, bienvenido augurio, e iluminó la playa curvada donde juntos habíamos desafiado a los amos del harén y matado los *holluschickie*. Toda la isla Esfuerzo se iluminó bajo el sol. Incluso el sombrío promontorio suroeste parecía menos sombrío, y aquí y allá, donde el agua del mar mojaba su superficie, luces brillantes destellaban y centelleaban al sol.

—Siempre pensaré en ella con orgullo —le dije a Maud.

Eché la cabeza hacia atrás con un gesto regio pero dijo: «¡Querida, querida isla Esfuerzo! Siempre la amaré.»

—Y yo —dije de prisa.

Parecía que nuestros ojos debían encontrarse en un gran entendimiento, y sin embargo, remisos, se escabulleron y no se encontraron.

Hubo un silencio que casi podría llamarse embarazoso, hasta que lo rompí, diciendo:

—Mire esas nubes negras a barlovento. Recuerda, le dije anoche que el barómetro bajaba.

—Y el sol se ha ido —dijo ella, con los ojos todavía fijos en nuestra isla, donde habíamos demostrado nuestro dominio sobre la materia y alcanzado la más verdadera camaradería que puede caer a hombre y mujer.

—¡Y escotas a la banda rumbo al Japón! —grité alegremente—. Viento favorable y escotas largas, ya sabe, o como quiera que vaya.

Amarrando el timón corrí a proa, cacé la escota del trinquete y el mayor, cobré los aparejos del botavara y ajusté todo para la brisa por la aleta que era nuestra. Era una brisa fresca, muy fresca, pero resolví correr tanto como me atreviera. Por desgracia, cuando se corre libre, es imposible amarrar el timón, de modo que tenía ante mí una guardia de toda la noche. Maud insistía en relevarme, pero demostró que no tenía la fuerza para timonear en un mar agitado, incluso si hubiera podido adquirir la destreza con tan poco aviso. Pareció bastante afligida por el descubrimiento, pero recuperó el ánimo adujando aparejos y drizas y todos los cabos sueltos. Luego había comidas que cocinar en la cocina, camas que hacer, Wolf Larsen al que atender, y terminó el día con un gran ataque de limpieza general en la cabina y el entrepuente.

Toda la noche timoníé, sin relevo, con el viento aumentando lenta y firmemente y el mar levantándose. A las cinco de la mañana Maud me trajo café caliente y galletas que había horneado, y a las siete un desayuno sustancioso y muy caliente me infundió nuevo ánimo.

Durante todo el día, y con la misma lentitud y firmeza de siempre, el viento fue aumentando. Impresionaba a uno con su decidida obstinación en soplar, y soplar más fuerte, y seguir soplando. Y aún así el *Ghost* seguía espumeando, consumiendo millas hasta que estaba seguro de que hacía al menos dieciocho nudos. Era demasiado bueno para perderlo, pero al caer la noche estaba agotado. Aunque en espléndidas condiciones físicas, una guardia de treinta y seis horas al timón era el límite de mi resistencia. Además, Maud me suplicaba que nos pusiéramos al paio, y yo sabía que si el viento y el mar seguían aumentando al mismo ritmo durante la noche, pronto sería imposible ponerse al paio. Así que, al oscurecer el crepúsculo, de buena gana y al mismo tiempo de mala gana, puse al *Ghost* al viento.

Pero no había contado con la tarea colosal que supone arrizar tres velas para un solo hombre. Mientras huía del viento no había apreciado su fuerza, pero cuando dejamos de huir aprendí para mi pena, y casi para mi desesperación, con qué furia soplaba en realidad. El viento frustraba todos mis esfuerzos, arrancándome la lona de las manos y en un instante deshaciendo lo que me había costado diez minutos de esfuerzo severísimo. A las ocho solo había logrado poner el segundo rizo en la vela del trinquete. A las once no había avanzado. La sangre me goteaba de cada extremo de los dedos, mientras que las uñas estaban rotas hasta la carne. De dolor y puro agotamiento lloré en la oscuridad, en secreto, para que Maud no lo supiera.

Luego, desesperado, abandoné el intento de arrizar la vela mayor y resolví probar el experimento de ponerse al paio bajo la vela del trinquete con dos rizos. Tres horas más fueron necesarias para gasketar la vela mayor y el foque, y a las dos de la mañana, casi muerto, con la vida casi vapuleada y exprimida de mí, tuve apenas consciencia suficiente para saber que el experimento era un éxito. La vela del trinquete con dos rizos funcionó. El *Ghost* se ceñía bien al viento y no mostraba ninguna inclinación a caer de lado al seno.

Tenía hambre, pero Maud intentó en vano que comiera. Me adormilaba con la boca llena de comida. Me dormía en el acto de llevarme la comida a la boca y despertaba en tormento para encontrar el acto todavía incompleto. Tan adormilado e indefenso estaba que se vio obligada a sostenerme en la silla para impedir que los violentos cabeceos de la goleta me arrojaran al suelo.

Del pasaje de la cocina a la cabina no supe nada. Era un sonámbulo al que Maud guiaba y sostenía. De hecho, no fui consciente de nada hasta que me desperté, cuánto tiempo después no podía imaginarlo, en mi litera con las botas quitadas. Era de noche. Estaba tieso y entumecido, y grité de dolor cuando la ropa de cama tocó mis pobres extremos de los dedos.

La mañana evidentemente no había llegado, así que cerré los ojos y volví a dormirme. No lo sabía, pero había dormido veinticuatro horas seguidas y era de noche otra vez.

Una vez más me desperté, turbado porque no podía dormir mejor. Encendí una cerilla y miré el reloj. Marcaba medianoche. ¡Y no había dejado la cubierta hasta las tres! Me habría desconcertado de no haber adivinado la solución. No era de extrañar que durmiera a trancas y barrancas. Había dormido veintiún horas. Escuché un rato el comportamiento del *Ghost*, el golpeteo de los mares y el sordo rugido del viento en cubierta, y luego me volví de lado y dormí plácidamente hasta la mañana.

Cuando me levanté a las siete no vi señal de Maud y concluí que estaba en la cocina preparando el desayuno. En cubierta encontré al *Ghost* marchando espléndidamente bajo su trozo de lona. Pero en la cocina, aunque ardía el fuego y hervía el agua, no encontré a Maud.

La encontré en el entrepuente, junto a la litera de Wolf Larsen. Le miré a él, el hombre que había sido precipitado desde la más alta cima de la vida para ser enterrado vivo y ser algo peor que muerto. Parecía haber una relajación en su cara inexpresiva que era nueva. Maud me miró y lo comprendí.

—Su vida se apagó en la tormenta —dije.

—Pero aún vive —respondió ella, con fe infinita en su voz.

—Tenía demasiada fuerza.

—Sí —dijo—, pero ahora ya no le encadena. Es un espíritu libre.

—Es sin duda un espíritu libre —respondí; y, tomándole la mano, la llevé a cubierta.

La tormenta amainó aquella noche, lo que equivale a decir que fue disminuyendo tan lentamente como había surgido. Después del desayuno a la mañana siguiente, cuando había izado el cuerpo de Wolf Larsen a cubierta listo para el entierro, todavía soplaban con fuerza y corría un mar grande. La cubierta estaba continuamente cubierta de agua del mar que venía a bordo sobre la barandilla y por los imbornales. El viento golpeó a la goleta con una ráfaga repentina, y se escoró hasta que la barandilla de sotavento quedó enterrada, el rugido en su aparejo subiendo de tono a un alarido. Estábamos de pie en el agua hasta las rodillas cuando me descubrí la cabeza.

—Solo recuerdo una parte del servicio —dije—, y es: «Y el cuerpo será arrojado al mar.»

Maud me miró, sorprendida y consternada; pero el espíritu de algo que había visto antes me impelía con fuerza, compeliéndome a dar sepultura a Wolf Larsen como Wolf Larsen había dado sepultura en otro tiempo a otro hombre. Levanté el extremo de la cubierta de escotilla y el cuerpo envuelto en lona se deslizó de pie al mar. El peso de hierro lo arrastró hacia abajo. Se había ido.

—Adiós, Lucifer, espíritu orgulloso —susurró Maud, tan bajo que fue ahogado por el griterío del viento; pero vi el movimiento de sus labios y lo supe.

Mientras nos aferrábamos a la barandilla de sotavento y nos abríamos camino a popa, me di la casualidad de echar una mirada a sotavento. El *Ghost*, en ese momento, estaba lanzado sobre un mar, y alcancé una visión clara de un pequeño vapor a dos o tres kilómetros de distancia, cabeceando y bamboleando, con la proa al

mar, al tiempo que navegaba hacia nosotros. Estaba pintado de negro, y por las charlas de los cazadores sobre sus incursiones furtivas lo reconocí como un guardacostas de los Estados Unidos. Se lo señalé a Maud y la llevé apresuradamente a popa a la seguridad del alcázar.

Empecé a bajar de prisa al pañol de banderas, luego recordé que al aparejar el *Ghost* había olvidado prever un toque para la driza de banderas.

—No necesitamos señal de socorro —dijo Maud—. Solo tienen que vernos.

—Estamos salvados —dije, con sobriedad y solemnidad. Y luego, en un arrebató de alegría: «Apenas sé si alegrarme o no.»

La miré. Nuestros ojos no eran remisos en encontrarse. Nos inclinamos el uno hacia el otro, y antes de que me diera cuenta mis brazos la rodeaban.

—¿Hace falta? —pregunté.

Y ella respondió: «No hay necesidad, aunque decirlo sería dulce, tan dulce.»

Sus labios encontraron la presión de los míos, y por qué extraño truco de la imaginación no lo sé, la escena en la cabina del *Ghost* me cruzó la mente de repente, cuando ella había posado los dedos levemente en mis labios y dicho: «Chist, chist.»

—Mi mujer, mi pequeña mujer —dije, con la mano libre acariciando su hombro de esa manera que conocen todos los amantes aunque nunca la aprenden en las escuelas.

—Mi hombre —dijo, mirándome por un instante con párpados temblorosos que se abatieron y velaron sus ojos al apoyar la cabeza contra mi pecho con un feliz y pequeño suspiro.

Miré hacia el guardacostas. Estaba muy cerca. Se estaba arriando un bote.

—Un beso más, amor mío —susurré—. Un beso más antes de que lleguen.

—Y nos rescaten de nosotros mismos —completó ella, con la más adorable sonrisa, caprichosa como nunca la había visto, pues era caprichosa de amor.

ACTUALIZACIONES AL GLOSARIO:

TÉRMINOS AÑADIDOS:

- «derrick boom» → «botavara de carga» — botavara usada como grúa
- «rolling hitch» → «nudo de boza» — nudo mariner
- «close-reefed foresail» → «vela del trinquete con dos rizos»
- «gasket» → «gasketar» / «tomar rizos» — asegurar la vela
- «sea anchor» → «ancla de capa» — ya establecido
- «foresail» → «vela del trinquete» — ya establecido
- «kedge anchor» → «ancla pequeña» / «echar al estribo»
- «kedge» (verbo) → «estobar» — maniobra de ancla
- «shackle bolt» → «grillete»
- «hawsehole» → «escoben»
- «painter» → «bozón» — cabo de amarre del bote
- «reef points» → «tomadores» — cabos de los rizos
- «revenue cutter» → «guardacostas»
- «running line» → «cabo de maniobra»
- Dr. Jordan → Dr. Jordan — David Starr Jordan; ya establecido

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB